



La escritura secundaria Oralidad, grafía y digitalización en la interacción contemporánea

Federico Gobato

La escritura secundaria
Oralidad, grafía y digitalización
en la interacción contemporánea

Federico Gobato



(serie **investigación**)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Mario Lozano

Vicerrector

Alejandro Villar

Departamento de Ciencias Sociales

Director

Jorge Flores

Vicedirectora

Nancy Calvo

Coordinador de Gestión Académica

Néstor Daniel González

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Coordinador

Daniel Badenes

Integrantes del Comité Editorial

Patricia Berrotarán

Adriana Imperatore

Raúl Di Tomaso

Editores

Brenda Rubinstein

Josefina López Mac Kenzie

Juan Bautista Duizeide

Diseño gráfico

Ana Cuenya

Julia Gouffier

La escritura secundaria
Oralidad, grafía y digitalización
en la interacción contemporánea

Federico Gobato

Gobato, Federico

La escritura secundaria : oralidad, grafía y digitalización en la interacción contemporánea . - 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2014.
310 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-558-298-9

1. Comunicación Digital. I. Título
CDD 302.2

Fecha de catalogación: 07/03/2014

Departamento de Ciencias Sociales
Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia
Serie Tesis

sociales.unq.edu.ar/publicaciones
sociales_publicaciones@unq.edu.ar

-  Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:
-  **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).
-  **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.
-  **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

Impreso en Argentina
en el mes de marzo de 2014

AGRADECIMIENTOS	9
PRELUDIO	11
1. Algunas certezas inestables.....	16
I. LA DISTINCIÓN DEL PROBLEMA Y EL PROBLEMA DE LA DISTINCIÓN	29
1. Posibilidades y aperturas del análisis sociopoiético.....	38
2. Luhmann y la teoría de los sistemas sociales autopoieticos.....	42
3. Reintroduciendo la experiencia: sistemas de interacción, indexicalidad y análisis de marcos.....	58
4. El problema de la distinción.....	70
II. LA COMUNICACIÓN EN LOS SISTEMAS Y RITUALES DE INTERACCIÓN	79
1. Comunicación y virtualidad.....	79
2. De la interacción y sus sistemas.....	85
3. De la interacción y sus rituales.....	96
4. El dilema «cara-a-cara»: tipología y diferenciación de la interacción.....	117

III. INTERACCIÓN, INTERACTIVIDAD Y OTRAS OPERACIONES DE LAS INTERFACES ARTEFACTUALES.....	141
1. La comunicación de masas y la comunicación digital.....	144
2. De la interactividad y sus modos.....	166
3. La operación interactiva de las interfaces artefactuales.....	185
4. Una versión de la interacción, <i>pasando por el desvío</i> de la interactividad.....	195
IV. LA ILUSIÓN DE INSTANTANEIDAD.....	201
1. La tecnologización evolutiva de la palabra.....	205
2. Remisiones de la palabra en la comunicación digital.....	231
3. Operaciones indexicales, logros ubicuos.....	239
V. LA ESCRITURA SECUNDARIA.....	255
1. La transformación evolutiva de la <i>forma escritura</i>	255
2. Los marcos de una rediviva oralidad.....	262
3. Género, sensorialidad y sentido.....	278
VI. EPÍLOGO.....	283
1. La comunicación de la comunicación.....	286
BIBLIOGRAFÍA.....	297

A Elisa

| AGRADECIMIENTOS |

Este libro es emergente y corolario de un proceso de investigación que fue posible gracias al respaldo de una serie de instituciones. Quiero expresar mi agradecimiento para con la Universidad Nacional de Quilmes y la Sede Académica México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. En esta última institución, una primera versión de este trabajo tomó la forma de tesis posgradual, bajo los auspicios del programa de becas para extranjeros de la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México.

A lo largo del desarrollo, tanto de la investigación como de la escritura, me he visto beneficiado con numerosos comentarios y críticas. Estoy en deuda con Huáscar Salazar, Soledad Lastra, Jorge Lavín García, Adrián Velázquez y Adjani Tovar por sus lecturas, recomendaciones y acompañamiento a lo largo del arduo proceso inicial de escritura. Más tarde, Lucía Cantamutto fue una lectora inesperada y entusiasta, a quien agradezco por la difusión temprana de algunas de las ideas que aquí se presentan. Mi gratitud, también, para Andrés De Leonardis por su polivalente cooperación: revisor y corrector de mis traducciones y benéfico fotógrafo.

Debo a Liliana Martínez Pérez y a Santiago Carassale mucho más de lo que puedan expresar estas líneas. Ambos son los artífices de un espacio de cooperación donde clarifiqué mis intereses y tomé impulso para enfrentar esta empresa, donde recibí acertadas contribuciones para la construcción del abordaje y el aliento de la implacable, pero amistosa,

crítica. Estoy agradecido con Cecilia Bobes y Ángela Giglia, con quienes, en diversos espacios formativos, confronté temas y problemas significativos para mis intereses. Agradezco, también, las oportunas observaciones y comentarios de Guillermo Zermeño y Alfonso Mendiola.

Este trabajo no se hubiera convertido en libro sin la generosa iniciativa del Departamento de Ciencias Sociales de la UNQ, mediante la creación de su Unidad de Publicaciones. Quiero hacer expreso mi reconocimiento hacia las y los colegas directivos e integrantes de los cuerpos colegiados de gobierno. En especial, agradezco a Daniel Badesnes, Patricia Berrotarán, Raúl Di Tomaso y Adriana Imperatore, integrantes del Comité Editorial, y a Brenda Rubinstein por su cuidadoso trabajo de edición. Estoy en deuda, también, con Alejandro Kaufman y Armando V. Minguzzi por sus lecturas y estimulantes sugerencias.

Agradezco a mi familia y amigos, por su paciencia y aliento. Para finalizar, mi reconocimiento para con Elisa M. Pérez, en la certeza de que mi pensamiento debe mucho a sus palabras. No sólo porque es sostén emocional y cotidiano de cada hora dedicada a estos afanes, también por su delicado talento para la crítica aguda e informada. Para ella, mi agradecimiento doblemente animado por el amor y por la admiración intelectual.



Algunos pasajes de los capítulos 2 y 3 han sido previamente publicados en el artículo “La interacción social en la comunicación contemporánea”, en la *Revista de Ciencias Sociales. Segunda época, Año 4, Número 23, otoño de 2013*, publicada por la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes. Agradezco a la Revista por su amable autorización a utilizar ese material para su publicación aquí.

| PRELUDIO |

Este trabajo hace foco sobre un conjunto de procesos socio-culturales relacionados con los medios y las tecnologías de la comunicación. Con el propósito de construir un enfoque teórico que permita su indagación sociológica, se abordan y capturan una serie de tramas, dislocaciones, reformulaciones y acentuaciones que tienen lugar en los procesos comunicativos de construcción de los mundos sociales. Se trata de explorar y describir un recorte problemático de la experiencia contemporánea donde la interacción social emerge mediada por las computadoras personales, las redes que las interconectan, los teléfonos celulares, los múltiples tipos funcionales de dispositivos móviles, entre muchas otras disposiciones técnicas.

A menudo, la experiencia cotidiana del trato y el contrato con los medios técnicos de la comunicación invisibiliza las alteraciones que éstos producen en los modos socialmente convalidados de saber y de comunicar. Aflora con ello una paradoja notable: mientras esos modos se presumen estables —como garantía de continuidad de la experiencia en común—, las mediaciones que los posibilitan, los performan y los amplían adquieren una dinámica de transformación e innovación técnica vertiginosa. La familiaridad que se les asigna deja poco espacio para una descripción de género fantástico, como la que otrora supo narrar la perplejidad que ocasionaba este tipo de novedades. Recibidas con asombro o sin él, las transformaciones en las tecnologías de la comunicación son un factor decisivo en la alteración y ampliación de las facultades comunicativas.

La literatura, una fuente inagotable de descripciones de la sociedad, ofrece un indicio para ponderar cambios de este tipo. En sus *Cartas a Milena*, Franz Kafka especulaba que

...la facilidad de escribir cartas tiene que haber traído al mundo —considerada desde un punto de vista exclusivamente teórico— una terrible perturbación de las almas. Porque es una relación con fantasmas —y no sólo con el fantasma del destinatario, sino también con el propio— la que se va gestando bajo la mano que escribe, en esa carta y, más aún, en una serie de cartas, las cuales cada una corrobora a la otra y puede apelar a ella como testigo. ¡A quién se le ocurrió que la gente puede mantener relaciones por correspondencia! Uno puede pensar en una persona ausente y puede tocar a una persona presente; todo lo demás supera las fuerzas humanas. Pero escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas, cosa que ellos aguardan con avidez. Los besos escritos no llegan a destino, son bebidos por los fantasmas en el camino. Y esa abundante alimentación hace que los fantasmas se multipliquen en forma tan desmesurada. La humanidad lo percibe y lucha contra eso; para eliminar en lo posible todo lo fantasmal que se interpone entre los hombres y para lograr una comunicación natural, para recuperar la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano. Pero ya es tarde; es obvio que esos inventos han surgido en plena caída. La otra parte es mucho más serena y fuerte: después del correo inventó el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilo. Los fantasmas no morirán de hambre, pero nosotros sucumbiremos¹.

¹Franz Kafka en *Cartas a Milena* (2006, p. 149). Es oportuno reconocer que la pista para esta sugerente cita del escritor bohemio la hallé en la lectura de *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil*, de Maurizio Ferraris (2008).

Kafka denota la inquietud que augura la promesa de ubicuidad de los artificios de la palabra y de la interacción, merced al tipo especial de actualización del tiempo y del espacio que realizan. Pero también, a un tiempo, sus fantasmas no son más que las posibilidades múltiples que la comunicación mediada abre a la experiencia: sucumben los modos conocidos, pero se redesciben y se reintroducen en nuevas maneras de saber y comunicar. En un trabajo dedicado a formular una ontología para los teléfonos celulares, el filósofo italiano Maurizio Ferraris (2008) persigue, en esta misma referencia kafkiana, una hipótesis genética sobre aquellos artefactos. Al registrarlo en la genealogía de las cartas, para Ferraris el teléfono sólo amplifica y vuelve más poderoso un fenómeno ya existente. En mi perspectiva, por el contrario, los efectos de las tecnologías de la comunicación contemporáneas son más profundos y sustantivos. Dado que buena parte de las páginas que siguen están dedicadas a argumentar esta idea, baste ahora con exponer tres órdenes de supuestos iniciales sobre los que se basa esta sugerencia.

En principio, estas tecnologías implican la rearticulación de la actividad concreta de la comunicación en relación con el carácter que se le asigna tanto a la novedad y la innovación como a la tradición. En este plano, los trazos de ruptura y de continuidad con las formas anteriores construyen fenomenologías y géneros inéditos para la comunicación: lo oral, lo escrito y lo audiovisual —con todo el abanico de sus géneros y modalizaciones— convergen en relaciones recursivas en las que ellos mismos se redefinen y por las que emergen formas expresivas originales. Bajo la mediación reticular de las computadoras o los teléfonos móviles se continúa observando el mundo a través de la lectura, de la contemplación audiovisual, del intercambio

uno-a-uno y de todas las operaciones sociales y cognitivas adquiridas evolutivamente, pero ya no son las mismas o, al menos, ya no responden completamente a los esquemas interpretativos con los que fueron descritas en el pasado.

En segundo término, las tecnologías de la comunicación contemporánea modifican sustancialmente las nociones de distancia y localización, lo que, a la vez, desdibuja y re-delinea las fronteras de los contextos de interacción. Al hacerlo, crean una «ilusión (certeza) de instantaneidad» como remedio del problema de la ausencia de proximidad y del aislamiento: la idea de la presencia adquiere, así, una nueva semántica. Ya lo advierte Walter Ong: «la presencia del hombre es una presencia de la palabra», es una realización práctica de los medios que se utilizan para comunicar. Como tal, es lábil y frágil, siempre abierta y pendiente de las transformaciones en las técnicas comunicacionales. La palabra hace presente al sujeto y también a las cosas, en especial, a los artefactos que intervienen en la realización de la interacción: una vez más, “la presencia del hombre es una presencia de la palabra. Esto es cierto no sólo para la presencia de un hombre frente a otro, también lo es para la presencia con la que las cosas mismas están investidas. El modo en que las cosas se vuelven parte del mundo de los humanos, no en la medida en que son simplemente conocidas por una u otra persona, sino más bien en cómo el conocimiento de esas cosas se vuelve parte de la experiencia humana compartida, (...) está críticamente centrado en la palabra” (Ong, 1967, p. 306)².

En tercer lugar, este proceso simultáneo de rearticulación de, por un lado, los esfuerzos cognitivos y los géneros expresivos y, por el otro,

²Traducción propia del original en inglés.

las definiciones espacio-temporales se *realiza* mediante la comprensión y las distinciones que permite la observación de segundo orden³. La generalización de este tipo de observación es posible por gracia de un proceso de cambio —signado, en parte, por las mismas tecnologías comunicacionales— que opera comunicaciones en una forma distintiva, a la que propongo llamar «escritura secundaria». Ésta configura, a un tiempo, un horizonte de posibilidades para la observación y una tecnología de la palabra caracterizada por la rediviva de la oralidad, la reapropiación de las escrituras caligráfica y tipográfica y la actualización crítica del *sensorium* audiovisual. En su formulación, la idea posee —quizá más en espíritu que en su conceptualización concreta— una referencia explícita a la tesis de la «oralidad secundaria» de Ong (1967, 1997).

Sobre estos indicios, en el próximo apartado daré cuenta de la intuición sociológica que guía mis preocupaciones, en otras palabras, de la conjetura sobre la que se despliega este libro. Al mismo tiempo, precisaré con referencias empíricas y conceptuales el sentido provisional de algunos términos y estableceré las perspectivas teóricas que aquí invoco e interpeleo, confiándome a su potencialidad heurística. Antes

³La «observación de segundo orden» refiere a la operación de observar observaciones. Más adelante se considerará con mayor detenimiento la noción (ver *infra* pp. 58 y ss.). Mientras tanto y sólo a modo de indicio, es oportuno señalar que en el nivel de la observación de segundo orden es “donde es posible verificar las pretensiones de verdad, es decir, donde se observa cómo observa aquel que provee ‘afirmaciones de existencia’ con índice de verdad —o de no-verdad”, tal como afirma Luhmann (2007, p. 717) en un pasaje donde analiza el surgimiento de la lógica como operación para la producción de descripciones del mundo. Por lo demás, otras referencias podrían ofrecerse para esclarecer la idea de «observación de segundo orden»; la elección de Luhmann radica en —como comenzará a apreciar el lector sólo unas páginas más adelante— la cardinal valoración de sus propuestas teóricas en el marco de este trabajo.

de eso, es apropiado señalar que los intereses que motivan a esta empresa no están aislados. Como afirma Featherstone, “la intensidad de estos cambios representa un desafío para los teóricos interesados en entender las condiciones emergentes para la generación y transmisión del conocimiento y su relación con la proliferación de la información digitalizada y los nuevos modos de comunicación. Teorizar sobre los medios ubicuos/omnipresentes se convierte en una parte fundamental de teorizar sobre la cultura y la sociedad hoy” (2009, p. 3)⁴.

1. Algunas certezas inestables

“Tenemos que pagar por nuestro mundo, y lo hacemos con la inestabilidad o con la incertidumbre”.

Niklas Luhmann (1998, p. 29)

He elegido pagar por el mundo de este libro asumiendo una necesaria inestabilidad de los conceptos y argumentos que aquí se construyen. En buena parte, esas características obedecen a limitaciones o errores propios. En lo que no sea así, remiten también a la transicionalidad y la juventud de los fenómenos que se interpelan. Las tecnologías y los modos comunicacionales que analizo no sólo son recientes, sino que también se distinguen por su constante y veloz mutación. Esto se evidencia, por ejemplo, en la dispersa deriva terminológica con que se refiere a ellos.

En la investigación y las aportaciones teóricas de los últimos veinte años hay una cuantiosa profusión de términos para referirse a las

⁴Traducción propia del original en inglés.

nuevas formas de comunicación que posibilitan las tecnologías de la comunicación contemporánea: digitalización, interactividad, virtualidad, hipertextualidad, telemática, automatización, convergencia, *human-computer interaction* (HCI), *computer mediated communication* (CMC), entre muchos otros. Lo mismo ocurre con las nociones genéricas con las que se describen los objetos tecnológicos y los espacios de sociabilidad que éstos generan.

Dada la dispersión semántica existente para referir de modo general a computadoras, teléfonos móviles, redes sociales interconectadas, etcétera⁵, he optado por denominarlos genéricamente «interfases artefactuales»⁶. La definición de esta noción es motivo de investigación y conceptualización a lo largo del libro, donde se realizan aproximaciones desde la filosofía, la sociología, la comunicación, la antropología y la semiótica. En un entramado complejo, para definirla se vincularán diversos conceptos e hipótesis interpretativas: una lista preliminar, a modo meramente indicativo, la constituyen las nociones de «objeto social» (Ferraris, 2008), «soporte técnico» (Stiegler, 2003a, 2003b, 2004), «artefacto técnico» (Broncano, 2009), «interactividad» (Esposito, 2001; Rafaeli, 1988; Kioussis, 2002) e «interfaz» (Esposito, 2001; Scolari, 2004).

⁵También se advierte un movimiento inverso: mediante la simplificación bajo el acrónimo TIC (tecnologías de la información y la comunicación) se desvanece toda posibilidad de señalar sus particularidades. Algo que se recupera tan sólo parcialmente con el agregado del adjetivo “nuevas”, con las consabidas ambivalencias que genera su uso.

⁶Hago mía una pertinente aclaración de Carlos Scolari acerca de la palabra interfaz: “Traducimos el concepto inglés de ‘interface’ como ‘interfaz’ o, en plural, ‘interfases’. A menudo nos hemos encontrado con la traducción ‘interfase’ o ‘interfases’, un concepto referido a las ondas sinusoides (electromagnéticas) y que no tiene ninguna relación con nuestro objeto de estudio” (2004, p. 13, nota al pie 1).

Del mismo modo, he seleccionado los adjetivos «digital» y «virtual» para señalar las formas comunicacionales. La elección del término «digital» proviene de entender que la digitalización —en tanto proceso tecnológico de reducción de la información a algo que puede ser fácilmente fragmentado, manipulado, vinculado y distribuido (Scolari, 2009a; 2009b)— es lo que da lugar a la emergencia de la comunicación en red, multimediada, re-mediada⁷, colaborativa e interactiva. En lo que se refiere a «virtual», la expresión no debe entenderse en oposición a las ideas de *lo real* o *lo sensible*, sino como un modo específico de articulación de lo real en la experiencia comunicativa mediada por las «interfaces artefactuales» (Esposito, 2001).

En la conjetura que guía este estudio, las «interfaces artefactuales» se entienden acopladas problemáticamente con un conjunto de elementos, de fisonomía y estructura dispar, que pueden agruparse bajo la etiqueta de «modos de saber y comunicar». No se trata de una idea ajustada y precisa, sino más bien de una opción expresiva precaria y de fronteras porosas, utilizada a los fines de ahorrar al lector largas enumeraciones. Las «interfaces artefactuales» pueden entenderse, por un lado, como constelaciones de alternativas interaccionales⁸ pero también societales para la producción comunicativa; por otro, como constelaciones de elementos estabilizadores en los procesos de construcción de mundos sociales. Son, en suma, modali-

⁷Para un examen de la idea de *re-mediación* como operación de la comunicación mediada por «interfaces artefactuales» ver Bolter y Grusin (2000).

⁸Utilizaré el neologismo “interaccional”, o su expresión en plural: “interaccionales”, para evitar, *ex professo*, el uso del vocablo “interactiva/o”. Como se apreciará más adelante, el término “interactividad” y sus sucedáneos se reservan para una propiedad específica de la interacción mediada por las «interfaces artefactuales».

dades metodológicas de mediación, estabilización y dinamización de la experiencia.

El examen de la relación entre las «interfaces artefactuales» y los modos de saber y comunicar habilita una doble indagación: por un lado, “sobre las formas de ‘apropiación’ de los objetos técnicos, de esas ‘cosas’ que nos rodean, implicadas en los procesos de transferencia, con su amplio cortejo de declinaciones posibles” (Geslin, 2003, p. 19); por el otro, en tanto que las «interfaces artefactuales» se constituyen como «interfaces cognitivas», es oportuno investigar los géneros comunicativos, repertorios simbólicos y metodológicos específicos mediante los cuales se diversifican los alcances cognoscitivos e interpretativos del actor, de los sistemas de interacción y de la sociedad.

La *conjetura* que sostengo consiste en considerar que la introducción, la difusión y la apropiación de las «interfaces artefactuales» en los sistemas sociales contemporáneos cambian y dislocan el sólido entramado de métodos que los individuos construyen para estabilizar *indexicalmente* la fragilidad sustantiva del orden interaccional —algo que, con alguna licencia, se podría referir de forma general como un «dispositivo etnometodológico»—, reformulan los géneros comunicativos (Luckmann, 2008) con los que se establecen los contextos de la interacción en tanto marcos (Goffman, 2006) y acentúan la aparición de una forma especial de racionalidad «cibernética» (Mendiola, 2002) en los sistemas de interacción. Estas presunciones son deudoras, en general, de una observación y, por consiguiente, de una pregunta, que Niklas Luhmann formula en su obra *La Sociedad de la Sociedad*:

Quizá (...) comparar el rendimiento de las computadoras con la conciencia (o con la comunicación) sea un problema secundario. También dejaremos sin responder si el trabajo (o el juego) con

las computadoras puede entenderse como comunicación —si, por ejemplo, en los dos lados se encuentra dada la característica de la doble contingencia—. Con ello queda abierto si —para que este caso se incluya— no habría que cambiar el concepto de comunicación (y cómo habría que cambiarlo). Aunque la pregunta más interesante es: *¿cuál es el efecto que se produce en la comunicación de la sociedad cuando se ve influida por el saber mediado por las computadoras?* Lo que realmente se observa son redes de interconexión que operan mundialmente para coleccionar, evaluar y hacer nuevamente disponibles datos (...). En esto podría encontrarse otro argumento para el hecho de una sociedad del mundo que intensifica y acelera las comunicaciones de tal manera que sin estos nuevos medios de difusión no sería posible (pp. 235-236)⁹.

Varios interrogantes, relacionados con mi conjetura, se abren paso a partir de esta sugerencia de Luhmann. En primer lugar, es válido preguntarse por el papel de las «interfaces artefactuales» en la emergencia y acentuación de un nuevo tipo de racionalidad como horizonte de las observaciones sistémicas; esto es, inquirir las posibilidades efectivas de la racionalidad cibernética. Como trasfondo de esta pregunta también hay una certeza provisional: no hay razón sino razones, y éstas tienen una relación vigorosa con las tecnologías de la comunicación. Por caso, persiguiendo la tarea de una historización de las racionalidades, el historiador Alfonso Mendiola (2002) apunta que los diversos tipos de racionalidad —retórica, científica y cibernética— se corresponden con los dispositivos dominantes en las tecnologías de la comunicación —oral, tipográfica y telemática, respectivamente—.

⁹El énfasis en *italica* es mío.

Un segundo interrogante puede formularse de la siguiente manera: ¿cómo el uso y la apropiación de las «interfaces artefactuales» transforman la relación con los objetos comunicativos? Aquí la referencia al uso y la *apropiación* remite a aspectos de orden instrumental y corporal. La exploración de las relaciones de condicionamiento mutuo entre corporeidad y artefacto implica considerar el problema de la espacialidad en términos de distancia y proximidad, así como las funciones ampliativas y protésicas de la tecnología. La exploración de la «ilusión de instantaneidad» será capital para la elaboración de respuestas tentativas a esta cuestión. Por su parte, la alusión a la *relación con los objetos comunicativos* pone de relieve la necesidad de indagar en aspectos de orden lingüístico, con énfasis en el examen de los componentes culturales orales, tipográficos y digitales, como modos configurados a partir de las mediaciones técnicas.

Por último, emerge una tercera pregunta: ¿cómo las «interfaces artefactuales» producen nuevos “géneros comunicativos” que diversifican los alcances cognitivos e interpretativos del actor? Los *géneros comunicativos* —en el sentido que da a esta expresión Thomas Luckmann (2008)— remiten, al menos, a dos órdenes de asuntos relacionados: por una parte, al examen de las alternativas para la construcción comunicacional de los sistemas de interacción; por otra, a la consideración de cuestiones relativas a la interpenetración entre medios y estilos comunicativos, lo que permite la re-introducción y valorización operativa de las modalidades expresivas que especificaron la experiencia social, bajo el imperio de cada una de las tecnologías de la comunicación históricamente datadas. Perseguiré la configuración de un enfoque teórico para trabajar estos indicios en la ya referida conjetura de la «escritura secundaria».

Todas las dimensiones de indagación abiertas por estas preguntas están atravesadas por un problema cardinal: la cuestión del sentido y

alcance de la noción de «interacción». En efecto, aquí he asumido, un tanto despreocupadamente, que este proceso social de alta penetración sobre la cultura, el conocimiento y la configuración de la experiencia relacionado con las «interfaces artefactuales» puede atisbarse preponderantemente en los sistemas de interacción o, en otras palabras, en el examen de los vínculos comunicacionales directos entre actores (aun cuando gran parte de la tradición de análisis sociológico limita la observación de la interacción a los vínculos entre personas bajo la condición de co-presencia).

Tres cuestiones han de anticiparse en este preludeo: por un lado, que en el desarrollo del trabajo argumentaré e ilustraré la posibilidad cierta de datar la interacción por fuera de las relaciones cara-a-cara, algo que es posible describir, al menos, desde la invención de la escritura y que se refuerza evolutivamente con cada innovación técnica. Por otro lado, y con vigorosas remisiones sobre los objetos de este estudio, que bajo el arbitrio de las «interfaces artefactuales» se reintroduce en la interacción mediada el repertorio de operaciones y fórmulas deícticas propias de la oralidad. Se abre así todo un campo para el examen ampliado de la función de la indexicalidad en el marco de los sistemas de interacción. Finalmente, que mediante estos procesos de actualización y recuperación de la experiencia, es la comunicación —y no el sistema, sea del tipo que fuese— la que recibe, reintroducida, a la interacción.

La perspectiva teórica básica que asumo combina la teoría de los sistemas sociales o *sociopoiesis* de Niklas Luhmann, la etnometodología de Harold Garfinkel y el análisis de la interacción y de los marcos de la experiencia de Erving Goffman. La hipótesis de Luhmann acerca de la centralidad de la comunicación, como proceso de selección de un significado entre las posibilidades dadas por un universo plural de opciones, es el pa-

raguas bajo el que se aglutinan el resto de las perspectivas. Habitualmente entendida como una *sociología sin sujetos*, la perspectiva luhmanniana abre, no obstante, la posibilidad de considerar la actuación en su distinción entre sistemas sociales y sistemas de interacción —sistemas donde se verifica la operación comunicativa de selección de un significado que, por lo demás, es frágil y está sujeto a la doble contingencia—.

Por lo demás, es apropiado entender a los sistemas de interacción como mundos sociales. “El mundo es tan sólo el horizonte total de toda vivencia provista de sentido, sea que esté dirigida hacia el interior o hacia el exterior o, en el plano temporal, hacia adelante o hacia atrás. El mundo no se cierra con límites sino con el sentido que en él se activa. Requiere ser comprendido no como agregado, sino como correlato de las operaciones que en él se efectúan” (Luhmann, 2007, p. 115). En la perspectiva que asumo, el mundo social de la vida cultural, *qua* sistema de interacción, no es único, sino plural. No es mundo, sino *mundos*: cerrados cada uno respecto de los sentidos que activa, abiertos cada uno por la exigencia de continuar las comunicaciones que los posibilitan y producen.

Nelson Goodman provee señales significativas para comprender este carácter ambivalente de la producción de los sistemas de interacción. La actualización del sentido que los enmarca —y, con esto, los diferencia de otros mundos posibles— abrevia en la particular función de los géneros comunicativos. “Los mundos difieren según los géneros que son en cada caso pertinentes y que cada uno de ellos incluye” y la idea de pertinencia refiere a que los géneros son “del orden de los hábitos y las tradiciones, o son géneros nuevos que acaban de ser ideados para un propósito nuevo” (1990, p. 28).

Por otro lado, los mundos están abiertos a producir novedades internas y externas, es decir, nuevos mundos. Los mundos alternativos

se construyen merced a procesos de composición y descomposición, de acentuación, de ordenación, de supresión y complementación e, incluso, de deformación (Goodman, 1990, pp. 25-37). Estos procesos constructivos requieren trabajo cultural y social enfocado a la comprensión del entorno: los mundos, afirma Goodman, se hacen en igual medida en que se encuentran, y su conocimiento comprensivo puede entenderse al mismo tiempo como *rehacer* y como *referir*. Pero el *saber* y la *comunicación*, entendidos así como reelaboración y referencia, “no puede[n] ser exclusiv[os] ni tampoco primariamente una cuestión que se refiera a la determinación de lo que es verdadero. Con frecuencia, los descubrimientos no se producen cuando alcanzamos a formular una proposición que se propone o se rechaza sino cuando hallamos algo que se ajuste, que encaje, como sucede cuando colocamos la última pieza que falta en un rompecabezas” (Goodman, 1990, p. 42).

Esta propuesta *pluralista* es contrapunto y puente desde la teoría de los sistemas sociales hacia la tradición del pensamiento sociológico, que puede articularse trazando conectores entre la fenomenología social, la etnometodología y los aportes de Goffman¹⁰. Bajo el paraguas de Goodman, la articulación conceptual de las ideas de los mundos al alcance asequible, de las realidades múltiples, de la producción localizada del orden y de los marcos de referencia de la experiencia modelan un espacio fecundo donde explorar argumentalmente las preocupaciones que motivan este trabajo: el examen teórico de las formas novedosas de interacción, de producción de géneros comunicativos

¹⁰En especial, para mis intereses, en tres de sus trabajos: *Ritual de Interacción* (Goffman, 1970), *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (Goffman, 1981a) y *Frame Analysis* (Goffman, 2006).

y de observación de la relación entre los sistemas sociales y su entorno. Formas cuya novedad deriva de la ambivalente articulación de los modos de saber y comunicar, merced a las posibilidades múltiples y superpuestas que ofrecen las «interfaces artefactuales».



Para concluir estas líneas introductorias, una rápida reseña sobre los contenidos siguientes y su organización. En líneas generales, este trabajo puede diseccionarse en dos partes: los primeros tres capítulos, tomados en conjunto, presentan el entramado de fundamentos y aperturas teóricas que dan forma a la perspectiva global de análisis y sus proposiciones. Basados en éstas, los últimos tres capítulos conforman el territorio de exploración de las dos hipótesis interpretativas principales: las conjeturas de la «ilusión de instantaneidad» y de la «escritura secundaria».

El capítulo I comienza con una primera aproximación a la idea de «interfaces artefactuales», centrada en la especial relación entre actor y técnica. Se exponen, luego, los lineamientos de la perspectiva teórica principal del estudio: la teoría de sistemas sociales de Niklas Luhmann. Además, se trabaja sobre una primera aproximación a la vinculación entre ésta y los desarrollos etnometodológicos y del análisis de los marcos de la experiencia (Goffman, 2006). Estimulada por estos esfuerzos, se propone una primera versión de la tesis de la «escritura secundaria».

Los capítulos II y III están dedicados a explorar la cuestión de la interacción y sus remisiones. En “La comunicación en los sistemas y rituales de interacción” —capítulo II—, el objetivo es trazar una tipología y una diferenciación de la interacción, que permita esclarecer

teóricamente las posibilidades de su ocurrencia tanto en los contextos de percepción sensible directa como en aquellos mediados por las diferentes técnicas de la comunicación. Por su parte, en “Interacción, interactividad y otras operaciones de las interfaces artefactuales” —capítulo III—, el énfasis discurre sobre la construcción de una versión de la noción de interacción mediada por las «interfaces artefactuales». Para esto, se indaga en las particularidades de la comunicación digital, se precisan las características del medio virtual, se relevan los modos de la interactividad y se concluye la definición de las «interfaces artefactuales».

El capítulo IV aborda las trasposiciones que las innovaciones técnicas permiten para asegurar la realización indexical de la comunicación. La intención es cifrar y datar las transformaciones comunicativas que habilitan observar la experiencia de la deslocalización y la instantaneidad. Una observación que se hace posible merced a innovaciones en los modos de saber y de comunicar y en la que está comprometida la palabra bajo el signo de la digitalización.

En “La escritura secundaria”, capítulo V, se plantea la dinamización de dos estructuras argumentales. Por un lado, se analizan las transformaciones que la comunicación digital opera sobre los efectos que el uso comunicativo de la escritura tuvo sobre la propia comunicación. Por otro, se explora el alcance de la convergencia de la oralidad, la escritura y los medios masivos en un único entorno medial. Esto se realiza a través de las estrategias de construcción de marcos de experiencia en los entornos comunicacionales de las «interfaces artefactuales», con relación a lo que Ong denomina las psico-dinámicas de la oralidad. En conjunto, ambas indagaciones permiten dar cuenta de la particular operación de la «escritura secundaria», considerada como una forma evolutiva de tecnologización de la palabra.

Por último, el capítulo VI toma la forma de un “Epílogo”. Se elabora allí, en clave de resumen combinatorio, el esquema de conjunto de las investigaciones llevadas adelante en los capítulos anteriores, indicando sus referencias mutuas, sus interconexiones y los problemas comparativos que pueden derivarse. El énfasis está puesto en esclarecer las remisiones del estudio hacia las dimensiones del sentido, la racionalidad y la presencia.

Dado que se trata de un trabajo signado por la inestabilidad, no aspiro a presentar un resultado absolutamente cerrado —dado que eso negaría en sí mismo su carácter de reflexión, en buena medida, metateórica—, sino a un *ajuste de cuentas* teórico que permita la apertura de nuevos problemas y líneas de investigación teóricas y empíricas. Así, el capítulo final presenta, también, observaciones y referencias que, en apariencia, se desligan de los problemas tal como han sido formulados y trabajados, pero que sostendrán coherencia con el orden de dificultades e intereses de las perspectivas teóricas que aquí se interpelan, discuten y promueven.

I. LA DISTINCIÓN DEL PROBLEMA Y EL PROBLEMA DE LA DISTINCIÓN

“Una exclusión es siempre necesaria cuando se procede con rigor”.

Michel de Certeau (2003, p. 52)

La remisión inmediata, en parte trivial, de la expresión «interfaz artefactual» se dirige a una serie de objetos técnicos vinculados a la comunicación y al procesamiento, el archivo y la circulación de la información.

La idea de «interfaz» implica, al menos, dos cuestiones diferenciadas: en un sentido, que el objeto no porta la comunicación sino que la procesa y la conduce. Conducción aquí debe interpretarse en dos sentidos: en tanto guía y en tanto conducto, es decir, medio por el que algo se transmite —v.gr., al modo en que los metales conducen la electricidad—. Los artefactos comunicativos son, así, puentes entre formas de sentido.

En otro rumbo, el objeto asume una materialidad precisa que constriñe y disciplina al cuerpo con el que interactúa. Dos interrogantes emergen de esta afirmación: ¿de qué manera reconstruye al artefacto la interacción que él mismo posibilita? Y, simultáneamente, ¿de qué manera el artefacto reconfigura al cuerpo? En orden a esta última pregunta, es posible recuperar el énfasis que pone Hall en que el humano “se distingue de los demás animales por el hecho de haber

elaborado (...) prolongaciones de su organismo. Al crear esas prolongaciones, el hombre ha podido mejorar o especializar diversas funciones” (1997, p. 9)¹¹. Se connota así el carácter protésico de las «interfaces artefactuales»¹² Por lo demás, la idea de la tecnología como prolongación o extensión se utiliza aquí de forma meramente indicativa. Desde la perspectiva de este trabajo, se prefiere utilizar, para este aspecto, la noción de «ampliación», que permite declives hacia las ideas de novedad y creatividad, antes que la de «extensión», referida, en general, al ensanchamiento o prolongación de unas mismas e inmutables capacidades.

Sin embargo, los modos en que los artefactos operan sobre el cuerpo admiten también otras restricciones y aperturas.

Los medios penetran nuestros cuerpos (...). Accedemos a baratos dispositivos móviles multifuncionales que permiten la comunicación directa (voz, texto, correo electrónico), pero también ofrecen mayores posibilidades para la descarga de contenidos y para capturar, grabar y transmitir imágenes y sonido mientras nos movemos a través de diferentes mundos. Al mismo tiempo, las personas se han convertido en “multitasking” atendiendo a sus pequeñas pantallas; mientras se trasladan también están siendo observadas, registradas y grabadas por las cámaras de vi-

¹¹Nobleza obliga, Hall concluye este párrafo afirmando también que “el lenguaje prolonga la experiencia del tiempo y el espacio, y la escritura prolonga el lenguaje”. Como explicitaremos más adelante, en nuestro abordaje vinculado con la sociología de sistemas, *lenguaje* es, antes que una tecnología, un medio.

¹²Carácter que, entre otras cosas, ha sido relevado por la antropología social postmoderna y por la antropotecnología (Geslin, 2003). Como se expondrá más adelante en este capítulo, es, también, una propiedad de la caracterización que Bernard Stiegler (2003a, 2003b, 2004) realiza del «soporte técnico».

gilancia, programas espía informáticos, biometría, etc. Los nuevos medios de comunicación ubicuos ofrecen mayores posibilidades al Estado y otras agencias para la vigilancia y el registro, no sólo son benignos y amigables “entornos inalámbricos” (Featherstone, 2009, p. 3)¹³.

La indagación sobre los objetos y las mediaciones que éstos posibilitan o restringen es un capítulo nodal en los derroteros de este trabajo y será retomada varias veces en su desarrollo. Desde las aperturas que permiten los desarrollos de Luhmann acerca de la función y las operaciones de los medios de comunicación en la autoproducción de la comunicación¹⁴, hasta las categorías antropológicas para la distinción y la caracterización de objetos rituales y simbólicos, el abordaje de los objetos sociales es diverso —y muchas veces desencontrado u opuesto— en el rango de las perspectivas que este estudio interpela.

Como punto de partida, son potencialmente fértiles una serie de *verificaciones ontológicas* propuestas por Maurizio Ferraris (2008) en su trabajo sobre la ontología del teléfono celular, que dan cuenta, simultáneamente, de la estabilidad y de la volatilidad de los objetos sociales. Para Ferraris¹⁵ existen tres principios de los “objetos físicos que constituyen la trama ordinaria de nuestra experiencia” que no se modifican por las transformaciones contemporáneas, especialmente aquellas vinculadas con las «interfaces artefactuales». Se trata de tres principios cuya validez es continua: en primer lugar, que «el mundo

¹³Traducción propia del original en inglés.

¹⁴Cfr. Luhmann (2007). Especialmente, el capítulo “2. Medios de comunicación” (pp. 145-317) y el apartado “IX. Técnica” (pp. 399-408) del capítulo “3. Evolución”.

¹⁵Cfr. Ferraris, 2008, pp. 68-70. También para las citas textuales en este párrafo.

está lleno de cosas que no cambian», en virtud de que los vínculos ecológicos —esto es, los que son posibles merced a las capacidades corpóreas y a las dotaciones perceptivas del sujeto— no cambian y determinan la estabilidad de los objetos. Luego, la idea de que «el mundo está lleno de cosas de talla media», al alcance de la capacidad corporal. Ferraris advierte que “la técnica parece presentarse como una lucha sin cuartel contra el espacio”. Por último, que «el mundo está lleno de cosas que no es posible corregir». Si las cosas no cambian, es porque no se corrigen, y “son ellas las que establecen vínculos con nuestra acción y definen el espacio de posibilidades”.

En este marco de *inmutabilidad* de los objetos, parecería que no hay lugar para pensar —como se intenta en este trabajo— las relaciones de transformación sobre los «modos de saber y de comunicar» en las que participan aquéllos. Sin embargo, Ferraris abre una puerta para pensar estas cuestiones a partir de dos órdenes de ideas: por un lado, *verificaciones ontológicas* que describen cambios a nivel del *saber* y de la *posibilidad*; por otro, en su distinción entre objetos *físicos, ideales y sociales*¹⁶.

Respecto del *saber*, el cambio reside en un hecho, a la vez, estructural y fenomenológico: la “eclosión de la escritura, es decir, (...) una prolongación hasta la monotonía de las formas tradicionales de transmisión de saber” (Ferraris, 2008, p. 75). Dicha *eclosión* —que permite

¹⁶A modo de contrapeso y apertura, la siguiente cita de Erving Goffman: “Aquí alego de nuevo que el sentido de un objeto (o de un acto) es producto de una definición social y que esta definición emerge a partir del rol del objeto en la sociedad en general, convirtiéndose ese rol entonces, para círculos más pequeños, en algo dado, algo que puede ser modificado pero no totalmente recreado. El sentido de un objeto se genera, sin duda, mediante su uso, diría un pragmático, pero no es corriente que lo sea a partir de los usuarios particulares. En resumen, no todo lo que se usa para clavar clavos es un martillo” (2006, p. 42, nota al pie 25).

observar también el despliegue histórico de la tecnologización de la palabra, en el sentido de Walter Ong (1987)— presenta elementos de redundancia, pluralidad de significados y desestabilización de certezas. Como anverso, “cambia lo posible, la imaginación” (Ferraris, 2008, p. 76), entendido esto en un sentido potencial, antes que como eventualidad de hecho, ya que en el campo de las propiedades físicas la *cosa* está limitada por sus posibilidades fácticas.

Es en este punto donde toma relevancia la idea de *objetos sociales*, en tanto distintos de los *físicos*, dados por su existencia en el espacio y el tiempo, y de los *ideales*, constituidos por su existencia fuera de espacio y tiempo. Los objetos sociales “requieren modestas porciones de espacio y tienen un inicio en el tiempo” (Ferraris, 2008, p. 87), pero, sobre todo, “necesitan un soporte físico que, sin embargo, no es dominante, puesto que consiste en una *inscripción* en el papel, en la memoria magnética, en la cabeza de una persona” (Ferraris, 2008, p. 89). El objeto social es, antes que nada, una *huella* que se inscribe y, por ese acto, se objetiva. En el acto de objetivación, que implica una condensación de significados al tiempo que la necesidad de su repetida confirmación, adquieren importancia la *eclosión de la escritura* —con su particular despliegue de ambivalencias— y la *ampliación del campo de lo posible*, como vectores de la transformación de los modos de saber y de comunicar. También allí y en la dependencia de ese acto respecto de un soporte físico, se reaviva la potencialidad de la idea de «interfaz artefactual».

Stiegler nos brinda un indicio para relacionar esta propiedad del artefacto técnico como soporte para resguardo de la memoria, con su carácter protésico: “El saber humano es tecnológico en su esencia, (...) que sin superficies de inscripción artificial de la memoria no hay posibilidad alguna de saber y que las características concretas de estos

soportes, en tanto que materia inorgánica organizada, constituyen la realidad de las operaciones cognitivas humanas. Planteando *a priori* que es concebible una simulación mecánica del pensamiento, como producción de una prótesis del pensamiento, el modelo cognitivista olvida el papel originario de la prótesis en el pensamiento: lo que no es pensado es el acoplamiento entre el *quién* y el *qué* en tanto que es más antiguo que el *quién* y que el *qué* como tales” (Stiegler, 2003b, p. 246). Abordar la frontera que enlaza a cuerpo y soporte técnico como el elemento definitorio permite, con la especificidad de la que se dará cuenta en las próximas páginas, pensarla como una *distinción* y, por tanto, un sistema. “El sistema es lo que se presupone en cuanto que el actor o su acción pretenden referirse a un fenómeno. Se presupone porque uno no puede hacer nada de cero; ni en la vida propia ni en la relación con cualquier fenómeno. Los sistemas, entendidos como conjuntos de posibilidades no evidentes, ya están ahí; emergen, posibilitan y limitan lo que va a suceder. Ahora bien, al mismo tiempo, no son otra cosa que la relación que existe entre actor y fenómeno, pese a que ambos —actor y fenómeno— son lo que son gracias a esa relación” (Baecker, 2005, p. 15).

Para Stiegler, todo *soporte técnico* es “a) una exteriorización y una especialización de la experiencia, b) un soporte de memoria, c) la síntesis de una secuencia de actos cognitivos y prácticos recurrentes, d) una prótesis que pro-viene, pro-yecta y posiciona el pensamiento en un ‘retraso’ estructural” (Sei, 2004, p. 342)¹⁷. En efecto, el artefacto porta un *saber hacer* externo al individuo, conservando en sí mismo parte de la experiencia anterior. Y en ese sentido es también memo-

¹⁷Sigo en estos párrafos la interpretación y síntesis de Sei, 2004, pp. 342-347.

ria al testimoniar el pasado, trasvasar generacionalmente modos de interacción con el mundo y permitir la reiteración de la experiencia, creando la ilusión de la objetividad del saber contenido.

La utilización de un artefacto implica, además, “la repetición de los actos mentales y gestuales programados en el objeto mismo, pero precisamente porque el programa es exterior al cuerpo del individuo puede generar, al azar o intencionalmente, una diferencia” (Sei, 2004, p. 343) que puede ser acumulada, constatada y experimentada. Por último, el soporte técnico estructura la relación con el tiempo, permitiendo la distinción entre el pasado, el presente y el futuro, disolviendo la inmediatez biológica. Es esta cuarta característica del soporte técnico la que actualiza las posibilidades de todas las otras características y la que abre un horizonte donde pensar el problema de la *ilusión de la instantaneidad* que la comunicación digital construye: la técnica asume una estructura ambivalente al expresar una anticipación y un retraso. Retraso (*epimetheia*), porque todo artefacto técnico es siempre preexistente —aún en su novedad—, es siempre memoria de la experiencia pasada; anticipación en tanto previsión (*prometheia*), como intento de conjuro de la contingencia, de la inesperable diferencia. La reapropiación stiegleriana del mito de Prometeo (*el que prevé*), recuperando del ostracismo y resignificando la figura de Epimeteo (*el que olvida y se equivoca*), constituye, así, anverso y reverso de la temporalización. A través de este prisma, Stiegler, retomando a Leroi-Gourhan, propone una provocativa inversión:

(...) es la herramienta, es decir, la *techné*, la que inventa al hombre, y no el hombre el que inventa la técnica. E incluso: *el hombre se inventa en la técnica inventando la herramienta* —exteriorizándose tecno-lógicamente—. Ahora bien, *el hombre es aquí el ‘interior’*: no

hay exteriorización que no designe *un movimiento del interior hacia el exterior*. Sin embargo, el interior es inventado por ese movimiento: no puede, por lo tanto, precederlo. Por consiguiente, interior y exterior se constituyen en un movimiento que inventa al uno y al otro a la vez: un movimiento en el que *se inventan el uno en el otro*, como si hubiera una mayéutica tecno-lógica de eso que se llama el hombre (Stiegler, 2003a, p. 213)¹⁸.

Este movimiento de mutua remisión e invención entre hombre y técnica propuesto por Stiegler guarda una llamativa analogía con la teoría de la *forma*, central en el pensamiento de Luhman. Será tratada en detalle en las próximas secciones, pero baste ahora con señalar que la *forma*, cuya conceptualización Luhmann recupera de la teoría matemática de George Spencer Brown¹⁹, representa un límite: una marca que especifica una diferencia, la cual permite datar el espacio invocado por el observador. La forma, establece Luhmann, es una “*autorreferencia desplegada en el tiempo*. Hay que partir siempre del lado señalado y se necesita tiempo para una operación posterior: tanto para permanecer en el lado designado como para atravesar el límite que constituye la forma. Atravesar es un acto creativo” (2007, p. 41).

¹⁸Desde otra perspectiva, Broncano atisba conclusiones análogas: “La teoría de la evolución es una teoría de probabilidades y de sucesos singulares que son amplificadas por condiciones contingentes que, ciertamente, necesitan una permanencia para convertirse en adaptaciones, pero no siempre es la función aparente la que motiva la evolución del rasgo en la población. Los humanos no están inacabados, al contrario, sus técnicas, sus prótesis, los contextos de artefactos en los que evolucionaron sus ancestros homínidos los constituyeron como especie: no necesitan la técnica para completarse, son un producto de la técnica. Son, fueron, somos lo que llamaré seres ciborgs, seres hechos de materiales orgánicos y productos técnicos como el barro, la escritura, el fuego” (2009, pp. 19-20).

¹⁹Spencer Brown, G. (1979), *Laws of Form*. Nueva York: Dutton.

La idea de forma implica un espacio que permite la diferenciación del sistema respecto de su entorno, el cual permite al observador —que es lo inobservable— observar “el hecho de que distinguir y señalar son una operación única” (2007, p. 48): en otras palabras, distinguir la forma y señalar lo que está más allá de su límite. Sin embargo, al realizar la distinción, lo elegido contiene a lo no elegido en una relación de mutualidad y simultaneidad: “el cielo y el infierno, o los ángeles y los demonios, junto con referirse mutuamente, saltan de un lado a otro, también lo excluido permanece para futuras selecciones. Todas las formas se construyen como diferencias autorreferidas y se caracterizan por adosar criterios para programar la aceptación o rechazo de uno de los lados” (Arnold, 2006, p. 226).

En este sentido, se manifiesta oportuna la posibilidad de introducir las precisiones conceptuales de Stiegler en la arquitectura teórica luhmanniana, o, al menos, de leer a Stiegler desde Luhmann. No sólo en virtud del ajuste de la lógica teórica de este último sobre los postulados del primero, sino también en la coincidencia sustantiva sobre el carácter ambivalente y recursivo de la temporalidad. “La diferencia temporal del antes y después es en sí misma una forma de simultaneidad, porque no puede haber un antes (el antes no sería un antes) sin un después”, apunta Luhmann (2002, p. 10).

Prometheia/epimetheia, antes/después, son distinciones de la forma *temporalidad* asociadas, por distintas vías, a producciones tecnológicas: en Stiegler, como portento propio del soporte técnico; en Luhmann, como posibilidad e improbabilidad creciente —no única, pero preponderante— a partir de la emergencia de la *forma escritura*, que distingue lo escrito de lo oral y, con ello, hace emerger la comunicación como operación autológica, constructiva del sistema sociedad: “ya no

se trata de una transmisión de información de individuo a individuo. El escritor no puede conocer al lector y no puede saber su estado de información. Se vuelve imposible tener el control de las necesidades e intereses a nivel de los individuos participantes. En lugar de esto, el proceso de comunicación debe controlarse a sí mismo, acondicionándose con indicadores sustitutos de interés y relevancia. Se refiere a sí mismo para poder continuar” (Luhmann, 2002, p. 19).

La perspectiva luhmanniana será el prisma y el paraguas acogedor del enfoque de este trabajo. En su poder explicativo y en su inherente conexión de diversas fuentes y abordajes²⁰, se cifran las esperanzas de articular respuestas teóricas para los problemas que incitan este esfuerzo de conceptualización.

1. Posibilidades y aperturas del análisis sociopoético

“...es preciso animar a la sociología, y decirle que la empresa no tiene por qué acabar en una afirmación, en el consenso o en el conformismo. Todo lo contrario: ¡el prototipo teológico del observador del sistema dentro del sistema es el diablo!”.

Niklas Luhmann (1998, p. 53)

El sociólogo chileno Marcelo Arnold establece que la sociopoesis es “un programa para la observación de sistemas sociales [cuya] for-

²⁰La teoría de Luhmann se caracteriza porque conecta diversas fuentes, constituyéndose en una nueva realidad, donde los diferentes objetos que la constituyen ya no refieren necesariamente a su uso original, sino que hacen sentido junto a sus nuevos compañeros. La forma como Luhmann conecta diferentes fuentes no corresponde a un mero traspaso neutro de información: implica una transformación o, en términos de Michel Serres, una *traducción*” (Farías y Ossandón, 2006, p. 30).

taleza consiste en acompañarse con los problemas contemporáneos, y sus premisas consideran las distintas ‘racionalidades’ que coexisten en la sociedad, las que se explican como consecuencias de su extrema diferenciación” (Arnold, 2006, pp. 219-220). Una de sus fortalezas, señala, es la sustitución de la noción de verdad por la de *viabilidad*, que señala aquello que hace posible la continuidad autopoiética de los sistemas que operan mediante observaciones.

En este sentido, los problemas que se abordan desde la teoría de sistemas sociales son identificados, en primer lugar, en los términos precisos en que son notificados socialmente. “Sus observaciones remiten a comunicaciones que están ajustadas a las expectativas sociales, y sus registros iniciales son generativos de los problemas a investigar más acuciosamente. De este modo, se constituyen ‘objetos de investigación’, visualizados como espacios de relaciones comunicativas que se especifican por su comunidad de sentido. Los problemas acotados se tratan como ‘espacios no marcados’, sobre ellos se aplica la observación de segundo orden” (Arnold, 2006, p. 232). Buena parte de este trabajo procede en ese sentido. Data e introduce el tema del estudio en referencia a resultados de investigaciones y a discursos socialmente difundidos²¹. Considerados al modo de observaciones de primer orden, permiten el desarrollo de investigaciones empíricas que descansan en las formas lingüísticas que proporciona la sociedad.

²¹Arnold asevera que la vinculación entre la investigación sociopoiética y las técnicas emergentes del paradigma cualitativo permite “ampliar los focos de observación, posibilitando analizar artículos de prensa, informaciones históricas, protocolos y equivalentes. Con ellos se presentan observaciones en planos diferentes a lo que sus observados observan, favoreciéndose las reformulaciones y la generación de nuevas hipótesis” (Arnold, 2006, p. 234).

“El principio sociopoiético consiste en someter los registros, análisis, explicaciones e interpretaciones a observaciones desde distintas perspectivas y estrategias” (Arnold, 2006, p. 234).

La empresa que se materializa en estas páginas es el resultado de un proceso constructivo desprovisto de exploración empírica en términos convencionales. Se asume como indagación conceptual y ejercicio argumentativo con el objetivo de construir una articulación teórica particular, sobre un recorte problemático de la realidad social contemporánea. Sin embargo, en clave sociopoiética, puede entenderse como una investigación mixta, de encrucijada, toda vez que recupera operaciones comunicativas producidas socialmente, las observa y las reintroduce. Es oportuno destacar aquí la caracterización que Dirk Baecker realiza del programa sociopoiético de investigación:

(...) el pensamiento sistémico-teórico es un instrumento epistemológico para ver cómo, a través de la comunicación, se establecen y desarrollan tres distinciones: (a) la distinción social entre actor y observador, (b) la distinción ecológica entre sistema y entorno y (c) la distinción temporal entre pasado, presente y futuro. La teoría de sistemas comienza a observar los grados de libertad que la sociedad moderna alcanza cuando desarrolla estructuras que sitúan el actuar en el marco de la observación, que descartan el entorno y lo vuelven a leer en el sistema y que enfatizan un pasado memorable y un futuro desconocido, forzando de esta manera al presente a entrar en el fantasmagórico cargo de las selecciones en las que no se puede confiar. En su versión sociológica, la teoría de sistemas está inclinada a creer que si se pretende reconsiderar la distinción ecológica, debe preguntarse por la distinción temporal, siendo la distinción social el medio de dicha pregunta (Baecker, 2005, pp. 18-19).

La teoría general de los sistemas sociales es una teoría ambiciosa pero, sin embargo, consciente de su límite: en las fronteras de las selecciones que es capaz de observar, está la promesa de su desarrollo inacabado como metáfora del cambio y de la imprevisibilidad de la sociedad. En lo sucesivo exploraré —en una empresa a todas luces incompleta— algunos elementos que permiten pensar la asombrosa plasticidad dinámica de una teoría que se funda en la diferencia, para establecer una unidad despojada de toda ontología.

Luhmann nos recuerda que “la identidad de un campo de investigación consiste en su manera particular de resolver problemas irresolubles, en sus formas especiales de suciedad y deshonestidad, y en su forma de hacer frente a su paradoja fundamental” (1998, p. 26). El autor enfrenta el problema irresoluble del, permítaseme llamarlo de este modo, *prejuicio epistemológico-propiamente-dicho*²² en el campo de la sociología y lo resuelve con la instauración autológica de la paradoja del sentido, como posibilidad de producción de una autodescripción y de una descripción del observador en tanto sistema. Se monta en la *suciedad* de la tradición, para transparentar la imposibilidad de la consistencia —despreciando los esfuerzos seminales de Parsons— y la contingencia siempre actualizable de una nueva consistencia a partir de trazar lazos hacia otros subsistemas de la ciencia. Hace frente a la paradoja, asumiendo la posibilidad de que en las selecciones que acrecientan la complejidad y los cambios en el *médium* sentido impliquen, incluso, cambios devastadores sobre lo que el observador distingue como la operación básica donde emerge la sociedad: la comunicación. En el esfuerzo por asegurar la coherencia de construcción teórica,

²²Cfr. Luhmann, 1998, p. 53.

Luhmann no puede sino aceptar que la operación básica que distingue —la comunicación— es en sí misma una selección actual del sistema observador sociología; siempre abierta, por lo demás, a nuevas clausuras operativas. Por cierto, sucede que “la identidad es lo que es, y es lo que no es” (Luhmann, 1998, p. 46). Precisar e interpretar las afirmaciones de este párrafo, al tiempo de presentar elementos básicos de la teoría luhmanniana, es el cometido de la próxima sección.

2. Luhmann y la teoría de los sistemas sociales autopoieticos

La noción de «forma» es cardinal para comprender el sentido y el alcance de la perspectiva luhmanniana de la sociedad, toda vez que se enlaza analíticamente al concepto de observación. Es, además, un punto de partida pródigo para una revisión inicial de la propuesta teórica de Luhmann, con foco en aquellos elementos significativos para este estudio. Es claro que podrían elegirse otros puntos de partida u otras alternativas exegéticas de los conceptos luhmannianos. Sin embargo, el alto grado de abstracción de la idea de forma, su potencial explicativo de la utilización de la noción de diferencia y, por lo demás, su carácter de concepto básico de la teoría de los sistemas sociales son las razones de mi elección.

Puntualiza Baecker (2005) que “Las leyes de la forma entienden que una distinción tiene sentido porque separa, esto es, relaciona, un ‘espacio marcado’ (selección) y un ‘espacio no marcado’ (conjunto de posibilidades)” (p. 11). En este sentido, la forma es en sí misma un límite que demarca una diferencia capital entre antes/después, pero que es, al mismo tiempo, simultánea. “La operación nunca se encuentra en dos puntos temporales a la vez, no es una presencia divina, pero

presupone la simultaneidad de ambos lados de la diferencia y con ella la simultaneidad del mundo, para poder moverse en la diferencia antes/después. Actualiza al mismo tiempo simultaneidad y divergencia” (Luhmann, 1995a, p. 157).

En la actualización simultaneidad/divergencia puede cifrarse un elemento constitutivo de la exigencia de universalidad que Luhmann establece para la teoría de los sistemas sociales y es en esa exigencia donde puede datarse la distinción de su versión de la sociología. Para Luhmann, las *distinciones* constituyen el elemento básico de la teoría social, y ya no los conceptos²³. La exigencia de distinción está enlazada con el concepto de *forma*: ésta representa un límite, una marca que especifica una diferencia que permite datar el espacio invocado por el observador. Es en ese límite donde se funda la posibilidad del conocimiento, como descripción que a un tiempo se autodescribe y describe.

Esta unidad de la diferencia permite a Luhmann establecer una crítica profunda de la concepción sociológica clásica de la Modernidad. Como impronta que constituyó al pensamiento sociológico, esa concepción lo hace referir con frecuencia a dicotomías antitéticas, que recuperan la idea de yuxtaposición en tanto sello de la Modernidad. De modo arquetípico, pueden recordarse los pares antinómicos que constituían, para Robert Nisbet, las ideas-elemento de la sociología: comunidad/sociedad, autoridad/poder, sagrado/profano, estatus/clase, alienación/progreso²⁴. Pero más allá de estos conceptos fun-

²³“Ya no se conceptúan las distinciones como estados de cosas existentes (diversos), sino que se vuelve a la exigencia de distinguirlas, ya que de otro modo no podría designarse nada, observarse nada, emprenderse nada” (Luhmann, 2007, p. 40).

²⁴Cfr. Nisbet, R (1969), *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

dantes, la descripción dual de los procesos sociales ha sido persistente a lo largo de la historia del pensamiento sociológico, con un fuerte impulso en las últimas décadas del siglo XX a través de las teorías de la covariación o el intento de vincular fenómenos micro y macro. “Estos planteamientos teóricos”, critica Luhmann, “no solamente se piensan de modo no dialéctico, sino que además renuncian precipitadamente a aprovechar el alcance del análisis sistémico-teórico, cosa ya sabida desde Hegel y Parsons” (Luhmann, 1990c, p. 48).

La idea de forma pone de relieve cómo la teoría social —y la sociología— pueden retomar esas dualidades bajo una impronta de unidad, dada por el límite que marca la diferencia. Así, no hay autovaloraciones de una posición dada, sino descripciones que recuperan lo diferente, reintroduciéndolo en la autodescripción²⁵: “sólo las dos caras juntas constituyen la distinción, la forma, el concepto (...). Lo que separa a las dos caras de la forma, el límite entre sistema y ambiente, marca la unidad de la forma, y por ello no puede ser localizado en ninguna de las caras” (Luhmann, 1998, p. 54). La compleja unidad de la diferencia, de la que dábamos cuenta antes, resuelve la tensión entre diversidad y unidad.

²⁵En este sentido, puede precisarse que “la sociedad moderna de Luhmann no es sólo más economía o más burocracia, sino que es también más amor, más arte, más ciencia, más deporte, más religión, más turismo. Lo característico de la propuesta de Luhmann es que ninguno de esos ámbitos está en el centro ni puede controlar el desarrollo de los otros (sin negar su acoplamiento). Por lo mismo, una descripción de la sociedad basada en uno solo de estos aspectos no puede más que fallar por su excesiva simplificación. En segundo lugar, la separación de ámbitos (por ejemplo: religión y política o esta última y economía) no constituye un ideal a alcanzar a partir del cual evaluar niveles de progreso, sino que corresponde a la evolución empírica de la sociedad contemporánea, la cual podría haber sido de otra forma y cuyas consecuencias no tienen por qué ser positivas” (Fariás y Ossandón, 2006, p. 25).

El condicionamiento histórico de la concepción sociológica clásica de la Modernidad también redonda, para Luhmann, en el vacío conceptual capital de la disciplina: la ausencia de una noción de *sociedad* que designe a tal objeto. La incapacidad de la sociología de designar a la sociedad, una insolvencia que perdura, se funda sobre tres obstáculos epistemológicos²⁶: el *prejuicio humanista*, el *prejuicio territorial* y el *prejuicio epistemológico-propiamente-dicho*. “El primero se refiere a la hipótesis de que la sociedad consiste en seres humanos o relaciones entre ellos (...). El segundo prejuicio que bloquea el desarrollo conceptual radica en el presupuesto de una pluralidad territorial de sociedades” (Luhmann, 1998, pp. 52-53). El tercero, cuya denominación es una licencia que me tomo, se funda en el desacople o escisión entre sujeto y objeto.

Luhmann contrarresta el *prejuicio epistemológico-propiamente-dicho* afirmando que la sociedad es un objeto que se autodescribe, ya que toda teoría de la sociedad se produce en su seno. Dado que “el concepto de sociedad tiene que ser construido autológicamente, tendría que autocontenerse” (Luhmann, 1998, p. 53). Confirma así su programa teórico: “La sociología excluye partir de la vida o de la conciencia y de colocar así la sociedad en el entorno del sistema del que se parte; excluye tomar una posición desde la cual se podría observar la sociedad desde fuera. La observación de la sociedad opera, por lo tanto, en la telaraña que se teje al operar nosotros dentro de ella” (Luhmann, 1995^a, p. 176). El rechazo a la distinción cartesiana entre sujeto y objeto implica, al menos, redescubrir dos cuestiones de la teo-

²⁶En otro trabajo, Luhmann establece cuatro esos obstáculos. Sin embargo, no se trata si no de una redistribución de los mismos elementos que aquí discute. Cfr. Luhmann, 2007, pp. 11-12.

ría del conocimiento: por un lado, si ya no hay un sujeto que observa externamente un objeto y entonces lo conoce, es preciso reconsiderar la idea de observación. Por el otro, si la unidad del objeto está dada por una frontera que a un tiempo separa y reunifica, es crítico reflexionar acerca del modo en que se establece esa relación.

La observación supone, en la perspectiva de sistemas, una primera distinción: observar/observador, donde “observar es la operación, mientras que el observador es un sistema que utiliza las operaciones de observación de manera recursiva como secuencias para lograr una diferencia con respecto al entorno” (Luhmann, 1995a, p. 153). Es preciso entender que el observador no es un sujeto ni una conciencia: es una operación autopoietica que observa operaciones y se construye simultáneamente al construir los enlaces de la operación que observa. Este breve trabalenguas es central, dado que pone de relieve la «capacidad de ubicación flexible» del observador en tanto que es sistema: puede auto-observarse y puede observar otros sistemas (hetero-observación). “Lo social constituye para Luhmann un principio de realidad emergente, irreductible a cualquier síntesis subjetiva, que toma forma en cuanto continuo procesamiento de sentido. (...) La sociología luhmanniana deviene así no tanto una ‘sociología de lo social’ en el sentido de lo ya hecho, lo ya construido, sino más bien una sociología del enlace y de la comunicación, de su devenir y su acontecer, esto es, una ‘sociología de la asociación’” (Farías y Ossandón, 2006, p. 36).

El observador no está encima ni debajo de los objetos del mundo: está en el mundo. Para la sociología de cuño luhmanniano, la distinción auto-observación/hetero-observación —que, como diferencia, es una unidad— juega un papel crucial, ya que permite, sin postular

ninguna posición desde fuera, comprender la realidad total de todo sistema. Así, “la sociología tiene la posibilidad de saberse en calidad de observador externo de la economía y de la política (...); en cambio, cuando la sociología observa la sociedad, toma la posición de un observador interno, debido a que ya forma parte de la comunicación que tiene lugar en la sociedad” (Luhmann, 1995a, p. 163).

La hipótesis teórica del observador, como *contra-tesis* de la teoría del sujeto, encuentra su ajuste más apropiado para la tarea de definir la promesa de una sociología sistémica en el concepto de *observación de segundo orden*. La lente del segundo observador —también un sistema— hace foco en las distinciones que emplea un observador. Pero, en tanto observación, la observación de observaciones es también de primer orden aunque “especializada en la ganancia de la complejidad” (Luhmann, 1995a, p. 169). Hay así un juego notable, dialéctico, de reducción y aumento de la complejidad: en tanto la observación de segundo orden puede indicar lo distinguido por la de primer orden y distinguir lo que distinguió ésta, todo lo posible que quedó invisibilizado en la actualización de primer orden²⁷ se hace visible.

Tal es así que la observación de observaciones “necesita una lógica multivalente para observar sistemas que pueden distinguir ellos mismos entre autorreferencia y heterorreferencia” (Luhmann, 1998,

²⁷“Un mundo que se observa a través del prisma de la complejidad deja de ser pensado en términos ontológicos, unitarios o identitarios, (...) [y pasa a ser pensado] por medio de diferencias, asimetrías y paradojas. El procesamiento de diferencias pasa a ser un proceso inevitablemente ligado al proceso de conocer, ya que éstas sólo existen en cuanto distinciones operativas. En este sentido, se asume crecientemente el carácter post-representacional y performativo del conocimiento, pues la distinción se comprende como una forma de ordenar el mundo, como una diferencia que hace la diferencia, y no sólo una representación” (Fariás y Ossandón, 2006, pp. 33-34).

p. 33). En la superposición recursiva de distinciones que supone este tipo de observación, toda distinción es contingente y sobre esa contingencia se construye el mundo. Insisto aquí con nombrar “mundo” a lo construido y distinguido, apostando a la continuidad semántica entre la idea de mundo y el concepto de sistema.

De hecho, la fase del aumento de la complejidad implica la distinción de lo inobservado por el observador. “La observación de segundo orden pone de manifiesto la existencia de un *punto ciego*, como característica específica de la modernidad; pero, al mismo tiempo, el surgimiento de la conciencia de lo imposible de resolver con visibilidad ese punto de ceguera” (Luhmann, 1995a, p. 171). Luhmann reafirma una posición desontologizadora que impide a la teoría formular la pretensión de un fundamento último de lo social y, con esto, la imposibilidad última de la clausura cognitiva del conocimiento sobre lo social. “El *no-ver* es condición de posibilidad del *ver*” (*ibíd.*), afirma Luhmann, lo que recuerda la invariable condición de provisionalidad e imposibilidad de pronóstico de la sociología —y de la ciencia—.



Las ideas de forma y observación revisadas hasta aquí son el cimiento para comprender las interrelaciones analíticas de una tríada conceptual cardinal en el pensamiento luhmanniano: las nociones de comunicación, complejidad y sentido. La síntesis de estos conceptos —que ensayaré a lo largo del libro— no supone abarcar ahora todos los matices que cada uno de ellos conlleva, ya que ese desgusado minucioso será acometido en distintos momentos de este estudio. Mientras tanto, dicha síntesis se propone como una alternativa in-

terpretativa que me permite, por un lado, mostrar las peculiaridades que cada noción asume en la propuesta de Luhmann respecto de la tradición sociológica; y, por otro, tender puentes hacia una *noción sistémica de transposición técnica* y de *re-mediación*²⁸ enfocada en las tecnologías de la comunicación y, en especial, a las derivaciones recursivas de los medios electrónicos sobre los conceptos de comunicación y de complejidad.

Antes de acometer esa tarea es preciso, sin embargo, recuperar dos ideas íntimamente entrelazadas que, junto a la noción de *forma*, constituyen el andamiaje formal mínimo de la teoría de sistemas: *clausura operativa/autopoiesis*. En una interpretación libre, no sin riesgos de desnaturalizar en algún sentido la visión luhmanniana, la primera refiere a las operaciones exclusivas de un sistema que denotan su especificidad y posibilitan la distinción sistema/entorno; la segunda remite a la autónoma posibilidad de cambio de un sistema, a la operación redescriptiva (posible) de su especificidad por cuenta del sistema mismo: en este sentido, estabilidad-cierre/cambio-apertura. La clausura operativa no implica aislamiento: al igual que en la noción de forma y, en especial, en los sistemas de sentido, la relación con el entorno se establece como en un *ida y vuelta*, dado que el sistema *lleva implícito* al entorno, toda vez que no puede afirmarse sino en su diferencia. La distinción sistema/entorno es operable como pauta de unificación del sistema sólo a condición de comprender que *lleva implícita* la negación del sistema: sólo bajo este supuesto es realizable la autonomía de la autopoiesis en tanto “significa que sólo desde la operación del sistema se puede determinar lo que le es relevante y, sobre todo, lo que le es

²⁸Cfr. Bolter y Grusin, 2000.

indiferente” (y recuérdese que tanto el observador como la sociología también son sistemas).

La determinación de la distinción relevante/indiferente es indefectible; Luhmann refiere a ella, con pompa matemática, como el *teorema de la selectividad forzosa* y señala que es el problema común al que remiten los problemas de la complejidad y del sentido. Complejidad y sentido están íntimamente imbricados a partir de este teorema, que implica, además, que «el sentido es una representación de la complejidad» en tanto es «un producto de las operaciones que lo usan». La *complejidad* de un sistema, por un lado, remite a una operación de selectividad cualificante que otorga preeminencia a unos elementos del conjunto de posibilidades datadas en la diversidad del mundo; y, por otro, es la medida de la insuficiencia informativa en la que se opera esa selección. Toda selección opera, así, una ponderación y una mensura. Dice Luhmann:

La complejidad significa que toda operación es una selección, sea intencional o no, esté controlada o no, sea observada o no. Siendo elemento de un sistema, una operación no puede evitar el contacto con otras posibilidades. Sólo porque esto es así podemos observar una operación seleccionando un caso particular y excluyendo otros. Y sólo porque las operaciones pueden ser observadas es posible la auto-observación (sea o no necesaria como requisito para la operación misma). La selectividad forzosa es la condición de posibilidad de la operación y de la observación. Más aún, la selectividad forzosa es el problema nuclear que define la complejidad como un problema, tanto para operaciones como para las observaciones. La última afirmación está en la base de mi aseveración de que el *sentido no es otra cosa que una forma de experimentar y de realizar la inevitable selectividad* (1998, p. 27).

La selectividad —la constrictión a diferenciar y elegir— es inevitable porque no es posible trascender el sentido, dado que su mundo “es un mundo total: lo que excluye lo excluye *en sí mismo*” (Luhmann, 1995a, p. 31), y es así que puede concebirse como resultado de una *re-entry*, de una compleja red recursiva, de una autorreferencia que contiene a la heterorreferencia. La estructura de la forma sentido es específicamente temporal: la diferencia entre actual y potencial. Y si, como se expuso, toda forma se define por su límite, el sentido no es ni actualidad ni potencialidad, sino la conexión entre dos polos que mutuamente se remiten y contienen. La *forma sentido* adquiere una especial significación en tanto es una diferenciación de lo indiferenciado, dado que “en sus dos lados contiene una copia de sí misma en sí misma” (Luhmann, 1995a, p. 32).

El sentido, que estructuralmente es una forma, se constituye como el *médium*²⁹ donde los sistemas de sentido operan la distinción entre autorreferencia y heterorreferencia. Es oportuno aquí distinguir las nociones de forma y de *médium*. El *médium* es la condición de posibilidad de la forma, en tanto provee el sustrato donde es posible la ocurrencia de la distinción. Luhmann ilustra apropiadamente esta distinción con ejemplos del ambiente físico: la luz es el medio que permite distinguir las cosas, pero la luz no se ve sino en los objetos. La distinción *médium*/forma es en sí misma una forma y, en tanto tal, se define en el límite dado por la conexión entre aquello que

²⁹Las palabras medio (y su plural) así como la voz inglesa *media* remitirán a lo largo de este trabajo a cuestiones asociadas con las tecnologías de la comunicación y, en especial, con los significados que adoptan en el entorno de la teoría de la comunicación. Para distinguir ese uso de la idea de *medio* en la teoría de sistemas sociales autopoiéticos, utilizaré el vocablo *médium* para este último sentido.

permite observar a la forma y la estructura bipolar de la forma (es decir, el mismo límite).

El sentido ofrece así una doble estructura dual: en tanto distinción actual/potencial, en cuanto distinción médium/forma, que además contiene recursivamente a la primera. Esto tiene, a su vez, una doble implicancia. Por un lado, “mediante la *re-entry* de la forma en la forma, el sentido se vuelve un médium que se regenera permanentemente para la continua selección de formas determinadas (...); se trata de una operación autológica. Aunque también muestra que la descripción es sólo posible en forma de paradoja: la forma que reentra en la forma es la-misma y no-la-misma” (Luhmann, 2007, p. 39). Por otro, “la función de la estructura dual [del sentido] es organizar la atención de manera alternante entre la actualidad, que es cierta pero inestable, y la potencialidad, que es incierta pero estable” (Luhmann, 1998, p. 29). La complejidad se acrecienta en esta operación relacional que selecciona evolutivamente los sentidos exitosos y donde juega un papel preponderante la memoria, como operación que actualiza el pasado como presente y modeliza el futuro, sobre el que ninguna operación es posible, en una operación también paradójica.

El sentido no expresa un atributo inmanente del mundo ni la interpretación de un sujeto externo, sino una construcción, una selección plenamente datada en el sistema y actualizada momento a momento. Del mismo modo, la complejidad no está pre-dada en el entorno o en el sistema, ni mucho menos en un mundo cuya existencia es improbable antes de la operación de selección. Ni el sentido ni la complejidad admiten supuestos especulativos ontológicos, ni su definición respecto de una antítesis originaria. Por el contrario, son

las distinciones de los sistemas que operan en el *médium sentido* las que bifurcan el mundo. Es un desdoblamiento que, merced a la misma *forma sentido*, se conecta en recursiones infinitas que presuponen su unidad (la del sistema y, por ende, la de su entorno) cumpliendo el “requisito básico de todo sistema autopoiético: el ser una unidad recursiva —esto es, ser él mismo capaz de reproducir los elementos de los que consiste por medio de los elementos de los que consiste” (Luhmann, 1998, p. 33).

¿Cuál es la operación básica que posibilita y construye esa unidad recursiva en los sistemas sociales? Afirma Luhmann (1995a) que “Un sistema social surge cuando la comunicación desarrolla más comunicación, a partir de la misma comunicación” (p. 87). La comunicación en tanto operación es una, la misma y tiene la capacidad de eslabonar operaciones anteriores con subsecuentes. “Es decir, capacidad de proseguir su operación y desechar, dejándolas de lado, operaciones que no le pertenecen” (*ibíd.*). La asignación a la comunicación de este rol central en la sociedad es fruto de una inversión, como apunta Nassehi: “la tradición fenomenológica se ha preguntado cómo es posible la intersubjetividad, la experiencia común del mundo y la socialidad, *a pesar de que* el torrente de la conciencia (*Bewusstseinsströme*) de los distintos hombres es categorialmente intransparente entre ellos. Luhmann, en cambio, invierte la relación de las condiciones. No *a pesar de*, sino *porque* la conciencia entre ellos es radicalmente intransparente, se origina algo así como la necesidad funcional de la comunicación para la emergencia de las operaciones sociales” (2005, p. 25).

La comunicación es, en sí misma, una manera de observar el mundo que sólo ocurre en el sistema —polo donde se data al observador— como

síntesis de tres diferentes selecciones: la selección de la *información*, la selección del *acto de dar-a-conocer*³⁰ y la selección que se realiza en el acto de *comprender*³¹ (*o no comprender*) la *información* y el *acto de darla-a-conocer*.

³⁰He elegido la expresión *dar-a-conocer* para referir, en este trabajo, a la segunda selección de la comunicación. En las obras de Luhmann editadas en español es posible encontrar dos alternativas para denominarla: «participación» o «acto de comunicar», como traducciones viables del término alemán *mitteilung*. Josexo Beriain y José María García Blanco, en la traducción del conjunto de artículos publicados bajo el título *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, aportan una útil nota al pie sobre el sentido de la expresión alemana: “En diversas ediciones españolas de Luhmann esta palabra se ha traducido como ‘notificación’ o como ‘acto de comunicar’. Descartamos la primera opción por su excesiva formalidad, propia más bien de las comunicaciones oficiales y escritas, y la segunda para evitar confusiones con el concepto luhmanniano de comunicación, en el que la *Mitteilung* es sólo un componente. En todo caso, lo que esta palabra no quiere expresar en Luhmann es un acto de ‘transmisión’ o ‘transferencia’, pues para él ‘lo que tradicionalmente se consideraba como la esencia de la comunicación, o sea, la transmisión (*Übertragung*) de información (noticias, significado, etc.), es sólo un efecto secundario, que ella provoca en su ambiente psíquico y no puede controlar, por su imposibilidad de acceder a este ambiente’ (N. Luhmann, *Die Wissenschaft der Gesellschaft*, Frankfurt a. M., 1990, p. 27). Lo decisivo en este punto es entender que, se traduzca como ‘participación’, ‘notificación’ o ‘acto de comunicar’, a lo que hace referencia el término *Mitteilung* es a una construcción comunicativa, a un componente propio de la comunicación, que ésta diferencia de la información en la medida, justamente, en que la toma como signo de o para ella, y que ninguno de ambos componentes debe ser concebido como una operación de la conciencia, como conocimiento de un sistema psíquico, que está en él de antemano y después es incorporado bajo tal condición a la comunicación” (en Luhmann, 1998, p. 41). Bajo estos argumentos, Beriain y García Blanco optan por la palabra castellana «participación», empleada “no en el sentido de tomar o tener parte en una cosa, sino en el de hacer saber o dar cuenta de algo” (*ibídem*). En mi caso, acuerdo con el criterio de los traductores pero, con el objeto de simplificar y especificar la noción, directamente utilizo *dar-a-conocer*, que, como se aprecia, es el sentido final de «participación».

³¹La tercera selección (en alemán, *Verstehen*) también ha sido traducida al español mediante dos vocablos: «entender» y «comprender». Utilizaré la última siguiendo la propuesta, nuevamente, de Beriain y García Blanco. Tomo, por lo demás, la decisión de reemplazar en las citas la palabra «entender» por «comprender», toda vez que ésta aparezca como referencia a la tercera —y crucial— selección de la comunicación. Por

Si la forma básica de la comunicación reside en la distinción información/dar-a-conocer, *comprender* es el acto por el que se realiza la comunicación toda vez que por él se efectúa la distinción.

El acto de comprender tal como se requiere ser utilizado en este contexto no debe comprenderse como un estado sustancialmente psíquico, sino como condición para que una comunicación pueda proseguir hacia adelante. Comprender, por tanto, presupone y lleva implícita la posibilidad del comprender y del no comprender (Luhmann, 1995a, p. 310).

No abundaré aquí en los detalles de la compleja y paradójica operación de la comunicación, sino a condición de tres aspectos que resultan provechosos para la discusión que expondré sobre el final de este capítulo: (i) la comunicación presupone un desvío de la teoría de la diferencia —y de la forma— “por el hecho de que operación y observación acontecen en el mismo acto” (Luhmann, 1995a, p. 314); (ii) como la comunicación se realiza —opera y observa— en el acto de comprender, no produce necesariamente consenso: “el proceso debe

lo demás, dice Luhmann que “toda comprensión tiene que ver con situaciones circulares, con situaciones que en sí mismas remiten a sí mismas. Esto vale para textos y para personas. De ahí que toda comprensión afecte a una infinitud interior. Se puede ir eternamente en pos de la autorreferencia interna porque siempre se vuelve sobre sí misma. Para expresarlo en terminología clásica, se remite de la parte al todo y del todo a la parte, de la una a la otra y de vuelta a sí misma. Éste es el punto de partida de toda teoría de la comprensión. Comprender, tomado en el más amplio de los sentidos, es un determinar con vistas a esa indeterminabilidad (...). La comprensión sólo se produce cuando se proyecta todo esto en la autorreferencia de lo comprendido. Comprender es comprender el manejo de la autorreferencia” (Luhmann, 1996b, pp. 93-94). Sólo los sistemas comprenden, dado que comprender “es una situación propia del que comprende, y su única condición es *que se refiera a la autorreferencia del sistema observado*” (1996b, p. 108).

estar abierto a la opción del *sí* y del *no*” (Luhmann, 1995a, p. 316). Aquí se observa, nuevamente, la dinámica de reducción/ampliación de la complejidad, pero... (iii) la comunicación establece mecanismos que aseguren la continuidad de su autopoiesis no enfocados a establecer primariamente una u otra de las opciones, sino la posibilidad de que, sea cual fuese la opción de entendimiento, la comunicación continúe.

Esta continuidad de la comunicación se basa en la condición de aceptación de la comunicación, ya que “sobre la base sólo del rechazo, la comunicación sería imposible” (Luhmann, 1995a, p. 318). Sin embargo, “en principio, se distribuye igualmente la probabilidad de aceptación o rechazo de la comunicación —en cierto modo, la cuarta selección del hecho de la comunicación—” (Nassehi, 2005, p. 32). Cualquier resultado del acto de comprender permitiría a la comunicación continuar, pero ¿cómo podría mantener su consistencia autopoietica ante una sucesión única de rechazos que redundaría en una escalada al infinito de la selectividad y contingencia de los horizontes de sentido? La comunicación simultánea, copresencial y mutuamente referida en el medio oral es datada por Luhmann como el mecanismo de autocontrol³² evolutivamente adquirido por la comunicación. Sin embargo, este mecanismo ve obturada su eficacia con la diferenciación, en clave de transposición y cambio técnico, de los medios de comunicación. El paso de la oralidad a la escritura (y, en especial, a la cultura tipográfica) implicó nuevos esfuerzos creativos del sistema comunicación para asegurar la persuasión, que se expresan en su máximo refinamiento en “el desarrollo de los medios simbólicos ge-

³²Más adelante (ver *infra*, capítulo II) se exploran en detalle las argucias y ritualizaciones de este mecanismo, así como sus redescrpciones merced a las transposiciones técnicas.

neralizados. Esto es, símbolos que proporcionan a la comunicación la oportunidad de ser aceptada. (...) Transforman, de una manera que en realidad suscita estupor, las probabilidades del *no* en probabilidades del *sí*. (...) coordinan selecciones que sin duda no serían relacionables entre sí y que se presentan como una cantidad de elementos acoplados de manera amplia” (Luhmann, 1995a, pp. 319-320).

De esta manera, bajo un doble estigma —que rememora la *doble contingencia*—, debe entenderse el programa cultural evolutivo que despliega el sistema sociedad como conjuro de la probabilidad del *no*: por un lado, una teoría de la modernidad que entiende la monetarización de la economía y la política como encarnación de este programa de la comunicación; por otro, la aparición progresiva de tecnologías comunicativas “que pone[n] en duda la validez del concepto mismo de comunicación”. Es en irritar³³ esta última constatación donde estriba buena parte del interés de este trabajo y sobre el que volveremos, sólo a modo de planteamiento y apertura, en el final de este capítulo.

³³La palabra “irritación” puede acarrear algunos dilemas en la aprehensión de su significado. En su traducción de *La realidad de los medios de masas*, Javier Torres Nafarrete utiliza en forma alterna el vocablo “estimulación” y apunta una nota muy esclarecedora al respecto, que me permito reproducir aquí: “Empleo la palabra estimulación en lugar de la empleada por Luhmann de *irritación*, ya que en español esta última palabra puede remitir a sentir ira. Luhmann la emplea en el sentido de excitar vivamente y no utiliza expresamente la palabra estimulación para evitar toda connotación referida a esa especie de relación causal entre el estímulo y la respuesta. Rafael Mesa Iturbide me ha sugerido que se podrían emplear los términos de incitación o de suscitación en el sentido empleado ya por Ortega y Gasset. Lo importante es hacer la advertencia: cada vez que el lector encuentre algo relacionado a la estimulación, estimulabilidad, capacidad de estimulación, etcétera, en alemán se trata de *Irritation*” (en Luhmann, 2000b, p. 10, N. del T.). La advertencia es válida también en el contexto de este trabajo, donde utilizaré indistintamente ambos vocablos.

Antes de eso, es preciso reintroducir en esta perspectiva algunos elementos propios de la etnometodología de Harold Garfinkel, de un lado, y de la propuesta de análisis de marcos de Erving Goffman, de otro. Tras el anhelo de establecer las operaciones y procesos que, originados, conducidos o condicionados por las «interfaces artefactuales», redefinen la comunicación y configuran los modos de saber y de comunicar, no ya en el sistema de la sociedad sino en los de la interacción, las nociones de indexicalidad y de franjas de actividad —con sus constitutivos cambios de clave y fabricaciones— son fuentes donde precisar las operaciones de los sistemas de interacción. Éstos “no se forman fuera de la sociedad para luego venir a entrar a la sociedad como formaciones concluidas. Puesto que utilizan comunicación, son siempre consumación de la sociedad dentro de la sociedad (...); se forman cuando se utiliza la presencia de personas para resolver el problema de la doble contingencia a través de la comunicación. La presencia trae consigo la perceptibilidad y, en esta medida, el acoplamiento estructural con procesos de conciencia no controlables por medio de la comunicación. A la comunicación misma, sin embargo, le basta el presupuesto de que participantes-perceptibles perciban que son percibidos” (Luhmann, 2007, p. 645).

3. Reintroduciendo la experiencia: sistemas de interacción, indexicalidad y análisis de marcos

“Sin interacción no habría sociedad, y sin la sociedad, ni siquiera la experiencia de la doble contingencia. Inicio y fin de la interacción presuponen sociedad. Anteriormente debió haber acontecido algo distinto y posteriormente algo distinto acontecerá —de otra manera no se sabría cómo empezar y en el momento de terminar se perdería

toda ulterior posibilidad de comunicación—. A pesar de esto, no obstante, la interacción es autónoma en la determinación de lo que significan *para ella* el comienzo y el fin” (Luhmann, 2007, p. 647). Esta descripción y acentuación de las relaciones entre interacción y sociedad —con lo dislocante que resulta, desde el inicio, separarlas y relacionarlas, cual *forma*, para las concepciones convencionales de la teoría social— habilita tres órdenes de problemas: en primer lugar, la necesidad de una especificación de la cuestión de la doble contingencia; en segundo término, la exploración de los modos en que se determinan (y enlazan) interaccionalmente pasado (lo acontecido) y futuro (lo que acontecerá) en la actualización del presente; por último, la apertura de todo un rango de descripciones acerca de los procedimientos y dispositivos de demarcación del principio y el fin de la interacción.

Afirma Robles que en el marco de los sistemas de interacción se debe “re-tematizar el fenómeno de la doble contingencia y abordarlo como *realización conversacional práctica* (...). Que los sistemas sociales tengan que enfrentarse al problema de la composición de su propia complejidad, en medio de la recursividad de sus propias operaciones, es una obviedad. ¿Pero cómo lo hacen realmente los sistemas de interacción, con qué prácticas comunicativas, con la especialización de qué tipos y formas comunicacionales?” (2002, p. 2). Una primera fuente para indicar respuestas provisionales a esta pregunta y a la reformulación del problema de la doble contingencia consiste en revisar algunos presupuestos fundamentales de la perspectiva garfinkleana.

Si, como Schütz proponía, la racionalidad puede ser entendida como racionalidades respecto del *preciso* mundo al alcance del individuo, que éste percibe como real en el intercambio intersubjetivo —que puede re-pensarse como interacción—, Garfinkel subirá la

apuesta al entender la racionalidad como adecuación, como inteligibilidad mutua de las conductas en relación con un contexto específico. Podrá así sortear el problema que Giddens le señala ferozmente a Schütz: su incapacidad de “reconstituir la realidad social como un mundo objetivo” (Giddens, 2001, p. 48). Será, sin embargo, una reconstitución precaria, lograda a partir de las ideas de la explicabilidad (*account-able*) moral y de la inteligibilidad mutua de la actuación social, posible a merced de una reconceptualización del papel de las normas: “no existen prescripciones normativas para cada situación de acción (...); los participantes deciden en qué casos deben aplicarse las reglas a la luz de los detalles de la situación en que se encuentran” (Heritage, 1990, p. 313).

Las expectativas normativas de los actores —en tanto deseo práctico de organización del escenario de actividad— son constitutivas del proceso por el cual ellos mismos determinan, reconocen y hacen inteligible la acción. Concomitantemente, las normas juegan dos funciones centrales en ese proceso: por un lado, poseen un carácter vinculante, son recursos prácticos de los actores para organizar y mantener un campo de acción; por el otro, no determinan un único curso de acción, sino un horizonte de posibilidades y referencias. “Luhmann, en relación con Edmund Husserl, habla de un ‘horizonte’ de posibles referencias, el cual se vuelve ‘esperable’ gracias a cualquiera de esas referencias. La comunicación consiste en comprobar dicha redundancia. Precisamente por ello, la comunicación se estimula tanto por el desconocimiento como por el conocimiento, por lo que se ha dicho como por lo que no se ha dicho, por lo determinado como por lo indeterminado, por el sentido incluido como por el sentido excluido” (Baecker, 2005, pp. 13-14).

La conducta creativa o disruptiva no rompe necesariamente el escenario organizado; el carácter indexical del contenido normativo

hace de éste un recurso flexible, ajustable y alterable en su aplicación a escenarios concretos. En la interpretación de Heritage, al captar esta “función presuposicional y constitutiva de la norma en la producción y [el] reconocimiento de las acciones”, Garfinkel identifica “una de las fuentes esenciales de estabilidad” (1990, p. 318) de los contextos de interacción institucionalizados. Puede atisbarse así una operación precisa de aseguramiento de la continuidad de la autopoiesis de la comunicación: “la tercera distinción selectiva de la comunicación, la comprensión, sólo puede realizarse bajo estas condiciones altamente restrictivas. En otras palabras, en los sistemas de interacción sólo se puede distinguir entre información y forma de comunicar, si el contexto en uso se hace ‘disponible’ (*accountable*)” (Robles, 2002, p. 8).

El énfasis de Garfinkel sobre *el carácter situado de toda interpretación*, esto es, el término efímero de su validez sólo en el marco del proceso en que una situación de acción se estabiliza intersubjetivamente, dota a la estabilidad, lograda mediante la explicabilidad indexical, de permanente *fragilidad*. “Ni el sentido reconocible, ni los hechos, ni el carácter metódico, ni la impersonalidad, ni la objetividad de las explicaciones que se dan, son independientes de las ocasiones socialmente organizadas de su uso” (Garfinkel, 2006, p. 12).

Los aspectos sustantivos del conocimiento social son, siempre, indexicales, es decir, traducibles en una situación contextual específica. Robles (2002) postula la existencia de una autopoiesis *sui generis*, propia de los sistemas de interacción: la *autopoiesis indexical*, y describe una doble atadura de las explicaciones prácticas que la conforman: por lado, son una “promesa de explicación”, lo que delinea en clave normativa y de expectativas la realización práctica, que es a un tiempo condición y producción de la interacción; por otro, construyen un

acoplamiento débil entre el sistema psíquico y los sistemas sociales, creando la ilusión de la centralidad de la perspectiva del ejecutante.

Si el entramado autopoiético de los sistemas de interacción se articula en torno a la indexicalidad inextirpable del uso práctico del lenguaje conversacional, el sustento de la cerradura operativa de los sistemas de interacción que posibilita la estabilización de su distinción sistema/entorno, el producto más importante de la indexicalidad, equivale a la posibilidad de construir, reconstruir y reproducir contextos (Robles, 2002, p. 32).

En este contexto, la idea de reflexividad presente en la perspectiva etnometodológica refiere a cómo los actores en interacción mantienen la presunción de que están guiados —todos— por una misma y determinada realidad. Las formulaciones reflexivas funcionan a la manera de códigos implícitos que, no obstante, nunca se normalizan. Este proceso da cuenta de la producción de conocimiento y de la teorización práctica que realizan *cada vez, toda vez*, los actores; de la selección y definición de las tipificaciones que hacen reconocible un escenario de actividad dado y de que “las explicaciones que dan los miembros están reflexiva y esencialmente vinculadas, en sus características racionales, a las ocasiones socialmente organizadas de sus usos, precisamente porque esas explicaciones son *rasgos* de las ocasiones socialmente organizadas de sus usos”.

Para entender y coordinar las acciones, al tiempo que se coopera en la interpretación del orden del escenario, es central la competencia interpretativa de los miembros o hablantes. Esta mutua referencialidad de la comprensión constituye a los actores en miembros de una comunidad de comprensión, conjurando el problema indexical, suspendiendo toda duda sobre el contexto y organizando inteligiblemen-

te el escenario de actividad. Así es como, “por un lado, la puesta en uso de la indexicalidad articula y realiza contextos y, por el otro, recurre a cada uno de ellos para auto-reproducirse” (Robles, 2002, p. 32).

El desarrollo precedente en este apartado intentó dar cuenta de la profunda imbricación mutua de los conceptos vertebradores de la teoría etnometodológica: actividad práctica, indexicalidad, reflexividad, explicación normativa (*accountability*) y la idea de miembro, como construcción conceptual que denota al actor en una situación organizada de interacción. Como el objetivo de Garfinkel es construir un entramado teórico que permita abordar la explicación de las acciones como un continuo logro práctico de los miembros³⁴, el acento de la teoría etnometodológica de la construcción de la realidad está puesto sobre los procedimientos que la producen y no sobre una realidad concreta específica. En este sentido, si en el mundo social hay algo generalizable (y esto es una posibilidad incierta), no son los conceptos y teorizaciones que explican las situaciones de interacción —siempre referidos y válidos situacionalmente— sino los métodos mediante los que se construyen tales saberes prácticos. Luhmann atisba esto cuando establece que “el fragmento de experiencia al cual se puede acceder en la interacción cubre tan sólo una mínima parte del saber (...); sin embargo, las interacciones se esquematizan como modelos de una racionalidad específicamente social, ya que sólo aquí puede realmente practicarse la reflexividad social con sus relaciones tipo espejo inmensamente complejas. Y una vez más aquí (y sólo aquí) se impone la regla de la reciprocidad” (Luhmann, 2007, p. 655).

³⁴Cfr. Garfinkel, 2006, pp. 12 y ss.

Los métodos de los que los miembros se sirven para construir sus interpretaciones y organizar el conocimiento práctico no son infinitos. Las provocativas investigaciones de Garfinkel sobre los procedimientos de ruptura o el “método documental de interpretación” muestran la recurrencia de los actores a utilizar procedimientos cognitivos conocidos y probados en otras situaciones, como medio de atemperar las incertidumbres. Esta fortaleza metodológica de la producción práctica del conocimiento social contrasta, incluso paradójicamente, con la fragilidad de las formulaciones sustantivas de la realidad. En esa paradoja se vislumbra toda la potencialidad y la complejidad del análisis etnometodológico, el que, si bien provocativo teóricamente, determina la posibilidad de inferencias y generalizaciones empíricas reducidas sólo al alcance de los modos de saber en tanto métodos, pero no de sus contenidos. “Para que unas mínimas y frágiles condiciones de inicio puedan estabilizarse dando lugar a sistemas, hay una poderosa herramienta de *representación de la complejidad*: el sentido *como la realización práctica*, unida a un elevado grado de autorreferencialidad, que en los sistemas de interacción (...) asume la forma de *reflexividad*, tal como la ha definido la etnometodología” (Robles, 2002, p. 6).

Por lo demás, la idea de *fragilidad* de la estabilidad de las situaciones (realidades) construidas en la interacción es también establecida por Luhmann cuando señala que “la probabilidad de una transformación de la estructura [de los sistemas de interacción] a través de acontecimientos comunicativos es muy alta” (2007, p. 378). La idea de autopoiesis indexical retoma, en algún sentido, esta precisión al remitir la operación básica de estos sistemas a una estructura altamente situada y contingente. En tanto entorno de la sociedad, “la interac-

ción puede hacer experimentos con todas las rarezas posibles porque puede estar segura de que la sociedad habrá de continuar de todas maneras” (*ibíd.*).

La estabilización contingente y siempre fugaz de esas transformaciones estructurales —es decir, una sucesión de experimentos siempre acuciada de improbabilidad— encuentra un conjuro para la incertidumbre de la producción autopoietica en la generación de marcos para la experiencia de la interacción. Goffman, como en ocasiones lo hace Luhmann, recurre a Bateson para establecer el significado de la noción de *marco (frame)*: “las definiciones de una situación se elaboran de acuerdo con los principios de organización que gobiernan los acontecimientos —al menos los sociales— y nuestra participación subjetiva en ellos; *marco* es la palabra que uso para referirme a esos elementos básicos que soy capaz de identificar” (Goffman, 2006, p. 11).

En su condición de sistema, los sistemas de interacción tienen límites: tanto los dados por su temporalidad (principio/fin), como por la distinción selectiva (sistema/entorno). En cuanto a su límite temporal, los sistemas de interacción presentan una distinción sustantiva respecto de la sociedad: en efecto, “distinto a la sociedad, los sistemas de interacción tienen principio y fin. Su inicio surge, su fin llega sobre seguro —aun cuando si en el principio no está establecido ni cuándo ni por qué motivo—. La limitación temporal puede asumir las formas más diversas” (Luhmann, 2007, p. 648)³⁵.

³⁵Para Goffman se trataría “de los límites del marco, los límites relativos a aquello que puede ser permisiblemente transcrito desde los acontecimientos reales a su inclusión en un guión. Y los detalles son particularmente interesantes. Se puede aludir a cualquier cosa en la que el cuerpo participe, pero la visión debe quedar velada y alejada, para que no se desacrediten nuestras presuntas creencias sobre la cualidad social y últi-

Es oportuno establecer aquí que la participación dentro de un marco y la delimitación de una franja de actividad³⁶ implica reconocer en el participante también un observador. Goffman insiste en que el marco “incorpora tanto la visión del participante como el mundo al que está respondiendo”. En esa visión hay un componente reflexivo, una observación que distingue, toda vez que “una correcta visión de la escena debe incluir, como parte de ésta, la visión misma de ella” (2006, p. 91). La forma de la «visión perspicaz del participante» distingue entre la visión subjetiva y un entorno dado por la autopresentación de la escena. Es en atención a esas distinciones y elementos constitutivos del *marco* que los participantes pueden establecer (o no) un final para la situación de interacción³⁷.

ma del hombre. El cuerpo en cuanto que encarnación de sí mismo debe hacer las paces con su funcionamiento biológico, pero la paz se logra asegurando que estas funciones se consideren en el ‘contexto’, entendido en este caso como algo incidental a la experiencia social humana, y no como el centro de atención” (2006, p. 59).

³⁶“El término *franja* [*strip*] se usará para referirse a cualquier corte o banda arbitraria de la corriente de actividad en curso, incluyendo en este caso las secuencias de acontecimientos, reales o imaginarios, tal como son vistos desde la perspectiva de aquellos subjetivamente implicados en mantener algún interés en ellos. No hay que entender la franja como reflejo de una división natural hecha por los sujetos de la investigación o como una división analítica elaborada por los estudiosos que investigan; se usará sólo para referirse a cualquier conjunto amplio de sucesos (cualquiera que sea su estatus en la realidad) sobre los que uno quiere llamar la atención como punto de partida para el análisis” (Goffman, 2006, p. 11).

³⁷“En cualquier sociedad, siempre que surge la posibilidad física de la interacción hablada, pareciera que entra en juego un sistema de prácticas, convenciones y reglas de procedimiento que funcionan como un medio orientador y organizador del flujo de mensajes. Se impondrá una comprensión en cuanto a cuándo y dónde será permisible iniciar la conversación, entre quiénes y por medio de qué temas de conversación. Se emplea una serie de gestos significantes para iniciar un bloque de comunicaciones, y como medio para que las personas intervinientes se acrediten unas a otras como participantes

Robles apunta que “cuando los sistemas de interacción se complejizan y no todas sus comunicaciones pueden ser conectadas, ponen en uso alternativas significativas de reducción de complejidad altamente creativas e insólitas, que posibilitan la continuidad de la comunicación” (Robles, 2002, p. 7). En este registro, pueden entenderse dos elementos centrales del análisis de marcos: los cambios de clave y las fabricaciones.

Los *cambios de clave* se corresponden con las transformaciones estructurales siempre probables de los sistemas de interacción que Luhmann señalara. Para Goffman, “un concepto central en el análisis del marco [es] la clave (*key*). Me refiero aquí al conjunto de convenciones mediante las que una actividad dada, dotada ya de sentido en términos de cierto marco de referencia primario, se transforma en algo pautado sobre esta actividad, pero considerado por los participantes como algo muy diferente. Al proceso de transcripción puede denominárselo cambio o transposición de claves (*keyings*)” (Goffman, 2006, pp. 46-47). Los cambios de clave no sólo implican transformación, también hacen probable la continuidad y son altamente indexicales, dado que la redefinición de la *clave* del *marco* se realiza siempre en relación con la definición de este último y de la escena³⁸. Las transfor-

legítimos. Cuando se produce este proceso de ratificación recíproca, las personas así ratificadas se encuentran en lo que podría llamarse *estado de conversación*, es decir, que se han declarado oficialmente abiertas unas a las otras para los fines de la comunicación hablada y garantizan, todas juntas, el mantenimiento de un flujo de palabras. También se emplea una serie de gestos significantes por medio de los cuales uno o más participantes nuevos pueden incorporarse a la conversación, por medio de los cuales uno o más participantes acreditados pueden retirarse en forma oficial y mediante los cuales es posible terminar el estado de conversación” (Goffman, 1970, pp. 37-38).

³⁸“La transposición de claves, pues, cuando se produce, desempeña un papel crucial para determinar lo que pensamos que realmente está sucediendo” (Goffman, 2006, p. 48). En esta función del cambio de clave se cifra una posibilidad cierta de análisis de la esta-

maciones del marco implican, además, una suspensión y una delimitación: “corchetes en el tiempo, dentro del cual y al cual se va a limitar la transformación” (Goffman, 2006, p. 48). Los cambios de clave son así, también, procedimientos de determinación temporal (principio-fin) de los sistemas de interacción.

Las *fabricaciones*, que implican siempre al *descrédito* en tanto se construyen como marcos o franjas de actividad esencialmente adulteradas y artificiosas, asumen formas *benignas* o *explotadoras*. Son situaciones específica y estratégicamente creadas por unos participantes (fabricadores) hacia otros. La fragilidad de las comunicaciones indexicales requiere, en algunos sentidos, de fabricaciones. Garfinkel establece que las propiedades de la comunicación cotidiana son la vaguedad de sus expresiones, que aún así no se consideran errores, y la confianza recíproca de los participantes en su comprensión mutua por referencia al contexto. “La vaguedad que debiera producir incertidumbre es entonces un elemento constitutivo de la *fabricación de la confianza*” (Robles, 2002, p. 11)³⁹.

La confianza, aun fabricada, contiene un orden de problemas vinculados al riesgo y a la estabilización: al primero nos referiremos en el próximo apartado; a la segunda es posible especificarla —una vez más— en referencia a la integración. “Los copartícipes adquieren individualidad en la interacción particular, gracias a los recursos que pueden movilizar en otras interacciones, a las tareas que deben rea-

bilización de una situación de interacción a la distancia, como interacción sin distancia. Esto es, la observación de la ubicuidad.

³⁹Esto no evita, sin embargo, la emergencia de la sospecha y de la duda. Cfr. Goffmann, 2006, p. 129.

lizar y al tiempo que deben invertir. Aunque para que esto sea posible es decisivo también que no se llegue a una simple acumulación de delimitaciones, sino que la diferencia de los sistemas de interacción produzca al mismo tiempo espacios de libertad y delimitaciones y, precisamente en ese sentido, integración” (Luhmann, 2007, p. 649). Las fabricaciones y los cambios de clave son también puentes hacia la apertura y la constricción, hacia el azar y hacia la normatividad.

En general, las descripciones de Goffman acerca de la organización de la experiencia dentro de los marcos implican simultaneidad y co-presencialidad. Un ejercicio de transposición y puesta a prueba será necesario para el examen, desde estos presupuestos, de la interacción y la interactividad emergentes de la utilización de las «interfaces artefactuales» contemporáneas. Caracterizadas como *ubiquitous media*, re-construyen el sentido de la noción de distancia y distanciamiento con la que la escritura y, en especial, la imprenta habían reconfigurado la comunicación. A las distintas tecnologías de la palabra —oralidad, escritura, tipografía, digitalización o telemática— “corresponde una relación distinta entre las selecciones de la comunicación: acto de comunicar, información y acto de comprender. Cada una de estas relaciones genera distintas experiencias del tiempo y del espacio. Por ejemplo, la oralidad propicia que lo humano se acabe en la relación cara a cara: quien no me entiende es un no humano: un bárbaro. La memoria de un sistema oral se restringe a unas cuantas generaciones, pues el pasado remoto —gracias a la conservación y multiplicación del escrito— cohabita con el presente. Los regímenes de historicidad que se han dado en la cultura occidental son expresión de los cambios en los medios de comunicación” (Mendiola, 2003, p. 95). En el próximo apartado auscultamos, en una

primera aproximación, los cambios y dislocaciones que emergen de las «interfaces artefactuales» contemporáneas.

4. El problema de la distinción

En este apartado me propongo revisar sucintamente la relación entre *medios y comunicación* y postular algunas desventuras de la clausura operativa de la comunicación bajo el influjo de la emergencia de los medios digitales que atraviesan la experiencia social contemporánea. Es preciso, sin embargo, recapitular sobre los efectos largamente estudiados de cambios anteriores en las tecnologías de la comunicación, en especial, de la escritura, dado su significativo valor para la teoría luhmanniana.

Los cambios en los medios y las técnicas de la comunicación no son mejoras marginales. El sistema de la sociedad consiste en comunicaciones (...); si los medios y las técnicas de la comunicación se transforman, si las destrezas y las sensibilidades asociadas a la expresión cambian, si los códigos cambian en el pasaje desde la comunicación oral a la escrita y, sobre todo, si las capacidades de almacenamiento y reproducción se incrementan, entonces nuevas estructuras comienzan a ser posibles y, eventualmente, son necesarias para hacer frente a nuevas complejidades (Luhmann, 1990b, p. 100)⁴⁰.

“Las culturas orales producen, efectivamente, representaciones verbales pujantes y hermosas de gran valor artístico y humano, las cuales pierden incluso la posibilidad de existir una vez que la escritura ha tomado posesión de la psique. No obstante, sin la escritura la conciencia humana no puede alcanzar su potencial más pleno, no

⁴⁰Traducción propia del original en inglés.

puede producir otras creaciones intensas y hermosas. En este sentido, la oralidad debe y está destinada a producir la escritura” (Ong, 1987, pp. 23-24). Aun con su énfasis normativo, el supuesto de Ong permite pensar la aparición de la escritura en el sentido de una dinámica evolutiva y no como una sustitución o una discontinuidad. La aparición de la escritura modifica sustancialmente al *médium lenguaje* y deslinda el evento comunicativo separando espacial y temporalmente el acto de dar-a-conocer y el acto de comprender. En este sentido, especifica y hace emerger la operación autopoietica de la comunicación. En forma simultánea, también modifica el medio de percepción, cambiando lo acústico por lo óptico, y en esa transformación estructural yace la indicación selectiva de la *forma escritura*: la distinción escrito/oral. Se pregunta Luhmann: “¿Qué clase de distinción (otra vez ¡formal!) se presupone al reemplazar (de un lado de esta distinción) el sonido con la vista? ¿Cuál es el medio? ¿Cuál es la marca de distinción? ¿Qué significa reemplazar con, añadir a?” (Luhmann, 2002, p. 9).

El reemplazo del sentido perceptivo no presupone variaciones en el objeto de significación, “una manzana sigue siendo una manzana” ya sea que hablemos de ella, la describamos literariamente o la presentemos digitalmente en una vista de tres dimensiones. Lo que cambia con el sentido de la vista es el *modo de observación*. “Esta diferencia en la referencia a lo mismo impulsó la evolución social a umbrales de una mayor complejidad. Inauguró las ‘culturas letradas’ y, finalmente, por medio de una escritura fonética que duplicó el lenguaje mismo, condujo a nuevos niveles de reflexividad, incluyendo las posibilidades de observar observadores como observadores” (Luhmann, 2002, p. 12).

En la evolución del cambio técnico de los medios de comunicación se cifra una presión de consecuencias aún no resueltas sobre el con-

cepto de comunicación. “La computadora combina datos sin que nosotros podamos hacer una diferencia entre *información* y *acto de comunicar* [*dar-a-conocer*]” (Luhmann, 1995a, p. 324). Sin esa distinción no es realizable el *acto de comprender*: sin dicha selección sí/no que implica *comprender* no tiene lugar la diferencia y, con esto, la comunicación misma no se realiza. Se pregunta Luhmann: “¿Llevará el proceso de totalización de la comunicación, como piensa Baudrillard, a la desaparición del proceso comunicativo, o sólo hasta ahora se empieza a hacer realidad la ciega clausura del sistema de comunicación social?” (*ibíd.*). La respuesta amerita un proceso de investigación intensivo al que, en mínima parte, espera contribuir este trabajo. Mientras tanto es posible arriesgar algunas conjeturas.

La escritura crea la posibilidad de establecer la distinción y al hacerlo emerge el problema de la verdad (distinción verdadero/falso)⁴¹, es decir, acrecienta la improbabilidad de la comunicación y su imposibilidad de realización. Si esto es consecuencia del pasaje de lo acústico a lo óptico, es posible abrir la pregunta acerca de qué sucede cuando acústico y óptico se impregnan mutuamente, conviven, convergen, se solapan, se «multimedían», se re-medían... Asoma un nuevo problema: ¿cuáles son los polos de la incipiente y aún inacabada *forma digital*? Las conjeturas pueden ser variadas en un amplio rango: interface/artefacto, interacción/interactividad, móvil/fijo y *así sigue*. Es ambición de este trabajo, sin embargo, integrar esas distinciones —todas ellas posibles e imposibles— en la proposición de una *forma escrita*

⁴¹“El medio óptico incita dudas, y la escritura, por lo tanto, conduce a la lógica binaria, inventando un segundo valor lógico ‘falso’ para comprobar observaciones, especialmente la información escrita” (Luhmann, 2002, p. 12).

secundaria, cuya indicación selectiva se hace patente en la distinción oralidad electrónica (o digital)/oralidad secundaria.

Los nuevos medios y sus nuevas formas correspondientes deben hacer frente a las condiciones cada vez más improbables. Esto es cierto también para la forma escritura, que divide primero el lenguaje y luego la comunicación en modos escritos y orales. Debido a que separa dos lados al distinguir oralidad de escritura, esta nueva unidad medio/forma incluso requiere más acondicionamiento, mayor complejidad y una asombrosa normalización de las improbabilidades en ambos lados. Es decir, el medio fundamental —sea el lenguaje, el rango de los posibles estados de conciencia de los individuos o el potencial de comunicación de la sociedad— retiene su acoplamiento flexible de palabras, pensamientos y expresiones comunicativas, pero obtiene más capacidades combinatorias mediante la elección del uso ya sea de la expresión escrita u oral (Luhmann, 2002, pp. 13-14).

En un breve artículo, Luhmann (1990b) refiere tres tipos de cambios posibles a partir de las tecnologías comunicativas contemporáneas. “El primer tipo de cambio puede ser descrito como un aumento en la capacidad de control (...); en este sentido, control significa mirar atrás” (p. 101)⁴². La discontinuidad hace referencia al aumento de la capacidad de almacenamiento y a las posibilidades insospechadas que esto abre para las operaciones de selección de sentidos en el marco de la relación actual/potencial. En especial, esto supone una resignificación del pasado. Mientras que para la teoría de los sistemas sociales el pasado no existía sino como actualización en el presente mediante el médium memoria, “la mejora de las búsquedas incremen-

⁴²Traducción propia del original en inglés.

ta, al mismo tiempo, el poder de nuestra memoria y el poder de nuestro pasado. Podríamos llegar a ser incapaces de olvidar” (Luhmann, 1990b, p. 102)⁴³. El segundo tipo de transformaciones refiere a nuevas posibilidades para comunicar el movimiento, que cambian la relación entre comunicación y tiempo. A la distancia temporal que ofrecía la escritura, se le agrega ahora la posibilidad de la simultaneidad en la deslocalización. Luhmann apunta aquí la idea de la emergencia de una «*electronic orality*», directa en la interacción mediada por la interfaz artefactual, re-localizada protésicamente.

El último tipo de cambios que registra el autor es, en analogía sistémica, el que permite observar y, a la vez, es condición de posibilidad de los dos primeros: “nuevos modos de combinar diferentes formas de comunicación trascienden la diferencia tajante entre hablar y escribir” (1990b, p. 104)⁴⁴. Allí reside la especificidad de estos nuevos *medios de difusión* respecto de los anteriores y, quizás, su imbricación como, a la vez, medios simbólicos generalizados.

Si acordamos con Luhmann que “cuando la escritura se adopta como medio de difusión (y no solo se emplea con fines de registro)⁴⁵ se produce un efecto doble: se concede a la comunicación una mayor amplitud espacio-temporal y, al mismo tiempo, se la libera de las limitaciones impuestas por la interacción. Esto significa que la comunicación se vuelve más libre al producirla (escribir) como al recibirla

⁴³Traducción propia del original en inglés.

⁴⁴Traducción propia del original en inglés.

⁴⁵Esto sucede con la invención de la imprenta. A propósito, Ong establece que “la escritura reconstituyó la palabra hablada, originalmente oral, en el espacio visual y la impresión la incrustó más categóricamente en el espacio” (Ong, 1987, p. 122).

(leer)” (2007, p. 366). Las «interfaces artefactuales» contemporáneas reintroducen la interacción en la comunicación mediante una restricción ilusoria de la amplitud espacio-temporal. A propósito de una de esas «interfaces artefactuales», quizás la más difundida, el teléfono móvil o celular, Maurizio Ferraris captura “la pregunta fundamental que se le hace a alguien cuando se habla por el móvil, (...) la pregunta ‘¿dónde estás?’ capta la esencia de la transformación inducida por ese instrumento; (...) en el ‘estar al móvil’ está en juego la ubicuidad y la individualidad: en cualquier parte te pueden encontrar y sólo te encuentran a ti” (Ferraris, 2008, pp. 19/49). Pero, además, a las propiedades del encuentro seguro y específico han de sumarse la ilusión de la instantaneidad y la mutua interpenetración del espacio. Al reintroducir interacción y restricción espacio-temporal, los efectos liberadores de la escritura —conjeturalmente— se difuminan. La espacialidad adquiere una nueva caracterización y, en ella, el cuerpo se reconfigura⁴⁶.

⁴⁶La teoría y la investigación antropológicas ofrecen algunas pistas donde pensar estas cuestiones, acoplables también a los análisis de los marcos de la experiencia. La *noción de proxemia* es introducida por Edward T. Hall (1997) en sus trabajos acerca de la forma en que los sujetos establecen modos de relación específicos dependiendo del empleo y de la percepción del espacio, las distancias y el cuerpo. Hall establece cuatro tipos de distancia para las relaciones interpersonales: íntima, personal, social y pública. Cada una de ellas se subdivide en una fase abierta y en una cerrada. La clasificación proxémica establecida para la relación cara a cara puede permitir, por contraste, pensar en las formas de reconstrucción de la proximidad en relaciones dadas por la deslocalización y la no-presencialidad del vínculo. Asimismo, *el principio de proximidad de Blumer*, recapitulado por Mary Douglas, “forma parte de una teoría sobre cómo se transforma la atención humana a medida que se aleja de un centro de actividad” (Douglas, 1998, p. 154), que explica las variaciones y especificidades culturales en las formas de clasificación de los objetos. Especifica Douglas: “El principio de proximidad llama la atención sobre un aspecto del discurso, un criterio de distancia entre quienes hablan y los objetos de los que hablan” (p. 155). Es la interacción la que construye el mundo y proporciona un marco de referencia “que sitúa a los objetos dentro de categorías”. En el orden de los

La rediviva de la oralidad puede entenderse en dos sentidos: por un lado, como «oralidad electrónica» en el sentido antes señalado; por otro, como «oralidad secundaria» en la dirección en que Ong postuló la idea capturando los cambios de los medios de masas en su tiempo. “Los contrastes entre los medios electrónicos de comunicación y la impresión nos han sensibilizado frente a la disparidad anterior entre la escritura y la oralidad. La era electrónica también es la era de la ‘oralidad secundaria’, la oralidad de los teléfonos, la radio y la televisión, que depende de la escritura y la impresión para su existencia” (Ong, 1987, p. 12). La aparición de los medios masivos audiovisuales también estableció nuevas paradojas e irritó la primacía de la escritura (y el impreso) en la determinación de la operación autopoietica de la comunicación⁴⁷.

intereses que aquí nos animan, ¿de qué forma se alteran y reconvierten los modos de saber adecuándose para la operación exitosa del artefacto? ¿Qué saberes y destrezas son necesarios —como intérpretes y traductores— en la reconstrucción conjunta de clasificaciones disímiles para que la interacción artefactualmente mediada, entre sujetos situados en mundos distantes, sea exitosa? Douglas dispone de una pista para perseguir la respuesta a estas preguntas: “El principio de proximidad trasciende la cultura local por el simple hecho de suponer que en todas las culturas ha de haber diversos grados de proximidad y de distancia respecto a la vida cotidiana y que esa graduación ha de reflejarse en las estructuras taxonómicas utilizadas para organizar las actividades habituales” (1998, p. 164).

⁴⁷“Así, mientras que el lenguaje escrito será el lugar privilegiado para la observación de observadores —en este campo en que cada uno debe formar su propia opinión frente a la realidad—, las imágenes móviles óptico-acústicas llaman a que el observador se deje llevar por una función reificadora y de constatación de la realidad. A esta nueva posición del lenguaje se le sumará luego una nueva conciencia del tiempo social como tiempo real con la aparición de los reportajes *en directo*: algo asombroso está ocurriendo ahora. Con la adopción de la televisión, esta revolución estará completa, perfilándose lo que podría llamarse una cultura audiovisual, cuya rúbrica será la inmediatez” (Valenzuela Arteaga, 2006, p. 107).

Estas *oralidades* constituyen una nueva distinción de la comunicación, que indica selectivamente a la oralidad electrónica y marca a la oralidad secundaria como su entorno (pero la contiene). Distinción que es la estructura de la forma “escritura secundaria”, cuya denominación obedece a que es una nueva forma de inscripción, de distinción de la comunicación, que, a la vez que introduce una nueva selectividad en la comunicación, es auto-consciente de la selectividad que la antecede.

II. LA COMUNICACIÓN EN LOS SISTEMAS Y RITUALES DE INTERACCIÓN

1. Comunicación y virtualidad

La comunicación se realiza en el momento de su recepción: este postulado luhmanniano implica una inversión crítica respecto de las ideas convencionales, toda vez que supone que la comunicación es tal cuando provoca otra comunicación. La recursividad y reflexividad de la comunicación le dan su carácter autorrealizativo y la dotan de —la hacen contener— toda la complejidad de lo social. El concepto de comunicación, como operación autopoietica característica de los sistemas sociales, se construye por oposición a la metáfora de la transmisión, ampliamente utilizada por la teoría de medios e incluso por la cibernética, y no se configura como una noción estática, sino sujeta a los avatares del proceso evolutivo. Intrínsecamente, la comunicación requiere de su aceptación para provocar la cadena comunicativa que asegura su autopoiesis.

Al referirme en el capítulo anterior a la paradójica operación comunicativa, he puesto de relieve que merced a que el “proceso de comunicación es altamente selectivo y altamente contingente al incluir horizontes de otras muchas posibilidades de sentido” (Luhmann, 1995a, p. 318), en el sistema social se pone en juego un «programa cultural evolutivo» que revisa y actualiza el dispositivo de «autocontrol» comunicativo. O, como se expresó antes, intenta conjurar la probabilidad del *no*.

Es preciso especificar dos cuestiones: en primer lugar, que conjurar el *no* no significa impedir su ocurrencia, sino reducir las posibilidades de su aparición. El conflicto⁴⁸ y la opción por la negativa no pueden ser vedados. El componente de autocontrol de la comunicación le permite a ésta continuar, aun en las condiciones críticas de la exigencia de sortear una selección negativa: “lo que se alcanza con la comunicación no es el consenso, sino una bifurcación de la realidad” (Luhmann, 1995a, p. 316). En segundo lugar, que el «programa cultural evolutivo» de la comunicación opera tanto en forma creativa y original, tal el caso del desarrollo de los medios simbólicos generalizados⁴⁹, como en respuesta a los desafíos que le presentan los cambios en las tecnologías de la comunicación. Las «interfaces artefactuales» de la comunicación digital plantean retos insospechados para la operación autocontrolada de la comunicación. En buena medida, porque añaden más incertidumbre en todos los momentos de la triple secuencia: en el procesamiento selectivo de la información mediante la «máquina invisible»⁵⁰ que sostiene a la máquina que se ve y se opera; sobre los modos en que se da a conocer, con su posibilidad cierta de palimpsesto sensible (visual, auditivo y táctil); y, en especial, sobre el

⁴⁸Cfr. Luhmann, 1982, pp. 82-85.

⁴⁹El trasfondo teórico de esta posibilidad está dado por el sentido especial de la noción de «evolución» en la teoría sociopoética, un punto sobre el que me extenderé unas líneas más abajo.

⁵⁰La idea de la «máquina invisible» procede de Luhmann (entre otros, 2007, p. 909) y refiere a la diferencia entre los dispositivos de acceso y comunicación de una computadora (teclado, ratón, pantalla, etcétera) y los dispositivos de procesamiento. Más adelante se retoma esta idea al caracterizar los elementos prototípicos de las «interfaces artefactuales» de la comunicación contemporánea.

acto de comprender⁵¹. Pero aún más, pone en crisis, también, la propia secuencialidad: “Si ya de por de sí la comunicación escrita, con los medios de difusión que arrastró consigo —imprensa, televisión—, ha puesto bajo presión el concepto de comunicación, ¿qué pasará ahora que la computadora ha roto, además, con el proceso de secuencialidad del acto comunicativo?” (Luhmann, 1995a, p. 324).

Un camino para ensayar respuestas a este interrogante es entender estos procesos comunicacionales y sistémicos como un tipo especial de configuración de la racionalidad, *la cibernética de segundo orden*. No trato aquí de atisbar o verificar un cambio histórico, sino de establecer provisionales certezas sobre los rumbos posibles, las paradojas actualizadas y las inéditas incertidumbres que parecen augurar las transformaciones en curso de las tecnologías de la comunicación. Para esto, un programa de investigación con foco en los sistemas de interacción y que aborde este proceso de diferenciación de la racionalidad contemporánea podría invertir el punto de partida luhmanniano. Se trata de re-pensar la unilateralidad de la comunicación desde la reducción/ampliación de complejidad que implica la *ilusión de instantaneidad* creada por la comunicación digital. Evento evasivo y totalizante, la *ilusión de instantaneidad* opera recreando la multiplicidad del entorno y reintroduciendo la presencia personal: se trata, sin más, de explorar los límites de la comunicación digital, admitida conjetural-

⁵¹“Mientras que por medio de la escritura se había alcanzado un desacoplamiento temporal (y, por tanto, también espacial) del acto de comunicar y el acto de la comprensión en cuanto componentes constitutivos de la comunicación, pero bajo el presupuesto riguroso de que, en el plano objetivo, se trataba de la misma información, la computadora puede incluir en el desacoplamiento también la dimensión objetiva del sentido” (Luhmann, 1995a, p. 324).

mente como una operación que reintroduce los modos presenciales en el componente de autocontrol de la cesura autopoiética de la comunicación. Tal como ya se expuso, la comunicación oral se reaseguraba porque “la simultaneidad de la interacción sirve de control de la aceptación de una comunicación” (Luhmann, 1995a, p. 318).

La simultaneidad se redefine en lo instantáneo como *ilusión*, entendida aquí en su acepción de *viva complacencia*⁵². Si bien implica un grado de conciencia sobre el artificio que conlleva, no se trata de una simulación de la instancia co-presente, sino de un modo específico de articulación de la experiencia sensible y sistémica. Refiere, en parte, a lo que ha sido connotado, en buena parte de la literatura reciente, como «virtualidad»⁵³. El término es polisémico, con múltiples explicaciones sobre su contenido y alcance. Elena Esposito provee una apropiada síntesis, comparando simulación y virtualidad: “La virtualidad es a la simulación como una imagen reflejada es a un dibujo (diseño). Éste representa algo que no puede pertenecer al mundo (que es falso), mientras que el objeto presentado por el espejo debe ser real, porque obliga al observador a observarse a sí mismo. En la realidad virtual se pasa del nivel perceptivo de una reflexión referida a los objetos,

⁵²Es apropiado notar que “la simultaneidad no es propiamente la realidad del tiempo, pero sí el fundamento de lo que se denomina presente y con ello el fundamento de toda observación del tiempo que trabaja con la distinción de un *antes* y un *después*. Simultaneidad significa únicamente que no puede haber acontecimientos causales que acontezcan en la actualidad y que bajo la noción de causalidad se entiende normalmente distancia de tiempo: la causa debe estar situada *antes* del efecto. Naturalmente que con esto se descarta que se pueda observar mediante esquemas causales, pero para eso se debe tener en cuenta la no simultaneidad del tiempo entre la causa y el efecto” (Luhmann, 1995a, p. 219).

⁵³Sólo a modo de ejemplo, dado que un listado completo de referencias es una tarea improbable, véase Castells (1999a), Levy (1998) y Virilio (1998), entre otros.

al más abstracto de una reflexión referida a la comunicación. Y la comunicación, que es una operación, no se refleja en un plano estático, sino en una máquina que realiza, a su vez, las operaciones, donde la ‘superficie’ que posibilita el reflejo está constituida por la interface usuario/máquina” (Esposito, 2001, p. 238)⁵⁴.

Los objetos virtuales, especifica Esposito, no son falsos objetos reales, sino «verdaderos objetos virtuales»⁵⁵. En sentido estricto, en lo virtual se renuncia al control, “delegando a la máquina invisible la construcción de objetos que no se sitúan de un modo ficticio como sustitutos del único mundo real, sino que forman parte en modalidad virtual del mundo circular y no unívoco generado por la observación, en sus relaciones con los objetos y con ella misma” (*ibídem*)⁵⁶. La autora otorga a las operaciones virtuales un estatuto concreto, sensible, equivalente al de otras operaciones que no las incluyen, tal como la metáfora del espejo testimonial.

Aún más, Esposito dispensa un indicio valioso sobre un punto ciertamente crítico para los afanes de este trabajo: la cuestión de la presencia personal como delimitante de los sistemas de interacción. O, dicho de otro modo, el problema que representa el enérgico legado de la tradición sociológica de análisis de la interacción que supone que ésta es tal en tanto tiene lugar entre presentes, en una situación de intercambio cara-a-cara (*face-to-face*). En una disciplina científica signada por el «desacuerdo endémico», la remisión consecuente y consensuada a la co-presencia como requisito central para el desarrollo

⁵⁴Traducción propia del original en italiano.

⁵⁵Este juego de lenguaje rememora la tesis de la «cultura de la virtualidad real» de Manuel Castells (1999a, pp. 359-408).

⁵⁶Traducción propia del original en italiano.

de la actividad interaccional no deja de ser sorprendente y, a la vez, un duro desafío a nuestras pretensiones interpretativas.



En pinceladas gruesas, los desarrollos anteriores introducen y contextualizan los objetivos de este capítulo: en principio, preparar el terreno para construir una *versión* de la categoría de interacción, apropiada para los objetivos analíticos de este trabajo; y, de manera suplementaria, precisar, genéricamente, el alcance de la noción dentro de la marginal conceptualización luhmanniana de los «sistemas de interacción».

En primer lugar, es precisa una breve descripción —complementaria de la esbozada en el capítulo anterior— del montaje teórico luhmaniano acerca de la emergencia y la operación de los sistemas de interacción, con el objeto de situar la discusión posterior en el enfoque general del trabajo. Bajo ese signo, procederé luego a re-explorar parte de la tradición de análisis sociológico de la interacción para, más tarde, contrastarla con (y abrirla a) algunas precisiones teóricas propias de la teoría de sistemas.

La particular dependencia, en esos entramados teóricos, de la «interacción» respecto del vínculo cara-a-cara conducirá a un análisis crítico de esa condición. Se indagarán sus límites y alcances, mediante la exploración de los modos en que la interacción emerge bajo la influencia de las sucesivas reconfiguraciones espacio-temporales que le impone el flujo continuado de adquisiciones evolutivas en las tecnologías de la comunicación. La formulación de una tipología que libera a la interacción del cepo de la co-presencia —interpretada, además, como proceso de diferenciación evolutiva— abrirá paso a la discusión,

en el próximo capítulo, de una de las características nodales de la interacción a través de las «interfaces artefactuales» de la comunicación contemporánea: la «interactividad».

2. De la interacción y sus sistemas

En el capítulo anterior di cuenta de la especial configuración de los sistemas de interacción, repensando críticamente los presupuestos bajo los que tienen lugar los procesos de autoselección y formación de límites que los caracterizan. Luhmann aventura que en el proceso de diferenciación respecto de otros sistemas, “las interacciones se harán también más dependientes de su propia autorrealización autopoiética, particularmente de algo que pudiera ser sintetizado como ‘tomar el papel del otro’ (Mead), o como adaptarse a la ‘doble contingencia’ (Parsons)” (Luhmann, 1994, p. 151). Aquí se ha tomado otro camino, quizá complementario, al acudir a la explicabilidad indexical (Garfinkel), que permite —y caracteriza— la estabilización del escenario interaccional, operación de algún modo autocontrolada por la generación de marcos de experiencia (Goffman).

La perspectiva de sistemas autopoiéticos postula una cardinal separación entre los diversos tipos de sistemas: los sociales, los de interacción y los organizacionales⁵⁷. Estos tres tipos de sistemas se distinguen sobre la base de los específicos presupuestos bajo los que, en cada

⁵⁷Un desarrollo sucinto pero esclarecedor sobre esta idea se encuentra en el segundo volumen de *Sociologische Aufklärung*, publicado en 1975. Me refiero al ensayo que puede accederse en Luhmann, 1982, pp. 69-89. Desafortunadamente, los seis volúmenes de esa obra seminal de Luhmann se encuentran sólo parcialmente traducidos en diferentes obras (1973, 1982, 1990b, 1998, 1999, entre otras).

caso, ocurren los procesos de auto-selección y de formación de límites. “Esta distinción triádica se corresponde con los centros de gravedad más importantes en la investigación sociológica actual: la teoría del comportamiento cara a cara o interaccionismo simbólico, la teoría de las organizaciones, y (...) las aproximaciones a una teoría de la sociedad. La teoría de sistemas puede ayudar a relativizar e integrar estas tres vías de la investigación sociológica” (Luhmann, 1982, p. 71)⁵⁸.

Este desglose —y, a la vez, aumento— de la complejidad de la experiencia social es una adquisición evolutiva, fruto de un proceso paulatino de diferenciación. Este proceso se informa en transformaciones históricas, que suponen alteraciones en los modos de la trasposición técnica de la comunicación. «Evolución» y «diferenciación» son dos nociones críticas, que asumen una particular definición dentro de la perspectiva luhmanniana. Sólo a modo de apertura, una breve reseña de cada una es oportuna para precisar la emergencia y las características de los sistemas de interacción, en su relación con el conjunto del andamiaje sistémico.

Toda exégesis de la concepción evolutiva en la obra de Niklas Luhmann debe ponderar una máxima: aquella que alega que “la evolución es y sigue siendo imprevisible” (Luhmann, 2007, p. 469). La idea de evolución no está signada, en la arquitectura de la teoría sociopoética, por ninguna invocación al progreso. En efecto, si hay alguna noción que tome el lugar que la categoría «progreso» ha tenido en buena parte de los enfoques clásicos de las ciencias sociales, ésa es la de «diferenciación».

En parte, el tipo de «evolución» al que refiere Luhmann pone en crisis la idea misma de progreso y su sentido ineluctable, al mostrar su impensa-

⁵⁸Traducción propia del original en inglés.

bilidad en el marco de la aproximación científica sobre el devenir histórico y social. Esto es así porque se renuncia explícitamente a cualquier tipo de explicación causal, limitando la causalidad a espacios reducidos y no preponderantes de la evolución societal, al tiempo que se la reemplaza “por el supuesto de condiciones evolutivas circulares”⁵⁹. En cualquier situación histórica la sociedad se presenta a sí misma como máquina histórica no trivial que emplea la variación, selección y reestabilización de acuerdo con el estado de cosas dado en el momento” (Luhmann, 2007, p. 452).

Aquí, conquista relevancia la idea de «adquisición evolutiva», un concepto que sirve a los fines de indicar los resultados de la evolución⁶⁰. El rompimiento con las lógicas causales se hace patente en esta proposición, porque las adquisiciones evolutivas no son resultados de un devenir progresivo, sino que son introducidas, en general, a modo de

⁵⁹En este punto, Luhmann introduce la nota al pie 283, con una aclaración que es necesario respetar. Dice: “no estamos hablando, a propósito, de ‘efectos mutuos’, porque eso mezclaría las dos figuras teóricas y obligaría, además, a abstraerse del tiempo” (2007, p. 452).

⁶⁰El concepto denota “un arreglo estructural dotado de evidente superioridad respecto de sus equivalentes funcionales. Por ejemplo, el ojo o el dinero, los pulgares móviles o la telecomunicación. A las adquisiciones consolidadas de este tipo —que son más compatibles que otras con relaciones complejas— las llamamos *adquisiciones evolutivas*. El hecho de existir soluciones mejores y no tan buenas está relacionado con el problema de la complejidad. Consideradas en un plano meramente funcional, las soluciones son ‘equivalentes’. En el concepto de adquisiciones evolutivas se encuentran por eso dos distintos niveles de valoración sin que ninguno de los dos presente validez absoluta. Una solución al problema debe ser apropiada (...). La idoneidad de la solución puede darse (o no darse) respecto a la especificación del planteo del problema —la escritura, por ejemplo, debe ser apta para toda comunicación, fácil de aprender, fonéticamente independiente, legible sin necesidad de gran esfuerzo de interpretación—. Junto con este nivel de valoración viene un segundo: el de la ventaja evolutiva. Aquí se trata de la relación con la complejidad que el sistema acoge y practica la adquisición evolutiva. Desde este punto de vista, las adquisiciones reducen complejidad para poder organizar —sobre la base de la restricción— una más alta complejidad” (Luhmann, 2007, p. 400).

prueba y sin contemplar sus posibles efectos o alcances. Esto “corresponde a la premisa teórico-evolutiva de que la coordinación de variación, selección y estabilización debe quedar abierta a un factor de azar” (Luhmann, 2007, p. 406). Dos caracteres completan esta noción: primero, que las adquisiciones evolutivas se desarrollan sólo en el contexto de problemas estructurales; segundo, que esta limitación se compensa con “la posibilidad de desarrollos ‘equifinales’. La misma adquisición puede desarrollarse desde situaciones de partida diversas” (*ibíd.*).

La noción de «adquisición evolutiva» rompe con la lógica causal, lo cual tiene implicaciones directas sobre la forma en que Luhmann concibe los sistemas sociales. En los sistemas luhmannianos no hay una lógica jerárquica que marque el pulso de las transacciones entre sus diferenciaciones definiendo una dominante, en contraste, por ejemplo, con el abordaje de sistemas de Talcott Parsons. De hecho, no hay transacciones en el sentido estricto del término y, por tanto, no hay necesidad de *control cibernético*, es decir, jerárquico. Sugiere Luhmann: “los análisis objetivos tienen que tomar en cuenta el hecho de que, en el ámbito de los sistemas psíquicos y sociales, la causalidad no sólo existe en el sentido de una relación entre causa y efectos, sino que también es percibida y estructurada mediante procesos de adjudicación, y esto de una manera a su vez condicionada, distinta de sistema a sistema” (1999, p. 144)⁶¹. Como se señalara, la operación de la lógica causal es altamente marginal para Luhmann, pero, además, el

⁶¹Luhmann es cuidadoso en el uso mismo de la palabra *control*. Cuando refiere a las actividades de comparación y control, lo hace con la fórmula «control comparativo», que refiere a la comparación entre datos (información) y memoria. “El control comparativo (...) no lleva en absoluto a dominar la causalidad; al contrario, tiende a hacer tomar conciencia de que falta un tal dominio” (Luhmann, 2007, p. 321).

hilo que une las diversas formas de la evolución es una paradoja, la de «la probabilidad de lo improbable»⁶². De este modo, “El desarrollo altamente improbable, desestabilizador, ‘catastrófico’, es posible. Sucede de vez en cuando y no siempre con resultados destructores” (Luhmann, 1994, p. 150).

El punto de engarce entre la perspectiva sobre la evolución y la noción de *diferenciación* está dado por la relación de ambas con la historia. En la perspectiva sociopoiética, la vinculación entre evolución e historia es ambivalente. “La evolución es, a la vez, un puente con la historia y una emancipación de ella. Siempre se basa en los logros preexistentes, pero al mismo tiempo la sociedad es independiente de las precondiciones de su génesis inicial. La investigación científica de hoy en día, por ejemplo, ya no se basa en aquellas peculiares condiciones teológicas, económicas y técnicas que hicieron posible la primera autonomía de la ciencia en la era moderna. Más bien, ahora depende, de manera más simple y directa, de la rutinización de expectativas de éxito, establecidas en el ínterin” (Luhmann, 1982, pp. 74-75)⁶³. A diferencia de otros enfoques histórico-evolutivos, como el de Habermas, donde el derrotero socio-cultural lleva al deslinde entre el sistema y

⁶²Cfr. Luhmann, 2007, pp. 325 y ss. Allí, entre otras cuestiones, afirma que la teoría de la evolución “encuentra su punto de partida precisamente en la solución de esta paradoja. La improbabilidad de supervivencia de individuos aislados (y aun de familias aisladas) se transforma en la (menor) improbabilidad de su coordinación estructural, y *con ello empieza la evolución sociocultural*. La teoría de la evolución remite el problema al tiempo e intenta explicar cómo es posible que algunas estructuras cargadas cada vez más de presupuestos —es decir, cada vez más improbables— surjan y luego funcionen como normales. El axioma básico es: la evolución transforma la baja probabilidad del surgimiento en una alta probabilidad de la preservación”.

⁶³Traducción propia del original en inglés.

la interacción bajo una dinámica de colonización progresiva del segundo elemento por el primero⁶⁴, en el enfoque de sistemas sociales autopoieticos, «la diferenciación nunca puede ser separación»⁶⁵.

Para apreciar el contraste entre el enfoque de Habermas y el de Luhmann, son precisas algunas breves pistas sobre la propuesta del primero, aun a riesgo de desviarnos momentáneamente del foco de atención. Habermas establece dos tesis acerca de la dinámica social evolutiva: por un lado, que hay una progresiva desconexión entre el mundo de la vida y el sistema social que ocasiona el desarrollo diferenciado de formas de sociedad. Esta tesis también puede ser entendida como la escisión progresiva entre el mecanismo de integración social, enfocado en la armonización de las orientaciones de la acción a través de un consenso normativo o comunicativo, y el mecanismo de integración sistémica, ocupado en el entrelazamiento funcional de las consecuencias de las acciones mediante la regulación no normativa de las decisiones particulares (Habermas, 2001b, p. 167). Por otro lado, la segunda tesis es complementaria: asegura que en esa desconexión progresiva entre mundo de la vida y sistema social, los modos imperativos de integración del sistema trasvasan las fronteras del mundo de la vida, deformándolo y cosificándolo.

⁶⁴Cfr. Habermas, 2001b, pp. 161 y ss.

⁶⁵Apoyando aún más esta aseveración, Luhmann afirma —para el caso de la distinción triádica entre sociedad, organización e interacción— que “una separación total de los tres niveles de sistema es sin duda imposible, ya que, obviamente, toda acción social tiene lugar en la sociedad y, en última instancia, sólo es posible en la forma de interacción. Como los tres niveles aumentan progresivamente su separación, como los tres tipos de sistemas incrementan su distinción, los problemas relacionados con la interconexión de los niveles se vuelven más y más agudos” (Luhmann, 1982, p. 79) [Traducción propia del original en inglés].

El punto de vista de Habermas no estará completo sin apuntar que “la dinámica de la evolución está regida por los imperativos dimanantes de los problemas de asegurar la pervivencia del mundo de la vida, [y] esa evolución social hace uso de posibilidades estructurales y está, a su vez, sometida a restricciones estructurales que experimentan una transformación sistemática con la racionalización del mundo de la vida” (2001b, p. 210). En una dinámica evolutiva combinada, que Habermas llama «proceso de diferenciación de segundo orden», sistema y mundo de la vida se diferencian internamente y, a la vez, se diferencian uno del otro (Habermas, 2001b, p. 216). A pesar de este énfasis en el deslinde analítico y funcional entre el mundo de la vida y el sistema social, ambos son parte constitutiva de la sociedad y, por tanto, se interconectan. Para Habermas la sociedad es “un sistema que tiene que cumplir las condiciones de mantenimiento propias de los mundos socioculturales de la vida” y, en este sentido, “son plexos de acción sistémicamente estabilizados de grupos integrados socialmente” (Habermas, 2001b, p. 215).

La naturaleza del engarce entre sistema y mundo de la vida es crítica, dado que implica procesos de complementariedad que, no obstante, derivan en condiciones de tensión que comprometen la estabilidad y el cumplimiento de la función de cada esfera y, en el límite, la remisión de una a otra. Así, esta vinculación crítica se expresa, en buena medida, en la articulación de los diversos tipos de racionalidad que conforman a la acción comunicativa. “El concepto de acción comunicativa presupone el lenguaje como un medio de entendimiento” (Habermas, 2001a, p. 137) y el entendimiento no es otra cosa que el mecanismo coordinador de la acción por el que los participantes en la interacción “reconocen intersubjetivamente las pretensiones de

validez con que se presentan unos frente a otros” (p. 143). Este mecanismo se activa sólo si es posible asignar un sentido a la acción, y tal sentido depende de una tematización en la que se ponen en cuestión los mundos objetivo, social y subjetivo. Cada uno de éstos exige un ajuste de la racionalidad de la acción en sentido teleológico, normativo y dramático, respectivamente. Estos ajustes son viables a partir de que el actor recurra “a patrones de interpretación transmitidos culturalmente y organizados lingüísticamente” que estabilizan aporieticamente las estructuras del mundo de la vida. Es en el sentido de estas remisiones y dependencia en el que Habermas postula que acción comunicativa y mundo de la vida son conceptos complementarios.

Se advierte claramente el sentido divergente de este enfoque respecto de la conceptualización luhmanniana de la comunicación. Por lo demás, ante el proceso evolutivo de deslinde de lo social que atisba Habermas, los señalamientos de Luhmann (1990a, pp. 395-396) se dirigen a la imposibilidad de suturar el escindido mundo social habermasiano, advirtiendo así sobre aspectos problemáticamente nodales de la teoría de la acción comunicativa. La cuestión radica en cómo se entiende la unidad del objeto que Habermas construye a través de diferenciaciones; algo que debiera desembocar en una respuesta dialéctica que, según Luhmann, Habermas no ensaya ni para la tipología de la racionalidad ni para la diferencia entre sistema y mundo de la vida. La diferenciación habermasiana implica, de este modo, disociación, donde la única rearticulación efectiva es la colonización de uno (el mundo de la vida) por el otro (el sistema).

Regresando a Luhmann, y en cuanto a lo que es pertinente en este trabajo —la diferenciación evolutiva entre sistemas de interacción y sistema sociedad—, resulta que “la interacción sigue siendo comu-

nicación —sigue siendo, como antes, consumación de la sociedad; no puede dejar la sociedad y enfilarse hacia su ambiente; al explorar nuevas posibilidades simplemente ampliará la sociedad—” (Luhmann, 1994, p. 148). Exploraré la noción luhmanniana de «diferenciación» mediante la exposición del caso específico sociedad/interacción. Esto pondrá en juego, también, las precisiones sobre la evolución, toda vez que un elemento central en la distinción evolutiva entre sistemas sociales e interaccionales es que estos últimos, a diferencia de los primeros, no son evolutivos sino adaptativos.

Aclara Luhmann: “La diferenciación *no es descomposición* de un ‘todo’ en ‘partes’, ni en el sentido de descomposición conceptual (*divisio*) ni en el sentido de división real (*partitio*)” (2007, p. 473). Cada sistema diferenciado reconstruye, en el marco de sus límites, al sistema total. Esa reconstrucción no implica identidad sino la operación de la diferencia que le es específica, que describe su particularidad. En este sentido, un criterio para entender la diferenciación entre sociedad e interacción procede de observar la cualidad del dominio que cada una posee sobre las operaciones de comunicación. En efecto, las sociedades monopolizan la comunicación: al trazar la distinción entre sí misma y su entorno, la sociedad, *qua* sistema social, señala e incorpora todas las comunicaciones significativas y deslinda todo lo demás en su ambiente —incluyendo seres humanos—. Esto es una tarea impracticable para los sistemas de interacción, que siempre tendrán en su entorno comunicaciones que no gobiernan, tanto temporal como espacialmente.

Se subraya así una dependencia fáctica en la definición de los límites de los sistemas de interacción, dada por la función determinante que, a este respecto, tiene la presencia personal o, en otras palabras, la vinculación cara-a-cara. “Los sistemas de interacción emergen cuan-

do individuos co-presentes se perciben unos a otros. Esto incluye a la percepción de la mutua percepción. La ‘presencia personal’ es tanto el principio de selección como el principio que rige la constitución de los límites del sistema de interacción. (...) El límite tangible de los sistemas de interacción se revela en el hecho de que podemos hablar con pero no acerca de aquellos que están presentes y, a la inversa, solo acerca pero no con quienes están ausentes. Con quién hablamos acerca de quiénes, como es sabido, hace una gran diferencia para nuestra elección de temas” (Luhmann, 1982, pp. 71-72)⁶⁶. Resulta llamativo que a pesar de intuir toda la serie de transformaciones sobre la comunicación que se disparan con el uso y la difusión de la computadora y sus escenarios, Luhmann no contemple la reformulación del concepto de presencia o, incluso, de la fórmula cara-a-cara. No lo hace, pero los lineamientos de su teoría admiten repensar la idea de presencia e, incluso, las condiciones estructurales de las que los procesos interaccionales se sirven para demarcar sus límites, en especial, debido a la plasticidad de la idea de «mutua percepción» como criterio y garantía de una efectiva presencia personal.

En el proceso de su diferenciación, la interacción gana en autonomía, pero esto no significa que pierda contacto con la sociedad. Entre ellas se da un modo de acoplamiento estructural que Luhmann describe como *laxo*⁶⁷. Progresivamente, la sociedad desregula la interacción,

⁶⁶Traducción propia del original en inglés.

⁶⁷Como Luhmann advierte, “no es una expresión muy feliz; la admitimos tan sólo porque ha sido aceptada en la literatura”, para aclarar luego que “con ‘laxo’ no nos referimos a algo así como lo flojo de un tornillo, sino a una pluralidad abierta de posibles conexiones todavía compatibles con la unidad de un elemento, por ejemplo, el número de frases inteligibles construidas con una palabra de sentido idéntico” (2005, p. 174). Valga esta aclaración también para otras referencias al acoplamiento *laxo*, de las que me serviré más adelante.

pero, al mismo tiempo, la regula “en términos de condiciones especiales y funciones especiales (...). [Es que] los sistemas de interacción pueden desarrollarse por autorregulación, constreñidos por su propia historia, o pueden someterse a condiciones altamente especializadas de disciplina profesional u organizacional” (Luhmann, 1994, p. 162). La interacción es un fenómeno caracterizado por su plasticidad, por su capacidad adaptativa tanto a los contextos organizativos de otros sistemas⁶⁸ como a la falta de ellos.

En gran parte, esta flexibilidad de la interacción viene dada por el lenguaje, como Luhmann lo explicita:

El lenguaje hace posible, al interior de los sistemas de interacción, un tratamiento ingenioso de los ausentes, esto es, permite reflejar y tematizar elementos del entorno dentro del sistema, mediante el reemplazo de la presencia real con símbolos que representan a quienes están ausentes. Una versión simbólicamente sintetizada del entorno, por así decirlo, es incorporada dentro del sistema. De esta manera, las relaciones entre sistemas y entornos son prodigiosamente enriquecidas e intensificadas. Más importante aún, estas relaciones pueden extenderse hacia el pasado y el futuro. Como resultado, ya no pueden tomar la forma de una correlación punto-a-punto entre el sistema y su entorno. La ventaja decisiva de la interacción humana sobre la interacción animal procede de este elemental logro del lenguaje (1982, p. 72).

⁶⁸“Siempre que la interacción es llevada dentro de subsistema funcional, tiene que adaptarse a las líneas sociales de diferenciación, y a reglas bastante improbables de comportamiento —no puede, de este modo, simplemente divertirse” (Luhmann, 1994, p. 154).

La recursividad entre sistema y entorno al interior del sistema de interacción es, quizá, la explicación más ilustrativa de la complejidad de la operación autopoiética de todo sistema social: simbolización, tematización, re-entrada del entorno, vinculación del pasado y el futuro como diferencia (presente), entre otros, se articulan en la comunicación interaccional de un modo que puede definirse como artístico, en el sentido contemporáneo distinguido por Elena Esposito⁶⁹. La interacción afronta el problema de la doble contingencia a través del desarrollo de semánticas estructurales, signadas por la fragilidad inherente a la reflexividad social y a las ilusiones recíprocas con las que se mantiene el ordenamiento interaccional. Así, desde luego, en la perspectiva de Goffman, “la participación conjunta parece ser una cosa frágil, con puntos normales de debilidad y decadencia, un estado precario e inseguro, que en cualquier momento puede llevar al individuo a alguna forma de alienación” (1970, p. 106). Es precisamente el autor de *Ritual de interacción* quien nos provee el arsenal analítico para aproximar las cuestiones semánticas y sintácticas de los sucesos interaccionales.

3. De la interacción y sus rituales

En su abordaje de la interacción, Goffmann disecciona el fenómeno en sus «unidades naturales», al tiempo que minuciosamente lo engarza, pieza por pieza, para reconstruir su orden ritual en un elocuente trabajo de bordado analítico. No es posible afirmar que alguna de sus obras presente un acabado completo o preciso de esta tarea. Quien desee reconstruirla debe afrontar el reto cinagético, cual detective ginz-

⁶⁹Cfr. Esposito, 2004, pp. 7 y ss.

burgeano⁷⁰, de perseguirla atravesando su producción. Hay, con todo, un punto de partida insoslayable, dado que el “estudio correcto de la interacción no se relaciona con el individuo y su psicología, sino más bien con las relaciones sintácticas entre los actos de distintas personas mutuamente presentes” (Goffman, 1970, p. 12). En principio, exploraré las *relaciones sintácticas entre actos*, para luego irritar la idea de la co-presencia —sin duda, el objeto crítico de este capítulo—, intentando ir más allá de la mutua percepción física como criterio único de realidad.

El fenómeno de la interacción puede ser reconstruido mediante cuatro capas sucesivas de análisis y elucidación, donde el bordado goffmaniano será fuente primera, pero al que sumaré algunas precisiones y aportes provenientes tanto de la fenomenología como de la etnometodología. La *primera* de ellas consiste en recuperar las características propias de la interacción en tanto participación conjunta, donde la atención hacia el tratamiento de las condiciones espaciales y temporales es una cuestión central. Sobre esa base, en *segundo lugar*, es posible reconstruir algunos componentes analíticos de la interacción: la noción de «cara», las ideas de «etiqueta» y «orden ceremonial» y el papel central del llamado «foco principal de atención». Una vez dilucidado este orden conceptual general, es posible, en *tercer término*, dar cuenta de las «unidades naturales de interacción», tal como Goffman las denomina: «ocasión social», «reunión» y «situación social». La *última capa* —pero que, como vale apreciar, bien podría ser la primera— es la del carácter ritual de la interacción.

Para Goffman, el ser o «sí mismo» (*self*) de todo individuo se actúa o se construye en la situación. Una situación que “tiene sus requi-

⁷⁰Cfr. Ginzburg, 1994.

sitos: no arranca si los actores no realizan con propiedad el trabajo de actuarla” (Collins, 2009b, p. 34). La construcción del *sí mismo* y la constitución de la situación se realizan en una dinámica recursiva donde se actualizan, además, elementos del entorno de la situación, como las normas morales validadas socialmente y los ordenamientos rituales para la secuencia y contenido de la interacción. “¿Qué es lo distintivamente situacional o cara a cara en la comunicación verbal y no verbal entre personas que están presentes unas para otras?”, se pregunta Goffmann, para responder dando cuenta de dos elementos: las personas se basan en el significado directo de las alocuciones y en los mensajes corporales o metacomunicacionales. Ambos factores desencadenan una tríada de consecuencias: “1) habrá una simultánea simetría de roles (el emisor será receptor, el exudador será entresacador); 2) la comunicación será riquísima en calificadores; 3) habrá considerables oportunidades para la retroacción” (Goffman, 1970, p. 128).

La conversación, pues, involucra «compresión mutua», una coordinación moral de intereses, ilusiones y predisposiciones, que no pueden perder de vista ni los contenidos inmediatos del encuentro ni los objetos contextuales de referencia. No se trata de un ejercicio trivial sino que es un reto, pero los individuos lo llevan adelante cotidianamente recurriendo a un conjunto de saberes residentes, incorporados. Una comprensión alternativa, pero suficientemente congruente, de la forma en que se resuelve de manera práctica la complejidad de esta doble tributación de la interacción al contenido y al contexto se halla en Schütz. Para el fenomenólogo alemán, el mundo inmediato —ese que los individuos goffmanianos crean para interactuar y por el que son creados— no es objeto de duda permanente en virtud de una suspensión de la duda sobre la realidad del

mundo —*epojé*—, que se verifica en la «actitud natural» con la que hombres y mujeres enfrentan el mundo.

En parte gracias a la *epojé*, los individuos circunscriben el mundo de lo real y acentúan su familiaridad, morigerando la incertidumbre. La realidad es un *ahí* común para todos los individuos y al que cada uno contribuye dotándolo de sentido. Esta dotación de sentido, es decir, esta interpretación estabilizadora del mundo social cotidiano, se realiza a través de lo que Schütz denomina «conocimiento de sentido común»⁷¹. Toda interpretación del mundo social se basa en un acervo de experiencias anteriores —creadas por los individuos o que les han sido transmitidas— que funciona como un esquema de referencia, en la forma de «conocimiento a mano» o «repositorio de conocimiento». Éste, como cualquier otro saber, implica una teorización e interpretación del núcleo de lo real: el conocimiento sobre el mundo “supone construcciones, es decir, conjuntos de abstracciones, generalizaciones, formalizaciones e idealizaciones propias del nivel respectivo de organización del pensamiento. En términos estrictos, los hechos puros y simples no existen (...); se trata siempre de hechos interpretados” (Schütz, 1974a, pp. 36-37). Por un lado, a condición de la *epojé* de la actitud natural, estos objetos de pensamiento se presentan en un horizonte de familiaridad, de especificidad y especificación de los objetos del mundo. Por otro, el conocimiento de sentido común se constituye como un «sistema de construcciones de tipicidad»: las

⁷¹Una opción para conjurar cualquier interpretación trivial del significado de la expresión *sentido común* es advertir que, en el entramado teórico de Schütz, es apropiado entenderlo como sentido *en común*.

experiencias previas se constituyen como típicas para presentar horizontes abiertos de experiencias similares anticipadas⁷².

El actor es selectivo, se interesa por algunos objetos en desmedro de otros, en un ejercicio de determinación de las características típicas e individuales del objeto elegido. El interés sobre un objeto está asociado a la significatividad que éste tiene para el actor en relación con un «propósito a mano»⁷³, es decir, a las posibilidades de actividad práctica que su situación determinada le hace posible. Cada propósito a mano está asociado a un sistema de significatividades, como elemento dinámico que permite efectuar cambios y transformaciones —necesariamente cuidadosos y especiales— en el horizonte abierto de la tipicidad.

Todos estos rasgos y propiedades del conocimiento social se ponen en juego en y por el entramado de interacción. La idea de la reciprocidad de perspectivas —que Goffman data como un criterio definitorio de la interacción—, o, lo que es lo mismo, de la socialización estructural del conocimiento, implica dos idealizaciones básicas que permiten considerar como idénticas unas experiencias del mundo construidas a partir de perspectivas y situaciones divergentes. La primera es la idealización de la intercambiabilidad de los puntos de vista, esto es, la posibilidad de trocar las perspectivas y *ver con los ojos del otro, lo mismo que el otro*. Esta posibilidad del individuo de percibir la

⁷²Cfr. Schütz, 1974a, p. 39.

⁷³La idea de *a mano*, utilizada por Schütz para especificar diversas situaciones alrededor del conocimiento, se relaciona con la noción de *mundo al alcance del actor*, datando las propiedades o situaciones sobre las que el actor puede avanzar porque pertenecen al núcleo intersubjetivo de lo real que es definido y reconocido para sí.

realidad poniéndose en el lugar del otro es lo que permite al sentido común reconocer a los distintos como análogos al yo y ampliar el alcance del conocimiento: en la interacción podemos percibir ciertos fenómenos que escapan al yo, dado que el individuo no puede percibir su experiencia inmediata —salvo como un regreso sobre la experiencia consumada—, pero sí percibe las de los otros, en tanto le son dadas como aspectos del mundo social. La segunda es la idealización de la congruencia del sistema de significatividades, es decir, la presuposición de que los actores eligen e interpretan los objetos de forma idéntica, suficiente para los fines prácticos de la interacción.

Ambas idealizaciones no hacen sino tipificar objetos de pensamiento social que sustituyen a los objetos de pensamiento de la experiencia particular de cada actor, lo que posibilita entender el conocimiento particular como conocimiento de todos, objetivo y anónimo. La interacción hace posible que la estructura del mundo social sea significativa, pero también porque ésta lo es, en tanto «mundo del sentido en común», permite anticipar conductas para desarrollar la vida social. “Al vivir en el mundo, vivimos con otros y para otros, y orientamos nuestras vidas hacia ellos. (...) En estos actos de establecimiento e interpretación de significados se construye para nosotros, en grados variados de anonimidad, en una mayor o menor intimidad de vivencia, en múltiples perspectivas que se entrecruzan, el significado estructural del mundo social, que es tanto nuestro mundo como el mundo de los otros” (Schütz, 1993, p. 39).

En este marco de conocimiento *en* común, que estabiliza el contexto espacial, toda interacción conversacional tiende a un orden temporal circular, rompiendo cualquier linealidad con sucesivas entradas retrospectivas y advocaciones al futuro. Formulada así, la idea

parece conducir a una contra-tesis de la concepción del intercambio secuencial y de los turnos de habla, tan extendida entre los estudiosos de la interacción y en el mismo Goffman⁷⁴. Sin embargo, la temporalidad circular es el supuesto que admite la disposición secuencial de los turnos conversacionales. Es preciso concebir “el rol del tiempo, como constitutivo del ‘asunto del cual se habla’, como un evento desarrollado y que se está desarrollando en el curso de la acción que lo produce, como un proceso y producto conocido desde lo interno de este desarrollo por ambas partes, cada una por sí misma, así como también por parte de la otra” (Garfinkel, 2006, pp. 52-53). El tiempo, insisto, no sólo debe ser comprendido en el sentido de turnos y secuencias, aunque éste sea un criterio cierto de organización del intercambio conversacional. Es, también, el fruto de un entramado que actualiza, en el presente, las posibilidades retrospectivas y prospectivas latentes en una franja de actividad dada por las recíprocas percepción y atención.

Esto se vincula vigorosamente con la operación autopoietica de los sistemas de interacción: la indexicalidad. Las propiedades comunes de comprensión —ya sea las que se especifican como espaciales o las que se despliegan circularmente en el tiempo— dependen de manera no fortuita de los significados compartidos. En la práctica de la interacción y para entramados conversacionales precisos, “el sentido de las expresiones depende del lugar en que las expresiones ocurran en la serie ordenada” (Garfinkel, 2006, p. 53). Es bueno apuntar, con todo, que la comprensión en común no remite al acuerdo ni al consenso (ni tan siquiera a grados de éstos). Simplemente, los actores comprenden en común cuando asignan cooperativamente el vínculo de una expre-

⁷⁴Cfr. Goffman, 1981b, pp. 5-77.

sión a la misma referencia, situada en el contexto y en la secuencia precisa de interacción. Así, Garfinkel señala que, en general, las “expresiones son de tal carácter que su sentido no puede ser decidido por aquel que escucha a menos que asuma algo sobre la biografía y el propósito del hablante, las circunstancias de la alocución, el curso precedente de la conversación o la relación particular de la actual o potencial interacción que existe entre el usuario y el que escucha. Las expresiones no poseen un sentido que permanece inalterado a través de las cambiantes ocasiones de sus usos” (2006, p. 53).

Para lograr esta comprensión en común, la conversación, como arquetipo de la interacción, exige a sus partícipes un cuidadoso ensamblaje de las retroacciones y las retroalimentaciones. Para que la conversación sea exitosa —y esto es, en gran medida, confortable para los interactuantes— se requiere cierto control social sobre su desarrollo, que, en parte, está en manos de los individuos y, a su vez, implica el funcionamiento exitoso de la pauta cultural. En lo que refiere a los individuos, cada uno debe procurar mantener una participación adecuada pero, al mismo tiempo, proceder de modo tal que su participación asegure que los otros podrán mantener la suya⁷⁵. En este sentido, en la coordinación de la *consideración* en la participación se verifican “dos tendencias, la de quien habla para atenuar sus expresiones y la de quienes escuchan a acentuar sus intereses, cada uno a la luz de las capacidades y exigencias del otro, [éstas] constituyen el puente que la gente construye de uno a otro, y les permite encontrarse para un

⁷⁵“Debemos entender que la disposición a participar en demasía es una forma de tiranía practicada por los niños, las *prima donnas* y los amos de todo tipo, quienes momentáneamente colocan sus sentimientos por encima de las reglas morales que deberían hacer que la sociedad fuese segura para la interacción” (Goffman, 1970, p. 111).

momento de conversación en comunión de participación recíprocamente sostenida. *Esta chispa, y no los tipos más evidentes de amor, es la que ilumina al mundo*” (Goffman, 1970, p. 106)⁷⁶.

El logro de la reciprocidad a través de estos mecanismos de coconsideración no elude el hecho de que la presentación del individuo pueda ser fingida o no sincera. El análisis de los marcos de la experiencia muestra, a este respecto, un sinnúmero de posibilidades basadas en la simulación, la fabricación, el engaño e, incluso, la participación consciente —por parte de todos los interactuantes⁷⁷— en eventos artificiales, como el caso de las repeticiones o los ensayos técnicos⁷⁸. En aras a la parsimonia y a reducir el rango de dispersión conceptual, reto al que me enfrenta constantemente la de por sí dispersa obra de Goffman, se pueden condensar las opciones del sujeto para el logro de la consideración recíproca en dos figuras: la del actuante sincero y la del actuante cínico. Goffman trabajó intensamente ambas en *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1981a).

⁷⁶El énfasis en *italica* es mío.

⁷⁷Esta aclaración es relevante porque, en efecto, en el caso de las *fabricaciones* se constata una situación donde una parte de los interactuantes son conscientes de —de hecho, preparan— la simulación, mientras que los otros confían en la autenticidad del encuentro. El éxito de la fabricación depende tanto de las habilidades del *fabricador* como de la credulidad del receptor, en una relación recíproca donde se ajustan simultáneamente los procedimientos de “creer en lo que se hace creer”, “hacer creer” y “creer”.

⁷⁸Cfr. Goffman, 2006, pp. 45 y ss. Entre otras cuestiones, allí expresa al respecto de las repeticiones y ensayos técnicos: “se pueden poner en práctica franjas de actividad corriente, fuera de su contexto habitual, con fines utilitarios claramente diferenciados de los de su ejecución originaria, en el entendimiento de que no se producirá el resultado originario de la actividad” (pp. 62-63); y más adelante se especifica que “los tanteos, los ensayos y la planificación conjunta se pueden considerar todos ellos como variaciones del ‘hacer prácticas’, debiéndose distinguir todas estas variaciones de la ‘experiencia real’, que presumiblemente contribuye también al aprendizaje, si bien de modo diferente” (p. 65).

En el contexto de interacción, todo individuo reclama para sí, implícitamente, ser tomado en serio. La distinción entre cinismo y sinceridad observa “la propia confianza del individuo en la impresión de realidad que intenta engendrar en aquellos entre quienes se encuentra” (Goffman, 1981a, p. 29). Así, el actuante puede creer en sus actos o no engañarse con su propia rutina. ¿Esto significa que no hay actuación genuina, en ningún caso? Es un problema de difícil resolución, un interrogante que sólo encuentra respuestas si se recae en una perspectiva esencialista. De un modo preciso, se trata de un inobservable y, en este sentido, como observador, el analista sólo puede dar crédito de lo que observa e interpreta.

Lo que sugiere Goffman es que sinceridad y cinismo “son algo más que los simples cabos de un continuo. Cada uno de ellos coloca al sujeto en una posición que tiene sus propias seguridades y defensas particulares, de manera que aquellos que se han acercado a uno de esos polos tenderán a completar el viaje” (1981a, p. 31). En esa travesía, lo que el sujeto adquiere y porta es una «fachada»: un modo de aparición, general y prefijado, utilizado en la definición de la situación respecto de los demás. Pero la «fachada» trasciende la mera adquisición individual porque “tiende a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas abstractas a las cuales da origen, y tiende a adoptar una significación y estabilidad al margen de las tareas específicas que en ese momento resultan ser realizadas en su nombre. La fachada se convierte en una ‘representación colectiva’ y en una realidad empírica por derecho propio” (Goffman, 1981a, p. 39). Así, la fachada no es una libre creación del sujeto, sino que, en general, suele ser seleccionada a partir de un preciso menú de opciones que la situación dispone. Es autónoma del sujeto portante y, en virtud de

tal escisión, se auto-crea en relación con un *medio* (la espacialidad de la situación) y contiene, a modo de recetas, sentidos específicos de *apariencia* y *modales*.

Estas recetas, cuyo tenor se define en relación con el medio, conducen a reiterar que, cínicos o sinceros, los participantes no pueden despojarse de sus compromisos con la situación si es que desean verse legitimados como partícipes del orden ritual. Esto los obliga de una forma particular, dado que, como señala Goffmann, “los derechos y obligaciones del participante en la interacción están destinados a impedirle abusar de su rol como objeto de valor sagrado.” (1970, p. 36). Es lo que Luhmann señala fielmente al resaltar la plasticidad con la que la interacción se re-introduce y adapta a contextos organizacionales específicos. El caso *fetiché* con el que ilustra esta condición es el informe de la fundación de la Royal Society, con su contenido explícito de disciplinamiento de la interacción⁷⁹. Para el desarrollo de la comunicación científica es preciso el debate y la contraposición, algo que daría como resultado *vencedores* y *vencidos* en el proceso interactivo. Para asegurar que la posibilidad de un resultado no exitoso no inhibiera el debate, el canon de conducta de la Royal Society ordena, desde sus orígenes, la interacción con un movimiento paradójico pero funcional: aumenta la disponibilidad para el conflicto, al tiempo que debilita los efectos de desacreditación.

Con el despliegue de la noción de fachada, la atención gira ya a la segunda capa o segundo orden de cuestiones que se revisan en estas líneas. En efecto, la «fachada» y la misma idea de «actuación» pueden ser concebidas como formas desprendidas de la noción de «cara», el

⁷⁹Cfr. Luhmann, 1996a, pp. 174 y ss.

primero de los componentes analíticos de la interacción que revisaré aquí. Esto da cuenta, además, del orden imbricado de la interacción, de la correspondencia recíproca entre sus fundamentos y sus componentes analíticos, tal como fueron formulados por Goffman. Se conceptualiza a la «cara» de una manera precisa:

Puede definirse el término *cara* como el valor social positivo que una persona reclama efectivamente para sí por medio de la línea que los otros suponen que ha seguido durante determinado contacto. La cara es la imagen de la persona delineada en términos de atributos sociales aprobados, aunque se trata de una imagen que otros pueden compartir, como cuando una persona enaltece su profesión o su religión gracias a sus propios méritos (Goffman, 1970, p. 13).

En un sentido estricto, la «cara» es la traducción del sí mismo (*self*) en la situación objetiva de interacción. Es preciso advertir que la idea de «sí mismo» adquiere al menos dos significaciones, una expresiva y la otra estratégica. La primera proviene de la construcción expresiva de la persona en la trama interaccional, es decir, en el esfuerzo comunicativo para el logro de la comprensión común y la estabilización —siempre precaria— de la situación. La segunda refiere al papel que el sujeto asume en el juego ritual, que lo condiciona a enfrentar “honrosa o deshonorosamente, diplomáticamente o no, las contingencias de juicio de la situación” (Goffman, 1970, p. 35). Para este proceso condicionado de manera múltiple, el actor tiene, sin embargo, recursos a los que invocar y que forman parte del acervo de conocimiento en común.

Buena parte de esos recursos se agrupan bajo la noción de «etiqueta»: un cúmulo de pautados sociales que guían y organizan de un

modo preciso el orden sintáctico y semántico de determinadas situaciones de interacción. “La tesis de Goffman es que toda etiqueta es parte de la reciprocidad que se da entre participantes que contribuyen a mantener una realidad situacional” (Collins, 2009b, p. 41). Es posible dar cuenta de, al menos, dos niveles de «etiqueta»: uno de orden cotidiano, que regula los intercambios diarios, desde los que tienen lugar en los escenarios de la vida íntima a los usuales de la interacción convencional de compromiso; y otro de orden formal o público, que codifica las relaciones en el marco de escenarios organizacionales o institucionales. Con su habitual precisión, Luhmann destaca la manera autónoma en que estas formas son definitorias en la composición de un tercer tipo de sistemas sociales al que no he hecho justicia en este trabajo: la organización. Los sistemas de organización están “insertados entre los sistemas sociales y los sistemas de interacción (...)”. Con la ayuda de normas de adhesión impersonales (por ejemplo, la sumisión a la autoridad a cambio de salarios) se hace posible, a pesar de la afiliación voluntaria y cambiante, estabilizar modos de comportamiento muy ‘artificiales’ durante un largo lapso de tiempo. Lo único que se requiere es el logro de un equilibrio general entre el atractivo del sistema y las demandas que éste hace sobre el comportamiento individual” (Luhmann, 1982, p. 75)⁸⁰.

⁸⁰Traducción propia del original en inglés.

Por lo demás, es preciso especificar los usos del término «organización». Goffman y Luhmann refieren con él en parte —y sólo en parte— a fenómenos que se solapan, aunque el alcance y sentido que tiene para cada uno es extremadamente diferente. Puede advertirse el solapamiento y la diferencia siguiendo a Goffman. Éste procede a diferenciar el juego “difícil y aburrido” de la organización, un modelo que define como de tipo escolar, mientras que “la sociedad y el individuo se dedican a uno que es más fácil para ambos, aunque tiene sus propios peligros” (Goffman, 1970, pp. 44-45). Así, el individuo “para pro-

La «etiqueta» forma un sistema de reglas que compele al individuo a tratar de forma conveniente los sucesos expresivos y la oportunidad estratégica de su accionar. La organización de la etiqueta da lugar a un «orden ceremonial» para la interacción, que ajusta los derechos y deberes del actor. En resumen, la interacción cuenta con un orden ceremonial fundado en un sistema de etiqueta que contribuye a disponer una capacidad cardinal de la actuación: la que consiste en dejarse arrebatado, introducirse sin recelos, en una conversación. La actuación —y, por supuesto, el actor como su encarnadura— se dotan así de valor ritual y función social.

Con todo, la actuación implica un doble juego. Debe satisfacer las obligaciones inscriptas por la situación de interacción, pero no puede ser mero cumplimiento de éstas. Si simplemente se tratara de cumplir con el orden ceremonial, ese esmero consumiría al actor y a la propia situación, dado que “exigiría el desplazamiento de su atención del tema de conversación hacia el problema de participar en él en forma

teger su refugio no tiene que trabajar intensamente, o unirse a un grupo, o competir con nadie. Sólo necesita tener cuidado con los juicios expresados cuando se coloca en posición de atestiguar” (Goffman, 1970, p. 45). Aunque parezca muy alejado, esto tiene una relación cierta con Luhmann, quien explicita claramente que “la competencia en particular es una forma no interactiva de relacionarse con otros” (1994, p. 152). El pautado con el que los sistemas de organización acentúan el tipo de interacción que reintroducen —cuando lo hacen— se extiende fundamentalmente sobre la definición de la situación, las cuestiones expresivas y de etiqueta. De allí que se señalen como «organización» “aquellos sistemas sociales que enlazan la pertenencia (membresía) a unas condiciones específicas, es decir, que hacen que la entrada y la salida de sus miembros dependa de tales condiciones. Partimos de la premisa de que los requerimientos de comportamiento de una organización y los motivos de la conducta de sus miembros pueden variar de forma independiente los unos de los otros, pero que, en determinadas circunstancias, también pueden coordinarse en constelaciones relativamente duraderas” (Luhmann, 1982, p. 75). Más adelante, en esta misma sección, se encontrará a esta definición muy cercana a la de una de las «unidades naturales de interacción» que define Goffman.

espontánea. Aquí, en un componente de impulsividad no racional —no sólo tolerada, sino incluso exigida— encontramos una importante forma en que el orden de la interacción difiere de otros tipos de orden social” (Goffman, 1970, p. 105). Se actualiza así una tensión latente a la interacción: la que discurre entre los polos de la autenticidad —entendida en la forma de espontaneísmo— y la de lo artificioso. En su momento, se revelará muy valiosa para analizar los tipos de interacción posibilitados por la conducción de las interfaces artefactuales. Por ahora, baste sólo con vincularla, en su complejidad, a los modos sinceros o cínicos de la «fachada».

El «orden ceremonial» replica dos componentes analíticos de la interacción, críticamente relacionados, cuyo espectro ha permeado toda la descripción precedente: el «foco de atención» y la idea de «intensidad». El primero se constituye como el punto flexible sobre el que gira y se integra toda la constelación de elementos que compone una situación de interacción. “Como foco principal de la atención, la conversación es única, pues crea para el participante un mundo y una realidad que contienen otros participantes. La participación espontánea y conjunta es una *unio mystico*, un arrobamiento [*trance*] socializado. (...) Posee un pequeño sistema social con sus propias tendencias a mantener límites; es un pequeño terreno de compromiso con sus héroes y sus villanos” (Goffman, 1970, p. 103). La interacción —aunque, en términos estrictos, no *toda* interacción⁸¹— ocurre en atención a un foco principal

⁸¹Goffman discierne entre «interacción focalizada» e «interacción no focalizada». La primera responde al modelo de la conversación; la segunda, se produce, por ejemplo, “cuando dos personas se miden con la mirada mientras esperan el ómnibus pero no se han extendido mutuamente la posición de coparticipantes en un estado de conversación abierto” (1970, p. 130).

de atención: un contenido temático o una disposición práctica como la que proveen los factores metacomunicacionales. Alrededor de ese foco se enhebran y adquieren sentido las obligaciones, los condicionamientos y las facultades expresivas que envuelven el acto.

El éxito de la interacción así labrada está supeditado a la «intensidad» de la experiencia. En buena medida, todo el cuidado ceremonial y toda la prudencia observada en el uso y cuidado de la «cara» están remitidos a la producción y gozo de esa intensidad. Randall Collins vincula la experiencia de la intensidad al sentido catéctico de la interacción, a la búsqueda de lo que llama «energía emocional». Aun con su resonancia esotérica, la noción tiene una referencia explícita que la operacionaliza de modo muy elocuente: refiere a la atención “mental o afectiva que se aplica a una idea u objeto, pero, en la práctica, en la acción, iría más allá: sería un sentimiento de contento, fuerza, confianza, iniciativa y resolución, el *conatos* espinoziano de la vivencia de ser, seguir siendo uno mismo y mejorarse en alguna dimensión valorada obrando por la fuerza de la propia voluntad” (Collins, 2009b, p. IX).

Tanto el «foco de atención» como la «intensidad» pueden ser reintroducidos (y captados) analíticamente en la observación de lo que Goffman llama las *unidades naturales de interacción*: la «ocasión social», la «reunión» y la «situación social». En parte, éstas han de ser entendidas como unidades discretas de referencia empírica, pero ganan en potencialidad heurística si se las considera al modo de tipos ideales y, desde ya, se omite admitirlas como una tipología exhaustiva. Por lo demás, cabe recordar que estas *unidades naturales* conforman la tercera capa de elucidación conceptual de la interacción que propuse antes.

La «ocasión» tiene un carácter unitario dado por su condición de acontecimiento, prospectivamente esperado y retrospectivamente

valorado. En general, tiene un tono y una etiqueta establecida, y alberga múltiples focos de atención sucesivos. El término «reunión» refiere “a cualquier grupo de dos o más individuos entre cuyos miembros se cuentan todos los que en ese momento se encuentran en presencia inmediatamente recíproca, y sólo ellos, [mientras que la «situación» refiere] a todo el medio ecológico, en cualquier parte, del cual una persona que entra se convierte en miembro de la reunión que está (o que luego se vuelve) presente” (Goffman, 1970, p. 129).

La delgada línea divisoria entre estos dos últimos tipos está dada por los especiales límites situacionales que cada una crea. En la reunión, los límites están moldeados por el conjunto de los actores que toman parte de ella; la situación, al contrario, es permeable a la incorporación secuencial de nuevos interactuantes, sus fronteras están abiertas a la entrada y salida de los actores. En la definición misma de la situación se incluye, como obligación, la flexibilidad para retomar —re-explicitar— continuamente el foco de atención. En todos los casos, se trata de relaciones sociales que implican una solidaria reciprocidad⁸², que actualizan los fundamentos de la interacción y dinamizan sus elementos analíticos.

Estimar a los diversos tipos *naturales* de la interacción como relaciones sociales permite, además, ver su dependencia del entramado global de interacciones. Las situaciones de interacción no son compartimentos estancos: se solapan, se remiten mutuamente, se actualizan y se anticipan entre sí. En ese proceso buscan morigerar su contingencia y su extrema tendencia a la precariedad, en la rutina del ritual.

⁸²Como recuerda Goffman: “una relación social, entonces, puede ser vista como una forma en que la persona se ve obligada más que de ordinario a confiar su autoimagen y su cara al acto y la buena conducta de los otros” (Goffman, 1970, p. 44).

Se llega así a la última capa de comprensión teórica de la interacción. La ritualización estabiliza y enmarca la experiencia, consagrando a los participantes en tanto éstos resguardan su respeto a las fórmulas comunicacionales. El ritual es cuestión de enmarcamiento y, también, de repetición formulaica, algo que no va en desmedro de su autenticidad. Por el contrario, mediante la complejión del artificio comunicativo compartido, asegura la continuidad ante el fracaso o la denegación. El ritual no es cuestión de hechos, sino de comunicación. Apunta Goffman: “Los hechos pertenecen al mundo del escolar; por medio de un esfuerzo diligente se los puede alterar, pero no es posible evitarlos. Pero aquello que la persona defiende y protege, y en lo cual invierte sus sentimientos, es una idea acerca de sí mismo, y las ideas son vulnerables, no a los hechos y a las cosas, sino a las comunicaciones. Las comunicaciones pertenecen a un esquema menos punitivo que los hechos, pues pueden ser eludidas, es posible retirarse de ellas, no creer en ellas, confundirlas convenientemente y transmitir las con tacto” (1970, p. 45).

Los rituales de interacción preservan, a un tiempo, el «sí mismo»⁸³ y el orden interaccional, organizándolos en rededor de un foco simbólico común de emoción y atención que crea una realidad temporalmente compartida⁸⁴. En consonancia con la caracterización luhmaniana de los sistemas sociales, para Goffman el orden ritual también

⁸³“Quizás el principio fundamental del orden ritual no sea la justicia, sino la cara, y lo que cualquier ofensor recibe no es lo que merece, sino lo que sostendrá por el momento la línea con la cual se ha comprometido, y gracias a ella, la línea con la cual ha comprometido a la interacción” (Goffman, 1970, p. 46).

⁸⁴Cfr. Collins, 2009b, pp. 21 y ss.

posee un componente adaptativo⁸⁵. Es por esta razón y porque crea referencias simbólicas recíprocas, que la rutina del ritual no puede entenderse en un sentido estático, sino dinámico. “Los rituales de interacción crean símbolos en interacciones de primer orden, cara a cara, que son punto de arranque de series de circuitos ulteriores de segundo y tercer orden donde estos símbolos pueden ser recirculados: un símbolo imbuido de emoción situacional puede circular por las redes de conversación o ser interiorizado como pensamiento en circuitos mentales individuales” (Collins, 2009b, p. 2). Collins, pensando en Durkheim, reelabora la relación entre cultura e interacción ritual, que, en Goffman, emerge o bien poco problematizada, o bien teñida de explicación causal.

Collins parte de aceptar que los rituales de interacción, en las ocasiones más frecuentes, simplemente reproducen la cultura, aunque también pueden crearla. Sin embargo, reclama atención al hecho de que en ambos casos sólo el éxito de la interacción ritual —dado por su centramiento cognitivo y por su intensidad emocional— puede asegurar la continuidad de la cultura. Así, la teoría de los rituales de interacción permite precisar “cuándo se generan nuevos símbolos, cuándo los antiguos retienen la lealtad social y cuándo se vuelven insignificantes y desaparecen” (Collins, 2009b, p. 53). Todo esto, gracias a focalizar la atención analítica en la morfología de las pautas de interacción ritual, algo análogo a lo que antes se denominó la sintaxis y la semántica del orden interaccional.

⁸⁵“El orden ritual parece estar organizado, en lo fundamental, según líneas de adaptación, de modo que las imágenes usadas para pensar en otros tipos de orden social no son del todo adecuadas para él” (Goffman, 1970, p. 44).

En este sentido, la interpretación de Collins (2009b) sobre la perspectiva goffmaniana permite entender cómo se realiza el acoplamiento laxo entre sociedad e interacción. Según Collins, al considerar que el ritual reafirma el orden moral societal, como resultante de que los individuos participan en él siguiendo normas de conducta socialmente validadas, esto implica un genuino nexo recíproco entre la integración institucional de la sociedad y la interacción inmediata. Al lector puede parecerle exótica esta conexión, pero no refiero con eso que pueda estipularse un *vis-à-vis* teorético, sino que la observación de la relación se dirige sobre elementos concordantes: hay una valoración análoga de los modos en que una y otra —sociedad e interacción— se contienen y se diferencian a un tiempo.

En resumen, mediante la exégesis de Collins, el enfoque goffmaniano de los rituales de interacción puede sintetizarse en cinco criterios determinantes para su estudio⁸⁶, algunos de los cuales se han revisado aquí, a saber: i) la interacción, en tanto ritual, acaece en las condiciones de co-presencia situacional; ii) sin embargo, por sí sola la co-presencia no asegura el encuentro ritual. Para que esto suceda, es preciso un proceso de interacción enfocada, aunque dicho foco de atención en común pueda ser variable en su intensidad y obligación. Se trata de definir la situación o, en términos sistémicos, de asegurar la demarcación de los límites del sistema; iii) el ritual de interacción ejerce presión sobre los participantes, en especial, para mantener o re-crear la solidaridad. Dicho en modo sistémico, se trata del mecanismo interaccional de autocontrol de la comunicación; iv) hay un componente de *sacralidad*, que el ritual crea, renueva y actualiza cada vez;

⁸⁶Cfr. Collins, 2009b, pp. 42-45.

v) esa sacralidad, autoevidente en los esfuerzos de preservación de la cara y en el ceñimiento a la etiqueta, no está garantizada⁸⁷.



Este examen de la teoría de la interacción —si cabe llamarla así— forma parte de uno de los esfuerzos cardinales de este trabajo: la reintroducción de la experiencia, bajo la forma de la actuación, en el análisis sociopiéutico de la sociedad. No es que la teoría de sistemas expulse a la actuación y a la interacción, dado que tienen un espacio bien ganado en dicha construcción teórica. Se trata, antes bien, de auscultar otras posibilidades latentes en los escenarios demarcados por la utilización de las «interfaces artefactuales» de la comunicación contemporánea. Para este propósito, los instrumentos analíticos de la teoría de los rituales de interacción ofrecen posibilidades heurísticas largamente desarrolladas; empero, se ha observado una restricción cuyo tratamiento no se debe ya demorar: la co-presencialidad, entendida como la manifestación y la percepción recíproca del cuerpo, es un criterio definitorio de la «interacción» para dicha teoría.

Ahora bien, la difusión de la comunicación a través de medios técnicos rompe con esa premisa: involucra, desde el inicio, una reconstrucción de la presencia en el tamiz de la distancia. ¿Es admisible que la interacción, tal como ha sido descrita, perviva aún desgarrada la situación de co-presencialidad? ¿Es posible la definición de límites si-

⁸⁷La ruptura del decoro ritual implica incomodidad moral y el abandono de los participantes a la incertidumbre sobre la resolución del acto de comprender la comunicación. Pero, tal observa Goffman con su particular sazón, “como objetos sagrados, los hombres están sometidos a desaires y profanaciones” (1970, p. 35).

tuacionales más allá de la percepción del otro como cuerpo? Y en un plano de presuposición teórica, ¿por qué no abandonar, sin más, la noción de interacción para formular una nueva y distinta, deudora directa de los fenómenos cuya interpretación se persigue? En la sección subsiguiente, y, en especial, en el próximo capítulo, perseguiré las respuestas viables para estos interrogantes.

4. El dilema «cara-a-cara»: tipología y diferenciación de la interacción

En la tradición que se ha revisado, la sujeción de la noción de interacción a la condición de co-presencialidad, manifiesta un escollo de gran riesgo para la conjetura sostenida en este trabajo. En efecto, aquí se parte de afirmar que los intercambios comunicacionales en escenarios posibilitados por las «interfaces artefactuales» son, en sí mismos, sistemas de interacción. Es preciso, entonces, transitar otros caminos para explorar las formas que la interacción asume, más allá del vínculo cara-a-cara. Como sugiere John B. Thompson, “con el desarrollo de los medios de comunicación, la interacción social se ha separado del espacio físico, lo que supone que los individuos pueden relacionarse unos con otros incluso sin compartir una ubicación espacio-temporal común. La utilización de los medios de comunicación, entonces, da lugar a nuevas formas de interacción que se extienden en el espacio (y quizá también en el tiempo), y que muestran un amplio conjunto de características que los diferencian de la interacción cara a cara” (Thompson, 1998, p. 116). La constatación de esta ampliación del campo de la interacción no debe ser reducida al efecto de los medios de comunicación desarrollados durante el siglo XX: la escritura, la im-

prenta y todas las formas en que la palabra se ha *tecnologizado*⁸⁸ en el transcurso de la historia son adquisiciones evolutivas que progresivamente irritan y extienden las formas interaccionales.

La interacción cara-a-cara implica centralmente a la comunicación oral. Quienes, como Collins (2009b, pp. 79-93), afirman que la presencia es insustituible para que la interacción se verifique se basan en realzar tres elementos: la oralidad, los detalles extra-lingüísticos y la intensidad de la experiencia. Afirma Collins: “Sin presencia corporal no es fácil expresar que se participa del grupo y reafirmar la propia identidad como miembro. Sobre todo faltarían los micro-detalles experienciales” (2009b, p. 80). La focalización en la condición oral co-presente restringe la potencialidad de la interacción al término temporal del encuentro. Aun cuando se considere que los sucesos interaccionales se suceden, encadenan y solapan unos con otros, no hay posibilidad de observarlos —ni de que ellos mismos se observen en cuanto tales— más allá del lapso temporal y del afinamiento espacial del suceso. En la raíz de este abordaje de la interacción existe, por lo demás, la convicción que la oralidad es la forma auténtica de la comunicación.

En la perspectiva general que aquí se aborda, esa convicción es, cuanto menos, discutida. En una oportuna nota al pie, Elena Esposito recuerda que “la teoría de sistemas, como la deconstrucción, invierte la relación trivial de prioridad cronológica, propia del sentido común y de disciplinas como la lingüística, las cuales asumen a la oralidad

⁸⁸En el sentido estricto de la tesis de Walter Ong, tal como subtitula su conocido trabajo *Oralidad y escritura*: “Orality and Literacy. The technologizing of the Word”. La traducción al español (1987, México: FCE) simplifica el subtítulo como “Tecnologías de la palabra”. Otra versión del vocablo *technologizing* debiera hacer referencia a la afectación o alteración de un referente —en este caso, la palabra— por medio de la tecnología.

como la forma más auténtica de las comunicaciones y considera todos los demás como formas derivadas” (2004, p. 12, nota 7)⁸⁹. La aparición de la escritura y, eventualmente, de la imprenta hace mella del carácter restrictivo de la distancia y de los límites espaciales, con lo que también colaboran el desarrollo de medios de transporte y de contextos de viaje más rápidos y seguros⁹⁰. “Nuestra percepción del espacio y del tiempo está íntimamente relacionada con nuestra percepción de la distancia, de lo que se encuentra cercano o lejano; y nuestra percepción de la distancia está profundamente configurada por los medios con los que contamos para desplazarnos a través del espacio y del tiempo” (Thompson, 1998, p. 57). La escritura implica un esfuerzo renovado para la comunicación, que pone de relieve la capacidad adaptativa de los sistemas de interacción y, en especial, la flexibilidad de la condición indexical de su operación autopoiética.

Respecto de la oralidad, la escritura debe hacer frente a la ausencia de soportes extra-lingüísticos en la interacción y construir la situación sin contar con el auxilio de un contexto espacial compartido por los interlocutores. La escritura gana en permanencia al fijar la comunicación en un soporte, frente a la volatilidad de la oralidad. “El lenguaje oral es conocido por su uso de expresiones deícticas que

⁸⁹Traducción propia del original en inglés.

⁹⁰Como nota Luhmann, “con la desaparición de la integración espacial se pierden las seguridades basadas en ella. La estancia en determinados lugares es resultado —que se experimenta de manera contingente— de viajes, mudanzas, migraciones, y las condiciones espaciales excepcionales —que se encuentran aquí y en cualquier lugar— exigen una adaptación del comportamiento —de la cual el individuo puede sustraerse con movilidad o sustituyéndola con otras condiciones—. Si esto se ha vuelto condición estándar de la sociedad, entonces la teoría sociológica también tiene que adaptarse a ello” (2007, p. 244).

neutralizan el problema del referente, sus referencias son evidentes y claras por sí mismas. Con la escritura, nada puede darse por sentado, las expresiones décticas deben reemplazarse con oraciones que permanezcan unívocas aun cuando el contexto cambie. Se debe hacer frente a lo que permanece fijo a pesar de esas transformaciones: el referente, entonces, se vuelve un tema y un problema” (Esposito, 2004, p. 13)⁹¹. La utilización funcional de la deixis sustenta, en la oralidad, la operación indexical. La escritura transforma la espacialidad y la referencia a través de operaciones que transfiguran, literariamente, los modos de la *participación* en la comunicación.

La idea de participación invoca, al menos y en forma no excluyente, un doble problema que puede ejemplificarse en la díada «tomar parte»/«dar parte». «Tomar parte» implica para el sujeto una inmersión solidaria y concurrente en un proceso que, al mismo tiempo que lo especifica en lo individual, lo trasciende colectivamente. Es la interacción, siempre, una tarea recíproca: se trata de intervenir, junto a otros, en algo. «Dar parte» supone un convite: la intención de implicar a otro/s en el curso del proceso o de dar noticia de su desarrollo y su especificidad. Es, sin duda, una actividad peligrosa que supone atravesar una frontera, dejándola abierta y ya imposible de suturar. Reverberancia del doble significado problemático es que un antónimo de *participación* sea la palabra *silencio*. No hay participación sin comunicación: al interior entre los que toman parte, al exterior cuando se da parte para conseguir la intervención. Los consecuentes interrogantes afloran por sí mismos: ¿es posible «dar parte» sin «tomar parte»? ¿es posible «tomar parte» a través de comprender aquello sobre lo que

⁹¹Traducción propia del original en inglés.

otro «da parte»? Las respuestas que se ensayan resultan cardinales en la definición del sentido y el carácter de la aventura de capturar y traducir la experiencia interaccional en los mundos de la comunicación contemporánea.

La inversión interpretativa del orden cronológico de la comunicación que provee la teoría de sistemas permite afirmar que, en cualquier caso, medie o no la co-presencia, sólo el acto de comprender hace emerger la comunicación. Y en tanto participación es comunicación, sólo al comprender se «toma parte». El sustrato medial que posibilita el acto de comprender, entonces, no representa una dificultad, aunque aquél debe proveer algunos arreglos específicos para seleccionar la información y conducir exitosamente su difusión. Para el caso de la escritura, por ejemplo, ésta “no puede nutrirse de la diversidad del entorno porque está definitivamente escindida del contexto y atada a una auto-disciplina muy rígida. La escritura debe ser coherente, en el sentido de que todas sus partes deben respaldarse mutuamente, sin contrastes ni contradicciones, porque no hay un contexto externo que permita resolver cualquier inconsistencia” (Esposito, 2004, p. 14)⁹². Toda una serie de fórmulas y organizaciones del texto coopera para lograr este propósito de auto-suficiencia, en especial, mediante recursos paratextuales⁹³. Pero, como señala Carlo Ginzburg, también existe

⁹²Traducción propia del original en inglés.

⁹³Para dar cuenta de una definición sucinta de la idea de «paratexto», recorro a Carlos Scolari: “Gérard Genette [1987] define el ‘paratexto’ como todos esos textos ‘subordinados al texto principal’, que lo prolongan o acompañan para ‘presentarlo’, para ‘asegurar su presencia en el mundo, su recepción y su consumo’. Es a través del paratexto que el texto ‘se transforma en libro y en cuanto tal se propone a sus lectores y, en general, al público’. El paratexto, en definitiva, se presenta no sólo como una ‘zona de transición’, sino también como lugar de ‘transacción’, el espacio privilegiado de una pragmática

un proceso de autonomización del texto escrito respecto de la experiencia material. Se verifica una “paulatina desmaterialización del texto, progresivamente depurado de toda referencia a lo sensible: si bien la existencia de algún tipo de relación sensible es indispensable para que el texto sobreviva, el texto en sí no se identifica con su base de sustentación” (1994, p. 148). Es esta idea de la desconexión entre el relato y su fuente sensible lo que otorga al primero autonomía para presentarse como verdadero, pero también lo libra a la suerte de que el receptor haya incorporado las habilidades suficientes para afrontar el nuevo tipo de comunicación⁹⁴, en especial, para lidiar con la radical autonomía que el texto/libro permite⁹⁵ y que, incluso, impone a la oralidad nuevos horizontes de realización⁹⁶.

donde se articula una acción *sobre* el público. Según Genette, ‘no existe, nunca existió un texto sin paratexto’. El paratexto incluye dos grandes categorías de textos: *peritexto* y *epitexto*. Bajo el nombre de *peritexto* se agrupan todos los escritos incluidos dentro del libro, desde los títulos hasta las dedicatorias, prefacios, notas y títulos de los capítulos. Fuera del libro encontramos los escritos *epitextuales*, por ejemplo las entrevistas, cartas o diarios personales del autor y las críticas a la obra. Resulta evidente que el paratexto de Genette incluye *sólo elementos textuales*; la compaginación, el equilibrio entre la superficie impresa y los espacios vacíos o los dispositivos de indización (numeración de las páginas y de los capítulos, índices analíticos, etcétera) no entran dentro del ámbito paratextual” (Scolari, 2004, p. 102). En una oportuna nota al pie, Scolari agrega que Maite Alvarado (1994) “extiende el concepto de *paratexto* hasta abarcar algunos aspectos de la gráfica, las ilustraciones, la diagramación y la tipografía (*paratexto icónico*)” (*idem*).

⁹⁴Aunque, por supuesto, las habilidades requeridas por la mediación de la escritura no sólo refieren a la audiencia o al receptor, sino también, cardinalmente, al productor. Ver Ong, 1977, pp. 56 y ss.

⁹⁵Cfr. Esposito, 2004, p. 21.

⁹⁶Por caso, con la recuperación y puesta en valor de las virtudes retóricas y oratorias durante el Renacimiento italiano, como bien ilustra Quentin Skinner (2002). Walter Ong, en este sentido, apunta: “A pesar de que el humanismo del Renacimiento inventó el moderno saber textual y dirigió el desarrollo de la impresión con tipos, también prestó

El contexto, la base sensible de sustentación de la comunicación, no está ausente en la producción comunicativa mediante la escritura: está inscripto él mismo en el texto, para lo que requiere toda una serie de operaciones excelsamente conscientes y coherentes. “El mundo de la comunicación se sostiene por sí mismo y no necesita mayor apoyo contextual, por el contrario, ahora es la comunicación en ausencia la que determina las formas y las prácticas copresentes de las personas y los objetos. La mediación ya no se subordina a la inmediatez. La transmisión emerge como una cuestión autónoma” (Esposito, 2004, pp. 21-22)⁹⁷. Los medios, las tecnologías de la comunicación, crean así un doble efecto paradójico por el que invisibilizan el contexto y lo traducen y, a un tiempo, se invisibilizan como sustrato medial, pero conducen el contenido de la referencia en toda su artefactualidad.

Es interesante advertir, sin embargo, que la traducción y conducción técnica, tanto de la experiencia como del contexto, es una ope-

oídos otra vez a la antigüedad y así imbuó nueva vida a la oralidad. El estilo del inglés utilizado en el período de los Tudor, e incluso mucho más tarde, conservaba muchas de las características del lenguaje oral en su uso de epítetos, equilibrio, antítesis, estructuras formularias y elementos de lugares comunes. Lo mismo sucedía con los estilos literarios europeos en general. (...) La retórica misma fue trasladándose, gradual pero inevitablemente, del mundo oral al mundo de la escritura. Desde la Antigüedad clásica, las habilidades verbales aprendidas en la retórica se practicaban no sólo en la oratoria sino también en la escritura. Para el siglo XVI los libros de texto de retórica comúnmente pasaban por alto, de las tradicionales cinco partes de la retórica (invención, disposición, estilo, memoria y recitación), la cuarta, la memoria, que no era aplicable a la escritura. (...) Hoy en día, cuando los programas de estudios incluyen la retórica como materia, por lo regular esto sólo significa el estudio de cómo escribir correctamente. Pero nadie lanzó nunca deliberadamente un programa para dar esta nueva orientación a la retórica: el ‘arte’ simplemente siguió el rumbo de la conciencia, alejándose de una economía oral hacia una escrita” (Ong, 1987, p. 115).

⁹⁷Traducción propia del original en inglés.

ración datable aun en la oralidad, y que las sucesivas adquisiciones evolutivas de las tecnologías de la comunicación transforman —en un desarrollo que aumenta la complejidad pero la hace más observable, en tanto implica siempre mayores posibilidades para distinguir observación y comunicación⁹⁸— los modos operativos en que dichos procesos aparecen, aunque con consecuencias especiales sobre la comunicación:

Al producir formas simbólicas y transmitirlas a los otros, los individuos generalmente emplean un *technical medium*. Los medios técnicos son el sustrato material de las formas simbólicas, esto es, los elementos materiales con los que, y a través de los cuales, la información o el contenido simbólico se fija y transmite de un emisor a un receptor. Todos los procesos de intercambio simbólico implican

⁹⁸La claridad de Elena Esposito exime de agregar alguna sentencia más sobre estas ideas: “La comunicación escrita (...) debe crear autónomamente (a través de recursos comunicacionales) todas las referencias que necesita y es, en este sentido, una forma más comunicativa de comunicación. En comparación con la oralidad, la escritura está, por un lado, obviamente en desventaja, ya que debe renunciar a gran parte de la ayuda que proviene del contexto que los interlocutores tienen en común, pero, por otro lado, puede hacer uso de las ventajas que provienen de la capacidad de distinguir claramente la comunicación de su observación. En una situación oral, ambos momentos coinciden: tanto los comentarios y reflexiones sobre la comunicación como la preservación de su contenido sólo se producen en el curso de la comunicación misma. No puede desinteresarse de la situación. En una situación hipotética de oralidad primaria, no existe ni el tiempo ni la distancia necesarios para distinguir el texto del contexto de la comunicación en curso. En la escritura, por el contrario, esto es posible y se hace cada vez más necesario que los escritores presupongan que los lectores tienen el hábito de distinguir la acción narrada de la situación real. Lo que cambia con la difusión de la escritura alfabética es, en primer lugar, el modo de la observación. El observador se distingue del objeto de la observación, lo que permite nuevas formas de reflexividad—incluyendo la posibilidad de observarse a sí mismo como un observador y de comunicar acerca de las comunicaciones—” (Esposito, 2004, pp. 12-13) [Traducción propia del original en inglés].

un soporte técnico de algún tipo. Incluso el intercambio de palabras en una interacción cara-a-cara implica algunos elementos materiales —la laringe y las cuerdas vocales, las ondas sonoras, orejas y tímpanos, etc.— en virtud de qué sonidos significativos son emitidos y recibidos. Sin embargo, la naturaleza de los soportes técnicos difiere enormemente de un tipo de producción simbólico e intercambio a otro, y las propiedades de los diferentes soportes técnicos facilitan y circunscriben a su vez los tipos de producción simbólica y posibles intercambios (Thompson, 1998, p. 36).

En un ejercicio de simplificación es posible diferenciar cuatro modos o tipos de la interacción, tres de ellos —en sentido estricto— al influjo de los medios técnicos. En primer lugar, la *interacción cara-a-cara*, a la que ya se ha prestado particular atención. Es el modo fundante; como tal, entrega las características capitales de la experiencia interaccional y, por contraste, los ribetes más espinosos y abiertos al debate analítico. Luego, las tres siguientes implican la mediación técnica, a saber: la *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta*, la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas* y, por último, la *interacción a través de las «interfaces artefactuales» de la comunicación digital o virtual*.

El trasfondo de esta cuádruple distinción no está basado en el orden técnico de los sustratos mediales, sino en la forma en que condicionan la operación indexical y especifican la conformación de marcos para la interacción. A las operaciones deícticas de la oralidad y a las formulas literarias (textuales y paratextuales) de las que la escritura se sirve para traducir la experiencia, ha de sumarse, al menos conjeturalmente, lo siguiente: para los medios de comunicación de masas,

las nociones de «simultaneidad desespacializada»⁹⁹ (Thompson, 1998, pp. 53 y ss.) y de «oralidad secundaria» (Ong, 1987), que permiten recomponer los modos en que la interacción se activa a través de estos medios técnicos. Para las «interfaces artefactuales» contemporáneas es preciso explorar los alcances de una serie de ideas, algunas con larga tradición en la teoría de la comunicación y otras de algún grado de novedad. La operación autopoietica de la interacción y sus mecanismos de autocontrol se redescubren para la comunicación digital en los términos de la «interactividad», del proceso creativo de la «ilusión de instantaneidad» y de la conjetura sobre la *forma* «escritura secundaria», que se esbozara sobre el final del primer capítulo.

He considerado largamente los alcances y las derivaciones de la interacción cara-a-cara, basada en la comunicación oral. Hay, sin embargo, un elemento destacado por Randall Collins en su defensa de la co-presencialidad como único entorno posible de la interacción que no puede ser soslayado: se trata de lo que él llama la «intensidad» de la experiencia interaccional. Para Collins el ritual de interacción es exitoso y eficaz en tanto alcance altos grados de intensidad y esta posibilidad se correlaciona directamente con el efecto de la presencia corporal: «la presencia corpórea facilita que los humanos copresentes capten sus respectivas señales y expresiones corporales; que compar-

⁹⁹*Nota del editor.* En el idioma original de la cita, figura “despatialized simultaneity”. Este concepto ha sido traducido al español de dos maneras: “simultaneidad desespacializada” y “simultaneidad desespacializada”. Si bien ambas construcciones son equivalentes en términos teóricos, en el primer caso se trata de una traducción al pie de la letra; en el segundo, la versión se encuentra más acorde con la morfología propia del idioma al que se traduce. A través de un rastreo en la web, se ha encontrado que la alternativa más frecuentemente utilizada en los textos en español es la segunda, “simultaneidad desespacializada”, por lo cual será éste el término utilizado a lo largo del presente trabajo.

tan igual ritmo y se abismen en movimientos y emociones recíprocos; que signifiquen y corroboren su coincidente foco de atención y, por tanto, la existencia de un estado de intersubjetividad. La mutua sintonización de los sistemas nerviosos humanos es la clave (...). Si fuere posible tele-acoplar directamente sistemas nerviosos, el efecto sería el mismo que en situación de copresencia corpórea” (Collins, 2009b, pp. 92-93). Como se aprecia, en su visión hay un fundamento físico —incluso biológico— de la interacción, cuya traducción medial es improbable. El punto es, sin duda, un desafío para la proposición de los cuatros tipos de interacción que aquí se sostiene; confío en que en el examen de los tres restantes se podrá observar cómo la mediación técnica afronta el problema de la intensidad y cómo lo reconfigura, al tiempo que lo re-describe. La cuestión de la construcción de un foco común de atención es, a este respecto, un aspecto crucial.



La interacción a través de la escritura y de la imprenta ha sido largamente estudiada, desde diversas perspectivas disciplinares y variados puntos de vista teóricos. Algunas de sus características especiales —por contraposición a la oralidad— han sido esbozadas más arriba. Es oportuno completar esas precisiones auscultando una interesante sugerencia de Walter Ong: «toda audiencia es una ficción», afirma el jesuita, para refrendar el papel del esfuerzo comunicativo por construir el vínculo interaccional a través del medio técnico. Esto significa, al menos, dos cuestiones: “en primer lugar, el escritor debe construir en su imaginación, con claridad o vagamente, una audiencia con algún tipo de rol (...). En segundo lugar, nos referimos a que la audiencia debe, en correspondencia, ficcionalizarse ella misma. Un lector ha de

desempeñar el papel en el que el autor le ha puesto, que rara vez coincide con su papel en el resto de la vida real” (Ong, 1977, pp. 60-61)¹⁰⁰.

En este juego de imaginación doblemente referida estriba buena parte de las fórmulas literarias que recrean y traducen el vínculo inter-racional, más allá de la sujeción de tiempo y espacio. La experiencia se re-organiza textualmente, dado que la impresión “da lugar a la cuestión moderna de la intertextualidad (...); es imposible crear un texto simplemente basándose en la experiencia vivida” (Ong, 1987, pp. 131-132). Complementariamente, es improbable la comprensión de un texto si el lector sólo se aferra a sus condiciones circundantes: es preciso que comprenda también esa «organización textual de la experiencia». Pero el texto y su lectura no excluyen definitivamente el contexto de recepción, dado que desde allí también se amplían las posibilidades de interpretación y la producción renovada de la comunicación.

La imprenta —y, con ella, la paulatina difusión ampliada de la literatura, en todas sus formas— es la adquisición evolutiva que excluyó la interacción entre presentes, “ya que multiplicó el acervo de materiales escritos con tal fuerza, que hizo que los efectos producidos por *todos* los participantes ya no fueran ni efectivos ni *visibles*. (...) El *quantum* de la presencia puede ser interpretado y descrito, pero no puede establecer comunicación con los presentes. Evidentemente, la comunicación oral permanece como reacción a la comunicación impresa o emitida; sin embargo, *el éxito de la comunicación planificada ya no depende de ella*” (Luhmann, 2000b, pp. 23-24). La imprenta contribuye, además, a la comunicación proveyendo su conservación material y su inalterabilidad

¹⁰⁰Traducción propia del original en inglés.

tipográfica¹⁰¹, lo que permite el despliegue de una amplia dinámica de recursividad entre los participantes y la posibilidad de múltiples interpretaciones: en general con la escritura, y en especial con la imprenta, la comunicación —como bien apunta Esposito (2004, pp. 13 y ss.)— no cambia ella misma, pero permite su continua interpretación y re-interpretación, abriendo el horizonte de posibilidades a la contingencia e, incluso, a la emergencia de nuevas formas de contingencia. Así se ilustra un proceso que se enunció antes: la escritura materializa y simplifica la complejidad del entramado comunicacional (su fijación medial), al mismo tiempo que la amplía y profundiza.

Una cuestión más debe ser puntualizada respecto de la radical novedad que entrañan la escritura y la imprenta para las dinámicas comunicacionales y, en consecuencia, para la interacción: la inscripción de la palabra en el espacio modifica las modalidades de la percepción y especifica los significados, precisándolos mediante su remisión visual al texto escrito. Así, “aunque las palabras están fundadas en el habla oral, la escritura las encierra tiránicamente para siempre en un campo visual (...); una persona que ha aprendido a leer no puede recuperar plenamente el sentido de lo que la palabra significa para la gente que sólo se comunica de manera oral” (Ong, 1987, p. 21). Las palabras pierden la futilidad que les otorgaba el medio oral y su dependencia de las indicaciones contextuales, y se materializan ahora en el papel. Allí también, por exigencia del medio, se les asigna una etimología precisa y juegan protegidas por el cerco de la normatividad gramática. Adquieren materialidad, porque “la escritura hace que las ‘palabras’ parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las

¹⁰¹Cfr. Eisenstein, 1994, pp. 83 y ss.

palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales ‘palabras’ inscritas en textos y libros” (Ong, 1987, p. 20). Así, la escritura crea un orden de realidad distinto de la realidad co-presente pero acoplado a ella.

Tras otros objetivos, pero bajo consideraciones análogas sobre los efectos de los sustratos mediales de la comunicación, Thompson (1998, pp. 116 y ss.) distingue, además de la co-presente, dos tipos de interacción: la «interacción mediática» y la «cuasi-interacción mediática». De algún modo, sus precisiones se solapan en parte con lo que aquí he propuesto como *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta* y, en parte, con la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas*. De todos modos, es oportuno describir las sucintamente, dado que una serie de sus elementos pueden reconsiderarse para los tipos de interacción que he propuesto.

Con la «interacción mediática», Thompson refiere a “formas de interacción del tipo cartas escritas, conversaciones telefónicas, etc. La «interacción mediática» implica el uso de medios técnicos (papel, cables eléctricos, ondas electromagnéticas, etc.) que permiten transmitir información o contenido simbólico a individuos que están en lugares distantes, alejados en el tiempo o ambos casos” (1998, p. 117). Se caracteriza por la restricción de las «pistas simbólicas» de las que pueden servirse los interlocutores para conjurar la ambigüedad. Para Thompson, este tipo de interacción presenta una orientación más firme hacia los fines: de algún modo, podría pensarse como estratégica o instrumental. La restricción simbólica, no obstante, es acicate para una introversión creativa del sujeto: la búsqueda y la construcción de interpretaciones plausibles, datadas en el receptor.

Es oportuno advertir que la «interacción mediática» de Thompson no refiere, directamente, al tipo de intercambio interaccional que se ha determinado para el caso del texto impreso y que, en la perspectiva de este estudio, involucra centralmente a las operaciones literarias¹⁰². Para Thompson, este tipo de interacción es la que, a través de un soporte técnico, se realiza entre dos términos o más, explícitamente identificados. En otras palabras, no se trata de un autor que imagina un receptor pero sobre el que no tiene precisión alguna, sino de un encuentro entre dos partes que se suponen la una a la otra, ya sea en términos de identificación individual o de estandarización de roles.

Así, las conversaciones epistolares o telefónicas, dispersas en el tiempo y en el espacio, implican una operación interactiva como la que se pondrá de relieve para la *interacción a través de la comunicación digital o virtual*. Es claro que se sirven de medios técnicos no *digitales*, pero, como se apreciará más adelante¹⁰³, sus características y efectos

¹⁰²Unas líneas más adelante se apreciará que los libros son considerados por Thompson como «medios de comunicación de masas», sobre la base de consideraciones análogas a las que he expuesto.

¹⁰³Ver *infra* “III: Interacción, interactividad y otras operaciones de las interfaces artefactuales”. Mientras tanto, puede considerarse hipotéticamente las continuidades epifenoménicas entre la carta y el correo electrónico y la profundización de la desespacialización en el desarrollo que va del teléfono fijo al teléfono móvil. Sólo a modo de apertura para la problematización de estas cuestiones, se puede retomar a Collins, quien desconfía de las propiedades interaccionales de los encuentros generados a partir de estos medios, cuando postula que “la tendencia a prescindir de las fórmulas ceremoniales en el correo electrónico —los saludos, el dirigirse al destinatario por su nombre, los votos de despedida— implica una menor solidaridad. El correo electrónico acaba usándose para comunicaciones meramente utilitarias y en relaciones de intensidad inferior, precisamente porque arrumba los aspectos rituales” (Collins, 2009b, p. 91). No obstante, una interpretación totalmente contraria bien podría sostenerse: la autonomización del formato de correo electrónico respecto del modelo formal de la carta,

en ambos casos preanuncian, aunque con alcances diferentes, el tipo de articulación interaccional propio de las «interfaces artefactuales» de la comunicación contemporánea. De cualquier modo, se refrenda así la proposición de que la distinción de las formas interaccionales aquí propuesta no tiene fundamento técnico, sino operativo.

El caso de la «cuasi-interacción mediática» guarda, también, una relación de solapamiento con los tipos de interacción mediada por tecnología que aquí se han descripto. Thompson utiliza el término para referirse “al tipo de relaciones sociales establecidas por los medios de comunicación de masas (libros, periódicos, radio, televisión, etc.)” (1998, p. 118). Como la «interacción mediática» a secas, también supone el desprendimiento de la sujeción espacio-temporal. “Es ‘interacción’ porque implica individuos que se comunican con otros, quienes, a su vez, responden de ciertas maneras, y que pueden formar lazos de amistad, afecto o lealtad con ellos. Pero es *cuasi* interacción en la medida en que el flujo de comunicación es predominantemente unidireccional y los modos de respuesta a través de los cuales los receptores pueden comunicarse con el principal comunicador son estrictamente limitados”, explica Thompson (2002, p. 332). Hay un punto, sin embargo, que focaliza la diferencia entre la interacción de la lectura y la de los medios electrónicos de masas —que es, en parte, lo que inspira la necesidad de distinguirlos—: se trata de la clara percepción de la

antes que pérdida de intensidad, puede implicar cercanía y, bajo la ilusión de la instantaneidad, la confianza en una continuación pronta. El entramado de una conversación mediada como las que se verifican a través del correo electrónico —utilizado, por lo demás, para un sinnúmero de intercambios altamente formales— presenta una ritualidad específica, deudora muchas veces de las prácticas propias de los procesos de mensajería instantánea, ahora acrecentados por el uso de los dispositivos móviles.

distancia espacial¹⁰⁴ y de la simultaneidad temporal¹⁰⁵ que operan los segundos. Al extenderme sobre esta cuestión se verán puntualizados los aspectos centrales del tercer tipo de interacción —la que ocurre *a través de los medios electrónicos de comunicación de masas*— que conforma la tipología que aquí se propone.

En efecto, es el mismo Thompson (1998) quien proporciona una noción para la evaluación analítica de este aspecto: la idea de «simultaneidad desespacializada». La telecomunicación hace emerger la experiencia de la disociación entre espacio y tiempo, en el marco

¹⁰⁴“Si los *media* han alterado nuestro sentido del pasado, también han creado lo que podríamos llamar ‘experiencia mediática’ (mediated worldliness): nuestra percepción de que el mundo existe más allá de la esfera de nuestra experiencia personal, y de que la percepción de nuestro lugar en este mundo está cada vez más mediatizada por las formas simbólicas. La difusión de los productos mediáticos nos permite, en cierto sentido, experimentar acontecimientos, observar a los otros y, en general, aprender acerca de un mundo que se extiende más allá de la esfera de nuestros encuentros cotidianos” (Thompson, 1998, p. 56)

¹⁰⁵“Considérese un ejemplo: una entrevista con el presidente de Estados Unidos que se televisa y transmite vía satélite, y que es observada por individuos en un contexto doméstico de Gran Bretaña. Semejante cuasi-interacción implica el establecimiento de una relación entre individuos que se sitúan en contextos muy divergentes, tanto en términos de su ubicación espacial como en términos de sus características sociales e institucionales. (...) Ver la entrevista es parte de una relación que se extiende a través del tiempo sin traslaparse jamás en el espacio (...). Aunque observar la entrevista es una cuasi-interacción que ocurre a través de contextos espaciales divergentes, también pone al contexto espacial del presidente, y al presidente mismo, a *disposición* de los receptores, si bien en una forma mediada. Si la entrevista ocurre en un ámbito doméstico como el salón de la casa del presidente, y éste está acompañado tal vez por su esposa y sus hijos, entonces la cuasi-interacción puede adquirir cierta *intimidación* que puede permitir al presidente comunicar asuntos públicos de una manera personal o asuntos personales de una manera pública; pero también puede exponerlo a riesgos políticos sin precedente (...). Las características distintivas de la cuasi-interacción mediada tienen consecuencias importantes en las formas en que los comunicadores y los receptores se comportan y se relacionan con los demás y consigo mismos” (Thompson, 2002, pp. 333-335).

de la interacción. En otras palabras, el distanciamiento espacial se intensifica, mientras los retrasos temporales se vuelven cada vez más imperceptibles. Así, “la experiencia de la simultaneidad se separó de la condición espacial de un lugar común. Fue posible experimentar acontecimientos de manera simultánea a pesar del hecho de que sucediesen en lugares espacialmente lejanos. En contraste con la exactitud del aquí y el ahora, surgió un sentido del ‘ahora’ que nada tiene que ver con el hecho de estar ubicado en un lugar concreto. Simultáneamente se extendió en el espacio para finalmente convertirse en global” (Thompson, 1998, p. 53).

Ese «sentido del ahora» es explícitamente una percepción del «presente». Pero, como se sabe con la teoría de los sistemas sociales autopoieticos, el presente no forma parte del tiempo, sino que es el límite de su forma, lo que distingue entre pasado y futuro. En efecto, “el presente es en sí mismo sólo ese punto de rompimiento o sólo la posición del observador, en donde se decide el futuro del pasado” (Luhmann, 2000b, p. 122). Los medios de masas, al desligar la percepción del tiempo de un lugar específico, al romper con la cardinal sujeción de la observación a un punto de observación unido a un observador concreto, modifican la función y los modos del conocimiento. Como subraya Luhmann:

Los medios de masas sustituyen las tareas del conocimiento que en otras formaciones sociales estaban reservadas a sitios de observación privilegiados, los sabios, los sacerdotes, los nobles, el Estado: formas de vida que estaban privilegiadas por la religión o por la ética política. La diferencia es tan marcante que difícilmente se pueda hablar de progreso o decadencia. Aquí sólo permanece, como modo de reflexión, la observación de segundo orden; es de-

cir, la observación de que la sociedad deja en manos del sistema de los *mass media* su observación: observación en el modo de observación de la observación (2000b, pp. 123-124).

La contrariedad, para la posibilidad de continuidad de la interacción, es establecer cómo se adecua esta remisión de la observación a los medios electrónicos de comunicación de masas, con los motivos, focos de atención y respuestas individuales. Luhmann propone que la estructura de esta adecuación —en los términos de este trabajo, lo que permite seguir pensando la interacción del lado del individuo— es la «interpenetración»¹⁰⁶, es decir, “la posibilidad de hacer justicia en la comunicación social, a la conformación de la conciencia individual. En todos los casos, la solución del problema toma la forma de paradoja: los individuos, al tomar parte de la comunicación, se individualizan, y se desindividualizan; se uniforman y se ficcionalizan, para que la comunicación pueda proseguir en referencia a los individuos” (Luhmann, 2000b, pp. 107-108). Esta dinámica ocurre, operativamente, a través de la producción medial de estandarizaciones elegibles. A partir de ese menú, el individuo podrá especificar y seleccionar el sentido de su participación en la comunicación —o, por supuesto, de su rechazo¹⁰⁷. Tal como, de un modo análogo, también sucede en la comunicación escrita mediante la auto-ficcionalización de la audiencia que describe Ong.

Es preciso insistir, una vez más, que la tipología de la interacción que aquí se propone no está fundada ni en el tipo de los sustratos

¹⁰⁶Debe tomarse nota que, aquí, el sentido específico del término *interpenetración* refiere a la ocurrencia de *ficciones operativas* “que sólo esporádicamente pueden comprobarse; y, en todo caso, de nuevo, mediante comunicación” (Luhmann, 2007, p. 58).

¹⁰⁷Cfr. Luhmann, 2000b, pp. 108 y ss.

mediales ni en el orden cronológico de aparición de éstos. Como ha quedado explicitado, algunos aspectos característicos de cada tipo se traslapan, lo mismo que parte de las operaciones que los distinguen. Este proceso de solapamiento no es fortuito: la tipología propuesta puede verse como un especial proceso de diferenciación, donde sus distinciones propias alcanzan un grado de complejidad inaudito, merced a su recursividad. Para el caso de la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas* la tesis de la «oralidad secundaria» propuesta por Ong es altamente ilustrativa de este proceso, pues contiene remisiones y reintroducciones de las características de las tecnologías de la comunicación precedentes, como la escritura, la tipografía y, por supuesto, la misma oralidad.

La “era de la oralidad secundaria” —que Ong deduce teóricamente recién comenzada la década de 1980, pero que inicia, al menos, con la posguerra; y donde atisba ya la influencia de la computadora, aunque centrando su análisis sobre el teléfono, la radio, la televisión y toda otra serie de sustratos mediales audiovisuales— implica, mediante la transformación electrónica de la expresión verbal, un grado mayor de sometimiento de la palabra al espacio, proceso iniciado por la escritura y profundizado por la imprenta. Explica Ong: “Esta nueva oralidad posee asombrosas similitudes con la antigua en cuanto a su mística de la participación, su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente, e incluso su empleo de fórmulas¹⁰⁸.”

¹⁰⁸Huelga aquí, dado que son evidentes, trazar los paralelos con las características de la interacción cara-a-cara que han sido largamente expuestos en secciones anteriores. Valga también como somera, pero peculiarmente sólida, respuesta a las desconfianzas de Collins sobre la intensidad interaccional que logran, en el intercambio comunicacional, los mediaciones técnicas.

Pero en esencia se trata de una oralidad más deliberada y formal, basada permanentemente en el uso de la escritura y del material impreso, los cuales resultan imprescindibles tanto para la fabricación y operación del equipo como para su uso” (1987, p. 134).

En este sentido, la «oralidad secundaria», como materialización operativa de la dinámica comunicacional de los medios electrónicos de masas, implica una doble reintroducción: de la escritura y de la oralidad. Como adquisición evolutiva, los medios de comunicación de masas dotan a la interacción de su potencialidad intrínseca, en tanto recuperan y reelaboran la potencialidad de los medios técnicos precedentes. Multiplican así la probabilidad de autocontrol de la comunicación, conjurando los peligros para su realización autopoietica.

Mediante esas reintroducciones y reelaboraciones, se redefinen también los límites de los sistemas de interacción al recrearse el sentido de grupo y valorizarse la espontaneidad y, a un mismo tiempo, las formalidades del cuidado de la etiqueta. La búsqueda de la organización grupal actualiza el interés por lo social, tal como en la oralidad primaria, pero ahora como efecto de haber atravesado el tiempo de la mediación de la escritura: “a diferencia de los miembros de una cultura oral primaria, que tienden hacia lo externo porque han tenido poca oportunidad de practicar la introspección, nosotros tendemos hacia lo externo porque hemos buscado el interior” (Ong, 1987, p. 135).

Un caso análogo es el de la espontaneidad: si en la oralidad primaria era fruto de la falta de poder reflexivo analítico, en la secundaria será un valor social porque analíticamente se argumentó sobre su valía. En el caso de las normas de etiqueta y de la valoración del resguardo de la «cara», aquí sí se trata de una adquisición propia de la época, tras su pasaje por la adecuación de la escritura: “los medios

electrónicos no toleran una demostración de antagonismo abierto” (Ong, 1987, p. 135). En correlación con la espontaneidad, tanto ésta como la demostración del conflicto están finamente planeadas: “una cualidad de lo doméstico, gentil y escolarizado es el común denominador”, afirma Ong (1987, p. 136), aunque, quizás un poco al influjo de las formas televisivas y radiofónicas de su época, sospecha que se pueden fundar en la propensión al escándalo público que muestran, actualmente y desde hace varios años, los medios de masas. A favor de Ong, habrá de resaltarse el carácter de «puesta en escena» que posee, muchas veces, la circulación mediática de esos sucesos.



En las últimas dos décadas se ha asistido a la introducción ampliada de nuevos sustratos mediales y medios técnicos: la computadora, los dispositivos móviles, los objetos virtuales que posibilitan la articulación en red de las computadoras y una pluralidad con la que difícilmente se pueda construir un catálogo exhaustivo. He reservado para todos ellos una etiqueta: «interfaces artefactuales»¹⁰⁹ de la comunicación digital o virtual —o, en forma más amplia pero menos específica, “contemporánea”—.

¹⁰⁹Es una decisión tanto procedimental como conceptual. En gran medida, la definición de «interfaces artefactuales» que se construye en estas páginas incluye a todos los medios técnicos de la comunicación. Sin embargo, es preciso resguardar el término para aquellas que son objeto preciso de estudio de este libro: en parte, en aras de cooperar con la claridad expositiva, permitiendo al lector identificar claramente el tipo de artefactos técnicos a los que refiero; en parte, porque la pluralidad de esos artefactos requiere de una *etiqueta* general, sin límites estrictos y abierta al cambio. Es también una decisión conceptual, porque denota la redescrición de una serie de observaciones (como la que permite la distinción superficie/profundidad) a través de operaciones interactivas. No es preciso detallar más sobre este punto, porque eso es materia del próximo capítulo.

La presunción es que los sistemas de interacción organizados por esta mediación vinculan su operación autopoietica con tres cuestiones: por una parte, con la producción de una «ilusión de instantaneidad» que, como se expondrá¹¹⁰, es deudora (y, a la vez, se diferencia) de la noción de «simultaneidad desespacializada». Por otra parte, la conjetura de la *forma* «escritura secundaria» —que implica la distinción sistémica (y, por tanto, la reintroducción) de las oralidades secundaria (Ong) y electrónica (Luhmann)— configura el modo de ocurrencia de las alternativas comunicacionales¹¹¹. Por último, la operación indexical y su autocontrol, la configuración de los marcos de la experiencia, se sirven de una específica materialización medial de las alternativas comunicacionales: la «interactividad».

Antes que nada, es preciso apuntar que la «interactividad» no es exclusiva de las «interfaces artefactuales» contemporáneas. En ellas, sin embargo, amplía su campo de posibilidades, permitiendo la emergencia de un tipo de interacción que parece integrar a todos los tipos anteriores. Al integrarlos, en una operación convergente y de remediación, no los hace sucumbir, sino que los redefine y les otorga la posibilidad de nuevas auto-descripciones: como la escritura con la oralidad, los medios electrónicos masivos con la literatura, y *así sigue*

¹¹⁰Si bien se configura como un proceso transversal a los otros dos, que remite fundamentalmente a las semánticas de percepción temporal y de demarcación espacial pero que se vincula con todas las posibilidades, su tratamiento emergerá en distintas capas del texto y se abordará específicamente en el capítulo IV.

¹¹¹El capítulo V de este trabajo está dedicado, íntegramente, a explorar alcances y posibilidades de esta conjetura. De todos modos, como ocurre en el caso de la «ilusión de instantaneidad», no es posible dejar de referirla en otros pasajes.

(y seguirá...)»¹¹². He reservado el próximo capítulo para una exploración del orden semántico de estas reintroducciones y el análisis de la noción de «interactividad», que configuran en forma nodal a la *interacción a través de las mediaciones de la comunicación digital o virtual*.

¹¹² Acerca de la permanencia de la escritura y lo impreso en la comunicación de los medios electrónicos, y de la dinámica de solapamiento y recurrencia entre los nuevos y los anteriores modos de las tecnologías de la palabra, Ong apunta: “La actual cultura electrónica, incluso con su nueva activación del sonido, se basa necesariamente en ambos. Al sucederse unas a otras, las tecnologías de la comunicación no se cancelan entre sí, sino que se construyen una sobre otra. Cuando el hombre comenzó a escribir, no dejó de hablar: probablemente, habló más que nunca. Las personas mejor alfabetizadas suelen ser, también, oradores extraordinariamente fluidos, aunque hablan un poco diferente de la manera en que lo hace o lo hizo el hombre puramente verbal. Cuando se desarrolló la imprenta, el hombre no dejó de escribir. Todo lo contrario: sólo con la aparición de la imprenta se hizo imprescindible que todo el mundo aprendiera a escribir —la alfabetización universal, el conocimiento de la lectura y la escritura, nunca fue el objetivo de las culturas manuscritas, sino sólo de las culturas impresas—. Ahora que tenemos la comunicación electrónica, no vamos a dejar de escribir e imprimir. La sociedad tecnológica en la fase electrónica no puede existir sin grandes cantidades de escritura e impresión. Aun con la reactivación del sonido, se imprime más que nunca antes. (...) Sin embargo, es cierto que lo que se dice, escribe e imprime puede estar determinado cada vez más por la forma en que la electrónica y el sonido le dan a la organización social y a la vida humana en general. A lo que nos enfrentamos hoy en día, es a un sistema sensorial (*sensorium*) no meramente extendido por los diversos medios de comunicación, sino también reflejado y refractado dentro y fuera de sí mismo en tantas direcciones que resulta totalmente desconcertante” (Ong, 1967 pp. 88-89) [Traducción propia del original en inglés].

III. INTERACCIÓN, INTERACTIVIDAD Y OTRAS OPERACIONES DE LAS INTERFACES ARTEFACTUALES

Intento escapar a la tentación de poner a prueba los elementos constitutivos de la interacción co-presencial trasvasados al tipo de intercambios que tienen lugar en la trama de «interfaces artefactuales» que posibilita la comunicación digital. En la formulación de este principio emerge por sí misma la conjetura que performa estos esfuerzos tanto como las trasmutaciones a las que debe hacer frente. Por un lado, se sostiene —y se exploró, con afanes de demostración, en el capítulo anterior— que hay interacción más allá de la co-presencia: en las situaciones mediadas por la tecnología de la comunicación se crean y se siguen rituales, se verifica una comprensión común que refiere a un cúmulo de conocimientos compartidos, se actúa para preservar la «cara» y se confía en que *así sigue*. Pero, por otro, es evidente cierta ambivalencia: se trata de la *misma* interacción, pero que es *otra*. Es la *misma* en tanto supone la continuidad operativa de un conjunto de observaciones clave; y es —especial y precisamente— *otra* porque una serie de adquisiciones evolutivas articulan de modo diferencial los procesos y contenidos de definición de la situación interaccional, al tiempo que reconfiguran los objetos de referencia.

Es la *misma* porque las «interfaces artefactuales» no son algo distinto del actor y en tanto se las considera así, al modo de prótesis am-

pliativas o culturales¹¹³, todo lo que comunican no es otra cosa que el propio individuo. Como afirma Broncano, es posible considerar que “en un sentido muy particular, los propios individuos sean en parte «artefactos». [Un estatus que] explica que puedan desarrollar capacidades que biológicamente no habrían alcanzado, como el lenguaje y la capacidad comunicativa, la capacidad de diseño técnico, la capacidad de pensamiento conceptual y otras tantas propias de la especie humana” (2009, p. 51)¹¹⁴. No hay ausencia en la relación interaccional que acontece entre distantes protésicamente comunicados o enlazados.

Es *otra*, dado que los objetos que materializan a las «interfaces artefactuales», al tiempo que conducen la comunicación, disciplinan y constriñen al cuerpo. En la operación de conducción emergen formas nuevas para el procesamiento de la información y para el proceso de dar a conocer dicha información. La comunicación asume modos diferentes, signados por los alcances precisos de la técnica. El cuerpo, compelido por las formas de los artefactos técnicos, asume maneras especiales de realizar el acto de comprender y de presentarlo. Emergen modos de saber y de comunicar inéditos, fruto tanto de reinscribir y resignificar los ya conocidos, como de la creatividad a que, en ocasiones, compele la novedad. Es una relación dialéctica que vincula al *quien* y al *qué* de la comunicación interaccional, con todo el conjunto complejo a lo que esto remite: al menos, la vinculación entre el pasado y el futuro y la propia relación entre el tiempo y el espacio.

¹¹³Cfr. Broncano, 2009. Ver *infra*, en este mismo capítulo, la sección “La operación interactiva de las interfaces artefactuales”.

¹¹⁴La tesis que esta cita hace explícita podía ya advertirse en el tratamiento de las «interfaces artefactuales», al inicio del capítulo I, en la inversión de la relación creativa entre sujeto y técnica propuesta por Stiegler.

Estas alteraciones, sin embargo, no son exclusivas de las «interfaces artefactuales» contemporáneas, tal como se ha visto, pero alcanzan a través de ellas particularidades definitorias de un orden comunicacional diferente. Como señala Esposito:

Sólo la conciencia produce el tipo de ‘ruido’ que irrita y estimula la comunicación. Sin embargo, ahora, con las computadoras, tenemos que hacer frente a máquinas que parecen estar haciendo algo similar, y ésta es la característica especial que las distingue de todas las tecnologías de la comunicación anteriores. En todos los demás casos, lo que se requiere es que el medio ambiente produzca el menor ruido posible; esto es, que intervenga lo menos posible en la conexión de sentido comunicativo. Esto se aplica, de manera especialmente importante, para los medios de comunicación: el periódico debe ser legible sin esfuerzo, la señal de radio o de televisión debe estar libre de perturbaciones (...). Por el contrario, la computadora requiere intervenir sobre lo que se comunica (*procesamiento de datos*) para procesar y producir información diferente de aquella desde la que ha partido; se le pide que intervenga sobre el sentido, sin ser ella misma un sistema constitutivo de sentido (2001, p. 181)¹¹⁵.

La computadora u ordenador personal es, como explicitaré un poco más adelante, una suerte de *arquetipo* de las «interfaces artefactuales» contemporáneas, aunque de ningún modo agota las formas materiales de aparición de éstas. Sin embargo, la computadora y, especialmente, su vinculación en red (*internet*) conforman un modo de la comunicación digital, tanto que buena parte de los dispositivos

¹¹⁵Traducción propia del original en italiano.

móviles —como teléfonos, tabletas y demás— progresivamente se han interconectado con la red de computadoras y han asumido, en sus diseños materiales y virtuales, formas análogas a las que, en principio, eran características de los ordenadores personales. Esta tendencia parece revertirse en los últimos tiempos, haciéndose más difusa la dinámica de condicionamientos mutuos entre los diversos tipos de artefacto. Sin embargo, el punto de partida desde el que se produce todo el andamiaje de la comunicación digital está conformado, ciertamente, por las posibilidades comunicativas de la computadora.

Una alternativa analítica para profundizar la búsqueda de los caracteres distintivos de la comunicación digital respecto de las anteriores tecnologías de la comunicación es comparar sus rasgos generales con los de la llamada «comunicación de masas»: para esto, describiré primero la largamente estudiada estructura de los *mass media*, para ofrecer luego —hasta donde sea posible— un contrapunto con la comunicación digital, que, a condición de su *juventud fenomenológica*, ha sido abordada de manera más exploratoria y, cuanto menos, vacilante.

1. La comunicación de masas y la comunicación digital

En forma general, Thompson define la comunicación de masas “como la producción institucionalizada y la difusión generalizada de bienes simbólicos por conducto de la transmisión y la acumulación de información/comunicación” (2002, p. 319). En un sentido estricto, aquí sí habrá de aceptarse la unificación, tras la noción de «comunicación de masas», de las comunicaciones mediadas tanto por medios electrónicos —radio, televisión, cine, etcétera—, como por medios

impresos —libros, revistas y otros—¹¹⁶. Esto no infringe la distinción entre los tipos de interacción propuesta en el capítulo II, dado que, con vehemencia, allí se han fijado los criterios de la distinción sobre la base de las diferencias operacionales de la interacción en la comunicación impresa respecto de la audiovisual. Por lo demás, aquí centraré la atención en las operaciones comunicativas en cuanto tales y no en sus efectos sobre los mundos de la interacción.

Como se ha visto, los artefactos técnicos de que se sirven los medios de masas permiten la prosecución de la comunicación por fuera de la co-presencia, asegurando «altos grados de comunicación» y, consecuentemente, *excedentes* comunicativos que el sistema de medios de comunicación de masas debe organizar mediante una construcción específica de realidad. La realidad así construida implica dos órdenes diferenciales, lo que impregna de un sentido ambivalente tanto al sistema como a su análisis. Por una parte, la realidad de los medios de masas consiste en sus operaciones: específicamente, «la comunicación ininterrumpida que se lleva a efecto en ellos». Por otra, la realidad es “lo que es la realidad para los medios de masas, es decir, *lo que aparece como realidad para ellos, o aquello que los otros tienen por realidad porque lo han tomado de los medios de comunicación*. En termino-

¹¹⁶Siguiendo a Luhmann, “deberá entenderse por medios de comunicación de masas todas aquellas disposiciones de la sociedad que se sirven, para propagar la comunicación, de medios técnicos de reproducción masiva” (2000b, p. 2). Enseguida, Luhmann establece que únicamente el producto obtenido maquinamente, en calidad de portador de la comunicación —y por consiguiente no la escritura como tal—, fue el que condujo a la diferenciación de un sistema especial, denominado medios de comunicación de masas. La tecnología que posibilita la expansión toma aquí el papel que representó el dinero en la economía: “ser tan sólo un medio que hizo posible la construcción de formas que, distinto a lo que sucede con el medio mismo, enlazan operaciones comunicativas. Estas formas, a su vez, hacen posible la diferenciación y la clausura del sistema” (2000b, p. 3).

logía kantiana: los medios de masas crean una ilusión trascendental” (Luhmann, 2000b, p. 6). En otras palabras, una realidad es tanto la de su secuencia de operaciones (autorreferencia) como la de su secuencia de observaciones (heterorreferencia). En complejo conjunto, esta *doble* realidad de los medios de masas produce una descripción del mundo y una autodescripción de la sociedad moderna en la forma de comunicaciones. Es preciso distinguir aquí que esas descripciones no toman la forma de la «opinión pública»: muy por el contrario, ésta es el *médium* que permite observarlas¹¹⁷.

La *doble realidad construida* pone al sistema de los medios de masas al influjo de una dinámica recursiva con sus propios efectos, con repercusiones de alta irritación sobre la comunicación. Sus operaciones constructivas crean representaciones interpretativas¹¹⁸, pero esas operaciones constructivas no son siempre idénticas o repetidas. La construcción de una nueva representación de la realidad puede chocar con representaciones previamente establecidas, dando lugar a conflictos en la comprensión de la comunicación¹¹⁹. Es que, en efecto,

¹¹⁷En una bella cita, Luhmann aclara que la «opinión pública» “es el ‘Espíritu Santo’ del sistema, es la disponibilidad comunicativa de los resultados de la comunicación” (2007, p. 877). Por lo demás, más adelante daré cuenta de la definición que lo «público» asume en el marco de la teoría de los sistemas sociales autopoieticos.

¹¹⁸En términos no luhmannianos, podrían caracterizarse como «formas simbólicas» institucionalizadas mediante la circulación pública, tal como se verá unos párrafos después con Thompson.

¹¹⁹Luhmann ilustra esta condición crítica de la relación entre la operación constructiva de la realidad de los medios de masas y los efectos externos, con el caso de las censuras durante la cobertura periodística de la Guerra del Golfo de 1991: “La censura se vio obligada a producir efectos que se ajustaran a la construcción deseada por los *mass media*, y excluyó todas las informaciones independientes a las que con dificultad se hubiera tenido acceso. Dado que, de antemano, la guerra fue escenificada como acontecimiento

“la realidad de los medios de masas es la realidad de la observación de segundo orden” (Luhmann, 2000b, p. 123): aun las condiciones más íntimas de la experiencia se reflexionan en los medios de masas por referencia a unos saberes que redundan, por ejemplo, de la lectura o de las películas, o sobre la base de la *estandarización*¹²⁰ de la comunicación que operan tales medios. Los medios de masas garantizan, además, que estas estandarizaciones o esquemas “estén disponibles para que se recurra a ellos en medida y multiplicidad tal que correspondan a las necesidades de comunicación de la sociedad toda y que, según la nece-

sobre el que los medios de información darían cuenta y que tanto las acciones paralelas de filmación o interpretación de los datos servían por igual a lo militar y a lo informativo, un desacoplamiento entre lo militar y los medios hubiera significado un déficit total de información. La censura no tuvo más que abastecer de información a los medios y hacerles justicia ofreciéndoles novedad. Así, por sobre todo, fue resaltada la maquinaria militar. La parte victimada, en cambio, quedó totalmente en la sombra. Esto desató una crítica generalizada, pero sólo porque entró en contradicción con la representación construida por los mismos medios de masas sobre cómo debe ser una guerra” (Luhmann, 2000b, p. 13).

¹²⁰Para Luhmann, en el “proceso continuo de comunicar informaciones se condensan —casi imperceptiblemente, y en todo caso de manera inevitable— estructuras que sirven al acoplamiento estructural entre los sistemas psíquicos y los sociales. Habíamos hablado de esquematismos o —en caso de implicarse acciones— de *scripts* [ver 2007, pp. 81 y ss.]. Todo lo cual incluye tanto la designación de ‘algo en calidad de algo’ así como también aquellas atribuciones causales sumamente abreviadas y aquellas atribuciones sutiles que señalan intenciones —lo cual facilita la descripción del comportamiento como acción para, en caso dado, juzgarlo moral o políticamente. Tales esquematismos dejan más o menos abierto qué posición tomar frente a las informaciones, qué es lo que se recuerda o se olvida y si las reacciones se consideran atinadas o no; ‘se’ en este caso significa: individuos y sistemas sociales de todo tipo. Respecto a la ‘opinión pública’ no se trata, entonces, tan sólo de una enorme cantidad de informaciones continuamente renovada y olvidada, ni tampoco de un acuífamiento de opiniones típicas. El componente estructural consiste más bien en esquemas cuyo conocimiento y aplicabilidad pueden darse por supuestos cuando se trata de activar y proseguir la comunicación” (2007, pp. 876-877).

sidad, puedan levemente variarse y de manera nueva combinarse. Se trata de una condición operativa de continuidad de la comunicación bajo condiciones de alta complejidad y de cambio rápido” (Luhmann, 2007, p. 877).

La posibilidad de esta *observación de segundo orden* —aun, pero en especial, sobre los aspectos más íntimos de la biografía— y de las operaciones de *estandarización* puede describirse en referencia a cuatro características definitorias de los medios de masas: la producción y difusión institucionalizada de bienes simbólicos; la indeterminación sobre el resultado de la recepción de esos bienes; la ampliación de la disponibilidad de las formas simbólicas en el tiempo y en el espacio; y la circulación pública de las formas simbólicas¹²¹. El carácter institucionalizado de la fabricación y propagación de bienes simbólicos puede reinterpretarse, en la perspectiva de sistemas, como parte del proceso de diferenciación y autonomización del sistema medios de comunicación. Esta reinterpretación no tiene por qué obturar los aportes de Thompson sobre este proceso: antes bien, éstos pueden recuperarse como una observación que amplía la riqueza de la *observación*.

En tanto las formas simbólicas son fijadas a un sustrato medial cuya particularidad las hace adquirir la posibilidad de una reproducción ampliada, Thompson sostiene que también quedan sujetas a un proceso de mercantilización. Como advierte Luhmann, el proceso de la comunicación se encuentra así ante un escollo que debe sortear para proseguir su desarrollo autopoietico. Es cierto que los productos de la comunicación de masas se regulan, en parte, por su viabilidad como formas del intercambio económico, pero su continuidad y su

¹²¹Cfr. Thompson, 2002, pp. 320-327.

efecto más radical como sistema diferenciado de la sociedad no reside allí. El caso de la publicidad instruye claramente al respecto:

La publicidad puede estar motivada por la esperanza de alcanzar el éxito en las ventas, pero su función latente está en producir y consolidar criterios del buen gusto para aquellas personas que carecen de él; es decir, surtir de seguridad de juicio respecto a las cualidades simbólicas de objetos y modos de conducta. (...) Esta función latente de la publicidad puede luego aprovecharse estratégicamente para fomentar de este modo las ventas, aunque surte también sus efectos en quienes nada compran” (Luhmann, 2007, p. 875)¹²².

El control institucional al que refiere Thompson¹²³ puede verse como la recursividad inherente al acoplamiento laxo entre diversos sistemas sociales. En este sentido, la efectividad regulativa de los sistemas externos no se verifica como imposición externa, porque eso es algo que ocurre en el entorno y no en el sistema mismo. El control institucional es parte, así, de las propias operaciones del sistema, que,

¹²²Estos efectos de los medios de masas, que conducen a la regulación de conductas o a la socialización ampliada del comportamiento, son producto de la relación entre necesidad y novedad, que deben articular los medios de masas. También muestra, en otros casos, cómo una determinada tecnología de la comunicación —i.e. el libro—, cuando alcanza un sustrato medial novedoso que le permite alta difusión —i.e. la prensa rotativa—, despliega también una nueva necesidad: el desarrollo de una tecnología adicional, la de la lectura. Desarrollada ésta, ya no sólo se aplica a la lectura de los libros, sino de toda otra serie de documentos escritos y difundidos mediante la imprenta. “Quien sabe leer la Biblia puede también leer panfletos de la polémica religiosa, diarios, novelas. Si ahora la economía regula qué productos impresos se fabrica y se venden, otros ámbitos-de-comunicación pierden el control sobre la comunicación”, denota Luhmann (2007, p. 578).

¹²³“En general, la reproducción de las formas simbólicas es controlada lo más estrictamente posible por las instituciones de comunicación de masas, puesto que es uno de los principales medios por los cuales las formas simbólicas se someten a la valoración económica” (Thompson, 2002, p. 320).

al distinguir sistema/entorno, incluye en sí mismo la distinción (y con ello, las presiones externas, pero siempre autorregulándolas). Para precisar esta cuestión, vale apuntar que las formas simbólicas que se producen mediante los medios de masa son, estrictamente, *cultura*¹²⁴. “El que se tenga que pagar es obvio tanto para comprar periódicos como para ir al cine, como para el turismo y la visita a los sitios importantes; pero en este sentido este campo de operación, el mercado, es una parte del sistema de la economía. Como tal se distingue de otros mercados, de otras prestaciones, de otros productos. Como cultura serán tomadas ciertas experiencias y ciertas comunicaciones sólo en el caso que sean ofrecidas expresamente como cultura. Y esto acontece en la institucionalización de la observación de segundo orden que se remite a los medios de comunicación de masas” (Luhmann, 2000b, p. 125). Visto así, se hacen evidentes la distinción y la diferenciación entre el campo de la comunicación de masas y el sistema de la economía¹²⁵. Siguiendo esta pista de interpretación teórica, lo mismo se puede afirmar para su relación con otros sistemas de la sociedad¹²⁶.

¹²⁴Cfr. Luhmann, 2000b, pp. 124 y ss.

¹²⁵Marshall McLuhan notó la relacionalidad de esta distinción al destacar, con su habitual crudeza no siempre dispuesta a los matices, que “la imprenta cambió por igual el proceso de aprender y el de mercadotecnia. El libro fue la primera máquina de enseñanza y también la primera mercancía producida en serie” (1969, p. 218).

¹²⁶Así como, para reafirmar su autopoiesis y con eso su unidad diferencial, se descarta que las operaciones de los medios de masas se basen o asuman los modos operacionales de otros sistemas; también es preciso descartar lo inverso, aun cuando la comunicación de masas asuma la tarea de describir el mundo y sea en sí misma la auto-descripción de la sociedad. Como puntualiza Elena Esposito, “El propio sistema de medios de masas es un sistema funcional entre otros. Incluso cuando asume la tarea de formular la descripción en la que otros se basan para operar, no necesariamente por ello predetermina el tipo de memoria de los otros sistemas: con la orientación hacia la información, el privilegio

Con todo, la comunicación producida por los medios de masas queda a expensas de una fundamental *indeterminación*, a consecuencia de la ruptura entre la producción —la selección de la *información* y el *darla-a-conocer*— y la recepción —la operación de *comprender* la comunicación—. La indeterminación está dada por la imposibilidad de un re-aseguramiento recíproco de la recepción. Los medios de masas deben construir estrategias institucionales para asegurar la aceptación de sus comunicaciones, recurriendo a las experiencias exitosas como guía para diseñar comunicaciones futuras y obtener aceptaciones análogas (lo cual merma la indeterminación, aunque no la extirpa).

Unos párrafos antes, referí esto como la producción de estandarizaciones o de esquemas. “Tan sólo por el hecho de que aparecen de sol a sol y por el ritmo de producción de los medios de masas, se excluye la posibilidad de que de antemano se consulten las opiniones existentes en el público. Las organizaciones de los medios de masas dependen en esto de conjeturas y, en el resultado, de *self-fulfilling prophecies* [profecías auto-cumplidas]. En gran medida, trabajan por autoinspiración: leyendo sus propios productos, observando sus propias transmisiones. Deben presuponer ahí una uniformidad moral suficiente si piensan reportar diariamente las infracciones a las normas, los escándalos, las anormalidades” (Luhmann, 2007, p. 872). Los medios de masas trabajan reintroduciendo permanentemente sus efectos en los criterios de selección de nueva información. Lo que ya han infor-

de la novedad, la producción continua de sorpresas, los medios de comunicación de masas movilizan la semántica de otros sistemas (les ofrece un modelo de memoria), pero no podrán sustituir a las operaciones de esos sistemas en la determinación de lo que realmente recuerdan y lo que olvidan, ni en qué modo lo hacen” (2001, p. 193). [Traducción propia del original en italiano].

mado no puede nuevamente convertirse en información, pues ya no comunica una sorpresa —la distinción básica sobre la que opera este sistema es información/no-información, donde el criterio inicial para definir la información es su carácter novedoso y sorprendente¹²⁷—, pero sí puede re-considerarse como criterio metodológico, sobre la base de su aceptación o no, para nuevas selecciones. De esta manera, se opera sobre posiciones relativamente estables que son la derivación de una operación que se aplica a sus propios resultados.

A la indeterminación constitutiva de la comunicación de los medios de masas ha de acoplarse, críticamente, su *disponibilidad* ampliada en tiempo y espacio. Aquí, empero, es posible distinguir entre los medios impresos y los electrónicos, pues su dinámica de disponibilidad —aunque signada en ambos por la «simultaneidad desespacializada»— remite condiciones divergentes. “Los viejos pero aún modernos medios —novelas, textos de ciencias (sociales), pinturas, películas, conciertos— son eficaces a una distancia espacial, pero dan al productor y al receptor tiempo para la reflexión¹²⁸. Comprimen el espacio pero relajan

¹²⁷Scott Lash caracteriza de modo preciso este valor efímero de la comunicación de los medios de masas. Afirma que el “‘valor de información’, que, a mi juicio, tal vez sea razonable llamar ‘valor de signo’, sólo vale de inmediato y por muy corto tiempo. (...) Esta cultura de corta duración se inició, por supuesto, con el diario. Este publicaba *noticias* o *novedades* (*news*). ¿Por qué llamarlas novedades? Porque era nuevas. Cuando eran viejas perdían valor. Los diarios están conectados con el tiempo, con algo parecido a la instantaneidad. Por eso en francés son *Journal* y en alemán *Zeitung* [y en español *diario*, acota el traductor en cita al pie]. Así, el contenido informacional no sólo no perdura sino que es constantemente nuevo. A decir verdad, el contenido es *tan* nuevo que no hay tiempo para la re-presentación, como en el cine, la novela o el teatro” (Lash, 2005, p. 131).

¹²⁸Lo que también Luhmann sugiere, en cita al pie, recuperando la advertencia de E.T.A. Hoffmann: “*leer, pienso yo, tiene de desagradable que uno en cierta manera se ve obligado a pensar en lo que está leyendo*” (Cfr. Luhmann, 2007, p. 894).

y extienden el tiempo. (...) Los medios informacionales [electrónicos], por su lado, actúan a gran distancia. Y lo hacen gracias a la conmutación de la distancia. Pero trabajan en una inmediatez temporal. Actúan a través de grandes distancias pero sin tardar prácticamente nada. Esa es la gran paradoja de los medios informacionales. A la vez que mediatizan grandes distancias espaciales, son tan inmediatos que no dejan tiempo para una mediación significativa” (Lash, 2005, p. 134). Lash pone de manifiesto la *indeterminación* de la comunicación de masas, basada en la peculiaridad de la manera en que se *da-a-conocer*.

Al difundirse de modo tan elocuente e instantáneo, caracterizado, además, por la rápida sucesión de las informaciones, la comunicación requiere de los receptores esfuerzos de comprensión que no pueden realizarse en los tiempos de los *mass media*. En alguna medida, esto funciona también estratégicamente, como modo de asegurar la aceptación sobre la base de las propias estandarizaciones producidas. Por lo demás, buena parte de estas estandarizaciones se conjugan con la ampliación de la disponibilidad a través de procesos de personalización y de *mass customization*: se reflejan, de este modo, las relaciones ambivalentes, propias del sistema de comunicación de masas, entre generalización e individuación¹²⁹.

El conjunto de formas simbólicas, estandarizaciones, esquemas y producciones comunicativas de los medios de masas “circulan en un ‘dominio público’, es decir, están a disposición de todo aquel que posea los medios técnicos, las habilidades y los recursos para adquirirlos. Aunque la naturaleza y el tamaño de este campo público pueden ser en principio ilimitados, en la práctica siempre están restringidos por las

¹²⁹Cfr. Esposito, 2001, pp. 188 y ss.

condiciones socio-históricas de la producción, la transmisión y la recepción” (Thompson, 2002, p. 323). Sin embargo, el criterio de accesibilidad es insuficiente para describir la operación comunicativa de los medios de masas, dado que remite —como en la definición de Thompson— al espacio, la acción y, estrechamente vinculadas con ellos, las capacidades.

Es imperativo notar que dicha insuficiencia se supera si se pasa de considerar la acción a explorar la observación. De este modo, lo público describe un lado inaccesible del sistema medios de comunicación de masas y esto se hace patente en la crucial ruptura entre la producción y la recepción de la comunicación. Lo «público» es “el entorno interno de la sociedad de todos los subsistemas sociales. Por consiguiente, el entorno interno de todas las interacciones y de todas las organizaciones; de los sistemas funcionales y de los movimientos sociales” (Luhmann, 2000b, p. 148). En este sentido, es preciso entender que la circulación pública de la comunicación masiva es, siempre, circulación en el entorno, no controlada por el sistema. Así, la comunicación masiva no produce lo público, apenas lo representa y no puede operar directamente sobre las condiciones de recepción¹³⁰.

En resumen, la «comunicación de masas» construye la realidad en forma doble —respecto de sus propias operaciones comunicacionales y respecto del contenido por el que describe al mundo— y, en

¹³⁰Esta representación de lo público “garantiza un continuo acontecer de transparencia y de intransparencia; a saber, conocimientos temáticos en la forma de objetos concretos y la incertidumbre de cómo y quién reaccionará ante ellos” (Luhmann, 2000b, p. 151). Ya se ha denotado que el sistema de medios de comunicación de masas activa toda una serie de operaciones para reducir la incertidumbre y el riesgo que representa su imposibilidad de contener o manipular el proceso de recepción —y esto, como conjetura radical de la teoría de sistemas y en contra de los presupuestos de gran parte de las teorías sobre los medios—.

esa construcción, establece una dinámica recursiva con sus propios efectos, reintroduciéndolos como criterios para futuras selecciones y difusiones de información. Los medios de masas constituyen así una realidad que es en sí misma una observación de observaciones, controlando —aunque débilmente— la realización autopoiética de la comunicación a partir de la construcción de esquemas y estandarizaciones que tiendan a reprimir la improbabilidad de la comprensión. Se constituye como un sistema autónomo y diferenciado, acuciado, como todo otro, por la indeterminación comunicativa fruto de la escisión de espacio y tiempo con la que redescrive al proceso comunicativo —separando definitivamente *información* y *darla-a-conocer* del acto de *comprender*—. La escisión deja sin control operativo el momento de realización de la comunicación, merced tanto a la ruptura de la co-presencia como a la disponibilidad ampliada de los eventos comunicativos que implica, centralmente, su circulación por un entorno que, como tal, es inaccesible a las operaciones de los medios de masas.



¿En qué reside la diferencia de la comunicación digital o virtual? ¿Cuáles de estos supuestos operativos se redesciben o asumen formas evolutivas diferenciales? ¿Conforma la comunicación mediada por las «interfaces artefactuales» contemporáneas un sistema autopoiético? Y si lo es, ¿cuál es su operación distintiva? Y si no, ¿en qué forma trastoca o redefine la operación de otros sistemas? Un largo etcétera de preguntas podría listarse siguiendo este hilo. La mayor parte de estos interrogantes sólo pueden obtener respuestas aproximadas, tímidos acercamientos y, en buena medida, tanteos a ciegas. Los procesos abiertos son lo suficientemente recientes como para que su obser-

vación deba considerar, antes que nada, su posible carácter transicional. Presentan, además, dinámicas de cambio y alteración, lo que no permite asegurar que los modos y operaciones comunicacionales que ahora se observan puedan recuperarse o repetirse en el futuro. Las certezas provisionales que se obtienen al revisar y observar la «comunicación digital» provienen, nobleza obliga aceptarlo, de las tramas de continuidad y ruptura que puedan trazarse entre ella y las formas conocidas (anteriores) de comunicación. Es irritando —desde las transformaciones que se puedan avizorar— lo antes acaecido, conocido y explorado que puede aferrarse y traducirse la especificidad de estas *nuevas* operaciones comunicativas.

Aunque refiera a ellas como *nuevas*, en este estudio he renunciado explícitamente a la pretensión de capturar la novedad en el sentido trivial del término; aunque, va de suyo, no en el sentido de novedad = información, dado que esto es presupuesto para la observación del tiempo, un elemento crucial para significar los alcances de la comunicación digital. Según Luhmann, “novedad (o información) es aquel momento que permite en absoluto distinguir futuro de pasado y que permite —con ayuda de esta distinción— observar el tiempo” (2007, p. 797). La cándida contemplación y el aprecio de la *novedad* implican un cambio de experiencia, operacional y expresivo, que se inserta como un punto de inflexión en el proceso histórico del que emerge la diferenciación funcional de la sociedad: lo nuevo puede ser datado sin esfuerzo («acomodarse en el tiempo») y, a la vez, se desliga de toda procedencia de un *antes*¹³¹. La novedad se impone en la observación y la descripción del sistema sociedad, en parte, por su capacidad para generar irritaciones (estimulaciones) que permi-

¹³¹Cfr. Luhmann, 2007, p. 793.

ten la continuidad de la comunicación (quizá, su misma existencia). Pero como tal, el aprecio de la novedad, una actitud específicamente moderna, implica cambios en la semántica de la descripción social del tiempo donde ahora “hay que entreverar constantemente innovaciones y rupturas incisivas entre pasado y futuro, entonces el tiempo tiene que ampliarse a un esquema que sea compatible con las inconsistencias” (Luhmann, 2007, p. 803).

Toda operación que se data en el *presente* cumple así una doble función: de una parte, el presente es el punto de encuentro entre pasado y futuro, por lo que constituye una entrada del tiempo en el tiempo. De otra parte, el presente es un punto donde “todo lo que sucede, sucede simultáneamente. El tiempo se concibe como simultáneo y como secuencia, a la vez, sin que la sociedad ‘tenga’ tiempo de buscar una solución lógica a esta paradoja” (Luhmann, 2007, p. 805). Sin dificultad, puede advertirse cómo estas operaciones del presente se desarrollan casi al paroxismo en el marco de la comunicación de masas: allí la comunicación se actualiza y se continúa casi sin lapso para ser reflexionada; se la considera en forma secuencial —los contenidos de las informaciones se refieren mutuamente hacia atrás y hacia delante, para garantizar la función de las estandarizaciones—, pero es en la inmediatez simultánea donde reside su capacidad de sorpresa e irritación.

El tratamiento del tiempo y de la novedad implica un punto de diferenciación entre la comunicación masiva y la comunicación digital, aunque en ambas —y en forma constante e incremental desde la introducción de la escritura— la temporalidad se especifica en su vínculo con el tratamiento de otro aspecto crítico: el espacio. La particularidad de ese enlace está dada, paradójicamente, por la desconexión espacio-temporal del proceso comunicativo. Como se ha vis-

to, esta bifurcación del espacio y el tiempo admite formas diferentes según el tipo técnico de la mediación: en la escritura, y, en especial, en lo impreso, ambos están diferidos, tanto para el productor/emisor como para el receptor. En los medios electrónicos de comunicación masiva, la «simultaneidad desespacializada» muestra cómo se difiere el espacio y se contrae el tiempo. En la comunicación digital asistimos a la reintroducción de la coincidencia espacio-temporal. Como se explorará más adelante, la comunicación digital admite, al menos, dos significados para la interacción: la interacción entre el individuo y la máquina y la interacción entre individuos, mediada por la «interfaz artefactual». Esta dualidad permite y, a la vez, complejiza la reaparición de la simultaneidad: con esta advertencia se puede, no obstante, continuar aquí una caracterización general de la cuestión.

En la comunicación digital hay una espacialidad específica y original: lo virtual es en sí mismo un escenario —quizá denote, como ningún otro espacio social, la raigambre dramática de la idea de escenario, con sus regiones anteriores y posteriores, con su proscenio y su platea—. Implica, además, como se explicitará al abordar la condición de la computadora como «interfaz artefactual»¹³², una actualización específica de la relación entre *superficie* y *profundidad*, entre *lo visible* y *lo invisible*: el sujeto opera la comunicación sobre una superficie, que es puerta de entrada para un procesamiento y una devolución de la información que se realizan en lo profundo e inaccesible de la máquina que procesa y computa¹³³.

¹³² Ver *infra*, en este mismo capítulo, la sección *La operación interactiva de las interfaces artefactuales*.

¹³³ Luhmann explora la relación entre superficie y profundidad como distinción básica de las prácticas adivinatorias (*cf.* 2007, pp. 180 y ss.). Hay un trasfondo incognoscible e impenetrable (profundo) al que sólo puede accederse interpretando los signos externos

La pantalla, espacio de despliegue donde se opera la comunicación, es el escenario común de los interlocutores mediados por las «interfaces artefactuales». Es allí donde tiene lugar y se realiza la *ilusión de instantaneidad*. Si la «simultaneidad desespacializada» de los medios de masas creaba una percepción del «ahora» no atada al tiempo y un ámbito desligado del espacio que se nomina «global», la comunicación digital re-localiza la desespacialización mediante la noción de *ubicuidad* y recrea el tiempo de modos imprevistos¹³⁴. Redescubriendo la diferencia espacio-temporal, deconstruye también la ruptura entre producción y recepción: no sólo porque la respuesta ahora puede ser inmediata, sino también porque el receptor funge en productor. Las «interfaces artefactuales» contemporáneas, y las computadoras en especial, no son máquinas triviales. Por ellas

(superficiales). Y esto es significativo dado que se verifica un “estrecho nexo entre adivinación y escritura [que] se debe a que no se distingue entre la esencia de las cosas y la grafía, ya que ésta se considera la forma de la esencia. Esto pudo sostenerse mientras no fue una escritura puramente fonética. Tanto los signos adivinatorios como la escritura (y hasta las tempranas formas ornamentales del arte) sirven para considerar las líneas visibles como signos de algo invisible” (Luhmann, 2007, p. 183). Por lo demás, Esposito explicita, breve pero esclarecedoramente, la distinción superficie/profundidad para dar cuenta de las operaciones específicas de la memoria adivinatoria (ver Esposito, 2001, pp. 42-47).

¹³⁴“El tiempo sólo existe a través de la mirada de temporalizaciones que crea su heterogeneidad fundamental. Lo que quiero afirmar sobre la descripción digital del tiempo es lo siguiente: (1) que comprende la artefactualización más minuciosa del retardo irreductible que es constitutivo del tiempo en nuestro mundo contemporáneo, lo que es igual a decir, que es también por ejemplo, en la totalidad de la historia hasta el momento presente; y (2) que, por esta razón —y a pesar del hecho de que difiere sólo en grado de todas las otras mediaciones del retardo (incluyendo el “verdadero” segundo del reloj de péndulo y la longuee durée de la inflación cósmica)—, debería tener un cierto privilegio tanto en la producción concreta de temporalizaciones contemporáneas como en la teorización acerca de qué es el tiempo y qué papel juega la técnica en su funcionamiento” (Hansen, 2009, p. 297) [Traducción propia del original en inglés].

mismas, permiten el procesamiento de la información; por su articulación en red, abren canales para su difusión ampliada. En los intersticios de los flujos de comunicación, una curiosa hibridez entre la complejidad cultural tecnológica y una recidiva artesanal¹³⁵ aumenta las fuentes de irritación de la comunicación, incorporando ahora al sujeto individual en la construcción mediada de la realidad social.

El trastocamiento del tiempo, aun en toda la dificultad que supone traducirlo teóricamente, es una operación conocida en los sistemas sociales. Toda adquisición evolutiva que opera un cambio (o una diferenciación) en las funciones sociales implica, *per se*, una re-descripción en la semántica del tiempo. Esto no significa que el sistema simplemente recurra a una memoria para procesar la transformación, pero sí que el observador de segundo orden —el que esto escribe, por caso— puede recurrir a esa experiencia para vislumbrar, al menos, las primeras aproximaciones o interpretaciones del cambio¹³⁶. Elena Esposito muestra esta *resistencia*, entendida como la remisión a metáforas previas para explicitar lo nuevo, al poner de relieve las interpretaciones primigenias —aunque hasta hoy repetidas— y algo banales sobre las funcionalidades o potencialidades de internet:

La difusión de Internet coincide, en paralelo, con la difusión de la metáfora de la red, o incluso la de una red de redes que toma

¹³⁵Cfr. Cafassi, 1998.

¹³⁶Podría achacarse lo mismo a gran parte de los propósitos de este trabajo. Sin embargo, aquí me sirvo de interpretaciones sobre operaciones anteriores en un sentido estricto, pero a la vez herético: retomo particularidades y características de, por caso, la interacción bajo otros modos de la comunicación, para expresar la forma inédita que asumen como efecto de una reintroducción. Reintroducidas, buscan el éxito de su operatividad siendo *las mismas*, pero *no ya idénticas*.

la forma sugerente de una retícula universal que contiene, en su interior, toda la información (*World Wide Web*). Pero como suele suceder, también en este ámbito las operaciones anteceden a la observación: la práctica concreta en el uso de la telemática crea una forma más abstracta de memoria que aquella que encontramos ahora como base de la interpretación. En las reflexiones sobre Internet no se radicaliza el modelo de red y continúa, más o menos implícitamente, considerándola una especie de súper-archivo: ‘una biblioteca maravillosa, pero de todos modos una biblioteca’, la realización plena del antiguo modelo de la biblioteca universal que contiene todos los libros y la escritura, donde el inventario coincide con la colección completa. El ‘*panmnemismo*’ de hoy continúa orientado a la prioridad del recuerdo, al modelo de una colección exhaustiva de la información, sin darse cuenta de que la disponibilidad (aunque hipotética) de toda la información deconstruye desde dentro la noción misma de información entendida como un bien, un valor acumulable de manera equivalente a una forma de riqueza (Esposito, 2001, p. 227)¹³⁷.

La cita deviene, también, en indicación temática: la comunicación digital se caracteriza por su organización en red, una idea que es pléthora de remisiones a la recursividad, a la difuminación de las jerarquías y a la condición de reciprocidad ampliada. Son incontables las aperturas que el modelo de la red provee para la comunicación —en un sentido estricto, para la intensificación de su improbabilidad— y, específicamente, para la interacción —en un sentido amplio, para la diversificación de su posibilidad—. En el orden de su reciprocidad

¹³⁷Traducción propia del original en italiano.

ampliada, puede considerarse la ya enunciada probabilidad de reunificación, claro que no absoluta, de las instancias de producción y recepción. Es oportuno advertir, con todo, que la distancia continuará siendo un nomenclador de esas interacciones: la comunicación mediada por las «interfaces artefactuales» contemporáneas es “intensa y de breve duración. Las comunicaciones rompen con la narración en beneficio de la brevedad del mensaje (...). Sus principios rectores son la intensidad, la brevedad y la ausencia de continuidad narrativa” (Lash, 2005, p. 342).

Explica Esposito: “La metáfora de la red asume una forma de coherencia independiente de un orden preestablecido, compatible con el aumento simultáneo de la integración y la descentralización. La reticularidad parece ser la imagen ideal de un modelo no-jerárquico que mantiene unido sus nodos sobre la base de la interconexión, en lugar de la dirección”¹³⁸ (2001, p. 225). No significa que no haya algún tipo de orden o que el mismo esté sujeto a la total aleatoriedad. Por el contrario, si bien los nodos de una red no se articulan en rededor de un centro, organizan su conexión de modo de excluir el azar para sus acoplamientos. Esta exclusión no depende de secuenciar las operaciones —otra vez: no hay dirección, sólo conexión—, sino de una suerte de atención recíproca entre las operaciones de cada nodo: mutualidad que hace que toda comunicación externa se internalice en cada nodo como estimulación y sólo las irritaciones significativas hallarán eco en la comunicación propia del nodo, es decir, dispararán nuevas comunicaciones. El modelo de red, entendido bajo el prisma cibernético, “tiende a sustituir la sedimentación del dato con la circu-

¹³⁸Traducción propia del original en italiano.

lación ininterrumpida de los procesos de elaboración, al cómputo por la conexión. El resultado es el pasaje de una centralidad de la información (el libro) a un ‘networked storage model’ —expresión paradójica para indicar un modo dinámico de conservación, un almacenamiento de pura potencialidad—” (*ibíd.*)¹³⁹.

La metáfora de la red, con sus posibilidades para la reintroducción de la inmediatez en la interacción mediada, permite reconsiderar la caracterización de la realidad construida por la comunicación, la cual, en los medios de masas, se revelaba doble: construcción de sus operaciones y construcción de su versado interpretativo del mundo. Su segunda condición será explorada más adelante, en particular como efecto de lo que se ha denominado «escritura secundaria». Para el interés inmediato, vale reconsiderar el estatus del sustrato maquinal o artefactual que condiciona la realización de sus operaciones. Propongo perseguir esta idea bajo la tesis de una reintroducción del aparato técnico en la comunicación, ahora ya no como externalidad posibilitante, sino como condición interna y participante: en esto ha de reconocerse una especificidad de las «interfaces artefactuales» contemporáneas consideradas como prótesis ampliativas.

Luhmann advierte en contrario de esta postura durante su tratamiento de los medios de comunicación de masas, donde excluye de la “operación comunicativa [a] las disposiciones técnicas (‘la materialidad de la comunicación’), [dejando] en un segundo plano su importancia, ya que estos aparatos técnicos no son los que participan en la comunicación; en cambio, incluimos el acto de recepción de la comunicación” (Luhmann, 2000b, p. 5). ¡Pero esto es exactamente inverso

¹³⁹Traducción propia del original en italiano.

en la comunicación digital! Y esta conjetura también abreva en propuestas luhmannianas: “en todas las operaciones *actuales*, la comunicación societal debe presuponer la técnica y debe poder contar con la técnica ya que no dispone de otras posibilidades en los horizontes de problemas de las operaciones” (Luhmann, 2007, p. 418). El arquetipo de la técnica *actual* es la computadora¹⁴⁰.

Disculparé al lector la profusa sucesión de citas textuales, pero es menester datar estas ideas en la obra de Luhmann para solidificar la perspectiva de sistemas que aquí se sostiene. Dice el autor alemán: “mientras por medio de la escritura se había logrado un desacoplamiento espacial (y por ello temporal) de los componentes de la comunicación (dar-a-conocer y comprender) —bajo el presupuesto riguroso de que en el plano objetual la información era la misma por más que se pudiera modificar después hermenéuticamente—, la computadora es capaz de incluir en el desacoplamiento también esa dimensión objetual del sentido de la comunicación. Lo que de ahí se pueda derivar está lejos de las especulaciones más atrevidas” (Luhmann, 2007, p. 240).

El supuesto tras esta insoslayable remisión a la técnica, tras buena parte de las especificidades que se han denotado para la comunicación

¹⁴⁰La aparición de la computadora ha cambiado el estatus de los problemas de la técnica, en especial, cuando ésta refiere a las máquinas. “El concepto de máquina del siglo XIX se orienta por el ahorro de energía y la ganancia del tiempo —está fundamentado sobre un esquema ampliado de la acción—. Descansa sobre la idea de cuerpo humano como energía del trabajo y la posibilidad de acelerar el transporte de cosas y de cuerpos. (...) La computadora (como se ha hecho evidente en el último tiempo) ha cambiado este concepto de manera fundamental. Ha trasladado la técnica de cuerpos y cosas hacia la de signos cuyo sentido es ofrecer acceso a otros signos [Nota al pie 200: Normalmente no se habla de signos sino de símbolos. En realidad ninguno de los dos conceptos cuadra cuando se mantienen los significados tradicionales. Lo cual también indica el alcance del cambio. *Tal vez habría que hablar de formas*]” (Luhmann, 2007, p. 418, el destacado en *itálica* es mío).

digital y, en especial, tras todo *atrevimiento especulativo* sobre las «interfaces artefactuales», es la «interactividad»,

la inserción en el *médium* de una máquina no trivial que produce cosas sorprendentes a partir de un *input* externo, es decir, del comportamiento de los usuarios. Al parecer, este comportamiento es procesado y registrado, lo que permite a la computadora responder de manera diferente en función de las situaciones, de una manera que depende de la historia, es decir, de las interacciones previas con el usuario. Desde este punto de vista, la interactividad con el equipo reproduce la percepción mutua y la percepción del contexto que caracteriza a la interacción entre presentes, y esto es lo que hace que el propio *input* (el usuario que elige una transmisión determinada o un cierto sitio en la red) se reelabore como una diferencia y no como algo idéntico a operaciones precedentes. Y la contradicción aparente entre el aspecto masivo (la comunicación de uno-a-muchos) y el aspecto individual (la comunicación uno-a-uno) se resuelve en la diferencia entre la red y la terminal, entre el *médium* (igual para todos) y la máquina no trivial (diferente para cada uno) (Esposito, 2001, p. 189)¹⁴¹.

Convergentemente, Rafaeli, quien ha trabajado intensamente sobre esta cuestión, afirma que “el trabajo sobre la interactividad puede ser visto como el agregado de un nuevo miembro en una familia extensa: la comunicación mediada-pero-no-masiva” (1988, p. 130)¹⁴². Dado que el grueso de la discusión sobre la noción de interactividad abrevia en los debates que al respecto se producen en el campo de la teoría de la comunicación, es necesario revisar, en clave de reconstrucción y estado

¹⁴¹Traducción propia del original en italiano.

¹⁴²Traducción propia del original en inglés.

del arte, los distintos posicionamientos que allí se verifican. Revisión con el objeto, nuevamente, de construir una versión de la categoría.

En la próxima sección acometeré esta tarea, para luego re-introducir sus resultados en la definición de la idea de «interfaz artefactual». Del mismo modo que al inicio, la atención reposará sobre su doble cualidad *qua* objeto, *qua* vínculo de conducción, aunque ahora recuperando dialécticamente las operaciones interaccionales que, merced a la «interactividad», se permiten, constriñen o provocan. Este recorrido debiera permitirme, hacia el final de este capítulo, dar cuenta de una primera versión de la noción de interacción, *pasando por el desvío*¹⁴³ de la interactividad.

2. De la interactividad y sus modos

La noción de «interactividad» es un concepto en disputa. La controversia gira en torno a su definición y composición teórica, tanto como a su alcance empírico. En especial en el campo de la teoría y de los estudios de la comunicación, ha suscitado un largo e intenso debate; pero también se recurre a ella en otras arenas disciplinares como la informática y el diseño (gráfico, multimedia, industrial, etcétera). La idea de «interactividad» es una categoría de encrucijada, que solapa perspectivas teóricas, referencias empíricas y campos disciplinares,

¹⁴³La cifra recuerda una frase de Ricœur, retomada también por Geertz (1989, pp. 101 y ss.) para afirmar que toda etnografía es “la descripción del yo pasando por el desvío del otro”. Se interpreta, así, que el texto resultante de la indagación es en sí mismo la experiencia del desenlace de un experimento de participación. Toda descripción se entiende como el ejercicio de precisar un esquema de interpretación de la propia experiencia como experiencia del otro. *Mutatis mutandis*, abrevando en ese particular significado, la frase es especialmente fructífera para ilustrar tanto el esfuerzo interpretativo de vincular interacción e interactividad, como el vínculo teórico que se establece entre ambas nociones.

lo que se evidencia en las múltiples respuestas a un interrogante inicial: el que inquiere acerca del lugar donde reside o se despliega la «interactividad». Aquí no trataré de dar cuenta de una posible resolución del problema conceptual que arrastra la noción, ni intentaré zanjar la pregunta por su *locus*, algo que extravía la potencialidad heurística de la noción en el derrotero de una voluta sin fin. Con recato, sólo haré énfasis en reconstruir los lineamientos generales de los debates en el campo de la comunicación, para capturar allí peculiaridades e indicios que permitan narrar las formas en que la «interactividad» participa en la comunicación y en el juego interaccional mediado por las «interfaces artefactuales» de la comunicación digital.

Afirma Bucy (2004a), al presentar uno de los tantos debates sobre el punto que pueblan las páginas de las revistas especializadas: “El estudio de la interactividad está en transición. Durante la última década, una comprensión intuitiva o una visión a-teórica del concepto ha dado paso a modelos contrastables e interpretaciones elaboradas. Luego de una fase donde la preocupación se centraba en los problemas de la definición del concepto y sus tipologías descriptivas, la investigación sobre los medios de comunicación interactivos y los procesos interactivos ha tomado un carácter más sistemático y acumulativo” (p. 371)¹⁴⁴. Un acuerdo general radica en el hecho de vincularla, por un lado, con las tecnologías de la información y la comunicación contemporáneas, esto es, digitales; por otro, de señalar con ella la existencia de, al menos, un grado de reciprocidad entre los participantes de la comunicación mediada (*two-way communication*) y la idea, más difusa, del papel activo del receptor. Esto último evidencia cierta dependen-

¹⁴⁴Traducción propia del original en inglés.

cia con los regímenes comunicacionales previos, en el sentido de que la «interactividad» se define por su diferencia comparativa y no por las operaciones que crea, permite o actualiza por sí misma¹⁴⁵. Como sea, “el dilema es que, si bien esos principios básicos son aceptados con frecuencia, los componentes y características que conforman las diversas definiciones pueden dar lugar a grandes diferencias en la producción académica” (Kiouisis, 2002, p. 357)¹⁴⁶.

La exploración de esas diferencias¹⁴⁷ en la definición de la noción pueden organizarse mediante una triple distinción en lo que propongo denominar *modos* de la «interactividad»¹⁴⁸, a saber: (i) el modo de la interactividad como propiedad de los artefactos técnicos; (ii) el modo de la interactividad como organización de la relacionalidad comunicacional, en dos variantes: entre el individuo (usuario) y el artefacto, y entre individuos (uno a uno, uno a muchos, o muchos a muchos); y (iii) el modo de la interactividad como experiencia subjetiva, especialmente ligada a la percepción y la actividad del individuo (usuario).

¹⁴⁵Así, para aumentar la bruma que rodea al concepto, Silverstone desestimará buena parte de su especificidad, al declarar: “las características supuestamente distintivas de los nuevos medios (...) no son nuevas en absoluto. La comunicación cara a cara es simultánea e interactiva y no necesita un mouse” (1999, p. 11) [Traducción propia del original en inglés].

¹⁴⁶Traducción propia del original en inglés.

¹⁴⁷En realidad, en buena parte me serviré aquí de estudios que intentan organizar críticamente esas diferencias, en la búsqueda de esclarecimiento conceptual y de la formulación de programas de investigación (en particular, ver Kiouisis, 2002, y Richards, 2006). De algún modo, y parafraseando una cita central de la teoría de sistemas de Luhmann, se trata de una *exploración de las exploraciones* de las diferencias.

¹⁴⁸La tríada, en parte, surge de reformular y reconstruir las distinciones interpretativas que realizan varios investigadores en sus análisis de la historia del concepto. Ver, entre otros, Kiouisis (2002), Richards (2006), Bucy (2004b) y Stromer-Galley (2004).

Antes de dar cuenta de cada uno y sus implicancias, ilustraré concisamente en qué sentido se utiliza aquí la idea de *modo*, para lo que recuperaré, de manera suficientemente flexible, algunos aspectos del llamado «análisis semiótico multimodal» (Kress y van Leeuwen, 2001; Kress, 2005; Kress, 2009).

Considerando que el proceso de semiosis refiere a la creación de signos y que, en su incesante devenir, “importa *qué modo* y, en consecuencia, qué materialidad se utiliza para ‘fijar’ los significados” (Kress, 2005, p. 61)¹⁴⁹, esta corriente de la lingüística hace énfasis en el papel significativo que los medios comunicativos contemporáneos juegan en la relación entre habla, lectura y escritura. Según Kress, los textos son “resultado de la acción social, del trabajo: es trabajo con recursos representacionales que realizan cuestiones sociales” (Kress, 2005, p. 67), y tienen un lugar de aparición: se materializan en un contexto con ordenaciones y regularidades propias, que revierten su efecto sobre los textos¹⁵⁰.

Modo es, precisamente, la denominación del “recurso cultural y socialmente configurado para la representación y la comunicación. Tiene aspectos materiales y lleva en todas partes el sello del pasado trabajo cultural y, entre otras cosas, el sello de las regularidades de organización” (Kress, 2005, p. 62). La materialidad de los *modos* implica la distinción del espacio y del tiempo: hay modos basados en el tiempo donde la lógica de la sucesión temporal prevalece (la oratoria, la gestualidad, la música) y otros en el espacio donde la estructura ló-

¹⁴⁹El énfasis en *italica* es mío.

¹⁵⁰“La pantalla es actualmente el lugar dominante de aparición del texto, pero la pantalla es un lugar que está organizado por la lógica de la imagen” (Kress, 2005, p. 67).

gica está dada por la distribución espacial y la simultaneidad (la fotografía, la escultura, el paisajismo). Pero hay también modos ambiguos, como la escritura, el video o el multimedia: “las lógicas ambiguas son, por encima de todo, una característica de los textos multimodales, es decir, de textos compuestos por elementos de modos que se basan en lógicas diferentes” (Kress, 2005, p. 64). Los modos de la interactividad son, *per se*, ambiguos, pero además deconstruyen esta misma distinción y entrañan, de manera preponderante, su condición de recurso cultural, sea que refieran a la tecnología, a las relaciones entre ésta y el sujeto o a la experiencia misma del sujeto.

El modo de la interactividad como propiedad de los artefactos técnicos implica considerar a la interactividad como un concepto fijo, asociado a una determinada tecnología de la información o modalidad comunicativa. Puede advertirse que los investigadores que la consideran de esta manera tienden a ser menos¹⁵¹, aunque ni la permanencia subyacente de esta posición en otros enfoques ni las contribuciones seminales que este camino de indagación ha legado deben pasarse por alto.

Bajo esta *modalización*, la «interactividad» puede asumir varias definiciones. En principio, se la define como un rango o medida de la posibilidad que tienen los usuarios para participar en la transformación, en tiempo real, de un entorno de mediación técnica de la comunicación. Dicha transformación puede darse o bien sobre el contenido, o bien sobre la forma, o bien sobre ambas¹⁵². Tres variables son significativas aquí: la velocidad de respuesta, el alcance permitido para la transformación y la capacidad de emitir alternativas a las comunica-

¹⁵¹Tal como resalta Bucy (2004a).

¹⁵²Cfr. Steuer (1992), Kiousis (2002).

ciones del medio. Las tres se entienden como escalas métricas, en tanto consignan esquemas de mayor o menor «interactividad» respecto del control final del usuario.

Complementariamente, también se describe la «interactividad» como la capacidad potencial de un medio para permitir al usuario incidir sobre el contexto y la forma de la comunicación. En este sentido, la «interactividad» es, a la vez, condición de posibilidad y resultante de un juego doble entre la producción de contenidos y el control de su difusión. Los jugadores de ese juego son los usuarios, entendidos preponderantemente como consumidores de contenido, y los centros proveedores de contenido. Aquí, lo relevante es que al sumar la «interactividad» entre sus propiedades, el medio cede parte de su control sobre la producción y la difusión de los contenidos y, consecuentemente, sobre la determinación de la forma y del contexto espacio-temporal donde acaece la comunicación¹⁵³. Las variables a las que atiende esta definición son: (1) la *transmisión*, donde la producción y la difusión de contenidos parten del centro proveedor; (2) la *conversación*, donde ambos aspectos están en manos de los usuarios; (3) la *consulta*, donde la producción es facultad del centro proveedor, pero el contexto de distribución es determinado por el usuario a partir de su requisitoria; y (4) el *registro*, donde, a partir de información generada por los usuarios —sus datos personales, sus preferencias, etcétera—, los centros proveedores proceden a registrar y organizar la información para fines diversos (Jensen, 1998).

La vinculación de estos cuatro aspectos y los grados con que cada uno de ellos participa en la articulación de un medio ofrecen una medi-

¹⁵³Cfr. Jensen (1998).

da de la «interactividad»: desde la casi nula interactividad de la transmisión, hasta la completa de la conversación. Es clara la inspiración de esta caracterización en una diferenciación respecto de la comunicación masiva, dado que en todos los casos las posibilidades del usuario para crear o controlar la transmisión son a efectos de las actividades que permite el medio a través de sus disposiciones técnicas¹⁵⁴. Por lo demás, la «interactividad» no interviene ni en el contenido mismo ni el contexto, sino que sólo los hace a éstos más maleables e interpelables.

Considerada como una propiedad del artefacto, la «interactividad» se concibe como incrustada en la tecnología, lo cual dificulta diferenciar entre ella y el propio medio técnico. Así, el énfasis reposa sobre el *diseño* de la interfaz, en aras de comprobar tanto la utilidad como la elegancia de la disposición de las opciones de activación que ofrece al usuario: “amigable” (*friendly*), “usable” (*usability*), “transparente” (*transparency*) e, incluso, “operativo”, son los nombres de las características deseables del medio interactivo. Así, “las interfaces bien proyectadas son *fáciles de usar porque contienen indicios visibles de su funcionamiento que simplifican el reconocimiento por parte del usuario*. Los dispositivos mal proyectados pueden ser difíciles de usar y frustrantes: no ofrecen indicios, o los ofrecen equivocados” (Scolari, 2004, p. 128).

Paradojalmente, la puesta a prueba de la eficacia del diseño recae, en gran medida, en estudios y evaluaciones centrados en los reportes de los usuarios. Antes que una valoración de las propiedades en sí

¹⁵⁴Richards (2002, p. 533) reseña la propuesta de McMillan en rededor de una idea similar y con una tipología cuádruple para ejemplificar las relaciones entre usuario y medio: monólogo, retroalimentación, diálogo receptivo y discurso mutuo.

mismas, lo que efectivamente se explora es la percepción subjetiva de los usuarios, que depara, para el caso, una tensión entre la valoración universal o contextual de esos resultados¹⁵⁵. Esta ambivalencia en el análisis responde a la ambigüedad misma de la noción: la «interactividad» se realiza en la activación de las contingencias comunicativas de las «interfaces artefactuales», pero tal activación se hace posible porque esas opciones se materializan (y *virtualizan*): “el aspecto exterior de un objeto —su superficie, su forma, la textura de los materiales con los cuales fue construido, sus dimensiones— nos está diciendo que podemos utilizarlo para un fin determinado (excluyendo, al mismo tiempo, otros posibles usos)” (Scolari, 2004, p. 136).

Es así que la cuestión del diseño y la objetivación —insisto, no exclusivamente material¹⁵⁶— de la «interactividad», es decir, su condi-

¹⁵⁵Como señala Sundar, “las mediciones basadas en la percepción subjetiva de los usuarios hacen hincapié en la ‘experiencia de interactividad’ y están determinadas por las aptitudes básicas de aquéllos para la interactividad. Por lo tanto, la correlación entre la percepción subjetiva de interactividad y otras variables informadas por el usuario es un reflejo de los sujetos que componen la muestra, en lugar de las tecnologías que se les pide a evaluar. Es simplemente una profecía autocumplida. Si estoy lo suficientemente capacitado para utilizar hábilmente una interfaz dada, la califico como muy interactiva. Si no lo estoy, la califico en forma negativa. Como resultado, un sistema de realidad virtual de alta gama que requiere habilidades avanzadas es, probablemente, calificado como menos interactivo que aplicaciones de uso cotidiano como el correo electrónico. En efecto, la interactividad percibida es probablemente confundida con la percepción de la usabilidad del sistema” (Sundar, 2004, p. 386) [Traducción propia del original en inglés].

¹⁵⁶Por lo demás, en el diseño de las pantallas interactivas, asistimos, como nota Scolari (2004), tanto al diseño de dispositivos interactivos por analogía o metáfora con el mundo *real* (el *escritorio* de las interfaces gráficas de las computadoras, o el *cesto*, que simboliza una *papelera de reciclaje* creada para que el usuario se deshaga de algo que ni es de papel ni se recicla), como a “la creación de mecanismos autónomos que no le deben nada a los objetos del mundo material. El *roll-over* —el cambio de estado de un elemento

ción tecnológica, se torna central, incluso cuando (y porque) remite de manera incesante a aspectos procesuales o vinculados a la reciprocidad y la percepción de los usuarios. Como nota Sundar (2004), el mayor poder heurístico de la noción, cuando se la entiende como una propiedad técnica, se alcanza cuando se evalúan sus efectos cognitivos, comportamentales y cognitivos.

Según Kiouisis, “la condición tecnológica se propone como más estable que los otros tipos de interactividad porque las características del medio tecnológico son, en general, consistentes hasta que se produce una innovación en el sistema. Por el contrario, el contexto y los niveles de percepción subjetiva de la interactividad fluctúan más debido a que están conformados, respectivamente, por el contenido de la comunicación y las percepciones de los participantes” (Kiouisis, 2002, p. 377)¹⁵⁷. El contexto y la percepción configuran, como se ha dispuesto, otros modos de la «interactividad». Una iniciática consigna de Rafaeli parece ser la semilla de su exploración por los investigadores de la comunicación: en 1988, este autor estipulaba cuatro premisas para el estudio de la «interactividad», “[1] no toda la comunicación es interactiva (...); [2] la interactividad no es una característica del medio (...); [3] la interactividad potencial es una propiedad de la situación o del entorno (...); [4] se distingue entre interactividad y retroalimentación (*feedback*)” (Rafaeli, 1988, pp. 119-120)¹⁵⁸. Bajo estos supuestos emergen los enfoques que

cuando se lo sobrevuela con el cursor— constituye un caso excepcional de *affordance* que indica al usuario que un botón, palabra o fragmento de imagen ‘está vivo’ y por lo tanto puede ser activado” (Scolari, 2004, p. 138).

¹⁵⁷Traducción propia del original en inglés.

¹⁵⁸Traducción propia del original en inglés.

consideran que la propiedad interactiva no se data en el medio tecnológico, sino en aspectos experienciales y relacionales.

Bajo el *modo de organización de la relacionalidad comunicacional*, la «interactividad» aparece como un aumento progresivo del control del proceso comunicacional por parte de sus participantes. Como se expuso, en buena parte esto se desprende de las actividades que permite realizar el dispositivo medial sobre el contenido, el contexto y la distribución de la información; pero también deben considerarse las posibilidades de retroalimentación y mutualidad en el discurso, toda vez que estas operaciones permiten completar y, en la perspectiva cibernética, *realizar* la comunicación dando a conocer el resultado de su comprensión. En este sentido, como afirman Rafaeli y Sudweeks, “la interactividad es la condición de comunicación en la que se producen intercambios simultáneos y continuos, y estos intercambios tienen un carácter social, una fuerza vinculante” (2006, s/n)¹⁵⁹.

En la literatura se distinguen dos caminos para indagar la relacionalidad comunicativa en la que la «interactividad» toma parte: por un lado, la interacción y la comunicación que ocurren entre personas, mediadas por las «interfaces artefactuales». Los estudios se agrupan tras el acrónimo CMC (del inglés, *computer mediated communication*¹⁶⁰). Por otro lado, se hace foco en los intercambios entre el individuo (usuario) y el artefacto técnico, ya sea la computadora, los programas informáticos o la red que articula a artefactos, programas y contenidos. Otro acrónimo sirve para etiquetar el campo de indagación: HCI (del inglés,

¹⁵⁹Traducción propia del original en inglés.

¹⁶⁰Comunicación mediada por computadoras.

*human-computer interaction*¹⁶¹). La «interactividad» tiende a ser vista, en el primer caso, como un proceso y, en el segundo, como un producto:

La interacción que se produce entre dos o más personas que se comunican unas con otras, en la cual y de manera contingente los mensajes posteriores consisten en respuestas a mensajes anteriores, puede ser descrita como un proceso de comunicación. La interactividad-como-producto tiene lugar cuando un conjunto de características tecnológicas permite a los usuarios interactuar por sí mismos con la interfaz o el sistema —por ejemplo, el envío de una orden en un programa informático para provocar una respuesta deseada o hacer clic en un hipervínculo para ingresar en una página web— (Stromer-Galley, 2004, p. 391)¹⁶².

La *interactividad-como-proceso* es heredera de las formulaciones de Rafaeli, con su énfasis en las posibilidades recursivas y de recíproca simetría que habilitan las «interfaces artefactuales» de la comunicación contemporánea. La *interactividad-como-producto* abreva en las fuentes de la cibernética de Wiener (1948), dado el hincapié que éste hace en la condición de retroalimentación de las intervenciones como característica del vínculo comunicacional entre individuos y sus contextos.

La perspectiva *HCI* es particularmente dependiente, en su abordaje, de las consideraciones de la «interactividad» como propiedad del artefacto, en un doble sentido: por un lado, en tanto remite a un régimen instrumental de relación entre la persona y el artefacto, que consiste, básicamente, en la manipulación de objetos virtuales; por otro lado,

¹⁶¹Interacción computadora-humano.

¹⁶²Traducción propia del original en inglés.

toda vez que no puede dejar de considerar los procesos de diseño técnico y, en particular, la figura del *diseñador*. Dejaré planteada la primera cuestión para describirla con más atención en la próxima sección, dado que re-dirige la atención sobre el modo *superficial* de relación con la computadora sobre el que advierten Luhmann (2007) y Esposito (2001).

Respecto de la segunda, en efecto, si no se considera la función del diseño, es decir, de las decisiones constructivas que dan forma a una interfaz y que son tomadas como consecuencia de evaluar un extenso complejo de posibilidades para el dispositivo, la suerte analítica de la interacción entre usuario y ordenador queda librada solamente a las capacidades del primero¹⁶³. Cuando el diseñador es omitido como componente del dispositivo comunicacional se pierden de vista las restricciones y oportunidades que emergen de su operación creativa. Como nota Scolari, invisibilizar al diseñador es una “consecuencia indirecta del mito de la interfaz transparente que (...) tiende a ocultar el *artificio interactivo* tras la *naturalidad* (simulada) del proceso de interacción” (2004, p. 79). Por el contrario, cuando el diseñador es incluido la relación entre usuario y ordenador gana en riqueza, porque ya no se trata sólo del vínculo entre persona y máquina, sino de una suerte de diálogo entre dos estrategias, la del diseñador y la del usuario, ambas dirigidas a producir más comunicación¹⁶⁴.

¹⁶³Esto puede advertirse en una broma común entre los profesionales dedicados a la asistencia y el soporte de usuarios de tecnologías computacionales que refiere a que la principal causa de errores y problemas se debe a la *interface* que se encuentra entre el teclado y la silla. Así, los problemas son estigmatizados en la figura del usuario y su potencial *déficit procedimental*, y no en los posibles fallos de diseño representacional u operativo del artefacto técnico.

¹⁶⁴Sigo aquí una sugerencia de Scolari (2004, pp. 77 y ss.), quien, a su vez, rememora una idea de Umberto Eco acerca de los textos literarios como resultado de una cooperación

En el otro carril, la investigación en CMC es amplia y abarca múltiples temáticas. Aquí referiré sólo aquellos aspectos que retoman la idea de «interactividad» como una operación central de este proceso. Un elemento destacado que permite identificarla es la ocurrencia de lo que Rafaeli caracteriza como *dependencia de tercer orden* (*third-order dependency*). Buena parte de los debates que permiten la triple modalización de la «interactividad» que aquí se propone provienen del desglose y del contrapunto con una definición inicial, brindada por Rafaeli en los albores del tratamiento académico del tema¹⁶⁵: “la interactividad es una expresión de la medida en que, en una serie dada de intercambios comunicativos, cualquier transmisión (o mensaje) de tercer orden (o más tardío) se relaciona con el punto al que los intercambios anteriores se referían” (1988, p. 111)¹⁶⁶. Para este autor, la completa «interactividad» tiene lugar en el contexto de una comunicación mediada por medios técnicos y en la forma de una secuencia de mensajes de, al menos, tres intervenciones recursivas, donde cada nuevo mensaje incorpora referencias a intercambios

interpretativa entre la estrategia del autor y la estrategia del lector —en *Lector en fábula* (1993). Barcelona: Lumen, y en *Los límites de la interpretación* (1992). Barcelona: Lumen—: “el texto postula la cooperación del lector como condición de su actualización. Podemos mejorar esa formulación diciendo que un texto es un producto cuya suerte interpretativa debe formar parte de su propio mecanismo generativo: generar un texto significa aplicar una estrategia que incluye las previsiones de los movimientos del otro; como ocurre, por lo demás, en toda estrategia” (Eco, 1993, p. 79).

¹⁶⁵La resonancia de esta definición se hace patente en la continua remisión a ella, ya sea en forma de contrapunto, ya sea en forma de punto de inicio o de fuga, que puede verificarse recorriendo las producciones citadas en esta sección.

¹⁶⁶Traducción propia del original en inglés.

previos¹⁶⁷. La «interactividad» tiene para Rafaeli la misma condición de realización que la comunicación para Luhmann: no tiene existencia por la mera selección de una información y su puesta a consideración de otros, sino por lo que esos otros hacen —comprenderla, iterarla, re-describirla—.

La «interactividad» adopta, así, el despliegue de la *actividad*, es intercambio, pero, sobre todo, es *generación* de contenidos comunicativos (Richards, 2006, pp. 532-533) vinculados con un contexto. De esta manera se abre el campo del tercer *modo* de la «interactividad»: el de la *experiencia subjetiva, ligada a la percepción y la actividad del individuo (usuario)*. La actividad siempre está vinculada con un contexto¹⁶⁸ y, en este sentido, se advierte que “los contextos no son ni contenedores ni espacios empíricos creados situacionalmente. Los contextos son sistemas de actividad. Un sistema de actividad integra al sujeto, al objeto y los instrumentos (las herramientas materiales y también los signos y los símbolos) en un todo unificado” (Engeström, 2001, p. 82). La actividad es una manera de observar que opera con la diferencia entre lo activable y lo fuera de alcance, de modo que la *actividad* es la frontera

¹⁶⁷⁴⁴“Incorporación de referencias al contenido, la naturaleza, la forma, o simplemente la presencia de una referencia anterior” (Rafaeli, 1988, p. 119) [Traducción propia del original en inglés].

¹⁶⁸⁴⁴“...en el lenguaje corriente, el término ‘contexto’ se refiere a un sitio vacío, un contenedor en el que se colocan cosas. Es el ‘con’ que contiene al ‘texto’, el tazón que contiene la sopa. Por lo tanto, el contexto da forma al contorno de lo que contiene, surte efecto sólo en los bordes del fenómeno que analizamos. [Sin embargo,] detrás de las relaciones de cada momento entre las cosas, están las cosas mismas, y son éstas las que cuentan. La sopa no da forma al tazón, y el tazón ciertamente no altera la sustancia de la sopa. Texto y contexto, sopa y tazón (...), todos pueden ser separados y estudiados analíticamente sin dañar la complejidad de su situación. Un sentido estático del contexto produce un mundo estático” (McDermott, 2001, p. 306).

de esa forma¹⁶⁹. Lo activable es aquello que el usuario tiene a su alcance en la comunicación digital: otras comunicaciones, dispositivos técnicos, contextos de producción, aparición y recepción, etcétera.

Para proveer otra pista, la observación de la actividad puede ser entendida al modo en que Schütz define el «mundo de la vida»¹⁷⁰, como un ámbito acotado de sentido: “el mundo de nuestras ejecuciones, de los movimientos corporales, de los objetos que se manipulan y las cosas que se manejan, y de los hombres, constituye la realidad específica de la vida cotidiana” (Schütz, 1974a, p. 210). A partir de esta última afirmación, Schütz propone una distinción entre tres tipos de mundos¹⁷¹. El sujeto posee un *mundo al alcance*, el núcleo de la realidad inmediata, pero también dos mundos adyacentes, abiertos a su ejecutar potencial: el *mundo al alcance recuperable*, referido al pasado, y un *mundo al alcance asequible*, que en la formulación de Schütz implica anticipaciones del futuro, pero también “el mundo que no está ni ha estado nunca a mi alcance, pero que es asequible por idealización (...); el ejemplo más importante de esta segunda zona de potencialidad es el mundo al alcance de

¹⁶⁹Por un lado, las actividades como observaciones son organizaciones específicas espacio-temporales de los sistemas de interacción que operan interactivamente, esto es, mediados por «interfaces artefactuales». Para remitirlo a una forma conocida y explicitada por Luhmann, se trataría de organizaciones que operan de forma análoga a los *proyectos* para el sistema científico (cfr. Luhmann, 1996a, pp. 241 y ss.). Por otro, la distinción entre lo activable y lo fuera de alcance es, evidentemente, una redescrición del teorema de la selectividad forzosa, con su distinción entre relevante e indiferente (ver *supra*, pp. 4 y ss.).

¹⁷⁰Se trata sólo —y nada más— que de una pista, pero no es superfluo recordar aquí el escepticismo de Luhmann sobre la productividad de la noción de «mundo de la vida» (ver Luhmann, 1998, pp. 39 y ss.).

¹⁷¹Cfr. Schütz, 1974a, pp. 210-212.

mi semejante contemporáneo. Por ejemplo, su área manipulatoria no coincide con la mía, al menos de manera total” (Schütz, 1974a, p. 211).

Esta segunda zona de potencialidad reviste especial interés para el análisis de la «interactividad» como *actividad*: permite repensar los efectos de realidad de las relaciones mediadas artefactualmente. En algún sentido, si sumamos a la divergencia temporal en que se basa el argumento de Schütz la dispersión espacial que permiten los dispositivos técnicos de mediación, la idea de *mundo al alcance asequible* configura en buena medida lo que he llamado *virtualidad* o *entornos virtuales*. En efecto, la virtualidad funde espacios y tiempos que son específicos y disímiles en el mundo presencial. Y esa tarea de fundición, de recreación y de inversión es lo que magnifica las perplejidades que provoca como zona de sociabilidad específica. Como los sistemas de interacción y la comunicación en general no admiten compartimentos estancos, la virtualidad se vuelve sobre los mundos presenciales transformándolos, en una relación recíproca y dialéctica.

Un elemento que permite esta mutua transformación y, por lo tanto, redefinición de las fronteras con las que el sistema de actividad, y el sistema de interacción mismo, se auto-instituye, es la *telepresencia*. Bajo este neologismo se aglutinan diversas referencias a las maneras en que la mediación de las «interfaces artefactuales» de la comunicación digital reintroduce la presencia (la persona, su cara, su máscara) en la mediación comunicativa. En un sentido estricto, la telepresencia ha sido analizada como propiedad de los sistemas de realidad virtual (*virtual reality technology*)¹⁷², pero en un sentido amplio se puede aplicar a todos los entornos de la comunicación digital: al contribuir en la

¹⁷²Cfr. Steuer (1992), Schroeder (1996).

construcción de una interacción «sin costuras» (Sundar, 2004), sobre la base de un diseño apropiado y la facilidad de uso, la «interactividad» produce una *ilusión* —otra vez, en el sentido de una *viva complacencia* o una *presencia diáfana*— de co-presencia humana, de contraparte interaccional.

La *telepresencia* involucra no sólo elementos de exposición y puesta en común del *sí-mismo* (el *self* goffmaniano), sino también sus capacidades perceptivas; “aquí la interactividad es comprendida como una variable que puede residir en la mente del individuo” (Kioussis, 2002, p. 361)¹⁷³. Se trata de la percepción comunicacional de un sistema de conciencia, tal como Luhmann los ha relevado. Debiera advertirse, sin embargo, la especificidad de una experiencia que supone que el sistema de conciencia debe volver a considerar los presupuestos de la comunicación oral pero, ahora, para la comunicación mediada. Si en buena parte esos presupuestos, como se ha visto¹⁷⁴, nunca dejan de admitirse en la comunicación mediada por la escritura y, más aún, por los medios de masas, merced a la «interactividad» de la comunicación digital actualizan su capacidad operativa; en otras palabras, vuelven a utilizarse y a ser requeridos para el éxito del proceso comunicacional. Esto introduce más niveles de complejidad y de reflexividad en la comunicación, aumentando a un tiempo su improbabilidad y los recursos para conjurarla, dado que el dispositivo interactivo —en la forma del primer *modo* descripto— requiere de la comprensión del sentido y alcance de la utilización de sus recursos —segundo *modo*—, para resolver, realizar y continuar el proceso comunicativo relacional

¹⁷³Traducción propia del original en inglés.

¹⁷⁴Ver *supra* capítulo II.

—tercer *modo*—. Como argumenta Sundar, “Al solicitar la actividad del usuario, los dispositivos interactivos de la interfaz invitan al usuario a pensar acerca de su conducta comunicacional, particularmente sobre los cursos de acción que podría tomar o sobre las opciones para hacer uso de la pantalla” (2004, p. 388)¹⁷⁵.

Como se advirtió, los *modos* indican la organización de recursos abiertos a otras *modalizaciones* y, también, la existencia de vínculos traslapados entre ellas. En este sentido, es posible recuperar dos definiciones de la «interactividad» que, cada una con sus énfasis, vinculan las modalizaciones exploradas aquí y las sintetizan¹⁷⁶. Para Spiro Kioussis, la «interactividad» puede concebirse

como el grado en que una tecnología de la comunicación puede crear un ambiente mediado en el que los participantes pueden tanto comunicar (uno-a-uno, uno-a-muchos y muchos-a-muchos), sincrónica y asincrónicamente, como participar en intercambios recíprocos (dependencia de tercer-orden). Con respecto a los usuarios humanos, además, refiere a la capacidad de estos para percibir la experiencia como una simulación de la comunicación interpersonal y aumentar su conocimiento de la telepresencia (2002, p. 372)¹⁷⁷.

¹⁷⁵Traducción propia del original en inglés.

¹⁷⁶Es curioso que sus autores las entiendan a modo de contrapunto y debate, algo que o bien mi impericia no me ha permitido advertir, o bien el enfoque modal que he propuesto aquí permite reconstruir como descripciones recíprocas, sobre una cuestión necesariamente abierta.

¹⁷⁷Traducción propia del original en inglés.

Por su parte, para Russell Richards, la interactividad es un instalación contextualizadora que media entre entornos, contenidos y usuarios, permitiendo la generación de contenido adicional. Se trata de un proceso dinámico e interrelacionado. El/los modo/s de interactividad disponibles proveen contextos cualitativamente diferentes para los tipos de medioambiente, contenido y posiciones (en el sentido de Bourdieu) ocupadas por el usuario. Todos estos elementos y las motivaciones de los usuarios influyen en las formas de generación de contenidos (2006, p. 532)¹⁷⁸.

En los tiempos contemporáneos, toda tecnología de la comunicación que surge al influjo de la digitalización es evaluada o, directamente, caracterizada como interactiva¹⁷⁹; aunque también lo son las anteriores. Los medios de masas son caracterizados como de bajo rango en la interactividad, pero los medios permean a los medios y las posibilidades comunicativas y generativas han crecido en esos ambientes: desde la reconversión de la prensa escrita en *prensa on-line*, con los crecientes espacios para comentarios, notas e, incluso, sitios para la publicación de noticias (los *blog*) producidas directamente por los lectores, hasta el creciente palimpsesto de las pantallas televisivas, especialmente en los noticieros, con sus referencias y re-distribución de los contenidos de redes sociales u otras plataformas comunicativas en internet, y, asimismo, la solicitud de mensajes de texto de telefonía móvil que son retransmiti-

¹⁷⁸Traducción propia del original en inglés.

¹⁷⁹Un caso especial son los actuales lectores de libros digitales. En realidad, reproducen casi por completo las operaciones que permite el libro en su formato tradicional. ¿Es posible allí hablar de «interactividad»?

dos en la señal televisiva. Sin embargo, la «interactividad» aún continúa expresamente ligada a las «interfaces artefactuales» digitales: la computadora, los teléfonos celulares, las videoconferencias, el software en general, los videojuegos, la realidad virtual y, sobremanera, la red de redes.

En el capítulo II se advirtió, con Carlo Ginzburg, sobre el proceso de des-sensibilización —que implica, concomitantemente, una des-objetivación de la referencia material y una re-objetivación en una superficie material precisa— del texto escrito, mediante el impreso. Los medios de masas implicaron una primera inversión de ese proceso, aunque, como se demostró siguiendo a Walter Ong, todavía muy pendiente de la versión escrita del mundo. La «interactividad» que emerge de la mediación de las «interfaces artefactuales» contemporáneas profundiza esa inversión, reencuentra a la comunicación con referencias sensibles, tanto del mundo material como de un nuevo *mundo posible*, la virtualidad —con todo el riesgo inherente para la comunicación en esas dos remisiones—. Es hora de identificar qué operaciones de las «interfaces artefactuales» permiten este proceso y, en ese camino, describir qué tienen de interfaz y qué de artefacto.

3. La operación interactiva de las interfaces artefactuales

La idea de «interfaz artefactual» apunta a establecer el foco analítico en una versión específica de los objetos comunicacionales contemporáneos, dotándolos de un nombre y un apellido, es decir, de referencia y genealogía, pero también de originalidad y especificidad. El par compuesto de estas palabras no es evidente en sí mismo y su significado ha de ser provisto por una cadena de remisiones: de una parte, el artefacto es una clase de objeto y se actualiza para la comunicación en determi-

nadas dimensiones de su posibilidad; de otra, la interfaz es superficie y es extensión, en tanto como tal se especifica en las dimensiones de posibilidad del artefacto y se autonomiza con referencia a las vinculaciones que permite con el entorno, es decir, en tanto está abierta a la contingencia. Por esta apertura y porque las posibilidades del artefacto son, siempre, indeterminadas, la interfaz no depende —ni podría hacerlo— de su base material. En los desarrollos siguientes han de articularse los argumentos sobre los que se basan las proposiciones de este párrafo.

Se ha definido, retomando a Ferraris (2008), la existencia de objetos y cómo estos pueden ser advertidos de acuerdo con sus diversas manifestaciones (físicos, ideales, sociales) e, incluso, se ha especificado que aquellos que emergen en las superficies virtuales son reales en sí mismos. También se han previsto las propiedades de los artefactos técnicos, adoptando ideas de Stiegler (2003a, 2003b, 2004)¹⁸⁰. La interrogante que aún no se ha planteado —y cuya resolución se ha mantenido hasta ahora como un supuesto— es de qué manera un objeto asume la forma de un «artefacto», y, aún más, de un «artefacto técnico». En forma subyacente, la pregunta evidencia dos premisas: primero, que no todo objeto es un artefacto; segundo, que la especificidad técnica es una modalidad de los artefactos.

Afirma Luhmann: “Los artefactos técnicos son, por un lado, algo particularmente característico de la sociedad moderna pero, por otro, también adquisiciones que no pueden explicarse por sí mismas” (2007, p. 413). La sociología de los sistemas sociales entiende que el éxito de un artefacto técnico, considerado como una adqui-

¹⁸⁰El lector podrá reencontrarse con esos tratamientos y evaluar su acoplamiento con los que siguen, a partir de reconsiderar la primera sección del capítulo I.

sición evolutiva, no está vinculado con sus cualidades intrínsecas ni comparativas¹⁸¹, sino con su eficacia funcional sobre la base de una primera distinción: funciona/no funciona. “Pero lo esencial de la tecnología es la simplificación, o como dice Husserl, la ‘idealización’. Cualquiera que sea el término, la distinción decisiva es reducción/no reducción de la complejidad” (Luhmann, 1990d, p. 224)¹⁸². En este sentido, la explicación del éxito funcional de un artefacto técnico sólo puede hallarse en el involucramiento recíproco entre sociedad y técnica.

Siguiendo a Broncano (2009, pp. 49 y ss.), se puede afirmar que «nada puede ser un artefacto aisladamente», es decir, tanto sin humanos o sociedad como sin redes de artefactos. Los artefactos son duales, poseen una naturaleza físico-química, pero además portan sentido: operan capacidades que abren, constriñen u obstruyen posibilidades. La operación de esas capacidades tiene lugar en el acoplamiento del artefacto con otras instancias, en particular, los sistemas de conciencia y los sistemas sociales: es mediante ese acoplamiento que el artefacto realiza sus sentidos. Para acoplarse, los artefactos deben comunicar sus capacidades operativas y esto es, precisamente, lo que los distingue de otros objetos.

Apunta Lawler: “Un objeto es un artefacto cuando contiene unas propiedades que han sido intencionalmente producidas para causar en una persona cierta creencia sobre el objeto que las porta, la

¹⁸¹La innovación que supone la aparición de un nuevo artefacto no se convierte en una *adquisición evolutiva* debido a que posee mejores cualidades funcionales comparadas con las de otros existentes (al menos, no decisivamente), sino simplemente a que funciona.

¹⁸²Traducción propia del original en inglés.

creencia de que ese objeto fue intencionalmente producido para desempeñar una determinada función (o funciones). O dicho de otro modo, la creencia de que ese objeto es una herramienta” (2008, p. 11). Los artefactos son herramientas y no meramente instrumentos¹⁸³, dado que exigen al usuario consideraciones cognitivas, deliberativas o culturales acerca del objeto. Requieren, a su modo, una observación de segundo orden porque no es suficiente con advertir sus características inmediatas, sino también la producción de una semántica específica, de «creencias secundarias» sobre la propia historia del artefacto.

La diferencia entre un artefacto (herramienta) y un instrumento es comunicacional. Procede, de un lado, de la capacidad del usuario para «leer» el objeto ajustándose a sus disposiciones o alterando su funcionalidad de manera creativa; de otro, y fundamentalmente, de la eficiencia comunicativa del objeto, esto es, de que la intención con la cual ha sido diseñado el artefacto se *dé-a-conocer* y sea *comprendida*. De allí proviene, también, su cualidad *técnica*: lo es en tanto comunica su completitud como herramienta. Algo que permite evaluar su eficiencia funcional, ya sea para certificarla como para enmendar sus errores.

Las propiedades comunicacionales de los artefactos técnicos no se reducen solamente a la notificación (exitosa) de sus cualidades operativas, sino también atañen a su contribución al logro de la operación de la comunicación. Dado que permiten evadir la pregunta por las alternativas para llevar a cabo una función, a la que reducen

¹⁸³Un objeto es sólo un instrumento cuando es “considerado y usado en su condición de objeto sin haber sido intencionalmente modificado para satisfacer con mayor eficacia cierto fin” (Lawler, 2008, p. 11).

a la simple constatación de que la prescripta en el artificio funciona o no, los artefactos técnicos ahorran consensos¹⁸⁴. Y no sólo en eso reside su capacidad de parsimonia: también reducen esfuerzos de coordinación humana. Como sea, las invenciones técnicas son aprovechadas por la evolución para impulsar “el desarrollo de la sociedad en la dirección indicada por ellas. Que esto pueda implicar riesgos y que éstos puedan valorarse de manera distinta corresponde a una conciencia tardía (y algunos dirían, demasiado tardía), que sólo puede ofrecer remedios mediante técnicas adicionales” (Luhmann, 2007, p. 410).

A partir de estas consideraciones, es sencillo advertir el carácter artefactual de las computadoras, el objeto técnico prototípico de la comunicación contemporánea, no sólo porque han sido construidas y programadas con intencionalidades relevantes y porque comunican sus funcionalidades, sino porque, en especial, en tanto participan de la comunicación, permiten alcanzar una mejor y más rápida organización de la complejidad¹⁸⁵. Una especificidad de su particular configuración artefactual es, permítase la palabra, su *sobre-dualidad*: no sólo se constituye como artefacto técnico por presentar una forma física sensible y por establecerse como tal en una red de artefactos —una red *teórica* que la vincula con otros artefactos de la comunicación y una red *práctica* que la vincula con sí misma (con otras computadoras) en un ininterrumpido movimiento recursivo—, sino que también es en sí misma dos artefactos, uno de *superficie* y otro de *profundidad*. Uno de procesamiento, el otro de interacción.

¹⁸⁴Cfr. Luhmann, 2007, pp. 410 y ss.

¹⁸⁵Cfr. Luhmann, 2007, p. 322.

Señala Luhmann: “Hoy día se usan computadoras cuyas operaciones no son accesibles ni a la conciencia, ni a la comunicación; es decir, no son accesibles ni en la simultaneidad del tiempo ni en la reconstrucción (...). Son máquinas —dicho de una manera apretada— invisibles” (2007, p. 86). En este punto, el énfasis de Luhmann reposa más sobre lo que se ha indagado como *human-computer interaction* que sobre las implicancias de la interacción comunicacional mediada por computadoras. No va más allá, quizás porque el desarrollo de la comunicación digital al que asistió no le permitió acceder a *observaciones* valiosas o, incluso, a constituirse él mismo como un observador minucioso¹⁸⁶. Sus observaciones no dejan, sin embargo, de señalar un aspecto crucial: su sugerencia, como ya se ha señalado, es que la computadora cambia la relación entre los términos de la distinción superficie/profundidad, respecto de su forma tradicional en la religión o el arte¹⁸⁷. “La superficie es ahora la pantalla, con requerimientos excesivamente limitados a los sentidos humanos. En cambio, la profundidad es la máquina invisible misma capaz de reconstruirse de momento a momento

¹⁸⁶No dejó de advertir, sin embargo, los retos que significaba la comunicación mediada por computadoras (algo análogo a lo que se refirió como *computer-mediated-communication*) para la misma comunicación y, por ende, de señalar, cada vez que rondó el tema, algo análogo a lo que sigue: “no es posible actualmente tener una idea clara de las consecuencias que esto traerá a la futura evolución del sistema sociedad. De cualquier manera, toda teoría de la sociedad debería reservar para ello un lugar de indeterminación” (Luhmann, 2007, p. 87).

¹⁸⁷Como señala Esposito: “De una actitud típica de la modernidad se desprende también un privilegio dado a la profundidad: en la hermenéutica, en la crítica y en las relaciones interpersonales, pero también, y sobre todo, en la interpretación de la tecnología. Esto es básicamente una generalización de la cadena causal: en la superficie sólo se encuentran los efectos, mientras que para identificar es necesario ir a la profundidad, y cuanto más se desciende en la cadena de causas y efectos, mayor es la comprensión y el control” (Esposito, 2001, p. 231). [Traducción propia del original en italiano.]

—por ejemplo, reaccionando a la utilización—. El lazo entre superficie y profundidad puede entablarse mediante comandos (o expresiones) que ordenan a la máquina hacer algo visible en la pantalla. Aunque ella misma se mantiene invisible” (Luhmann, 2007, p. 236).

Sin embargo, es en la pantalla —en la superficie— donde tiene lugar toda la operatividad comunicacional de la computadora. Es en la pantalla donde la propiedad comunicativa de este artefacto técnico adquiere un doble significado: por una parte, debe comunicar allí eficientemente sus funcionalidades y las posibilidades que permite; por otra, allí es donde se despliegan esas posibilidades operacionales, incluso el sentido mismo de la *máquina invisible* que las realiza. De lo que se trata aquí es de la *interfaz*:

El punto neurálgico de la programación de la computadora es ahora la interfaz (...). Es allí que la computadora se puede ‘alimentar’ de la contingencia del ambiente y es más capaz de hacerlo cuanto menos vinculada está a un esquema prefijado (a la profundidad subyacente) y está abierta a las determinaciones del contexto. Debido a esta especificidad, la computadora puede entenderse como una ‘general purpose machine’, es decir, una máquina sin propósito o sin cualidad, que se distingue de otras máquinas utilizadas para hacer cosas determinadas y previamente establecidas. Implícita en la ‘lógica’ de la computadora se encuentra, desde este punto de vista, una flexibilidad referida a los objetivos, es decir, la capacidad de permanecer indeterminada —o, más bien, de determinar su comportamiento a partir de la situación actual y no por patrones establecidos de antemano—. *La interactividad, desconocida para otras máquinas, es un corolario inevitable de este planteamiento y se realiza ella misma en la superficie.* Allí es donde se genera la indi-

cación de la que depende lo que la máquina hará, pero la máquina misma, que reside en la profundidad, permanece invisible (Espósito, 2001, p. 233)¹⁸⁸.

La «interactividad» permite dar cuenta de los dos movimientos relacionales de la comunicación digital, la vinculación con la máquina y el trato recíproco con otros, mediante la máquina. En la vinculación con la máquina también se advierte, ahora, el sentido específico de la redescrición de la relación entre superficie y profundidad posibilitada también por la «interactividad». Por lo demás, y como ya es evidente, el espacio de despliegue de todos estos movimientos operacionales es la «interfaz»¹⁸⁹. Como operación comunicativa, la «interactividad» vincula en forma precisa el *artefacto* con su *interfaz* y constituye la semántica que describe la noción de «interfaz artefactual» para los sistemas de la comunicación digital. Es preciso dejarlo en claro: no se trata de una distinción (esto es, de una forma), sino de la operación que permite un acoplamiento estructural.

Puede argüirse que todo artefacto posee una interfaz o, incluso, que todo artefacto es una interfaz¹⁹⁰. Aun cuando esto sea atendible

¹⁸⁸El destacado en *italica* es mío. Traducción propia del original en italiano.

¹⁸⁹Una recapitulación genealógica de la idea de «interfaz» puede accederse en Scolari (2004). En especial, el “Capítulo 2: La interfaz y sus metáforas” —algunos de cuyos párrafos han sido citados en este capítulo— ofrece una indagación muy ilustrativa y formativa acerca de las diversas metáforas con las que se ha o bien descrito o bien operacionalizado esta noción. Básicamente, Scolari remite a cuatro metáforas: la conversacional, la instrumental, la osmótica y la espacial. Revisarlas con precisión en el texto hubiera significado un desplazamiento del foco de atención sobre el problema que se pretende presentar. Sin embargo, es justo reconocer que han permanecido como referentes de las proposiciones de este capítulo.

¹⁹⁰*Cfr.* Lawler, 2008, p. 7.

para herramientas determinadas por su función, lo singular de la computadora —y, en general, de todos los medios técnicos que toman parte en la comunicación digital— es que artefacto e interfaz son, en sí mismos, dos objetos vinculados por una operación: la «interactividad». Sin embargo, la «interactividad», como ha quedado explícito en la descripción de sus modalizaciones, dota a la «interfaz artefactual» de otras funcionalidades y le permite constituirse, como un todo, en la mediación técnica de una forma de comunicación altamente recursiva e indeterminada. En este sentido, y recuperando una idea de Pierre Lévy (1993), las «interfaces artefactuales» pueden concebirse como una «red cognitiva de interacciones»: “nuestro entorno físico natural está repleto de captos, de cámaras, de video proyectores, de módulos inteligentes, que comunican y están interconectados a nuestro servicio. Ya no estamos en relación con un ordenador a través de una interfaz como intermediaria, sino que nos entregamos a una multitud de tareas en un entorno ‘natural’ que nos proporciona en el momento preciso los diversos recursos de creación, de información y de comunicación que necesitamos” (Levy, 2007, p. 24).

En relación con esto, un último aspecto de las «interfaces artefactuales», ya planteado con anterioridad, debe reconsiderarse aquí a la luz de la operación interactiva que las define. Refiero a su carácter protésico. Deben distinguirse, en principio, dos clases de prótesis: aquellas que cumplen una función *supletoria* y aquellas que se erigen como *ampliativas*¹⁹¹. Para el caso de estas últimas, afirma Broncano que

¹⁹¹“Las prótesis (...) no solamente restauran funciones orgánicas dañadas, como ocurre con las gafas, los audífonos, las extremidades ortopédicas, los marcapasos y las rótulas artificiales: son también a veces creadoras de funciones vitales. Así el vestido, el calzado, la vivienda, la cocina, los animales domésticos, los vegetales cultivados, el universo

las prótesis “son artefactos que inducen transformaciones en el espacio de posibilidades, que comienzan como intrusión de una prótesis pero más tarde transforman las trayectorias de acciones y planes futuros de esos seres. Las prótesis desclasas, desclasifican, transforman: nos convierten en *galateas* que habitan nuevos espacios, en seres desarraigados y exiliados a nuevas fronteras del ser” (Broncano, 2009, p. 21).

También debe considerarse la distinción entre prótesis *materiales* y *culturales*. Las primeras son autoevidentes; a las segundas las constituyen los sistemas de signos y símbolos, como las lenguas, la escritura, la matemática, la música, y producen accesos particulares a la realidad, “que por ello mismo se transformó en una realidad distinta. Las imágenes en pinturas, fotografías, en el cine y la televisión, en los medios digitales, son prótesis que están ahora transformando nuestra manera de ser y no simplemente nuestra manera de estar” (Broncano, 2009, p. 22). Se trata, en todos estos casos, de prótesis *ampliativas culturales*.

A merced de su operación interactiva, las «interfaces artefactuales» asumen, a un tiempo, las cuatro distinciones de la prótesis. Su *materialidad* se concibe tanto en su presentación tangible como en la *realidad* de la virtualidad y sus objetos. Aquí debe considerarse también la observación de la actividad, tal como se ha descrito. Son *ampliativas* en un doble sentido: en su carácter de extensión —ya que permiten, por ejemplo, la difusión ampliada de la comunicación personal— y por la creación de nuevos *mundos* para la interacción y la sociedad. Deben considerarse *culturales* en sentido estricto, ya que dinamizan de forma particular los

entero de herramientas e instrumentos con los que nos rodeamos, los lenguajes escritos, las instituciones sociales, los códigos y las normas, las religiones y los rituales, el arte” (Broncano, 2009, p. 20).

sistemas de signos y símbolos conocidos, al tiempo que crean nuevos. Quizá el modo protésico *supletorio* sea el menos evidente; sin embargo, de alguna manera, suplen mediante símbolos y dispositivos estandarizados las posibilidades de autocontrol de la interacción, restringidas por el desacoplamiento espacio-temporal de la comunicación mediada.

Las prótesis, finalmente, remiten a la experiencia particular que, a la vez, demarca y difumina la distinción entre el artificio y la naturaleza. “Las prótesis son una suerte de exilio (...). [Un ser protésico] nunca vuelve de su exilio: las posibilidades ganadas le han transformado hasta un punto que el mundo se ha convertido en otro mundo” (Broncano, 2009, pp. 23-24). O, tal como reza el epígrafe de la siguiente sección, sucede que la diferencia entre técnica y naturaleza ha sido rebasada, convirtiéndose la técnica en una *segunda naturaleza*.

4. Una versión de la interacción, pasando por el desvío de la interactividad

“La técnica se convierte otra vez en naturaleza
(en segunda naturaleza), porque ya nadie
entiende cómo funciona y porque ya tampoco puede presuponerse
tal comprensión en la comunicación cotidiana”.

Niklas Luhmann (2007, p. 413)

En el trayecto precedente se ha reconstruido la especificidad evolutiva de la comunicación digital —a la que también se ha interpelado con el adjetivo «virtual»—, se han explorado las formas en que aquélla es operada mediante la «interactividad», y la función cardinal que en todo esto asumen las «interfaces artefactuales». Es preciso tornar ahora, nuevamente, sobre la interacción para describir el tipo específico

que asume en estos contextos: lo que antes se denominó la *interacción a través de las «interfaces artefactuales» de la comunicación digital o virtual*.

La emergencia y localización de esta modalidad interaccional está determinada por lo que ha sido definido como la *ilusión de instantaneidad* y, en especial, por la re-localización de la desespacialización que esa ilusión permite bajo la forma de la *ubicuidad*. La aproximación progresiva a la idea de ilusión requiere ahora de una nueva consideración. Luhmann señala un proceso similar para la escritura, la «ilusión de simultaneidad de lo no simultáneo»: se trata de una presencia nueva del tiempo que actualiza pasado y futuro en cada presente. “Esta ilusión de la cultura escrita, a la cual nosotros ya estamos acostumbrados, hace difícil recuperar la idea fundamental de que todo lo que sucede, sucede en el presente y de manera simultánea” (Luhmann, 2007, p. 205).

Esa idea fundamental es la que actualiza la «ilusión de instantaneidad»: ahora sí, todo sucede en el presente, en un presente gobernado por la velocidad de respuesta y por la respuesta veloz. El excedente de la comunicación digital es tal que, en este sentido, es complejo determinar la diferencia entre *dar-a-conocer* y *comprender*. Mediante la *ubicuidad*, esta percepción de lo instantáneo se completa con la posibilidad de sobre-representar el espacio: no sólo las comunicaciones se realizan a un tiempo, sino también en todo espacio. La «interactividad» en red admite la comunicación de la presencia en múltiples espacios: en los definidos de manera sensible (tradicional) y en los configurados por la virtualidad. Trabajando en la superficie de la interfaz, merced a las operaciones conmutadas por el artefacto invisible, el individuo crea vínculos traslapados de comunicación e interacción: atraviesa el tiempo instantáneamente, produce la ubicuidad de

su presencia. Es preciso advertir: no es el sujeto quien posee la propiedad ubicua, sino la «interfaz artefactual».

Un indicio para ilustrar esta cuestión es la sugerencia de Goffman acerca de la «experiencia vicaria» que conceden los medios de masas. Se trata de una solución para que los interactuantes mantengan el carácter alto —esto es, para que sostengan expresiva y cognitivamente la autocomprensión de su fachada—, sin arriesgar el cuidado de la cara. Las experiencias vicarias “describen juegos de azar prácticos, competiciones de carácter y acción seria. Todo esto puede implicar una ficción, una biografía o la visión de la actividad fatal desarrollada en ese momento por algún otro. Pero en apariencia siempre se presenta el mismo catálogo muerto de exhibiciones vivas. En todas partes se nos proporciona la oportunidad de identificarnos con personas reales o ficticias dedicadas a actividades fatales de diversas clases, y de participar en esas situaciones de forma vicaria” (Goffman, 1970, pp. 230-231). La interacción mediante la «interactividad» es sólo en parte una experiencia vicaria, dado que en gran medida se realiza desde los mundos protegidos de la intimidad. Pero en tanto a través de ella el sujeto se da a conocer, se presenta a otros y selecciona comunicaciones de forma pública, el catálogo adquiere vida y ya no da cuenta de todas las exhibiciones vivas posibles, sino que se expone a la contingencia y a la imprevisibilidad.

Las «interfaces artefactuales» reintroducen las propiedades de la interacción cara-a-cara en la interacción mediada. Recuperan los géneros de la oralidad, pero ahora en claro acoplamiento con los modos de la comunicación masiva. Se trata de la “convergencia entre la comunicación uno-a-uno (como el teléfono, pero, obviamente y sobre todo, como el diálogo entre presentes) y uno-a-todos, es decir, la comunicación de

masas, y esto principalmente porque se ha creado un nuevo ‘partner comunicativo’ (la terminal de computadora), que es capaz de asumir tanto un papel reactivo como de consulta” (Esposito, 2001, p. 189)¹⁹².

En tanto estas recuperaciones se articulan de un modo dado por las posibilidades operativas de la computadora como dispositivo interactivo, este tipo de interacción asume un particular sentido de intensidad. Como en toda comunicación, los géneros permiten establecer estilísticamente diferenciaciones internas para producir nuevas irritaciones. La «interactividad», con sus funcionalidades exigidas de auto-evidencia y con la producción comunicacional de palimpsestos expresivos que permite, crea nuevas perspectivas para construir disonancias: aumenta, así, el flujo y reflujo de la comunicación sistémica. Invisibiliza el medio, permite no darlo por supuesto y, con ello, refunda la intensidad, no ya la de los rituales co-presenciales, sino la de las interacciones virtuales.

Por último, debe destacarse que la «interactividad» de las «interfaces artefactuales» no representa solamente una herramienta para la interacción ampliada, instantánea y ubicua, sino también una oportunidad para el repliegue sobre la subjetividad —y, con esto, la emergencia de nuevas observaciones—. Como explicita Rafaeli: “tanto los medios mismos como la experiencia de la exposición a la comunicación de masas han sido propuestos como una ventana abierta al mundo (...). ¿La presencia de dispositivos interactivos en algunos medios de comunicación convierte a esta proverbial ventana en un espejo reflectante? A través de la interactividad, el uso de los medios de comunicación puede proporcionar oportunidades para la introspección, no sólo la inspección” (1988, p. 129)¹⁹³.

¹⁹²Traducción propia del original en italiano.

¹⁹³Traducción propia del original en inglés.

| IV. LA ILUSIÓN DE INSTANTANEIDAD |

La idea de la «ilusión de instantaneidad» y la conjetura sobre la forma «escritura secundaria» se distinguen mediante una operación metódica de observación. Ésta hace posible la exploración particular de cada una, a lo que procederé aquí y en el próximo capítulo. En el plano fenomenológico, por el contrario, son (quizá) inseparables. Ambas se presuponen: son la expresión misma de la comunicación digital y, a la vez, su horizonte de posibilidades; configuran la traza recursiva de dos operaciones que permiten la generalización de observaciones y comunicaciones basadas en la racionalidad cibernética. Es preciso, entonces, advertir que en la indagación de cada una se atisba la operación de la otra y esto expone el análisis al riesgo de la ambivalencia y de la paradoja. Su distinción analítica, empero, es la única herramienta que puede asirse para pensar la manera en que se transforma la operación comunicativa en los sistemas de interacción posibilitados por las «interfaces artefactuales».

La tesis de la «escritura secundaria», como distinción específica que permite describir la operación de la comunicación digital y, a la vez, como modo observable de la producción de observaciones, interpela la relación entre dos tipos de oralidad: la secundaria (Ong, 1987) y la electrónica (Luhmann, 1990b). Cabe preguntarse: ¿por qué, si dis-

tingue “oralidades”, se la llama “escritura”? Dos órdenes de razones pueden esgrimirse como respuesta: en primer lugar, ambas oralidades no refieren a lo que Eric Havelock y Walter Ong han denominado la *oralidad primaria*, es decir, aquella que tiene lugar en entornos socio-culturales que desconocen por completo la escritura. Tanto la «oralidad secundaria» como la «electrónica» son tales porque han atravesado e incorporado las dinámicas de la cultura impresa. Son oralidades especiales: la de la radio, la de los medios audiovisuales, la de los espacios virtuales de las «interfaces artefactuales».

En segundo lugar, porque la «escritura secundaria» connota una re-descripción e innovación comunicativa cuya dinámica radicaliza o invierte una serie de transformaciones operadas por la escritura y la imprenta: por caso, reintroduce en la comunicación los controles de la interacción —la metacomunicación es cada vez menos opcional— y refuerza la simbolización de lo ausente, es decir, lo vuelve accesible¹⁹⁴. Implica inscripciones y simbolizaciones, como en el texto impreso, pero que ya no son autónomas respecto del contexto ni de las actividades de enunciación o de recepción¹⁹⁵: la interactividad que operan las «interfaces artefactuales» funde estos momentos, los une con un zurcido invisible, con lo que hace cada vez más compleja e improbable la tarea de distinguir entre las selecciones de *dar-a-conocer* y *comprender*.

La interactividad, en tanto patrón organizativo de la «escritura secundaria», produce estos efectos tanto en la interacción directa —por

¹⁹⁴Para un resumen rápido de las transformaciones ocasionadas por la escritura, ver Luhmann, 2007, pp. 224-225.

¹⁹⁵¡Ni tan siquiera permanecen estables como la palabra incrustada en el libro!

ejemplo, las conversaciones *en línea* y los intercambios de mensajes de texto mediante teléfonos celulares— como en la interacción traspuesta en el tiempo —las conversaciones neo-epistolares del correo electrónico, la exploración de sitios y la búsqueda de información en internet, la participación en actividades lúdicas *en línea*, la presentación y la actividad en las redes sociales, etcétera—. En el marco de mis conjeturas, estas consecuencias cognitivas y socio-culturales de la «escritura secundaria» son posibles en tanto se construyen sobre la «ilusión de instantaneidad» de la comunicación digital. Esta *ilusión* hace posible la operación indexical como autopoiesis de los sistemas de interacción digitales, en tanto permite producir la comunicación en relación con un contexto creado en la zozobra de la ubicuidad. En principio, al fungir el espacio *virtual* como locus de las expresiones indexicales que hacen posible la interacción, es allí donde se datan los logros prácticos de los interactuantes. Sin embargo, esos logros trascienden el sistema de interacción digital, incluyendo —y estimulando—, también, tanto el entorno presencial de cada participante como la mirada de remisiones posibles a otros espacios virtuales.

Para argumentar de forma apropiada las aseveraciones realizadas en los párrafos anteriores, aún nos queda por recorrer un largo camino expositivo que recupere las transformaciones culturales y cognitivas que se aprecian como ganancia contingente de las distintas tecnologías de la comunicación. Como he advertido, las diversas mediaciones técnicas de la comunicación se superponen y se remiten recíprocamente. Cada *nueva* tecnología disponible redefine las anteriores: “al ampliar y prolongar la palabra escrita, la tipografía puso al descubierto y divulgó ampliamente la estructura de la escritura. Hoy en día, con el cine y la aceleración eléctrica del movimiento de la información, la estructura

formal de la palabra impresa, así como de los mecanismos en general, se destaca como un tronco que la resaca ha arrojado a la playa. Un medio nuevo no es jamás un añadido a un medio viejo. Ni tampoco deja en paz al viejo. Jamás deja de oprimir a los medios más viejos, hasta que encuentra nuevas formas y posiciones para ellos” (McLuhan, 1969, p. 218). De este modo, dado que «escritura secundaria» e «ilusión de instantaneidad» son fenómenos recursivos no sólo porque se implican mutuamente, sino también porque remiten y reinterpretan los cambios de otras adquisiciones evolutivas de la comunicación, es preciso revisar la especificidad de las transformaciones que ellas ocasionaron.

A este respecto, el punto de partida ha de ser la examinación del vínculo entre oralidad y escritura. Aquí, es acertada la sugerencia de Matthew Innes, quien propone entender el nexo entre ambos modos comunicacionales a la manera de una relación dialéctica, “no como una etapa en una transición teleológica desde la ‘oralidad’ a la ‘cultura escrita’ [*literacy*]” (1998, p. 36)¹⁹⁶. Complementariamente, es dable clarificar los aspectos sustantivos que caracterizan tanto a la oralidad como a la escritura —y, consecuentemente, a la cultura oral y a la cultura escrita o literaria—. Como afirma Ong,

el examen diacrónico de la oralidad, de la escritura y de las diversas etapas en la evolución de una a la otra establece un marco de referencia dentro del cual es posible llegar a una mejor comprensión no sólo de la cultura oral prístina y de la posterior de la escritura, sino también de la cultura de la imprenta, que conduce la escritura a un nuevo punto culminante, y de la cultura electrónica, que se basa tanto en la escritura como en la impresión. Dentro de

¹⁹⁶Traducción propia del original en inglés.

esta estructura diacrónica, el pasado y el presente, Homero y la televisión, pueden iluminarse recíprocamente (1987, p. 12).

Al explicitar las características de cada una —oralidad y escritura, aunque también de otros modos subsecuentes— y la simbiosis de su relación, se abre un camino para ilustrar cómo las dinámicas orales de construcción comunicacional, que progresivamente pierden su centralidad en la operación autopoietica de la comunicación tras la aparición de la imprenta, reconstituyen parte de su cardinalidad en la comunicación digital. Para observar ese proceso, tomaré nota de algunos resultados de investigaciones empíricas sobre la comunicación digital, para analizarlos al trasluz de las psico-dinámicas orales descritas por Ong y de las precisiones de Luhmann sobre el tipo especial de interacción que emerge en la comunicación oral. Así, es posible capturar, al menos de forma general, la dinámica ubicua de la indexicalidad de los sistemas de interacción de la virtualidad y, con ello, precisar los alcances de la «ilusión de instantaneidad».

1. La tecnologización evolutiva de la palabra

“Las palabras son complicados sistemas de metáforas y símbolos que trasladan la experiencia a nuestros sentidos expresados o exteriorizados. Son la técnica de la claridad. Por medio de la traducción de la experiencia sensorial inmediata a símbolos vocales se puede evocar y restablecer el mundo entero en un instante”.

Marshall McLuhan (1969, p. 87)

La instauración de la oralidad y de la escritura como una cuestión relevante en el campo de las ciencias sociales es relativamente

reciente. Probablemente, un detonante de este interés haya sido la fulgurante aparición, desde principios del siglo XX, de los medios de comunicación de masas y el protagonismo creciente de su función en el entramado social¹⁹⁷. Al respecto, Eric Havelock expresa una sugerente coincidencia que puede denominarse *la clave de 1963*. Alrededor de ese año, específicamente entre 1962 y la primavera boreal de 1963, se editan *El pensamiento salvaje*, de Levi-Strauss, *La galaxia Gutenberg*, de McLuhan, *Animal Species and Evolution*, de Ernst Mayr¹⁹⁸, el artículo de Goody y Watt “The consequences of Literacy”¹⁹⁹ y su

¹⁹⁷En palabras de Havelock, la necesidad de comprender “lo que era aquella experiencia compartida en igual medida por el escritor, el pensador, el erudito y el hombre de a pie. Todos escuchábamos la radio, esa voz que habla sin cesar, comunicando los hechos e intenciones y persuasión, nacida en las ondas para llegar a nuestros oídos. Esto planteaba a nuestra atención un nuevo tipo de exigencia e incluso ejercía una nueva presión sobre nuestras mentes” (Havelock, 1996, p. 55).

¹⁹⁸Como el mismo Havelock reconoce, el libro de Mayr —un sofisticado resumen y una revisión de la teoría de la evolución— es el componente más curioso de esta serie. Su inclusión se debe al énfasis de Mayr en considerar el lenguaje como una variable independiente de la evolución humana, en tanto implica capacidad de almacenaje y posibilidad de reutilización. Comenta Havelock: “el elemento clave del texto de Mayr es el papel que desempeña la acumulación de información y su almacenaje para el uso ulterior en el lenguaje humano. Ya otros, especialmente Julian Huxley, habían propuesto esa concepción; había llegado la hora para esa concepción, como para el propio oralismo. La publicación del capítulo final de Mayr casi al mismo tiempo que las otras cuatro obras del ‘hito’ fue un feliz accidente que no contaba con ninguna percepción de una conexión. Lo siguiente que se descubre es que las terminologías de ‘información’ y ‘almacenaje’ —y también ‘uso ulterior’— implican imperceptiblemente que lo que es almacenado y usado de nuevo es algo material: su lenguaje debe ser, por tanto, de alguna manera material también. Eso puede darse cuando está escrito, cuando se hace documentado. La misma suposición subyace a las palabras ‘código’, ‘codificación’, ‘codificar’ e ‘imprimir’, usadas para describir el tipo de información que una cultura ‘sigue’ (es decir, que usa y vuelve a usar), como, por ejemplo, un ‘código legal’” (Havelock, 1996, p. 87).

¹⁹⁹Existe traducción al español, Goody, J. y Watt, I. (1996).

propio *Prefacio a Platón*. Havelock establece que la aparición de estas contribuciones arroja nuevas luces y conforma una divisoria de aguas en el estudio del papel de la palabra y sus tecnologías en la evolución socio-cultural, por un lado, y de la relación entre oralidad y escritura, por el otro.

El año de 1963 es, según Havelock, “la fecha en que parece haberse roto un dique en la conciencia moderna, abriendo paso a una oleada de reconocimientos estupefactos de una multitud de hechos relacionados entre sí” (1996, p. 47)²⁰⁰. En la hendidura que marca la *clave de 1963*²⁰¹ y, en especial, en los horizontes comprensivos que han abierto las sucesivas investigaciones, puede montarse una estrategia argumentativa que dé cuenta de cómo la implicación de la palabra en la interacción, en un juego complejo de remisiones mutuas, *construye mundo y detalla el sistema social*.

Considerada desde un punto de vista estrictamente teórico, la oralidad no existe sino en referencia a la escritura. La viabilidad y la fecundidad de esta idea pueden atisbarse mediante un rápido examen de la cuestión. Del mismo modo que para toda técnica de comunicación, sólo puede advertirse la especificidad de la oralidad (y la de sus operaciones) al distinguirla de otra. Dado que no se conoce

²⁰⁰La erudición de Havelock no le permite dejar de mencionar que el interés por la oposición entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito puede remontarse hasta el siglo XVI (cfr. Ong, 1987, p. 20) y con particular énfasis en el siglo XVIII —las especulaciones que, al respecto, realizó Jean-Jacques Rosseau en su *Ensayo sobre los orígenes del lenguaje*, por ejemplo—.

²⁰¹A la que puede emparentarse, también, con el llamado “giro cultural” en la sociología, con los estudios sobre la lectura de Chartier (1995, 1999) y con los trabajos de Olson (1998) u Olson y Torrance (1995).

otra forma de tecnologización de la palabra anterior a ella, la *oralidad primaria* es en sí misma un inobservable. Sólo mediante su distinción a través de otra técnica es posible delimitarla.

El punto crítico es, como advierte Mendiola, que “las tecnologías de la comunicación configuran las estructuras cognitivas” (2002, p. 15). Es así que, ante cualquier inferencia sobre la oralidad, se debe tener presente la paradoja —o el déficit, según se lo considere— de que su comprensión es sólo la que pueden alcanzar observadores cuyo punto de vista está inscripto en la cultura del alfabeto o sus sucesivas. Con todo, el riesgo vale la pena: se trata, sin más, de un inicio para la escalada de la función paradójica en el devenir evolutivo de la razón²⁰². Inicio donde, como agradece Ong, “por fortuna, el conocimiento de la escritura es, pese a que devora sus propios antecedentes orales, (...) infinitamente adaptable. (...) Es posible emplear el conocimiento de la escritura con el objeto de reconstituir para nosotros mismos la conciencia humana prístina (totalmente ágrafa), por lo menos para recobrar en su mayor parte —aunque no

²⁰²Este punto es advertido en la literatura sobre la oralidad, bajo el modo de la crítica. Por ejemplo, los trabajos de Havelock sobre la oralidad, basados en el examen de la poesía helénica, han sido fuertemente reprochados por concluir los elementos constitutivos de la comunicación oral a partir del análisis de textos escritos. Halverson (1992) es un ejemplo de esta crítica: impugna a Havelock en tanto postula la insuficiencia de los materiales de la «literatura oral» para connotar los modos específicos en que la oralidad acae y, por tanto, la imposibilidad de establecer comparativamente los alcances de las transformaciones de la cultura griega a partir de la introducción del alfabeto. Las objeciones de Halverson se fundan, en gran medida, en la noción de «literatura oral», lo cual es en sí mismo una idea paradójica —que Walter Ong desestima de plano al considerar que la literatura es, ante todo, una invención de la escritura (1987, pp. 17 y ss.)—. Como señala Luhmann, “formulaciones como ‘texto oral’, ‘literatura oral’, no son adecuadas y sólo se entienden en retrospectiva” (Luhmann, 2007, p. 193).

totalmente²⁰³— esta conciencia (nunca logramos olvidar lo bastante nuestro presente conocido para reconstruir en su totalidad cualquier pasado)” (1987, p. 24).

Se atisba así un primer orden descriptivo de la relación dialéctica entre oralidad y escritura, dado por el hecho de que ésta permite observar a aquélla y, de ese modo, ambas pueden ser delimitadas en sí mismas y en su diferencia. Luhmann esclarece este movimiento mediante la descripción de la *forma escritura*, a la que he referido en el primer capítulo. Debe volver a subrayarse que toda forma es una distinción y que la relación entre ambos lados hace explícitas las diferencias. Como afirma Goody, apoyándose en los indicios que recupera de su práctica etnográfica, “siempre hay una diglosia, (...) una separación entre el lenguaje hablado y la lengua escrita. Se han influido mutuamente de muy diversos modos, pero jamás son idénticos” (Goody, 1998, p. 144). Recuérdese, entonces, que la *forma escritura* distingue lo escrito de lo oral y que

al realizar esta selección y penetrar la forma escritura por su lado interno [la escritura], descuidamos el otro lado de la forma, las posibilidades de la comunicación oral. El otro lado permanece inadvertido. Lo damos por hecho. Sus condiciones específicas no limitan la comunicación. Otras personas no necesitan estar presentes, ni para escribir ni para leer. Las restricciones de su presencia no es necesario tomarlas en cuenta. Podemos continuar escribiendo o leyendo, añadiendo frase tras frase sin ser interrumpidos, excepto por el teléfono. Y todas estas libertades no

²⁰³En palabras de Havelock, sucede que “siempre queda una barrera infranqueable para la comprensión de la oralidad” (1996, p. 74).

nos impiden hablar oralmente acerca del mismo tema, no nos impiden traspasar el límite interno de la forma si por alguna razón decidimos hacerlo (Luhmann, 2002, p. 14)²⁰⁴.

Luhmann concibe a la escritura como una forma de comunicación y esto debe entenderse fuera de toda trivialización, dado que el origen de la escritura no está ligado a la comunicación: en tanto «adquisición evolutiva», fue creada como *interfaz* entre seres humanos y divinidades, reutilizada para servir a funciones contables y administrativas y reconvertida en medio de archivo o de indicación mnemotécnica²⁰⁵. Luego, para que la escritura adquiriera un uso comunicativo ha de presuponer lectores. “Con la escritura comienza la telecomunicación, la posibilidad de alcanzar con la comunicación a los que están ausentes en el espacio y en el tiempo” (Luhmann, 2007, p. 198). Esto es una probabilidad en la escritura y se afianza, extendiéndose, con la aparición de la imprenta²⁰⁶.

El surgimiento de la escritura permite la distinción de la comunicación en el sentido en que aquí ha sido considerada. La comuni-

²⁰⁴Del mismo modo ha de entenderse la plasticidad de la forma «escritura secundaria», aunque allí las condiciones de libertad, las posibilidades de interrupción y la tentación a cruzar la frontera son envites permanentes. Lo que debe considerarse aquí —y que será objeto de un tratamiento más amplio en el próximo capítulo— es que al señalar la distinción de la forma «escritura secundaria» estoy refiriendo a una transformación evolutiva de la «forma escritura». Deudora, por tanto, de sus problemas y de sus transformaciones.

²⁰⁵Cfr. Luhmann, 2007, pp. 201-202.

²⁰⁶Como he desarrollado en los capítulos II y III, la imprenta es sólo el punto de partida de este proceso, cuya ampliación evolutiva continuó en los medios electrónicos de masas y, contemporáneamente, en la comunicación digital mediada por las «interfaces artefactuales».

cación se independiza del contexto, ya no depende del autocontrol previsto por la co-presencialidad de la interacción. Esta abdicación, empero, no es gratuita. Resultan de ella nuevas exigencias —el texto debe *dar-a-conocer* de manera auto-evidente— y el desafío de la improbabilidad aumenta —no es posible controlar la recepción, *comprender* es una tarea autónoma del lector y las interpretaciones se multiplican, irritando nuevas comunicaciones en sentidos imprevisibles e incontrolables—. Señala Luhmann que “Un texto escrito crea, al condensar y confirmar la escritura, un inmenso potencial para textos aún no escritos” (2002, pp. 10-11).

Es preciso describir estas transformaciones comparativamente, mediante el despliegue de la distinción entre la operación autopoiética de la comunicación oral y la de la comunicación escrita. En buena parte, la caracterización que he expuesto sobre los elementos constitutivos de la interacción cara-a-cara da cuenta de las condiciones de la oralidad; lo mismo ocurre con la escritura y los otros tipos de comunicación mediada. Basta ahora con considerar unos pocos elementos complementarios.

En las culturas orales, “muchas comunicaciones suceden simultáneamente (emerge y desaparece) y por eso no puede coordinarse” (Luhmann, 2007, p. 196). Esta deficiencia de coordinación tiene su contraparte en una ganancia: la comunicación asegura su realización inmediata con el control mutuo de los interactuantes, quienes proveen todas las redundancias necesarias para que aquélla continúe. Por eso, “la oralidad se caracteriza por la capacidad de olvido, de desvaloración, de readaptación” (*ibídem*), lo que permite a la comunicación continuar aún ante los fallos, las incomprensiones y las inconsistencias.

Mientras la oralidad presupone co-participantes para que la comunicación se realice, la escritura, cuando se convierte en un medio para comunicar, presupone lectores. Debe prescindir de toda metacomunicación y asegurarse mediante procedimientos específicamente literarios, siempre riesgosos e insuficientes. Expuse críticamente estas y otras cuestiones referidas a la comunicación escrita al analizar la interacción mediada por la escritura y la imprenta. A modo de recordatorio, puede señalarse que desde el momento en que el lector es una «audiencia imaginada» para el autor y éste, una presunción para el lector (Ong, 1977, pp. 53 y ss.), la escritura “conduce a una *mayor diferenciación y elaboración de las distintas dimensiones del sentido* con ayuda de distinciones propias en cada caso; a saber, la objetivación de la dimensión del tiempo; la cosificación de los temas de comunicación con independencia de quién habla de ellos y cuándo; el aislamiento de una dimensión social en la cual se pueden hacer reflexivas las opiniones y posiciones de los que participan en un proceso de comunicación” (Luhmann, 2007, pp. 224).

Por lo demás, aquí he dado por supuesta cierta unificación de la identidad de la escritura, siguiendo en parte lo que Ong señala como una acepción estricta de la noción: “La irrupción decisiva y única en los nuevos mundos del saber no se logró dentro de la conciencia humana al inventarse la simple marca semiótica, sino al concebirse un sistema codificado de signos visibles por medio del cual un escritor podía determinar las palabras exactas que el lector generaría a partir del texto” (Ong, 1987, p. 87).

Sin embargo, es necesario realzar que sólo me atengo *en parte* a esta definición. En muchas ocasiones, las remisiones y consecuencias que he referido para la escritura son posibles, en sentido estricto, mer-

ced a una adquisición técnica evolutiva: la imprenta. Como se percata Elizabeth Eisenstein (1994), la imprenta modifica sustancialmente las formas de la comunicación escrita, pero ésta constituye un cambio al interior de la comunidad letrada. Sin embargo, el poder difusor de la imprenta va más allá de las élites alfabetizadas de la cultura escrita caligráfica, en especial cuando se pasa de las prensas de madera a las de hierro accionadas por vapor —innovación, esta última, acompañada por la industrialización de la fabricación del papel—.

Es entonces cuando las potencialidades de la escritura como medio de difusión comienzan a exacerbarse y ampliarse. Un punto culminante está dado por un avance ligado a las facilidades para la propagación que otorga la imprenta: la alfabetización de la población completa²⁰⁷. “La alfabetización no tiene efectos inmediatos. Es un lento proceso de iniciación, de aprendizaje de la escritura, así como un descubrimiento de todo lo escrito que cambia nuestra visión del mundo” (Goody, 1998, p. 151). En tanto logro, es altamente significativo, en función de, al menos, tres razones: por sus implicancias para la total distinción entre sistemas de interacción y sociedad, por hacer posible advertir la sociedad *qua* sistema y por dinamizar la continuidad evolutiva de la tecnologización de la palabra. En síntesis, la alfabetización se convierte en condición de posibilidad del éxito comunicativo de las mediaciones comunicacionales masivas, comenzando por la prensa escrita.

En rigor, la distinción entre la etapa caligráfica de la escritura y la etapa tipográfica es sustantiva en términos históricos. Sin embargo, a los fines analíticos que aquí persigo, es suficiente con señalar —esto es, con hacer evidente— la existencia de ese desbro-

²⁰⁷Cfr. Luhmann, 2007, p. 233.

zamiento, en el sentido de establecer que la imprenta actualiza la probabilidad de ciertos usos comunicativos posibles en la escritura. La imprenta no es en sí misma una tecnología de la palabra, sino un artefacto técnico que amplía las posibilidades de una tecnología preexistente y que da lugar a una transformación dentro de la cultura escrita. Del mismo modo, expondré luego cómo una forma secundaria de la escritura actualiza otras probabilidades de la escritura, que sólo pueden advertirse por las operaciones propias de las «interfaces artefactuales».

Puede conjeturarse que las sucesivas tecnologías de la comunicación, las que emergen luego de la imprenta, son factores cooperantes en la actualización evolutiva de esas probabilidades. No obstante, no debe perderse de vista que esas actualizaciones incluyen, cada vez con mayor ahínco, a la oralidad. Ong entiende el desarrollo de las tecnologías de la palabra en un esquema sucesivo que comienza con la cultura oral y prosigue con la invención de la escritura. Ésta puede describirse en dos etapas: la primera, la caligráfica, donde la oralidad sigue presuponiéndose como el modo de comunicación central; la segunda, la tipográfica, donde la escritura se realiza plenamente, producto de la invención y la difusión de la imprenta. El autor atisba un tercer momento con el advenimiento de los medios electrónicos y una rediviva de la oralidad (Ong, 1967, p. 17; 1987). Puede adosarse una cuarta etapa, prefigurada por la emergencia de la comunicación digital y las «interfaces artefactuales», y completar de este modo la secuencia.

Sobre la base de esta cuádruple distinción y a partir de la caracterización general del vínculo oralidad-escritura, pueden esgrimirse tres dimensiones analíticas de las transformaciones socio-culturales

de las tecnologías de la palabra: las dinámicas de construcción del contexto comunicativo —donde se contemplan las mutaciones espacio-temporales y las de los modos de la memoria—, la semántica de la tradición narrativa que se construye y los aspectos sensoriales²⁰⁸. De ningún modo estas dimensiones agotan las posibilidades heurísticas en este tema, pero su exploración permite establecer líneas directrices para delimitar las mutaciones que sobre ellas opera la mediación comunicativa de las «interfaces artefactuales». Mutaciones que, como se ha expuesto, incluyen tanto innovaciones como reintroducciones evolutivas.

El espacio donde se constituye el contexto comunicativo de la oralidad es el de los participantes próximos²⁰⁹. De allí que “una conciencia plena e independiente de la historia, a la que le es extraña cualquier sensación de profundidad cronológica y desarrollo diacrónico, ha sido vista como típica de la oralidad” (Innes, 1998, p. 34)²¹⁰. Eso es lo inverso de lo que sucede con la comunicación escrita, donde el contexto está determinado, en parte, por el sustrato medial (técnico) que soporta la palabra y, en parte, por las remisiones semánticas flexibles que habilitan la probabilidad de múltiples

²⁰⁸En forma adrede, no incluyo aquí una cuarta dimensión: la tipificación de la racionalidad. Su tratamiento ha sido abordado en diversos pasajes del trabajo. Una breve síntesis puede obtenerse en el último capítulo.

²⁰⁹“Lo que cuenta, en vista de posibles interacciones (útiles o peligrosas), es la proximidad. Una distancia mayor significa utilidad decreciente y progresivo peligro y, por último, el límite de la desconfianza. Se sabe, se imagina que detrás de los montes viven otros hombres; pero éstos no pertenecen a la propia sociedad, y frecuentemente su lenguaje es poco o nada comprensible. Con ellos no existe ningún vínculo, ninguna ‘religio’, ninguna moral” (Luhmann, 2007, p. 194).

²¹⁰Traducción propia del original en inglés.

interpretaciones. La revolución de la escritura se caracteriza por “la reducción del sonido dinámico al espacio inmóvil; la separación de la palabra del presente vivo, el único lugar donde pueden existir las palabras habladas” (Ong, 1987, p. 84)²¹¹.

Al consignar la palabra en un espacio, la escritura potencia el lenguaje de una manera casi ilimitada —e insospechada para la cultura oral— y redescubre la operación comunicativa, arrojándola fuera del *corset* de la presencialidad. La diferencia entre la palabra hablada y la escrita no presenta, sin embargo, más ambivalencia semántica de la que de por sí constituye al lenguaje (aquí habrá de recordarse la glosa del primer capítulo: “una manzana es una manzana”) y que requiere siempre de una operación indexical para especificar su sentido. Lo especial de la palabra escrita es que, en tanto es una *grafía*, “no consiste sólo en imágenes, en representaciones de cosas, sino en la representación de un *enunciado*, de palabras que alguien dice o que se supone que dice” (Ong, 1987, p. 86).

En este sentido, como destaca Luhmann, “la escritura no duplica al mundo de la misma manera que tampoco lo hace el lenguaje oral (...); no existe un mundo que percibamos psíquicamente, otro que sea correlato de las palabras y otro más, correlato de la escritura. Más bien lo que tiene lugar es una evolución de medios novedosos de operación y observación

²¹¹“Una vez inscritas, las palabras de un documento quedan fijadas, y fijado está también el orden en el que aparecen. Toda la espontaneidad, la movilidad, la improvisación y la agilidad de la respuesta del lenguaje hablado se desvanecen. La elección y el orden originales de las palabras se pueden corregir, pero sólo mediante una escritura ulterior que reemplaza una versión de permanencia por otra (como en un procesador de textos). Esta disposición verbal fijada en un artefacto visible es el instrumento necesario para sostener la tradición de la sociedad en la que vivimos, una sociedad alfabetizada cuya continuidad y cuyo carácter se hallan afirmados y reafirmados en miles de documentos que le sirven de sostén material” (Havelock, 1996, p. 103).

dentro de un único y mismo mundo” (2007, p. 215). Esto significa que la aparición de la escritura pone en marcha un aspecto sustantivo del programa cultural evolutivo de la sociedad: la diversificación de los modos de observación. Es ahora posible menear la atención que la interacción cara-a-cara exige para con el observador y observar sus observaciones; aún más, es preciso convertir al observador en una observación, para comprender sus operaciones: la hermenéutica y la crítica; la introspección y la individuación²¹² se vuelven, así, socialmente viables.

Dado que el acto de *comprender* la comunicación se separa espacial y temporalmente del acto de *darla-a-conocer*, la comunicación escrita debe operar cambios en la semántica del espacio. En parte, la redescritión del espacio se infiere en la idea de texto, materializada, a su vez, en el diseño del libro, objeto que es sustrato medial de la comunicación, con su característica de portabilidad y la especial organización espacial de las páginas. En esto, la invención de la imprenta juega un papel central, junto a otras innovaciones y adquisiciones técnicas. Sin embargo, la invención del libro como un objeto portátil y manuable es aun anterior, como establece Ivan Illich:

La disminución del tamaño de la letra, el menor peso de la página y las nuevas abreviaturas [todos ellos, logros alcanzados

²¹²Procesos que el «impreso» disparará en forma notable, incluso para sus problemas y paradojas. Como nota Ong, la cultura de lo impreso “tiende a considerar una obra como ‘cerrada’, apartada de otras, una unidad en sí misma. La cultura del texto impreso dio origen a los conceptos románticos de ‘originalidad’ y ‘espíritu creador’, los cuales aíslan una obra individual aún más de las otras y perciben sus orígenes y significados como independientes de influencias exteriores, al menos en el caso ideal. En las últimas décadas, las doctrinas sobre la intertextualidad surgieron para contrarrestar la estética aislacionista de una cultura romántica del texto impreso... y casi provocaron una conmoción” (1987, p. 132).

alrededor del año 1000 en Europa] eran aún insuficientes para hacer portátil el libro. Tuvo que encontrarse una nueva manera de coser hojas pequeñas de papel, de tal modo que se abrieran por completo en la mano del lector. También se tenía que construir una nueva cubierta flexible para un libro que, por primera vez, se elaboraba para ser sostenido y no para colocarse sobre un soporte. La creación del libro de bolsillo, el *Beutelbüch*, es un símbolo de esta transformación del libro de un objeto estático a un objeto móvil. (...) Hacia el año 1240 el libro ya se parecía mucho más en lo esencial al objeto que nosotros conocemos (2002, pp. 150-151).

En el texto y en el libro no sólo cabe *el* mundo —y con él, mi pasado y mi futuro—, sino que además puedo llevarlo para que atraviese, conmigo, *mi* mundo. En su ensayo “Del culto a los libros”²¹³, Borges rememora que “según Mallarmé: el mundo existe para un libro; según Bloy: somos versículos o palabras o letras de un libro mágico, y ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo: es, mejor dicho, el mundo”.

Quebrantar la organización del presente inmediato conduce tanto a la creación de esta semántica para el espacio, como a generar otra específica para el tiempo. Los libros y sus textos se encuentran urgidos por la necesidad de resistir el flujo temporal²¹⁴ y asegurar que la validez de sus observaciones no dependa de factores extra-comunicacionales —en rigor, extra-lingüísticos—. El texto debe asumir un punto de vista que permita entrar y salir del tiempo: como en la

²¹³En: Borges, J. L. (1994), *Otras inquisiciones*. Barcelona: Seix Barral.

²¹⁴Esto es, para que los textos continúen “siendo los mismos en un punto de tiempo en el que algo es pasado habiendo sido antes futuro” (Luhmann, 2007, p. 205).

novela histórica que interpela, a la vez, el tiempo de los sucesos que narra, el del autor y el del lector.

Esto, cabe aclarar, es una condición para la observación, mientras que la operación de la comunicación permanece ligada, siempre, al instante en que se la comprende, que es el que le permite enlazar nuevas comunicaciones. La misma presión existe sobre la comunicación de los medios de masas, donde la semántica del tiempo y la del espacio se funden en la idea de la «simultaneidad desespacializada», gráficamente ilustrada por la controvertida noción de «aldea global» de McLuhan. Al modo de los *mass media* o al de las operaciones literarias de la escritura, las nuevas significaciones del espacio y del tiempo intentan conjurar los peligros de prescindir del autocontrol inmediato de la comunicación que brindaba la interacción oral co-presente. Un aspecto donde estas transformaciones se revelan en su magnitud es la función de la memoria²¹⁵, dado que

únicamente la memoria hace posible el carácter de acontecimiento de la comunicación —tanto oral, como escrita—. Porque como acontecimiento la comunicación se refiere a sí misma, aunque sólo puede hacerlo comprendiendo al presente como diferencia entre pasado y futuro, alargándose sobre esos horizontes de tiempo —no actuales por el momento—, o sea, yéndose hacia atrás o hacia delante. Esto a su vez es sólo posible si hay bases materiales en la neurofisiología o en los sustratos de la escritura —*los cuales no se*

²¹⁵En efecto, Goody señala que “se está condenado a no comprender nada de la naturaleza de la comunicación escrita si no se distingue entre los archivos de una cultura escrita, de los sistemas de ‘almacenamiento’ de memoria en una sociedad puramente oral” (1998, p. 156).

recuerdan como tales—. Tampoco la comunicación escrita recuerda la escritura²¹⁶, sino sólo los textos que se utilizan como comunicación (Luhmann, 2007, p. 209).

Elena Esposito ha dedicado un largo trabajo al análisis de la evolución socio-cultural de la «memoria social»²¹⁷. En esta formulación, el adjetivo «social» es una advertencia sustantiva: se trata de un tipo de memoria que no depende de las estructuras psíquicas ni biológicas —como en la memoria de la oralidad primaria—. La diferenciación evolutiva de la memoria como «social» encuentra su factor de despegue en la invención de la escritura. Como explica Esposito, “la memoria es la forma en que las comunicaciones se refieren a ellas mismas, [por lo

²¹⁶ Aquí Luhmann inserta la nota al pie número 137, cuyo contenido es apropiado transcribir aquí: “Por supuesto que para los registros, archivos, etcétera vale otra cosa”. Esa «otra cosa» bien puede atisbarse en las siguientes reflexiones: “¿por qué tenemos tanto amor a nuestros archivos?”, se pregunta Lévi-Strauss (1964, p. 350). “Los acontecimientos a los que se refieren son atestiguados independientemente, y de mil maneras: viven en nuestro presente y en nuestros libros; en sí mismos están desprovistos de un sentido que cobran, por entero, en virtud de sus repercusiones históricas, y gracias a los comentarios que los explican vinculándolos con otros acontecimientos. (...) su carácter sagrado proviene de la función de significación diacrónica, que son los únicos que pueden asegurar, en un sistema que, porque es clasificatorio, está completamente desplegado en una sincronía que logra, inclusive, asimilarse a la duración. (...) La virtud de los archivos es la de ponernos en contacto con la pura historicidad; (...) por una parte, constituyen al acontecimiento en su contingencia radical (puesto que sólo la interpretación, que no forma parte, puede fundarlo en la razón); por otra parte, dan una existencia física a la historia, porque sólo en ellos se supera la contradicción de un pasado remoto y de un presente en el que sobrevive. Los archivos son el ser encarnado de lo ‘acontecimentado’” (*ibidem*, pp. 350-351).

²¹⁷ Cfr. Esposito (2001). Para explorar las definiciones de «virtual», «interfaz» e «interactividad» en el capítulo III, me he servido de las precisiones que Esposito realiza al respecto cuando aborda lo que considera la última etapa de la memoria: la que es posible al influjo de las «interfaces artefactuales» y que ella denomina «memoria telemática».

tanto] el modo en el cual la comunicación trata a las comunicaciones depende de los instrumentos o los medios disponibles para hacerlo, esto es, principalmente, de las tecnologías (o medios) de comunicación” (2001, p. IX)²¹⁸. Estas últimas afectan decididamente la forma en que se puede recordar y olvidar; cambian el alcance y la interpretación misma de la memoria. La hipótesis de Esposito es que existe una relación circular, de condicionamiento recíproco, entre la memoria y las tecnologías de la comunicación²¹⁹, que se aprecia al considerar que ambas son factores cruciales para la emergencia de la comunicación.

La memoria tiene urgencias de registro que resuelve en la invención de las técnicas comunicativas; la configuración de éstas no responde exactamente a esas urgencias, pero al ser utilizadas para esos propósitos condicionan la forma de la memoria de manera no prevista por ella. La relación puede ilustrarse del mismo modo en que se describió la dinámica del acoplamiento no jerárquico entre los nodos de una red: memoria y tecnologías de la comunicación se dispensan atención recíproca; las necesidades operativas de una se internalizan en la otra como estimulación, aunque el destino de esas irritaciones no puede ser controlado por la necesidad de origen en tanto tal, sino como comunicación propia de la instancia que la vuelve una información interior.

Innes explica que las culturas orales se caracterizan por una suerte de «amnesia estructural», “la cual no tiene ninguna utilidad en términos de las actuales instituciones sociales; aquello que no puede legitimar, explicar o educar, se olvida en el proceso de selección na-

²¹⁸Traducción propia del original en italiano.

²¹⁹Cfr. Esposito, 2001, p. X.

tural” (1998, p. 32)²²⁰. A la inversa, con la escritura la sociedad adquiere un elemento de «autonomía estructural» que, como se explicitó, al desvincular la interacción y sus semánticas de la metacomunicación, permite la persistencia —y la eficacia— de los significados y las narraciones en sí mismas²²¹ y en su relación con otros textos, en una escalada de complejidad que compromete la probabilidad de la comunicación. Esposito advertirá allí la emergencia de una memoria adivinatoria para la etapa caligráfica y de una memoria retórica, para la tipográfica.

El punto culminante es, para los intereses de este trabajo, la emergencia de la forma de memoria asociada a los medios de masas: una memoria improbable, surcada por la inmediatez de la comunicación y una extremada contingencia de la información, acuciada a cada momento por el carácter efímero de su novedad²²². La operación comunicativa se orienta al cambio vertiginoso y renuncia a la estabilidad, toda vez que la distinción entre lo que ha de recordarse y lo que ha de

²²⁰Traducción propia del original en inglés.

²²¹“La escritura introduce un elemento de autonomía estructural (...); es el trabajo de la memoria el que hace parecer a las culturas orales mucho más homogéneas que las culturas diferenciadas en las que nosotros vivimos. Al tratar con diferentes parámetros, el espíritu tiende a adaptar tal aspecto del comportamiento a tal otro. Pero desde el momento mismo en que las cosas se ponen por escrito —‘no esculpirás imágenes’, ‘no desposarás a la hija del hermano de tu padre’— creo que las prohibiciones tienen una mayor probabilidad de persistir y expandirse, por ejemplo en un contexto de conversión religiosa, de la que tendrían en el marco de una cultura oral, donde siempre se producirá una adaptación de las normas aun cuando precedan del exterior” (Goody, 1998, p. 157).

²²²Cfr. Esposito, 2001, pp. 161-174.

olvidarse implica un esfuerzo inabordable²²³. Como se analizará más adelante, la comunicación digital conlleva un efecto paradójico sobre esta situación: así como permite más tiempo reflexivo a la operación comunicativa, sus sustratos mediales tienen el poder —potencial— de recordarlo todo; ¿cómo podría, entonces, proseguir la comunicación para la cual el olvido es un principio cardinal de selectividad?

He expuesto las formas diferenciales en las que diferentes tecnologías de la palabra —fundamentalmente, la oralidad y la escritura— configuran el contexto en el que emerge la comunicación, la primera y más destacada de las dimensiones analíticas que seleccioné para dar cuenta de las transformaciones que cada técnica efectúa. Repasaré ahora, sintéticamente, las dos restantes.

En el plano de las transformaciones semánticas, éstas ocurren bajo el imperio de determinadas tradiciones narrativas, a saber: la poética para la cultura oral; la novela para las culturas letradas; y las formas híbridas del cómic, el noticiero y el serial televisivo para la cultura de los *mass media*.

²²³Debe destacarse, esfuerzo para el sistema (social o de interacción) y su operación comunicativa, pero de ningún modo para los sistemas de conciencia, aunque el sistema (social o de interacción) necesite de su acoplamiento para que la memoria cumpla su función. “La memoria social no es de ninguna manera lo que las comunicaciones dejan como rastro en los sistemas de conciencia individuales. Se trata más bien de un logro propio de las operaciones comunicativas, de un logro de su propia imprescindible recursividad. Sólo por el hecho de que toda comunicación actualiza cierto sentido, se reproduce una memoria social; aquí se presupone que la comunicación puede hacer algo con el sentido, que en cierta forma ya lo conoce y que —al mismo tiempo— el uso repetido de las mismas referencias causa que esto pueda ser así en casos futuros. Esta constante reimpregnación de sentido comunicativamente útil (con su olvido correspondiente) presupone una cooperación de sistemas de conciencia, pero es independiente de lo que recuerdan individuos particulares y de cómo refrescan su propia memoria cuando cooperan en la comunicación” (Luhmann, 2007, p. 461).

En principio, ha de suponerse que la narrativa —entre las variadas aproximaciones existentes al concepto— “es un metacódigo, un universal humano sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales acerca de la naturaleza de una realidad común” (White, 1992, p. 17). Como tal, se distingue de otros tipos de códigos de los que una cultura puede servirse para traducir y significar la experiencia. En este sentido, las constricciones espacio-temporales de la oralidad exigen una narrativa particular, deíctica, que potencie y facilite el resguardo de una memoria extremadamente selectiva. Según Havelock, las culturas orales se confiaban para esto a la poesía: “La poesía oral era un instrumento de enseñanza cultural, y su propósito estribaba en la preservación de la identidad del grupo. Su elección para tal desempeño se debió al hecho de que —a falta de documentación escrita— sus ritmos y sus fórmulas aportaban un mecanismo único para la recordación y para la utilización repetida” (Havelock, 2002, p. 103).

Pensamiento formulaico, métrica y, en especial, *ritmo*, configuran los elementos centrales de la poética del mundo oral. “La Conciencia es hija del Ritmo”, afirma Ambrose Bierce (2009, p. 136) en un relato inspirado en la historia del jugador de ajedrez de Maelzel²²⁴, un autó-

²²⁴En una sugerente compilación dedicada a los declives filosóficos, literarios y de inventiva mecánica de los seres artificiales —publicada bajo el título *El rival de Prometeo. Vidas de autómatas ilustres* (Madrid: Editorial Impedimenta, 2009)—, Marta Peirano y Sonia Bueno Gómez-Tejedor informan que “el Turco era un figura de madera tallada, vestido con un turbante y un rico atuendo oriental, que jugaba al ajedrez de un modo tan magistral que no había rival que se le resistiese. Tenía un aire sospechoso o, como dijo graciosamente un espectador, ‘daba la sensación de que acababa de fumar’. Frente a él había un gran cajón con dos puertas frontales que, al abrirse, mostraban sus engranajes, y un cajón donde se guardaban las piezas del juego. Sobre el cajón había un tablero de ajedrez. Lo había construido el artesano húngaro Wolfgang von Kempelen en 1769 para entretener a la emperatriz María Teresa en su palacio de Schönbrun, Viena, pero lo

mata ilustre —en, rigor, un falso autómeta—. Su sentencia es decididamente clara para focalizar el efecto de la composición y la recitación poética en las culturas orales: la preservación de la palabra como foco de atención y de reforzamiento de la identificación recíproca, en relación con un conjunto de lugares comunes y referencias comparadas en la tradición, cuya rémora se garantiza mediante la expresión formulaica y el recurso de la métrica (Havelock, 2002, pp. 97 y ss.). La conciencia que el ritmo da a luz no es otra que la de la participación, y de allí que la repetición formulaica de lo conocido no revista un problema para la comunicación, porque en la oralidad aquélla no persigue —ni es perseguida— por la novedad. Para ilustrar este punto, Havelock recupera la crítica de Platón que identifica la experiencia poética como *mimesis*: “el vocablo no se aplica al acto creativo del ar-

desmanteló enseguida, porque sus habilidades pusieron nerviosos a muchos. Cuando volvió a montarlo a petición del sucesor al trono, el autómeta comenzó una carrera de éxitos que duraría más de cien años” (2009, p. 67). El siglo XVIII ya había sido testigo de otros prodigios de la automatización: el *flautista* y el *pato con aparato digestivo* de Jacques de Vaucanson habían maravillado a París y a Europa, con sus habilidades para la ejecución musical y para la reproducción de las funciones fisiológicas del aparato digestivo, respectivamente. El *pato* y el *Turco* fueron prodigios fraudulentos: el primero no defecaba lo que ingería; el segundo no era gobernado por sus engranajes, sino por un humano oculto que cumplía las funciones de la «máquina invisible». En 1784, von Kempelen vendió su autómeta a Maelzel, con quien recorrió las cortes europeas y terminó sus días en América, donde su secreto fue vendido por una botella de brandy. Antes, tuvo tiempo de vencer y convencer al mismo Napoleón. Edgar Allan Poe le dedicó un largo ensayo para demostrar que no era realmente un autómeta; Ambrose Bierce, un precioso cuento que versa la relación entre naturaleza y técnica; y para Walter Benjamin, fue metáfora de la relación entre materialismo histórico y teología en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*. El éxito del *Turco* deviene, quizá, de la fascinación que, aún hoy, provoca la posibilidad de automatizar los procesos cognitivos. Como cuando la computadora *Deep Blue* venció en una partida de ajedrez, allá por 1996, al entonces imbatible campeón Garri Kaspárov. Fascinación que, conjeturo, deviene de la inasible naturaleza de las «máquinas invisibles».

tista, sino a su capacidad para conseguir que el público se identi[que] —de un modo patológico y, desde luego, aprobatorio— con lo por él expresado” (Havelock, 2002, p. 56).

Goody y Watt, en su celebrado artículo “Las consecuencias de la cultura escrita”, especifican que es la novela la forma artística particular de las culturas letradas: “la novela, que participa en la orientación autobiográfica y confesional de autores como San Agustín, Pepys y Rousseau, y tiene como objeto retratar la vida tanto interior como exterior de los individuos en el mundo real, ha reemplazado las representaciones colectivas del mito y la épica” (Goody y Watt, 1996, p. 72). La novela se especifica como narrativa destinada a la individualidad y se acopla exitosamente a la escritura. La comunicación escrita, en especial tras la aparición de la imprenta, es de por sí un vector en la emergencia de esa condición de la experiencia humana y de la descripción del mundo²²⁵. Esta tendencia a la individuación de la participación en la comunicación marca un fuerte contraste con la rapsodia homeostática de la tradición cultural oral. Las culturas letradas son menos homogéneas, ya que la participación individuada en la lectura y la escritura supone grados de autonomía para la selección, el ajuste y la eliminación de elementos del repertorio cultural. Esto no implica el desgajamiento de la referencia cultural, sino que, por el contrario, es un principio organizador de la cultura letrada.

La novela, por lo demás, muestra de manera arquetípica tanto la reflexividad como la recursividad de la operación comunicativa. El relato novelado interpela a la comunicación comunicando: en efecto, los protagonistas de cualquier novela actúan, *comunicando*. “Se trata, pues,

²²⁵Cfr. Luhmann, 2007, p. 230.

de comunicación en la comunicación; comunicación real como copia de la comunicación ficticia, y comunicación ficticia en la real, que al mismo tiempo hace olvidar que la comunicación ficticia se finge por la comunicación real. Esto permite no sólo comunicar las ventajas de la comunicación oral, sino también su fracaso” (Luhmann, 2007, p. 219)²²⁶.

Por último, los medios de masas. Su narrativa es, sin duda, ecléctica y difícil de abordar. Siguiendo la tesis de Ong sobre la «oralidad secundaria», puede sugerirse que, en su narrativa, la cultura de masas combina elementos poéticos y novelescos y funde la ficción y la realidad en una amalgama lábil. Ong establece que “el *bricolage* o creación a partir de elementos heteróclitos, [lo] que Lévi-Strauss considera característico de las normas de pensamientos “primitivas” o “salvajes”, puede considerarse aquí como producto de la situación intelectual oral. En la presentación oral, las correcciones suelen resultar contraproducentes, haciendo poco convincente al orador. Por eso se las reduce al mínimo o se las evita del todo. Al escribir, las correcciones pueden ser enormemente provechosas, pues, ¿cómo sabrá el lector que se han hecho siquiera?” (Ong, 1987, p. 105). Las historietas (cómic), los seriales y los noticieros televisivos pueden entenderse como fruto de una operación *bricolage*²²⁷, pero ahora especificada por el juego entre ficción y realidad que la experiencia del impreso permite observar y comprender y que, a un tiempo, explicita las correcciones como oportunidades para irritar la comunicación —y, con esto, asegurar su continuidad—.

²²⁶El resaltado en *itálica* es mío.

²²⁷Una idea que también puede rastrearse comparativamente en las observaciones sobre la *cultura collage* de A. Giddens (1997).

El giro evolutivo desde la oralidad hacia las formas abiertas de la escritura implicó, por lo demás, cambios en los aspectos sensoriales. La escritura, “puesto que traslada el habla del mundo oral y auditivo a un nuevo mundo sensorio, el de la vista, transforma el habla y también el pensamiento” (Ong, 1987, p. 87). La palabra oral sobrevivía²²⁸ en el compromiso poético de los participantes de la interacción; frente a esto, la escritura representa una primera reconstitución de la palabra en el espacio, y la imprenta, su definitiva incrustación categórica²²⁹.

“Mientras ahora experimentamos la lectura como una actividad visual que suscita sonido en nosotros, la primera etapa de la impresión aún la consideraba fundamentalmente como un proceso auditivo al cual la vista sólo ponía en marcha” (Ong, 1987, p. 120). En efecto, hablar y escuchar, escribir y leer, son técnicas —adquisiciones evolutivas forzadas por la necesidad de distinguir médium (lenguaje) y forma (oralidad, escritura)— que se remiten en sus diferencias y que, mediante la actualización de sus acoplamientos, se redescubren en el sentido indicado por la *forma escritura*. “Todos los modos de usar el lenguaje presuponen un medio en el que las formas pueden fijarse.

²²⁸El uso del copretérito es intencional para demarcar la referencia explícita a la cultura oral prístina. Sin duda, bajo la cultura letrada, electrónica y, ahora, digital, la palabra hablada sobrevive también en la referencia a sus inscripciones y registros en los múltiples sustratos mediales.

²²⁹Cfr. Ong, 1987, pp. 117 y ss. Por lo demás, “el advenimiento de la escritura cambia todo esto radicalmente, ya que permite que la información cultural sea almacenada de manera más permanente y confiable, y con mucho menos esfuerzo mental del que es posible en la memoria oral (...). Las limitaciones lingüísticas postuladas para la oralidad ya no son necesarias; así también el lenguaje se libera para desarrollarse en otras direcciones (...). La introducción de elementos visuales al lenguaje provoca nuevas formas de reflexión y nuevos dispositivos de composición” (Halverson, 1992, p. 151) [Traducción propia del original en inglés].

Básicamente, debe ser un medio de percepción”, dice Luhmann (2002, p. 9), para especificar luego que “el medio acústico provee el acoplamiento rígido de los ruidos. El medio óptico provee el acoplamiento rígido de las cosas” (2002, p. 10). Se diversifican los medios de percepción y las formas de traducir esa experiencia, con la única constante de que tanto el mundo percibido como el lenguaje continúan siendo uno y refiriendo a lo mismo.

Una consecuencia paradójica del cambio sensorial se observa al advertir que mientras el medio acústico otorga una conciencia inmediata (interna) de la comunicación, el medio óptico “proporciona exclusivamente un mundo exterior. No podemos ver (o ‘sentir’) nuestro ver como oímos o sentimos nuestro oír” (Luhmann, 2002, p. 12). La paradoja emerge por contraste: ya se ha advertido que mientras la comunicación oral se realiza bajo la condición de una amalgama recíproca de sus participantes —esto es, de un sentido fuerte de algo que podríamos denominar, con ayuda de la tradición, la comunidad—, la comunicación escrita demanda introspección y potencia un proceso de individuación. Es la operación sistémica en su esplendor: la distinción de un *afuera*, el entorno, como recurso para afirmar la producción de un *adentro*, el *sistema*.

Sin embargo, la percepción óptica carece “de la conciencia inmediata de un límite entre los estados internos y externos” (Luhmann, 2002, p. 12). Debe recurrir a un esfuerzo extra, artificial, para que la reflexión le permita corroborar su visión. En parte, este esfuerzo se reduce porque el artificio técnico —en este caso, la escritura y su narrativa— provee de indicios que morigeran la incertidumbre. En parte, también, se materializa en la lógica binaria, especialmente en la distinción verdadero/falso. Las dos fuentes de resolución del proble-

ma de la confirmación de la visión nos conducen a considerar una ulterior distinción, particularmente decisiva para la configuración de la comunicación por sus tecnologías: la que separa lo genuino de lo artificial. Walter Ong otorga algunas luces para entender la cuestión en la que arraiga esta distinción:

Afirmar que la escritura es artificial no significa condenarla sino elogiarla. Como otras creaciones artificiales y, en efecto, más que cualquier otra, tiene un valor inestimable y de hecho esencial para la realización de aptitudes humanas más plenas, interiores. Las tecnologías no son sólo recursos externos, sino también transformaciones interiores de la conciencia, y mucho más cuando afectan la palabra. Tales transformaciones pueden resultar estimulantes. La escritura da vigor a la conciencia. La alienación de un medio natural puede beneficiarnos y, de hecho, en muchos sentidos resulta esencial para una vida humana plena. Para vivir y comprender totalmente, no necesitamos sólo la proximidad, sino también la distancia. Y esto es lo que la escritura aporta a la conciencia como nada más puede hacerlo (1987, p. 85).

Esto nos enfrenta, otra vez, al componente exilar de las prótesis. La escritura, el libro, el texto impreso y multicopiado, todos ellos son prótesis que nos obligan a rodear el afuera para afirmar el medio interno. Siempre habrá, sin embargo, una rémora de ese afuera —de lo natural, de lo salvaje, de lo oral— acuciando a la experiencia interaccional mediada por la tecnología. Como se sabe, comunicar significa resolver o, al menos, afrontar problemas de la comunicación, esto es, obliga a incidir en ella para asegurar su reproducción. Para hacerlo, debe prescindirse de todo lo superfluo, de lo que no forme parte de la comunicación en sí misma. Por eso la distancia de la escritura y su independencia de la inmediatez recíproca, vista tanta veces como una

pérdida y como un recurso artificial que aleja de lo genuino, es, en realidad, ganancia: la alternativa encontrada, evolutivamente construida, para asegurar que la comunicación prosiga autónomamente, que la sociedad surja y continúe. Esta prosecución es, empero, paradójal: la sociedad —la comunicación— es algo extremadamente frágil, inestable e incierto, que permanentemente lucha por comunicar su fortaleza, su estabilidad y sus certezas.

2. Remisiones de la palabra en la comunicación digital

La comunicación digital no está exenta de continuar la lógica paradójal de ser en sí misma *frágil*, pero expresar comunicativamente *fortaleza*. Como modo específico de la comunicación, hace de la incertidumbre una certeza. La rémora que acucia a la comunicación se vuelve patente, se materializa como posibilidad cierta en los horizontes de la virtualidad. La operación interactiva de las «interfaces artefactuales» promete que puede ser recuperada la oralidad y la potencialidad de su mundo —claro que no en su sentido prístino, sino como re-inscripción, lo que presupone a la escritura—. De este modo, la comunicación puede (podría) conservar la ganancia de la distancia y, a la vez, recuperar el confortable control de la mutua percepción sensible.

Tal promesa de las «interfaces artefactuales» no es una creación original de éstas, sino la potenciación de un proceso abierto antes por los medios de masas. En este sentido, la apreciación de Ong sobre la re-emergencia de la voz —esto es, de la palabra oral—, escrita en 1967, se manifiesta reveladora:

La sensación de un presente urgente en la que el hombre tecnológico vive ahora se debe (...) no sólo a la creciente eficacia de nues-

tras técnicas computacionales y de recuperación de la información (ordenadores, indexación electrónica, etc.), sino también, de una manera especial, al uso directo del sonido, particularmente la voz. La audición activa y refuerza el presente como ningún otro sentido puede hacerlo. Los impulsos eléctricos viajan sobre el alambre de telégrafo a la misma velocidad que los impulsos eléctricos en las ondas de radio o en el teléfono. Pero la voz humana en vivo, por teléfono o radio, crea un sentido de presencia y del presente que va mucho más allá de lo que el mensaje telegráfico podrá ir jamás. La voz es 'real'. Y la voz está en el aire, hoy más que nunca (Ong, 1967, p. 298)²³⁰.

La cita puede re-significarse fácil y rápidamente al aplicarla sobre la operatividad comunicacional de una «interfaz artefactual» determinada: el teléfono móvil. Tampoco debe perderse de vista que la voz es un recurso cada vez más incorporado a la relación entre usuario y computadora, lo mismo que a la configuración comunicativa de los entornos virtuales de interacción en internet. Por un lado, se trata de potenciar la difusión de las voces emitidas desde un nodo central de la red comunicativa, es decir, de aumentar las posibilidades propagativas de las emisiones radiales y audiovisuales, mediante su puesta en disponibilidad para ser activadas o bien cuando se lo desee, o bien, azarosa o intencionalmente, cuando se las encuentre. Un ejemplo característico son las plataformas de archivo y reproducción de videos en línea²³¹, con su aptitud para eventuales actualizaciones de voces

²³⁰Traducción propia del original en inglés.

²³¹Al momento en que este trabajo se escribe, la plataforma de estas características más difundida es *YouTube* (<http://www.youtube.com/>), aunque existen muchos otros em-

alzadas en el pasado. Se advierte sencillamente que este tipo de re-introducción de la voz no cambia en lo sustancial el papel que la palabra hablada había adquirido ya con los medios electrónicos: lo que se produce y re-produce son voces autorizadas, emitidas desde nodos institucionales de producción comunicativa.

Hay, sin embargo, un intersticio donde emerge una novedad, una operación interactiva en la que participa la voz que sí posee ribetes singulares: estas mismas disponibilidades técnicas permiten la introducción múltiple de voces emitidas por fuera de toda institución y organización. Surge así un concierto polifónico que, montado sobre la metáfora de la red, produce redundancias y disonancias de origen individuado e identitario, que no pueden ser consideradas meras misceláneas de la comunicación. La polifonía permite “una multiplicidad y una diversidad que seguirán siendo un desafío y se resistirán siempre a un control absolutista, pese a los esfuerzos por normalizarlas y perfilarlas. La dimensión polifónica de la identidad digital es *potencialmente* capaz de implantar diversas especificidades culturales dentro de la cultura digital y, por lo tanto, tal vez, de relativizar y atenuar, en la medida de lo posible, su tendencia universalista” (Doueih, 2010, p. 27).

El escenario donde estas y otras reintroducciones de elementos propios de las culturas oral, letrada y masiva²³² tiene lugar es el espacio virtual: una semántica de utilización y utilidad creciente tiende a definirlo como un medio «convergente». Durante los últimos años,

prendimientos con la misma lógica. Las cada vez más asequibles condiciones técnicas para el registro, el procesamiento y la publicación en la red de materiales de audio y video han repercutido en la multiplicación de este tipo de recursos.

²³²Y con ellas, sus tipos posibles de interacción actualizados por la interactividad.

en las descripciones académicas de la comunicación digital, la idea de convergencia²³³ ha desplazado a la noción de «multimedia» de su lugar de concepto central y descriptor general. Tal desplazamiento proviene de la pretensión de analizar los movimientos de confluencia, solapamiento y recursividad que caracterizan la relación del entorno virtual con las otras tecnologías de la comunicación. En una valoración rápida, pueden identificarse al menos tres clases de convergencias: la tecnológica, la económica y la semiótica o retórica²³⁴ —esta última, también llamada comunicacional, término al que rehúyo dadas las connotaciones especiales del vocablo en la perspectiva que sostengo—.

La convergencia económica da cuenta de las estrategias empresariales con las que la industria cultural de los medios de masas hace frente a las posibilidades abiertas por las «interfaces artefactuales». Se fusionan empresas complementarias, al tiempo que se diversifican y articulan de modos novedosos —las coberturas noticiosas multiplataforma, por ejemplo—. Surgen también nuevos sectores productivos dedicados a la producción multimedia, de realidad virtual, etc. No debe descartarse aquí la incidencia de la recidiva de lo artesanal, esto es, de la producción comunicativa por fuera de los conglomerados económicos de la comunicación. Por su parte, la convergencia tecnológica incluye la amalgama de las alternativas disponibles para el diseño, la producción y la difusión comunicativa. Se trata aquí de la flexibilidad para incluir y utilizar los nuevos dispositivos de producción y recepción digital que emergen periódicamente.

²³³Un ilustrativo repaso de las distintas definiciones con las que se ha descrito la «convergencia» puede leerse en Scolari, 2009b, pp. 45-49.

²³⁴Sigo aquí las propuestas de Scolari (2009b), aunque reelaboradas y simplificadas.

camente y las consecuentes nuevas formas de difusión acopladas a esos artefactos.

La convergencia semiótica, por último, describe los procesos por los que confluyen diversos sistemas de significación: “las pantallas interactivas integran diferentes sistemas de significación (verbal, icónico, audiovisual e interactivo) que llevan a la conformación de *textualidades sincréticas*, donde el significado es algo más que la suma de una serie de contenidos autónomos” (Scolari, 2009b, p. 54). Se trata, en buena medida, del tipo de fenómeno que intenta describir la conjetura de este estudio. Como señala Scolari, “las convergencias dialogan y se influyen entre sí” (ibídem), conformando un único entramado sólo distinguible analíticamente²³⁵.

Tal entramado es lo que he denominado «espacio virtual» o «virtualidad» a secas y que configura la semántica espacial específica de la tecnología digital de la palabra. Para que esta semántica esté completa, sin embargo, debería describirse una cuarta convergencia: la que

²³⁵“Un ejemplo nos ayudará a entender mejor este cambio de perspectiva: tal como sucedió con la web hace una década y media, los dispositivos móviles (teléfonos celulares, palms, iPods, etc.) están concentrando en sus pequeñas pantallas contenidos de muchos otros medios; por otro lado, como ya indicamos, la expansión de este *new media* está llevando a una conflictiva confluencia entre la industria productora de terminales, las operadoras de telecomunicaciones y los creadores de contenidos. Todo parece converger en estos pequeños dispositivos de comunicación personal. Sin embargo, esta visión convergente se debería complementar con una perspectiva divergente que focalice su interés en las transformaciones —muchas de ellas inesperadas— que se están produciendo en los márgenes de la comunicación móvil. Por ejemplo, estos dispositivos están transformando prácticas sociales lejanas al ‘hablar por teléfono’, como el transporte (gracias a la tecnología gps), las formas de relación social (la creación de comunidades más o menos efímeras en función de los intereses de los usuarios) o la fruición de contenidos musicales o audiovisuales por fuera de los circuitos tradicionales” (Scolari, 2009b, pp. 54-55).

denota el acoplamiento entre la presencia y la distancia. El espacio virtual, como ya he consignado, no se comprende mediante la distinción real/virtual, sino con el auxilio de la observación de la actividad que distingue entre aquello que puede ser activado y aquello fuera de alcance. La posibilidad de operar esta observación es indiferente al tipo de contexto donde es realizada, en otras palabras, le da igual que sea sobre la pantalla de la computadora o del teléfono, sobre la mesa de un café o en el atrio de un templo. Es factible que varíen los géneros con que se comuniquen las descripciones fruto de la observación, pero no la operación mediante la que se observa. Como se vislumbró en el caso de la escritura y de la oralidad, la digitalización tampoco duplica el mundo. El mundo virtual no es un mundo distinto: *está* en el mismo mundo que el resto de los objetos.

Lo que agrega el espacio virtual al mundo es la posibilidad de referirlo en su completitud como un contexto. En este sentido, la virtualidad *disloca* el mundo y habilita una semántica del espacio signada por las ideas de deslocalización y ubicuidad. Esto se comprende de manera más cabal al considerar la semántica que describe al tiempo del espacio virtual: el «tiempo *real*». Las comunicaciones, las interacciones, la información, se suceden y viajan en «tiempo *real*». La expresión es la descripción semántica que refleja, aunque de modo parcial, la operación de la «ilusión de instantaneidad». La imbricación entre estas semánticas y la idea de convergencia se advierte, por ejemplo, en la siguiente descripción:

Los sistemas móviles de mensajes, que cada vez con mayor agilidad aprovechan el espesor del ancho de banda para facilitar interacciones múltiples en tiempo real, (...) hace[n] cada vez más notorio el crecimiento de las interacciones en una especie de *urgencia*

de la interacción (...); aparte de cambiar la rapidez de los mensajes de ida y vuelta, han cambiado de modo transcendental el volumen de interacciones cotidianas. (...) En tiempos de racionalización y pérdida de la interacción social, dado el ritmo y los modos de la identidad, el *chat* y los mensajes a móviles expresan la posibilidad de reencantamiento de las relaciones cotidianas, lo que obviamente no implica la restitución de los viejos contenidos del lazo social, sino una recomposición de ese lazo, que trae a lo íntimo incluso lo distante y cambia el sentido de lo público. Refundar el lazo social en las nuevas formas de interacción implica, entonces, la ratificación de lo humano en las interacciones, pero implica, a la vez, que las nuevas tecnologías se han convertido en el soporte connatural a dicha interacción, y que, por tanto, una vez escogido este camino, las tecnologías entran a integrarse como órgano fundamental de la necesidad de interacción (Gutiérrez, 2009, pp. 154-155).

Pero para que se produzca tal encantamiento hacen falta, sin duda, *encantadores*. En su análisis fenomenológico de *Don Quijote*, Alfred Schütz precisa la función de los encantadores en el mundo social: son los encargados de trocar “el esquema de interpretación válido en un subuniverso, en el esquema de interpretación válido en otro” (Schütz, 1974b, p. 137). Cuando se admite la existencia y la actividad de los *encantadores*, dice Schütz, “no hay nada que siga siendo inexplicable, paradójico o contradictorio”. En los mundos sociales de las «interfaces artefactuales», si algo puede asumir una función comparable a la de los *encantadores*, ésa es la «ilusión de instantaneidad». Es claro que en la comunicación digital no ha de hablarse de *subuniversos*, pero sí de una pluralidad de sistemas de interacción que ya no están, como en el cara-a-cara, cerrados sobre sí mismos, sino abiertos y solapados

entre sí. El sistema de interacción del estudiante que cursa sus materias en el entorno virtual de una universidad se traslapa con el de la interacción cotidiana de su mundo íntimo. Los mundos virtuales y los presenciales —en rigor, un mismo mundo— se remiten, se condicionan y se transforman recíprocamente.

Como operación de la comunicación digital, la «ilusión de instantaneidad» permite a la palabra adquirir cualquiera de sus formas conocidas —y en esa amalgama aparecer nueva y renovada!—, recurriendo a los controles, semánticas y géneros que le son propios para garantizar su eficacia comunicacional. También, faculta a la presencia para atravesar la distancia, prescindiendo del cuerpo o, mejor, redescubriéndolo²³⁶. Al componer estas dos operaciones como un todo, la «ilusión de instantaneidad» coopera en la autopoiesis indexical de los sistemas de interacción contemporáneos, en tanto le permite prescindir de la inscripción espacial tradicional. La comunicación ya no sólo va hacia atrás y hacia delante en el tiempo; ahora también navega el mundo en todas las direcciones de la rosa de los vientos pero sin necesidad de orientarse por ella, dado que para su viaje no necesita transportar su punto de emisión: éste ya está *ilusoriamente* desplazado, es *ubicuo*. La indexicalidad de la operación comunicativa en la interacción se mantiene —otra vez, como para el caso de la actividad, quizá sólo se transforme el género expresivo mediante el que se realiza—; lo que se transforma es el horizonte de posibilidad para sus logros prácticos: éstos devienen ubicuos.

²³⁶La idea de *ciborg*, tal como ha sido definida y trabajada por Broncano (2009), es especialmente apropiada para describir esta condición. Tratarla en este punto desviaría innecesariamente la atención del lector; sólo advertimos que será retomada más adelante a la hora de concluir este ejercicio de reflexión. Ver *infra*: Epílogo.

3. Operaciones indexicales, logros ubicuos

En un sentido práctico, el objetivo de esta sección es constituirse al modo de un trabajo de orfebrería y encastre. Se trata de irritar mutuamente los componentes dinámicos de la oralidad y las dimensiones pragmáticas de la construcción de marcos de experiencia, en el espacio de los mundos sociales performados por la comunicación mediada por las «interfaces artefactuales». En *Oralidad y Escritura*, Ong describe las psicodinámicas específicas de la cultura oral. Las observaciones que hace allí son especialmente fértiles para pensar de manera crítica la descripción de esos procesos en la comunicación digital: para hacerlo, retomaré algunos usos y dinámicas comunicativas de las «interfaces artefactuales» que ilustran el modo en que se reintroducen y resignifican esas psicodinámicas orales.

La intención es exhibir las trazas donde discurre la autopoiesis indexical de los sistemas de interacción de la comunicación digital. Como resultará evidente, el ejercicio no agota las posibilidades de indagación al respecto, pero en tanto la idea de indexicalidad se ilustra con precisión en la operación comunicativa oral, abreviar allí el análisis posee un valor especial. Esto no descarta que la redesccripción de las funciones de la escritura bajo la cultura digital también coopere en asegurar la autopoiesis indexical de la interacción. De hecho, bajo las conjeturas que formulé e intento documentar se supone que lo hace. Perseguir la pista oral, en este sentido, es sólo una selección que este observador —quien escribe estas líneas— juzga apropiada para aspirar a la eficacia comunicativa de sus observaciones.

Como cualquier escenario interaccional, el digital no se estabiliza de una vez y para siempre, sino que se funda y refunda *cada vez, toda vez*, “como logros continuos y contingentes de las prácticas inge-

niosamente organizadas” (Garfinkel, 2006, p. 20) por los participantes. La realidad de la comunicación que allí se produce consiste en las interpretaciones que hacen los miembros sobre la situación en la que interactúan. Cuando los actores, mediante esas interpretaciones, identifican las características de la situación como *adecuadas* o *típicas*, les confieren un carácter objetivo, aunque situado y siempre sujeto a reinterpretación. Para este proceso práctico (y provisional) de estabilización, los actores “dependen de habilidades y conocimientos que dan por sentados y reconocen” (Garfinkel, 2006, p. 9). Como se aprecia, estas observaciones de Garfinkel sobre la interacción cara-a-cara no tienen por qué ser diferentes bajo la mediación de las «interfaces artefactuales». Los modos en que la interactividad perfila a la interacción otorgan a los participantes recursos lógicos y metodológicos²³⁷ específicos para hacer explicable la situación.

La adquisición de esos recursos conlleva problemas prácticos, muchos de ellos largamente comentados en la literatura bajo la ambivalente etiqueta de «alfabetización digital», una alternativa expresiva utilizada para indicar una serie de cuestiones referidas a las capacidades y competencias que el individuo debe poseer para participar de la comunicación digital. En efecto, el discurso oral, la escritura, la lectura y todas las operaciones de emisión y de percepción requieren de un re-

²³⁷Debe tenerse en cuenta, a este respecto, que “todo tópico de ‘lógica’ y ‘metodología’, incluyendo también estos dos títulos, son glosas de los fenómenos organizacionales. Estos fenómenos son logros contingentes de prácticas comunes de organización y, como logros contingentes, están variablemente disponibles para los miembros como normas, tareas y problemas. Sólo de esta manera, y no tomando tales logros como categorías invariables o principios generales, los miembros definen ‘la investigación y el discurso adecuados’” (Garfinkel, 2006, p. 44).

aprendizaje *ad hoc* para su uso en el medio digital²³⁸. De allí, en parte, toda la semántica desarrollada sobre la calidad del diseño y la usabilidad (*usability*) que las «interfaces artefactuales» deben presuponer para asegurar su uso comunicativo. También, las preocupaciones escolares que se despliegan, consecuentemente, en otras semánticas, vinculadas, por lo general, a los «retos» que las «interfaces artefactuales» representan para el sistema educativo. En conjunto, se trata del problema del

aprendizaje de un nuevo tipo de lectura y escritura que recoge la densidad de la experiencia de interacción social y la traduce en formas del “cara a cara”, a pesar de basarse en un sistema mediado. Este proceso es precisamente una de las redefiniciones fundamentales de la escritura y la lectura en la red y en los nuevos soportes: prima la interactividad más que la recepción, y lo emergente comunicativamente más que lo establecido (Gutiérrez, 2009, p. 156).

Tal aprendizaje y tales prácticas deben considerarse, también, logros prácticos de la interacción. En este sentido, lo relevante para el análisis sociológico son los métodos y estrategias del conocimiento práctico que los actores ponen en juego para formular explicaciones que den cuenta de esos escenarios organizados donde tiene lugar la comunicación. Los métodos y los escenarios organizados se vinculan mediante las expresiones indexicales, que dotan de sentido tanto a unos

²³⁸También, en la literatura, se releva una distinción entre los llamados «nativos digitales» —aquellos para los que las tecnologías digitales han estado, por decirlo de alguna manera, incorporadas en su experiencia de socialización primaria— y los «inmigrantes digitales». El uso de estos términos tiene, al menos, una década desde su proposición por Prensky (2001), aunque en los últimos años han sido precisados con mayor ahínco. Véase, entre otros, Boyle y Sandford (2008), Bennett, Maton y Kervin (2008), Piscitelli (2009) y Zur y Zur (2010).

como a los otros. En los sistemas de interacción digital, la indexicalidad debe afrontar dos problemas: en principio, debe referir al contexto específico, medial, donde la interacción tiene lugar —contexto que, por lo demás, escala en sucesivas capas de superficie: las disposiciones interactivas de la pantalla, las del entorno específico (una red social, una universidad virtual, un *blog*), las de la red—. Luego, debe organizar y referir las intersecciones donde ese contexto se traslapa con los escenarios de otras interacciones. Acuciada por la fragilidad, como toda otra experiencia social, la interacción que emerge en la interactividad acude a las recetas conocidas y previamente comprobadas para sortear la vulnerabilidad a la que se expone. Con todo, cabe notar que, como explica Goffman, “la vulnerabilidad de la organización de nuestra experiencia no es necesariamente la vulnerabilidad de nuestra vida en sociedad” (2006, p. 456). La fragilidad de la experiencia está vinculada con las posibilidades de transformación del contexto inmediato; la de la vida social, con la improbabilidad creciente de la comunicación.

La operación indexical, como se expuso antes, crea la ilusión de la centralidad de la perspectiva del ejecutante, acoplando débilmente la conciencia con el sistema social. Al hacerlo, todos los partícipes de la interacción pueden estabilizar el contexto de su actividad y concebirlo como compartido, como el mismo y único para todos. Así, se clausura operativamente la interacción y, comunicativamente, se comprende la distinción sistema/entorno. Al conseguir esto indexicalmente, la comunicación inaugura un doble movimiento: la palabra adquiere sentido en referencia al contexto y, por esa conexión, el contexto deviene comunicable. Como la comunicación digital emerge en un entorno conformado recursivamente por contextos plurales y solapados, la operación indexical se ve compelida a conciliar el sentido de la comunicación en referencia a tal multiplicidad.

Según Ong, en el mundo de la oralidad, los significados se actualizan mediante una «ratificación semántica directa», es decir, por su referencia a las saturaciones concretas donde las palabras entran en juego —en rigor, esto no es más que otro modo de definir, al menos en parte, a la indexicalidad—. “El pensamiento oral es indiferente a las definiciones” (Ong, 1987, p. 52): para dotar a las palabras de un sentido específico no recurre simplemente a otras palabras, sino a simbolizaciones y contenidos metacomunicacionales de muy diverso tipo, que abarcan “todo el marco humano y existencial dentro del cual se produce siempre la palabra real y hablada. Las acepciones de palabras surgen continuamente del presente; aunque, claro está, significados anteriores han moldeado el actual en muchas y variadas formas no perceptibles ya” (*ibidem*).

Que los sistemas de interacción virtuales deban afrontar esta tarea en el marco de ambientes plurales implica, a su vez, que los actores que toman parte están en movimiento. Una sugerencia de Broncano permite comprender el tránsito de los participantes entre los contextos traslapados de la interacción digital al modo de una «experiencia nómada»: “una existencia entre diversos países, diversas culturas, diversas lenguas, diversos géneros. Experiencias emigrantes, viajeras o meramente turísticas, aunque sea en esa elemental forma de turismo que es la adicción a las imágenes y a las pantallas, peregrinajes en territorios virtuales o reales. Una existencia creada por las experiencias de mudar la propia subjetividad a espacios otros” (Broncano, 2009, p. 26).

Un estudio sobre los usos dados al teléfono —en especial, al móvil— por viajeros y turistas²³⁹ muestra la particular relación que las «interfaces artefactuales» permiten sostener entre el entorno cotidia-

²³⁹Cfr. White y White, 2005.

no de origen y los nuevos ambientes que componen la travesía. “Las tecnologías de la comunicación permiten a las personas seguir siendo parte de sus redes sociales, mientras que están físicamente ausentes y distantes de ellas. (...) El resultado es la capacidad para lo que se ha llamado ‘intimidad nómada’ en un entorno social caracterizado por la extensión de los espacios de la vida cotidiana y de la libertad individual para moverse en esos espacios” (White y White, 2005, p. 103)²⁴⁰.

La voz humana, tal como se advirtió en la sección anterior, articula el entorno comunicativo de manera inmediata. Es dable notar aquí que al implicarse la voz, se denota en forma extremadamente clara que lo que ingresa a la interacción mediada es el mismo cuerpo. La transmisión de la voz, en especial cuando es utilizada para propósitos interaccionales, permite una rápida actualización y solapamiento de los entornos distantes, como el mismo estudio sobre viajeros permite atisbar:

Oír la voz de los amigos y la familia es una experiencia íntima, que altera la percepción de la distancia. Esto hace posible ‘reír con alguien’ que está a miles de kilómetros de distancia. Un viajero reportó que había hecho una llamada telefónica el día anterior debido a que su esposa quería oír la voz de su hija. Otro informó que:

“Estamos aquí, en el otro lado del mundo, pero escuchamos sus voces muy claramente. Se siente que todos ellos están cerca de ti” (mujer, 25, viajando con su esposo) (White y White, 2005, p. 105)²⁴¹.

²⁴⁰Traducción propia del original en inglés.

²⁴¹Como es presumible, la comprensión de la distancia y de la cercanía en esas situaciones adquiere significados ambivalentes. Como notan los autores de este estudio: “A veces los sentimientos de cercanía y distancia se experimentaron al mismo tiempo. Estar en contacto con amigos y familiares puede significar que: ‘Por un lado (con la llamada

Los logros de la comunicación interactiva han de ser ubicuos y esa posibilidad está ya prevista en la funcionalidad operativa de las «interfaces artefactuales», que, mediante su apelación al «tiempo real» como descripción temporal de sus operaciones, prescriben la confianza de los participantes en la realización de la comunicación.

La comunicación a través del teléfono celular es “deslocalizada” [*delocating*] o separada de su entorno inmediato. El uso del teléfono celular nos deja absortos cognitivamente y, a menudo, nos encontramos disfrutando del mundo de la vida de otros, que están en otros lugares, merced a su mediación espacio-temporal (...). Esta “inmersión” es vista como uno de los “placeres clave” de los nuevos medios de comunicación, dada su capacidad de ofrecer “transportación” en línea. (...) La sensación angustiosa de estar lejos puede ser salvada mediante el uso de estas tecnologías de “relación a distancia”. “*Usted sabe que el mensaje llegará*” (mujer china, Kuala Lumpur). Correlativamente, esta inmersión desgarrar los lazos espaciales y geográficos con el entorno inmediato (Wilson y Thang, 2007, pp. 951-952)²⁴².

La deslocalización de la comunicación digital requiere de una elaboración meticulosa de los conceptos de que se sirva para realizarse como un continuo logro práctico. Aquí, la dinámica de *bricolage* enfrenta el desafío de vincular los procedimientos de abstracción lógica, propios del mundo textual, con el tipo de abstracción conceptual liga-

telefónica), te sientes cerca de ellos, pero es algo que te hace más consciente de la realidad, de lo lejos que estás’ (hombre, 40 años, viajando con su pareja)” (White y White, 2005, p. 106). [En ambas citas, traducción propia del original en inglés].

²⁴²Traducción propia del original en inglés.

da a lo sensible de la oralidad. “Las culturas orales tienden a utilizar los conceptos en marcos de referencia situacionales y operacionales abstractos en el sentido de que se mantienen cerca del mundo humano vital” (Ong, 1987, p. 54). En cambio, los conceptos que se construyen mediante el tipo de abstracción que posibilita la cultura letrada pueden entenderse como un texto: fuertemente fijados, su relación con otros textos sólo se comprende al considerar su condición de separación mutua; aun cuando todo texto remite a otros, que, a su vez, glosan o disputan con otra serie de textos y *así sigue*, cada texto debe asegurarse en su integridad comunicacional autónoma.

La comunicación digital dinamiza un tipo de abstracción mixto, a la vez textualmente fijo y ambientalmente dinámico. Un estudio sobre las prácticas comunicativas que se desarrollan mediante los servicios de mensajería instantánea en internet provee algunos vestigios sobre la ejecución concreta de tal abstracción mixta, donde se intuye, también, la lógica interactiva de la «escritura secundaria». Los participantes en esas interacciones

...usan el lenguaje estratégica y creativamente (...) para iniciar y mantener intercambios satisfactorios. (...) “Hablar” es una *performance escrita en IM*²⁴³ (...). Los participantes utilizan recursos lingüísticos para manipular el tono del escrito, seleccionan palabras, los temas y la estructura de los mensajes con el fin de mantener conversaciones interesantes y dejar fuera todo lo que no es de su interés. Sin embargo, más allá de estos usos del lenguaje en la mensajería instantánea, [los participantes] utilizan el lenguaje de

²⁴³La sigla refiere a «*Instant Messaging*» (mensajería instantánea). El énfasis en *italica* de la cita es mío.

forma compleja con el fin de vérselas con múltiples mensajes y entretrejer esas conversaciones, dentro de tramas generales y más amplias (Lewis y Fabos, 2005, p. 482)²⁴⁴.

Ubicuidad y deslocalización son los aspectos descriptores de la dimensión espacial de la «ilusión de instantaneidad». Dan cuenta del movimiento perpetuo al que se someten los participantes de los sistemas de interacción y que, por ende, especifica el contexto sinuoso donde emerge la comunicación digital y su operación autopoética. Este contexto de límites porosos se describe mediante una serie de nociones que aseguran la clausura operativa de los sistemas de interacción digitales y que, aun bajo la idea de la pluralidad traslapada de mundos sociales con la que los he caracterizado, poseen una índole restrictiva, de fijación, que es necesario precisar. Un recurso teórico fértil para acometer esa empresa son las propuestas de Goffman acerca de, por un lado, los «corchetes temporales y espaciales» que permiten la delimitación de las experiencias interaccionales y, por el otro, la utilización de «conectivos» para organizar la continuidad de la experiencia.

Los primeros permiten entender cómo un mundo interaccional se cierra sobre sí mismo, sin obturar por eso la probabilidad de que la interacción —y la comunicación!— continúen. Los «conectivos», por su parte, son recursos prácticos y convencionales que sirven para garantizar esa continuidad, en otras palabras, para inscribir un nuevo corchete que dé inicio a otro marco de actividad. Como el límite de una *forma*, los corchetes no “son ni parte del contenido de la actividad propiamente dicha ni parte del mundo externo a la actividad, sino más bien ambas

²⁴⁴Traducción propia del original en inglés.

cosas, internos y externos, condición paradójica (...) que no ha de eludirse sólo porque no sea fácil pensar sobre ella con claridad. Se puede, pues, hablar de corchetes temporales de apertura y cierre y de corchetes de vinculación espacial” (Goffman, 2006, p. 262).

La investigación sobre la mensajería instantánea, a la que referí unas líneas más arriba, hace énfasis en dos elementos de la *performance* interactiva con la que, en ese tipo de interacción, se insertan corchetes de separación al tiempo que se generan conectivos de prosecución. Ambos elementos giran en torno a un requisito cardinal para la participación exitosa en tales interacciones: la velocidad de respuesta, combinada con el mantenimiento simultáneo de varias conversaciones. “En la mensajería instantánea, para mejorar su estatus social los usuarios deben estar en sintonía con sus audiencias y controlar estratégicamente la interacción. Hay algunos co-participantes que necesitan recordatorios sutiles de que no son una prioridad y, por lo tanto, no vale la pena darles una respuesta rápida” (Lewis y Fabos, 2005, p. 487)²⁴⁵. Las opciones interactivas de los dispositivos de mensajería instantánea incluyen, además, alternativas para dar cuenta de la disponibilidad o no de cada usuario de iniciar un proceso de interacción: la posibilidad de pre-anunciar un tipo de estado (disponible, ocupado, al teléfono, lejos de la computadora, etcétera) implica el establecimiento de un «corchete» potencial, tanto de apertura como de indicación espacial. Estas disponibilidades interactivas y el valor semántico de la velocidad de respuesta se basan en la operación de la «ilusión de instantaneidad»: la contraparte interaccional *está ahí*, da señas de su disposición o no a la actividad, utiliza recursos lingüísticos y conver-

²⁴⁵Traducción propia del original en inglés.

sacionales para mostrar su interés en compartir o no un foco de atención. En conjunto, los «corchetes» digitales indican la construcción de un entorno comunicativo *instantáneo*, respecto del cual las intervenciones comunicativas adquieren sentido indexicalmente.

Los conectivos, por su parte, toman la fisonomía de “convenciones”. Éstas, según Goffman, cumplen funciones calibradoras en la construcción de episodios, primero, porque “el que utiliza estos recursos a menudo parece confiar en su capacidad de reencuadrar lo que viene después de ellos (o antes en el caso de los epílogos) y parece situarse, en cierta manera, del lado optimista de esta confianza. (...) Segundo, en la medida en que las ‘consideraciones iniciales’ pueden disponer el escenario y encuadrar lo que sigue, hay razones para que se considere estratégicamente significativo ‘decir la primera palabra’” (Goffman, 2006, pp. 266, 267). Lewis y Fabos (2005) encuentran en las fórmulas de saludo, en los íconos emocionales —*emoticons*— y en las estrategias de fraccionamiento de las oraciones modos convencionales de asegurar tanto la continuidad de la interacción como el control del foco de atención:

La mensajería instantánea no soporta frases largas porque un interlocutor puede tomar rápidamente la conversación en otra dirección. Si los participantes quieren sostener un pensamiento sin interrupción, a menudo escriben frases parciales (...); nuestros participantes [en referencia al grupo en estudio] dejan en claro que el uso de oraciones parciales es un movimiento estratégico para abstener al interlocutor de pasar a otras conversaciones. Una vez que el pensamiento estaba completo, entonces se podía brincar hacia otro intercambio. La mayoría de las veces, fueron desafiados a responder a sus interlocutores rápidamente para que

el intercambio prosiguiera, a responder de forma inteligente para mantener el interés e impresionar a sus pares, a escribir correctamente las palabras (también para impresionar a sus compañeros), y a realizar un seguimiento de todos los demás intercambios que estaban sucediendo simultáneamente (p. 485).



Al describir la manera en que el contexto interaccional se construía en las diversas tecnologizaciones evolutivas de la palabra, se reparó en la importancia que, en este punto, adquiere la función de la memoria. Una proposición de Ong permite resumir y, a un tiempo, resignificar lo que fue explicitado allí: “la memoria oral difiere significativamente de la memoria textual en el sentido de que la memoria oral tiene un gran componente somático” (Ong, 1987, p. 71). Otra, da cuenta del modo en que la operación indexical está ligada a la semántica temporal: “las sociedades orales viven intensamente en un presente que guarda el equilibrio u homeóstasis desprendiéndose de los recuerdos que ya no tienen pertinencia actual” (Ong, 1987, p. 52).

Dado que la memoria de la oralidad se instala en un presente inmediato y continuo, la comunicación que allí tiene lugar se articula en palabras que son siempre modificaciones de una situación existencial concreta y totalizante. La textualidad, en cambio, inserta la palabra en un contexto exclusivamente verbal, clausurado en la referencia de cada palabra a un número previsto de acepciones posibles —el diccionario—. Es el orden propio del texto el que determina cuál de esas alternativas semánticas es la que debe ser considerada estricta y apropiada para la comunicación que su autor propone.

Una de las formas características —y primigenias— de la comunicación digital, el *hipertexto*, activa la memoria de una manera particular:

La memoria de corto plazo [*short-term memory*] y la memoria activa [*working memory*]²⁴⁶ son particularmente importantes en el uso de la memoria en el hipertexto. El hipertexto requiere que el usuario realice varias tareas al mismo tiempo. En primer lugar, el usuario debe leer y comprender el texto y los gráficos que enfrenta en la página actual. En segundo lugar, el usuario debe retener lo fundamental de las páginas anteriores a la página actual, él o ella debe ser capaz de entender el flujo de la lógica, las ideas y el texto desde las páginas anteriores hacia la página actual. En tercer lugar, el usuario debe decidir a dónde ir desde la página actual. ¿Debería continuar con la página siguiente? ¿Debería navegar hacia un tema relacionado? Todas estas tareas deben ser realizadas simultáneamente. Esto impone bastante carga sobre los sistemas cognitivos de los usuarios, sobre todo si no entienden las convenciones de hipertexto o simplemente está aprendiendo el sistema de hipertexto que está utilizando. Hay que añadir a todo esto el hecho de que muchas páginas de hipertexto requieren que el usuario se desplace (poniendo mayor presión sobre la memoria de corto

²⁴⁶En términos del propio autor de la cita, estas tipificaciones de la memoria se definen de la siguiente manera: “La memoria a corto plazo [*short-term memory*] puede ser definida como la cantidad de información que un individuo puede mantener activa o ‘en mente’ al mismo tiempo. La memoria activa o en funcionamiento [*working memory*] puede ser definida como la forma en que un individuo puede manipular información en la memoria; Humphreys y Revelle llaman a esto ‘transferencia de información’” (Boiarsky, 1997, p. 112). Como se aprecia, se trata de un tratamiento de la memoria en referencia a sistemas psíquicos, no sociales. [Traducción propia del original en inglés].

plazo al requerir que el usuario recuerde el contenido que ya no está visible), y que es entendible que los usuarios puedan no ser capaces de aprender del hipertexto (sin embargo, la adición de una función de “imprimir” alivia, al menos algo, esta dificultad) (Boiarsky, 1997, pp. 120-121)²⁴⁷.

Al condicionar de esta manera la función de la memoria, crecen las probabilidades de que el usuario²⁴⁸ se pierda en el entramado hipertextual: ya no recuerda la ruta —esto es, la urdiembre de sucesivas irritaciones— ni las informaciones precedentes que lo guiaron hasta el punto donde se encuentra, y, en el extremo, tampoco las que desea en el futuro. La comunicación hipertextual crea una escalada de ofertas de selecciones del *dar-a-conocer*, de tal modo que no sólo aumenta la probabilidad de que la *comprensión* no tenga lugar, sino también la posibilidad de perder de vista qué es lo que está en juego comprender.

²⁴⁷Traducción propia del original en inglés.

²⁴⁸Los usuarios de hipertexto son habitualmente llamados “lectores hipertextuales”, lo que refleja la imbricación entre esta práctica comunicativa digital y la textual. La siguiente puede considerarse una descripción orientadora para entender la relación entre ambas prácticas al distinguir entre tipos de lectores hipertextuales, en el marco de una investigación sobre los usos del hipertexto en contextos educativos: “el curioso, el usuario, y el co-autor. El curioso lee sin ningún propósito especial que no sea el de encontrar algo interesante con lo que comprometerse. (...) El usuario está buscando información específica y utiliza el hipertexto para encontrarla. Vemos estos lectores en nuestras aulas y en los laboratorios de computación, e instamos a que esta clase de lector surja cuando asignamos tareas de investigación. (...) Luego está el tercer tipo de lector. (...) Debemos desafiar a nuestros estudiantes a leer como coautores, como colaboradores que deliberadamente insertan sus propios escritos en respuesta a un texto electrónico. Esto significa que los estudiantes están deliberada y conscientemente leyendo y colaborando con un autor y están utilizando la tecnología informática para cooperar con el cuerpo de conocimientos que está creciendo en internet” (Patterson, 2000, p. 79). [Traducción propia del original en inglés].

La descripción de este extravío —fundado en las operaciones mnemotécnicas del sistema de conciencia que, por lo demás, está laxamente acoplado al sistema social y de interacción, como sustrato expresivo de la memoria sistémica— funge como un puente comprensivo para dar cuenta de la redescrición funcional de la memoria en los sistemas de la comunicación digital.

El extravío da cuenta de una dificultad para recordar, lo cual no necesariamente está ligado a la facilidad para olvidar. El recuerdo sólo es posible como selección diferencial respecto de lo que se olvida. El olvido que requiere la memoria social no es la amnesia estructural de las culturas orales, sino una observación que distingue y, al hacerlo, conoce lo que olvida. La memoria social digital —o telemática, en los términos de Esposito (2001)—, como cualquiera de las otras especificaciones evolutivas de la memoria, tiene una especial relación con la semántica temporal propia de la comunicación mediada por las «interfaces artefactuales». Elena Esposito se percata de que, bajo la metáfora de la red, la comunicación acaece en una temporalidad circular: los eventos de la comunicación emergen de manera continua, simultánea y mutuamente referidos. Los tres aspectos conforman la dimensión temporal de la «ilusión de instantaneidad», cuya lógica gobierna la sintaxis y la semántica del tiempo digital.

La difundida idea de «tiempo real» es la alternativa semántica elegida por la comunicación digital para auto-describir lo que, en efecto, toma la forma de *tiempo circular* —una noción problemáticamente enfrentada a la tradición descriptiva de la modernidad²⁴⁹—. El acento en el término «real» no procede de la constatación de una propiedad téc-

²⁴⁹Cfr. Esposito, 2001, pp. 242 y ss.

nica o de un procedimiento lógico-funcional de las «interfaces artefactuales». Antes que eso, deviene de constatar la necesidad operativa de la autopoiesis indexical de asegurar los logros prácticos de los que depende la realización de la comunicación. La «ilusión de instantaneidad», cuyas dinámicas y aspectos descriptores han sido expuestos aquí, es la operación sistémica que satisface esa necesidad.

V. LA ESCRITURA SECUNDARIA

1. La transformación evolutiva de la *forma escrita*

“La escritura se desarrolla a partir de la expresión oral, que nunca será la misma después de que la escritura se interioriza en la psique. La escritura lleva la verbalización fuera del ágora, hacia un mundo de audiencias imaginadas —un mundo fascinante, exigente y exquisitamente productivo—. La imprenta surge de la escritura y transforma los modos y usos de la escritura y, por tanto, también del discurso oral y del pensamiento mismo. Los dispositivos electrónicos surgen de la escritura y la imprenta, y también las transforman, por lo que los libros de la era electrónica se pueden distinguir, por su particular organización del pensamiento, de los de edades más tempranas. Y, de modo subyacente, la conciencia, en la medida en que se la puede considerar por analogía con un sistema, como la interfaz con todo”.

Walter J. Ong, S.J. (1977, p. 339)²⁵⁰

Sólo habría que reemplazar la palabra “conciencia” con el término “comunicación”, en la última oración del largo epígrafe, para luego

²⁵⁰Traducción propia del original en inglés.

proponer a la «escritura secundaria» como el siguiente giro evolutivo de esta serie de tecnologizaciones de la palabra. La noción «escritura secundaria» se comprende al advertir la doble remisión de su significado. Es, por un lado, una tecnología de la palabra. Como tal, funda su novedad sobre la operación interactiva que brinda el medio técnico compuesto por el entramado de «interfaces artefactuales». En virtud de la interactividad, la «escritura secundaria» es una amalgama recursiva de oralidad, escritura y medios audiovisuales. Tal como Luhmann intuyó, por cierto, con bastante antelación a que las redes de interconexión ampliaran y profundizaran el uso comunicativo de las computadoras²⁵¹:

Uno de los aspectos más espectaculares de los desarrollos recientes parece consistir en las nuevas posibilidades de combinación de diferentes tecnologías de la comunicación mediante el uso de la computadora. En un corto lapso de tiempo podemos ser capaces de ‘escribir’ (...) nuevos libros buscando en la computadora el conocimiento existente, hablando con ella (por supuesto, no sólo en nuestro mejor inglés BBC, sino con un nuevo tipo de discurso electrónico cuidadosamente aprendido), y mirando de nuevo los resultados para hacer las necesarias correcciones. Es posible que ya no se necesite una editorial, pero quizá sí un experimentado asistente en la producción de libros. Pero imprimirlo o dejarlo en el ordenador para una posterior reescritura puede ser una cuestión de elección. Cualquiera que va a utilizar un libro inconcluso

²⁵¹El año de publicación del texto donde se encuentra la siguiente cita es 1990, lo que significa que fue escrito al menos un lustro antes de que internet transformara y potenciara las posibilidades comunicativas de las computadoras, al ampliar su interconexión y al difundir su presencia social.

—¿podemos llamarlo ‘libro’?— puede solicitar autorización para imprimirlo él mismo. (...) Ya es suficiente ciencia ficción, sólo para mostrar el posible impacto de estos nuevos modos de combinar diferentes formas de comunicación, que trascienden la diferencia tajante entre hablar y escribir (1990b, pp. 103-104).

Por otro lado, el segundo sentido al que remite la «escritura secundaria» es el de *forma*. En tanto tal, se constituye en la diferencia entre dos tipos de oralidad: la «oralidad electrónica» (Luhmann, 1990b), que preferiré denominar «oralidad digital», y la «oralidad secundaria». Se trata de oralidades construidas en relación con la escritura. Es decir que responden al efecto de la operación de la *forma escritura*, la cual distingue lo escrito de lo oral y que, en su operación, “la parte más desarrollada de la forma, la escritura, ejerce su influencia de una manera invisible —al llevar a la oralidad a sus extremos y confrontarla con su propia insuficiencia—. La oralidad debe ser no escritura. Pero ¿cómo puede ser no escritura (excepto en la masa inmensa de casos triviales) cuando la realidad social de comunicación existente está determinada por la escritura en la que los individuos sólo ‘participan’?” (Luhmann, 2002, p. 21).

En la forma «escritura secundaria» no es posible, dado que el proceso es incipiente, describir a la parte de la distinción que se afirma, la oralidad digital, como la más desarrollada. Es, sin embargo, determinante, porque redefine la relación entre la comunicación y el tiempo: “el contenido de la comunicación puede volverse dependiente del tiempo —y no sólo mediante complejas delimitaciones, sino directamente—. El tiempo se hace visible —y no sólo en la naturaleza o mediante la percepción, sino como resultado de la comunicación—. Nos volvemos capaces de ver eventos fugaces, movimientos y cambios como resultado de una comunicación cuidadosamente seleccionada.

¿Cómo podemos controlar la selectividad, la posibilidad de error y de engaño?” (Luhmann, 1990b, p. 102). La conjetura que sostengo (y persigo) para dar respuesta a esta pregunta por el control comunicativo en la «escritura secundaria» es la de la recuperación y la reintroducción de la interacción *en* la comunicación. Con la interacción, la comunicación recibe tanto la operación autopoietica indexical con la que los sistemas de interacción se clausuran, como los procedimientos de construcción de marcos experienciales con los que se controla la emergencia de la comunicación en la interacción.

Disimulada en una breve nota al pie del capítulo anterior²⁵² se halla una proposición cardinal para entender la reintroducción de la interacción que opera la *forma* «escritura secundaria»: ésta es, básicamente, una transformación evolutiva de la *forma escritura* definida por Luhmann. En buena medida, los ejercicios interpretativos y las especulaciones teóricas de este quinto capítulo están destinados a evaluar en qué grado esta sugerencia puede ser fecunda. Presentaré ahora una aproximación inicial que surge de considerar que, en tanto se trata de una variación evolutiva ligada a otra anterior, la «escritura secundaria» opera sobre una serie de mutaciones de la comunicación atribuidas a la escritura.

Luhmann establece *siete puntos de vista* bajo los cuales se pueden fijar los efectos de la escritura. El primero de ellos indica que “la escritura refuerza el proceso de diferenciación del sistema sociedad haciendo que solo en ella sea posible procesar los signos comunicativos” (2007, p. 224). Bajo el imperio de las «interfaces artefactuales», la interacción se reintroduce en la operación de la comunicación. Tal re-

²⁵²Véase nota al pie 204 y la cita textual que referencia.

introducción no debe comprenderse como una inversión del proceso evolutivo de la diferenciación entre sociedad e interacción. Tampoco considerarse una versión invertida de la tesis habermasiana de la colonización del mundo de la vida por el sistema. La interacción aporta a la comunicación una ampliación de las contingencias en el espectro posible para las selecciones, pero es un tipo especial de interacción, aquel posibilitado por la mediación de las «interfaces artefactuales».

Toda ampliación de la complejidad presupone también una reducción y esta premisa conduce a considerar el segundo orden de efectos, vinculado directamente a la relación entre escritura e interacción. La escritura elimina de la comunicación los controles interaccionales co-presentes, aumentando así el riesgo del rechazo de las comunicaciones. Al reintroducirse la interacción, esos controles regresan. Para observar tal regreso, deben considerarse dos aspectos: primero, y para exponerlo en forma coloquial, la interacción que se fue no es la que vuelve. No se trata de una recuperación de la oralidad prístina, sino de prácticas comunicativas orales articuladas por la experiencia inextirpable de las ganancias de la escritura. Segundo, que esos controles no son inmediatos: los horizontes donde emergen son posibilitados por la «ilusión de instantaneidad», es decir, revisten todas las implicancias ya expuestas sobre la semántica espacio temporal. Complementariamente, la conjetura sobre la «escritura secundaria» sostiene que sus dinámicas expresivas son las que objetivan, en parte, esos mecanismos de autocontrol de la comunicación en los sistemas de interacción.

Luhmann señala que la creciente improbabilidad de la comunicación que desata la escritura es atacada por la sociedad con “dispositivos propios de remedio” (2007, p. 224): se trata de los medios de comunicación simbólicamente generalizados. Desafortunadamente

para las aspiraciones heurísticas de este observador, hay aquí un límite para la observación: la juventud²⁵³ de la transformación de las tecnologías comunicacionales de las que me ocupo, su carácter aún transicional, no permite evaluar la existencia de remisiones mutuas entre la interacción digital y los medios simbólicamente generalizados, sino simplemente conjeturar la posibilidad de que existan.

El tercer punto de vista da cuenta del efecto de la escritura sobre la posibilidad de establecer una «memoria social». La posibilidad de inscribir y fijar la experiencia en los textos “produce una capacidad de recordar y de olvidar en forma de decisiones que dependen de criterios y de controles” (*ibidem*). Con el surgimiento de las «interfaces artefactuales» se verifica un incremento en las capacidades de control y debe recordarse que «control significa, en este sentido, mirar hacia atrás». Se exacerban las posibilidades y opciones de registro, con lo que la memoria social enfrenta un problema insoluble: como conjetura Luhmann (1990b, p. 102), se hace incapaz de olvidar. He notado esta improbabilidad de la memoria y sugerido algunas de sus implicancias sobre el final del capítulo anterior, ilustrándolo con los usos comunicativos del hipertexto. En esta cuestión en particular, puede advertirse una dinámica de profundización, mediante la «escritura secundaria», de un proceso abierto por la escritura.

Del mismo modo que con los anteriores, tanto con el cuarto —“la escritura conduce a una *mayor diferenciación y elaboración de las distintas dimensiones del sentido* con ayuda de distinciones propias en cada caso” (Luhmann, 2007, p. 224)— como con el quinto punto de vista

²⁵³Me refiero con esto al escaso tiempo transcurrido desde el comienzo de la difusión ampliada de las «interfaces artefactuales».

—“la escritura utiliza signos abstraídos y con ello también posibilita emplear signos sobre signos, o sea, una forma especial de doble clausura (operativa y reflexiva) de la comunicación” (*ibídem*)— pueden cifrarse continuidades y profundizaciones merced a los efectos de la «escritura secundaria». En este caso, la interactividad, como materialización medial de las alternativas comunicacionales y como principio operativo de las «interfaces artefactuales», permite ampliar las posibilidades de utilizar «signos sobre signos». Esposito (2001, p. 179), por ejemplo, ha considerado la hipótesis de que las operaciones interactivas auguran la emergencia de un tipo de observación particular, de tercer orden; lo que, traducido a las ideas de este párrafo, implicaría la posibilidad de utilizar «signos sobre los signos empleados sobre signos». Este trabalengua no es trivial ni mera pretensión mimética hacia los juegos de palabras de Luhmann, por lo demás siempre dotados de llamativa precisión. Es expresivo en tanto exhibe el orden exacerbado de la generación de excedentes y recursividad comunicativa en la «escritura secundaria».

El sexto efecto de la escritura fijado por Luhmann refiere a la modalización del entendimiento de la realidad, que ensancha lo que la comunicación maneja como realidad necesaria o contingente. Es un efecto liberador de la escritura, que rompe la sujeción comunicacional al entorno. La «escritura secundaria» opera, aquí, de forma ambivalente. Cuando reintroduce la interacción en la comunicación, aquélla porta su necesidad operativa de la constricción espacio-temporal del entorno comunicativo: en este tramo del vaivén, los efectos liberadores de la escritura parecen malograrse. Pero el vaivén, como es tal, regresa sobre sus pasos: la semántica del espacio correspondiente a la «ilusión de instantaneidad» se describe en términos de ubicuidad y

deslocalización. La del tiempo, en razón de una temporalidad circular. Así, el contexto comunicativo de la «escritura secundaria» es fruto de una pluralidad traslapada de entornos que los participantes del sistema de interacción estén en condiciones de actualizar —esto es, que puedan observar como «activos»—.

Por último, Luhmann señala que “la escritura simboliza lo ausente, y ‘simbolizar’ quiere decir aquí que lo ausente se vuelve —para las operaciones del sistema— accesible como presente”. Quizá sea éste el orden de efectos que da cuenta de manera más evidente la dinámica de continuidad evolutiva que vincula a las formas «escritura» y «escritura secundaria». En un plano expresivo, no hay cambios en el significado de “simbolizar”. En un plano sustantivo, la «escritura secundaria», mediante sus opciones interactivas, hace presente lo que la escritura había invisibilizado: la oralidad.



En lo sucesivo ilustraré las maneras en que la «escritura secundaria» realiza el control de la comunicación mediante la delimitación de marcos experienciales en los sistemas de interacción digitales. Luego, apostaré unas breves reflexiones sobre el carácter y el papel de los géneros en la comunicación digital, para terminar de delinear los horizontes de despliegue de la «escritura secundaria».

2. Los marcos de una rediviva oralidad

Me dispongo a exponer, en un modo gráfico y concatenado, los diversos procedimientos con los que se controla la comunicación en los sistemas de interacción contemporáneos. Del mismo modo que proce-

dí para ilustrar la autopoiesis indexical de esos sistemas, partiré otra vez de considerar las psicodinámicas de la oralidad propuestas por Ong (1987), aunque esta vez relacionadas con las alternativas que Goffman (2006) identifica para la construcción de marcos de experiencia. Para Ong, las psicodinámicas describen las características del pensamiento y la expresión en una cultura oral primaria. Mi renovado énfasis en ellas proviene de considerar su ductilidad y las ventajas de parsimonia analítica que ofrecen para rastrear las modalidades expresivas mediante las cuales la oralidad se reintroduce en la comunicación.

Dado que la «escritura secundaria» distingue —y entonces contempla como posibilidades de su operación— oralidades cuyo fundamento expresivo deriva del conocimiento de la escritura, al explorar las psicodinámicas orales propuestas por Ong, el análisis no pierde de vista que debe valorarlas como meros indicativos, rastros para perseguir las alternativas expresivas de la «escritura secundaria». De tal forma, procedo a considerar la descripción de las transformaciones que la escritura operó sobre esas psicodinámicas, valiéndome, cuando sea posible, de las comparaciones que el mismo Ong realiza. En otras palabras —que glosan términos teóricos caros a mi perspectiva—, el análisis se atreve a realizar una suerte de «transposición de clave», remitiendo al movimiento evolutivo que va de la oralidad a la escritura, para intentar arrojar luz sobre cómo ambas se entrelazan en la «escritura secundaria». Por lo demás, el ejercicio no asume que exista una absoluta identidad entre todas y cada una de las psicodinámicas orales y las operaciones de delimitación del marco, más aún, cuando la tarea se complementa con ejemplos sobre la interacción ubicua.

Antes, es preciso retomar sucintamente las precisiones conceptuales de Goffman acerca de los «marcos de la experiencia» y los pro-

cedimientos analíticos que permiten verificar su construcción, y complementar lo que se anticipó en el capítulo I.

Un marco de referencia primario es aquel que se considera que convierte en algo que tiene sentido lo que de otra manera sería un aspecto sin sentido de la escena; (...) cualquiera sea su grado de organización, todo marco de referencia primario permite a su usuario situar, percibir, identificar y etiquetar un número aparentemente infinito de sucesos concretos definidos en sus términos. (...) En la vida cotidiana, en nuestra sociedad, se percibe —si es que no se efectúa— una distinción tolerablemente clara entre dos amplias clases de marcos de referencia primarios: los naturales y los sociales (Goffman, 2006, p. 23).

La noción de «marco» indica, a la vez, un aspecto dinámico y otro estático de la experiencia interaccional. El primero deviene de la actividad de transformación del marco por el cual se dota al contexto de interacción de una organización determinada. El segundo refiere a los resultados de esa actividad, en tanto proceso de estabilización del sentido. Esta relación entre transformación y estabilización es el núcleo heurístico del concepto de «marco», al que Goffman reconoce un estatus de «ficción operativa»²⁵⁴. En términos luhmannianos, si se

²⁵⁴ Cuando uno observa algún acontecer corriente de la vida cotidiana, pongamos por caso un saludo al pasar o la pregunta de un cliente acerca del precio de un artículo, la identificación del marco de referencia primario es, como ya se ha sugerido, bastante más problemática. Efectivamente, es en esto donde los autores que se sitúan en la tradición que yo utilizo han fracasado. Hablar aquí de la 'vida cotidiana' o, como Schütz hace, del 'mundo de las realidades prácticas plenamente conscientes' es sencillamente disparar a ciegas. Como ya he dicho, es posible que haya involucrados multitud de marcos o que quizá no haya ninguno. Sin embargo, para seguir adelante, puede aceptarse, al menos temporalmente, una ficción operativa, a saber, que los actos de la vida cotidiana son comprensibles sobre la base de

considera que la actividad de transformación es una comunicación, esta suerte de dialéctica entre transformación y estabilización puede asimilarse a los términos de la operación autopoietica: la *selección* y la *participación* de la comunicación implican una transformación, *comprenderla*: al tiempo que la realiza también la estabiliza y permite enlazarla con una nueva comunicación [un nuevo marco], a la vez distinta y deudora de la inicial, asegurando de este modo la continuidad de la operación [y así, al estabilizar un marco, se abre la posibilidad de una nueva transformación]. En esta identidad crucial entre los mecanismos dinamizadores del concepto de marco y la noción sociopoietica de comunicación, se basa mi sugerencia sobre la función de control comunicativo que la construcción de «marcos de experiencia» asume en los sistemas de interacción.

“Adviértase que en el caso de la actividad definida enteramente en términos de un marco de referencia primario, se puede pensar que el borde y el núcleo más profundo son la misma cosa, ‘el marco del ensayo’, ‘el marco teatral’, y así sucesivamente”, clama Goffman (2006, p. 88). En este sentido, la noción de marco puede redesccribirse en los términos de la teoría de la forma²⁵⁵: el *borde* es la frontera que permite distinguir

algún marco (o marcos) de referencia primario que los informan, y que lograr ese esquema no será una tarea trivial o —esperémoslo— imposible” (Goffman, 2006, p. 28).

²⁵⁵Una breve referencia a la crítica des-ontologizadora luhmanniana permite atisbar, con referencia a la noción de forma, el modo en que se establece la relación entre la polaridad y la frontera que permite indicarla y distinguirla. En parte, esto se relaciona con la reformulación del funcionalismo que Luhmann realiza. Para él, lo que no-es, es decir, el polo de la forma en el que el observador no se sitúa, no es un afuera en mera oposición sino la condición misma de posibilidad del adentro (tal como el no-ver lo es del ver). En términos de la distinción sistema/entorno, la exclusión antitética y la no suspensión (*aufhebung*) de la diferencia actúa como un principio ontológico para una explicación causal. El camino que toma Luhmann es, sin embargo, opuesto: parte de

la polaridad, marcando un lado por referencia al otro. El espacio marcado por el observador —por caso, el sistema en la distinción sistema/entorno— es el que adquiere relevancia: el *marco*. “Sin embargo, hay que recordar que a menudo lo que se describe no es el marco como un todo sino la transposición de claves que éste sustenta” (*ibidem*).

Los procesos de transformación del marco primario —que conducen a nuevas estabilizaciones del sentido y *así sigue*— son denominados por Goffman «transposiciones de clave», que admiten sucesivas «re-transposiciones». Si bien éstas se basan en las definiciones de las transposiciones anteriores, “el marco primario debe seguir estando presente; de lo contrario, no habrá contenido que retransponer; pero es la transposición de claves de ese marco de referencia el material que se transpone” (Goffman, 2006, p. 87).

Las transposiciones y re-transposiciones de clave operan sobre la base de una serie de supuestos²⁵⁶. Es posible concatenar algunos de

construir un concepto metodológico de función que no se orienta a constatar relaciones inalterables entre factores, sino a comparar equivalencias funcionales. Abarca así lo posible por fuera de lo actualizado. La distinción sistema/entorno opera en tanto implica la equivalencia de las soluciones a un problema particular, como posibilidades de selección ofrecidas al observador. Así, la causalidad se subordina a la función. “Lo conceptual de una teoría de la sociedad se enfrenta a la tarea de elevar su propio potencial de complejidad: interpretar hechos cada vez más heterogéneos con los mismos conceptos y, por consiguiente, garantizar la posibilidad de comparación de contextos relacionales muy diversos. Esta intención de tratar lo extremadamente diverso como algo todavía comparable se acoge al método de comparación funcional” (Luhmann, 2007, p. 26). En esta cita aparece nuevamente —ahora para explicar la dinámica de la teoría social— el juego dialéctico entre simplificación y aumento de la complejidad.

²⁵⁶Uno de ellos ya ha sido tratado antes de manera puntual, al referir las dinámicas constructivas de la operación de la autopoiesis indexical de los sistemas de interacción: está prefigurado por la actualización de corchetes espaciales y temporales como recurso para establecer los límites del marco y de la transformación de la actividad (ver *supra*, p. 68 y pp. 247 y ss.).

ellos con una o más psicodinámicas de la oralidad. Como las transposiciones son el proceso dinamizador del marco, el objetivo de la actividad de transformación es, como se advirtió, estabilizar nuevamente el sentido para que el marco efectivamente funcione. Así, cada supuesto de la transposición que se indague puede ser entendido como una actividad específica de control de la comunicación.

El primero de estos supuestos indica que las transformaciones se realizan a través de un material que ya posee sentido. De este modo, en términos de la teoría de los sistemas autopoiéticos, se parte del supuesto de que una comunicación se ha realizado —pues si eso no hubiera ocurrido no se habría distinguido el sistema—. Una característica de la condición oral, por la cual asegura la circulación sostenida de un sentido estabilizado, es que las fórmulas expresivas que se utilizan son acumulativas, redundantes y copiosas, antes que analíticas²⁵⁷. Esta particularidad se entronca con las necesidades de la memoria específica de este tipo de cultura, dado que “los elementos del pensamiento y de la expresión no tienden tanto a ser entidades simples sino grupos de entidades, tales como términos, locuciones u oraciones paralelos; términos, locuciones u oraciones antitéticos; o epítetos” (Ong, 1987, p. 45).

Puede postularse una suerte de afinidad electiva entre la expresividad copiosa de la oralidad y las ideas de trasposición como duplicación del yo de Goffman. “Cuando un individuo se escucha a sí mismo por primera vez en una cinta o se ve por primera vez en una película es probable que se parta de risa, esto es, que se encuentre desbordado por la risa. No puede adoptar el rol de otro o de espectador, porque es

²⁵⁷Cfr. Ong, 1987, pp. 43-45.

él mismo quien está hablando y sin embargo no lo es, porque se encuentra desplazado” (Goffman, 2006, pp. 371-372). Pero ¿qué sucede cuando este desplazamiento se vuelve cotidiano? Las «interfaces artefactuales» contemporáneas, en tanto prótesis culturales ampliatorias, estabilizan como asidua una posibilidad que en otras épocas era remota: la de verse una y otra vez como un otro grabado y reproducido, escrito y leído, filmado y visto. Aquí la comunicación digital se vuelve copiosa, comprometiendo en ello toda la secuencia de la operación comunicativa.

Las duplicaciones del yo son susceptibles de desencadenar desbordamientos, como el individuo que “se parte de risa” al observarse en una proyección audiovisual. El desbordamiento tiene lugar “cuando los individuos se ven obligados a desempeñar un rol que piensan que no es intrínsecamente propio de ellos, en especial cuando se piensa que es demasiado formal y, pese a ello, no hay ninguna sanción fuerte para inhibir una ruptura del marco” (Goffman, 2006, p. 366). Los desbordamientos en la interacción digital pueden tomar muy diversas formas, como en el caso de los sitios o redes sociales que permiten la publicación de colecciones fotográficas, con la opción de ser comentadas por los visitantes. Una fotografía particular puede desencadenar intercambios conversacionales de muy variado tono, muchas veces desbordándose del sentido de la comunicación propuesta en el *dar-a-conocer* la fotografía. Otra forma de desbordamiento está dada por el engaño, lo cual también se entiende bajo la forma de una *fabricación*. Como se advirtió al describir las formas en que se reintroduce la actuación, las fabricaciones son tipos especiales de transposiciones de clave donde una parte de los participantes construyen adrede el cambio de clave con el objeto de que los restantes lo asuman como

genuino. Un ejemplo de este tipo de desbordamiento fabricado en la interacción mediada por las «interfaces artefactuales» se encuentra en la creación, para nada infrecuente, de identidades simuladas (*posing*). Una ilustración —singularmente, de un tipo benigno²⁵⁸ de fabricación y, quizás, hasta cándido— puede ser tomada de la investigación de Lewis y Fabos sobre la mensajería instantánea:

Encontramos muchos ejemplos a lo largo de la investigación que revelaron que, para muchos de estos jóvenes, resultaba placentero aparentar o simular ocasionalmente su identidad. El siguiente ejemplo muestra el caso de Sam:

Sam: Esta chica piensa que soy otra persona. Cree que soy uno de sus amigos, y es así que ella me dice “¡Hola!” y yo respondo hola “¡Hola!” y le sigo la corriente. Ella piensa que soy uno de sus amigos de la escuela. Ella no sabe que soy yo. Ella me escribió dos veces.

Entrevistador: Así que ella es una persona a la que le estás mintiendo...

Sam: Sí, uno solo debe seguir la corriente. Es divertido a veces. Es cómico. Porque ella va a decir algo como “Oh, [un chico] ha hecho tal cosa y luego fuimos a la casa de ski”, o lo que sea, y yo entonces respondo “¡Oh, dios mío!”. Voy usando las mismas exclamaciones donde ella las usa y tratando de hablar como ella lo hace (Lewis y Fabos, 2005, p. 491)²⁵⁹.

Si bien trivial, el ejemplo es suficiente para mostrar, de un lado, cómo la interactividad provoca errores operativos enmascarados en su promesa de transparencia. Del otro, da indicios sobre la manera en

²⁵⁸Goffman establece tres tipos de fabricaciones, cada una con varias remisiones: benignas, explotadoras y errores comprensibles (cfr. Goffman, 2006, pp. 89 y ss.).

²⁵⁹Traducción propia del original en inglés.

que los participantes recurren a la información lingüística en pantalla, la interpretan y transforman la clave de la comunicación, asumiendo como propios códigos externos. El participante, además, itera esos rasgos para mantener la atención sobre la fabricación, tal como Ong juzgaba: “la redundancia, la repetición de lo apenas dicho, mantiene eficazmente tanto al hablante como al oyente en la misma sintonía. (...) La eliminación de la redundancia en una escala significativa exige una tecnología que ahorre tiempo: la escritura” (Ong, 1987, p. 46). En este caso, la escritura ahorra tiempo —permite al fabricante observar con detenimiento las expresiones de su víctima, para reutilizarlas—, pero en tanto es usada para conversar, una situación explícitamente oral se reformula para adquirir los mecanismos expresivos apropiados.

La redundancia de las fórmulas orales está ligada a la función de la memoria, porque asegura no sólo el resguardo de un acontecimiento o una máxima que ha sido seleccionada para ser recordada, sino también su circulación. Goffman (2006) lo observa como un tipo especial de transposición: la repetición, “la cuestión de volver a contar acontecimientos a modo de relatos, la cuestión de la reescenificación” del marco (p. 523). Relatan las autoras del estudio sobre mensajería instantánea que una de las participantes en la investigación solía

reportar con sus amigas para contarles acerca de sus conversaciones con chicos, a veces cortando y pegando las partes más jugosas para regocijo de sus amigas. La forma en que estos textos circulan sirve como mecanismo de vigilancia y, también, refuerza la imagen que nuestros participantes tienen de la mensajería instantánea como un espacio heteronormativo. Circulando los mensajes de este modo, nuestros participantes cortan y pegan, reordenan y reconfiguran elementos de su propia vida y los ofrecen para su

escrutinio en el entorno de la mensajería instantánea. Esta clase de vigilancia es esperada; se da a través de la tecnología y de las relaciones de los participantes con la tecnología, y entre sí. Los entornos de la mensajería instantánea producen identidades acostumbradas a ser, a la vez, agente y objeto de control y vigilancia (Lewis y Fabos, 2005, p. 491).

Otra psicodinámica oral que permite observar cómo se controla la comunicación interaccional digital, merced a la reintroducción de la oralidad que caracteriza a la «escritura secundaria», es definida por la cercanía que las intervenciones orales mantienen con el contexto vital: “las culturas orales deben conceptualizar y expresar en forma verbal todos sus conocimientos, con referencia más o menos estrecha con el mundo vital humano, asimilando el mundo objetivo ajeno a la acción recíproca, conocida y más inmediata de los seres humanos” (Ong, 1987, p. 48). La escritura escindiría el saber del entorno inmediato: el saber escrito produce categorías analíticas complejas cuya estructura se funda en la distancia respecto del mundo.

La «escritura secundaria» incorpora, como método de control comparativo de la continuidad comunicacional, la fusión de ambas posibilidades. La «ilusión de instantaneidad» permite, a un tiempo, la implicación del cuerpo protésicamente mediado en un contexto deslocalizado que otorga ventajas operativas temporales —esto es, la posibilidad de regular los tiempos de los intercambios, sin perder por ello la continuidad—. Esto puede ser apreciado en la interacción mediada por el teléfono celular. Sólo para reafirmar desde otras perspectivas descriptivas algunas observaciones que sugerí antes, nótese las siguientes conceptualizaciones de dos investigadores de la comunicación: “el teléfono móvil añade dos dimensiones absolutamente nuevas

a una de las formas de comunicación más antiguas y profundamente estudiadas, la llamada telefónica: la deslocalización [*delocation*] de la comunicación [y] la encarnación [*embodiment*] del objeto”²⁶⁰ (Caronia y Caron, 2004, p. 30)²⁶¹.

Esta alternativa para el control comunicativo que provee la «escritura secundaria» se operacionaliza de manera específica en la construcción del marco experiencial al advertirse que, “puesto que el marco incorpora tanto la respuesta del participante como el mundo al que

²⁶⁰“El concepto de deslocalización ilumina la naturaleza no espacial, independiente del lugar, de esta clase de llamada telefónica. Con esta categoría centrada en el objeto que-remos iluminar el aspecto material de la noción de ‘movilidad’, que está centrada en la acción: con ‘deslocalización’ referimos a las dimensiones técnicas y materiales que constituyen las condiciones de posibilidad para la comunicación móvil o nómada. La noción de encarnación refiere al proceso de integración del objeto en el propio cuerpo del usuario, funcionando como una parte misma del físico. Al menos por estas dos transformaciones, el teléfono móvil puede ser visto como una buena herramienta para el análisis de la forma en que tanto las funciones comunicativas como los aspectos materiales de una tecnología de la comunicación están involucrados en el proceso por el que su uso se convierte en una práctica social” (Caronia y Caron, 2004, p. 30) [Traducción propia del original en inglés].

²⁶¹Por lo demás, *delocation* y *embodiment* como características de la interacción mediada por el teléfono móvil brindan una pista para entender, bajo la lógica de la «escritura secundaria», otro tipo de cambio y transformación de claves: hacer creer, que incluye transposiciones como las bromas, las fantasías y el guión dramático. En especial, en las transposiciones dramáticas lo que está en juego, en relación con su eficacia comunicativa, son “los límites del marco, los límites relativos a aquello que puede ser permisiblemente transcrito desde los acontecimientos reales a su inclusión en un guión. Y los detalles son particularmente interesantes. Se puede aludir a cualquier cosa en la que el cuerpo participe, pero la visión debe quedar velada y alejada, para que no se desacrediten nuestras presuntas creencias sobre la cualidad social y última del hombre. El cuerpo en cuanto que encarnación de sí mismo debe hacer las paces con su funcionamiento biológico, pero la paz se logra asegurando que estas funciones se consideren en el ‘contexto’, entendido en este caso como algo incidental a la experiencia social humana, y no como el centro de atención” (Goffman, 2006, p. 59).

está respondiendo, necesariamente interviene un elemento reflexivo en la visión perspicaz de los acontecimientos de cualquier participante; una correcta visión de la escena debe incluir, como parte de ésta, la visión misma de ella” (Goffman, 2006, p. 91). En este sentido puede interpretarse la siguiente observación:

Un usuario de telefonía móvil que alegre y ruidosamente mantiene una llamada telefónica privada en un lugar público, codificará y personalizará discretamente un mensaje de texto; los escolares intercambian mensajes de texto entre sí durante las clases; y éstos también pueden ser utilizados como recordatorios juiciosos en reuniones de directorio, o quizá puedan usarse para convocar o alertar a un grupo de amigos y simpatizantes, como ocurrió en Manila²⁶². El teléfono móvil ha sido rápidamente adoptado como

²⁶²El autor refiere a un proceso de protesta social y política ocurrido durante el año 2001 en Filipinas y que derivó en la dimisión del entonces presidente de ese país, Joseph “Erap” Estrada. Los teléfonos celulares, y, en especial, los mensajes de texto, cumplieron un papel preponderante en la organización de la protesta. Relata Gordon: “El 16 de enero, los partidarios del presidente en el juicio político votaron a favor de rechazar la evidencia contra Estrada, la cual estaba en un sobre cerrado. La noticia se extendió rápidamente a la población a través de un mensaje de texto, en el que se pedía al receptor retransmitir el mensaje a otros y acudir a un punto de reunión para protestar contra el presidente. Durante los días siguientes se utilizó ampliamente el servicio de texto para transmitir información y convocar a la población a protestar. Las operadoras de telefonía reportaron una duplicación de textos, muchos de ellos bromas ahora irrisorias o groseras a expensas del presidente, lo cual socavó el poco apoyo que aún retenía” (Gordon, 2002, p. 20). Tras la renuncia del presidente, Gordon indica que el siguiente mensaje de texto circuló entre los ciudadanos y las ciudadanas de Filipinas: “AFTER PEOPLE POWER 2;/CONGRATULATIONS!/THANK U 4 UR/SUPPORT N DS/HSTORICL EVENT./ERAP WIL GO/DOWN N PHIL./HSTORY S BEIN D/1 ST PRESIDNT/OUSTD BY TXT”. Lo cual se entiende como: “Después del Poder Popular 2 [el primero fue la expulsión de Marcos en 1986], ¡enhorabuena! Gracias por tu apoyo en este evento histórico. Erap [el apodo de Estrada] pasará a la historia de Filipinas por ser el primer presidente depuesto mediante mensajes de texto” (*ibídem*) [Traducción propia del original en inglés].

una herramienta y adaptado por sus usuarios para nuevas funciones (Gordon 2002, pp. 18-19)²⁶³.

Otro supuesto de la transposición de claves indica que tanto la clave como su transformación se realizan tanto en escenarios naturales como sociales. Más allá de la dificultad interpretativa que supone la confusa distinción entre escenario natural y social²⁶⁴, la proposición puede re-describirse de la siguiente manera: la comunicación y los enlaces entre comunicaciones a partir de su comprensión emergen simultáneamente en los escenarios traslapados que conforman el entorno comunicativo de la «escritura secundaria». Nuevamente, la introducción de las oralidades electrónica y secundaria presupone un procedimiento dual —de raigambre tanto letrada como oral— para conjurar la improbabilidad de la comunicación. Mientras “la escritura propicia abstracciones que separan el saber del lugar donde los seres humanos luchan unos contra otros, [apartando] al que sabe de lo sabido, [la oralidad,] al mantener incrustado el conocimiento en el mundo vital humano, (...) lo sitúa dentro de un contexto de lucha” (Ong, 1987, pp. 49-50).

La referencia agonística dada por Ong, que vincula saber con combate, debe ser matizada para nuestros intereses y ser comprendida en el sentido de la implicación emocional que un contexto puede repre-

²⁶³Traducción propia del original en inglés.

²⁶⁴Goffman rehúye a la clarificación conceptual de esta distinción. Una interpretación asequible —aunque poco útil para mis intereses— puede alcanzarse a partir de la siguiente observación: “todos los marcos sociales comportan reglas pero de manera diferente. (...) tendemos, pues, a percibir los acontecimientos en términos de marcos de referencia primarios, y el tipo de marco de referencia que empleamos proporciona una manera de describir el acontecimiento a que se aplica. La salida del sol es un acontecimiento natural; bajar la persiana para impedir que entre el sol, un hacer guiado [social]” (Goffman, 2006, pp. 26-27).

sentar para los participantes en la interacción²⁶⁵. A este respecto, los logros ubicuos que auguran las «interfaces artefactuales» admiten la continuidad de la comunicación que emerge en contextos que el participante abandonó, pero a los que vuelve protésicamente mediado:

Los estudiantes internacionales han explorado los modos en que la tecnología les permite participar en sus comunidades de origen, mientras estudian en el extranjero. Esta capacidad para participar en una comunidad real, pero distante, varió de la lectura habitual de periódicos en su lengua materna al chat en tiempo real con amigos.

*Un informante internacional explica su necesidad de comunicarse en tiempo real para mantenerse cerca de su comunidad lejana: “La escritura en simultáneo me da un sentido mayor de interactividad y una sensación de cercanía. Llego a sacrificar mis horas de sueño matinales, para levantarme y estar en línea con mis amigos en Grecia, donde están siete horas más avanzados. Mis mañanas están dedicadas a escribir en línea y enviar correos electrónicos, mientras bebo mi café. Las horas tempranas de la mañana se han convertido en mi parte favorita del día y veo mis clases matinales como perturbaciones de mi ritual interactivo de todos los días” (Stacey) (McMillan y Morrison, 2006, pp. 79-80)*²⁶⁶.

²⁶⁵Así, la actividad comunicativa oral “proporciona cosas que son absorbentes —materiales absorbentes con los que los observadores se pueden entusiasmar, materiales que generan un ámbito del ser—. Los límites fijados a esta actividad son límites fijados sobre actividades que se pueden convertir en atractivas y fascinantes. La historia de estos límites es la historia de lo que puede llegar a ser algo vivo para nosotros” (Goffman, 2006, p. 61).

²⁶⁶Otra ilustración para este tipo de interacción, controlada mediante marcos, la provee la comunicación mediada por mensajes de texto a través de celulares. “La mensajería de texto permite la espontaneidad, la capacidad de interactuar con amigos lejanos y de consolidar relaciones. Los mensajes de textos informan a la familia y los amigos sobre

El tercero y último de los supuestos de la transposición de claves que trataré aquí, establece que cuando las transposiciones se producen son cruciales para determinar lo que los participantes de la interacción piensan que realmente está sucediendo, esto es, lo que saben o conocen de la situación. Como se explicitó, en una cultura oral el conocimiento sobre la situación es empático y participante, “aprender o saber significa una identificación comunitaria” (Ong, 1987, p. 52). La escritura, al separar semánticamente el que sabe de lo sabido, “establece las condiciones para la ‘objetividad’ en el sentido de una disociación o alejamiento personales” (*ibídem*); en este sentido, la objetividad se funda en la ilusión de que la distancia de la experiencia textual puede trasladarse a toda otra experiencia.

En el distanciamiento, la escritura provoca un movimiento de introspección. Ong establece que “las personas que han interiorizado la escritura no sólo escriben, sino también hablan con la influencia de aquella” (1987, p. 61), lo que implica una estilización de la conciencia

detalles azarosos de un viaje, y confirman el lugar del viajero en la red familiar y amistosa. Las posibilidades conversacionales de los mensajes de texto alientan las posibilidades lúdicas o jocosas. Una pareja informó que cuando se trasladaban en auto de un sitio a otro, enviaban mensajes de texto a su hija informándole sobre el número de ovejas que estaban viendo. Tal como ellos lo describieron, pasaron el día conduciendo, ‘mensajeardo acerca de nada’. Otros informaron que los mensajes de textos fueron usados para, en sus palabras, conversaciones sin sentido sobre el clima. El contenido de estas comunicaciones no es la cuestión clave. Sí lo es la inmediatez y el hecho de enviar un mensaje que confirma que el emisor está ‘pensando en ti’ en ese instante. (..) Los mensajes de texto también se utilizan para mantener relaciones intensas y simular co-presencia. Un joven informó que él y su novia (quien estaba en Europa) intercambiaban mensajes de texto varias veces al día. ‘Ella me envía unos cinco [mensajes de texto] cada día y yo le respondo, tal vez, dos. Cuando se va a la cama, me envía un mensaje de texto: «Buenas noches, espero que tengas un buen día», porque para mí es la mañana’ (hombre, 22, viajando solo)” (White y White, 2005, p. 109) [Traducción propia del original en inglés].

por la tecnología de la palabra. Mientras la escritura promueve este movimiento hacia el interior y la individualidad, la oralidad primaria construye personalidades con tendencias comunitarias y exteriorizadas (Ong, 1987, p. 73). La «escritura secundaria» controla el logro comunicativo abriendo interactivamente el abanico de estos modelos, al modo de un menú de opciones expresivas que pueden ser seleccionadas en relación con el proceso interaccional específico en el que se encuentran los participantes:

Una dualidad clave que surgió fue el carácter pasivo o activo con el que los participantes usaban internet para presentarse a sí mismos o satisfacer necesidades personales. Muchos informantes vieron a los medios interactivos como inherentemente activos. Ellos buscan, escriben o conversan en línea con el fin de utilizar el medio. “La gente se conecta a internet, precisamente, porque es interactiva. Ellos quieren participar en algo” (Terri). Sin embargo, otros informaron que estaban constantemente buscando formas de agilizar su actividad en línea y obtener los mismos beneficios sin tener que estar tan activo todo el tiempo. Una informante reportó usar un sitio con un portal personalizado que le proporciona sólo la información que a ella le interesa, sin tener que buscarla todos los días. “Me gusta que puedo ir a uno de esos sitios y personalizar una página yo misma para que me proporcione sólo las noticias, cotizaciones de bolsa, horóscopos, estado del tiempo e información que es relevante para mí” (Liz) (McMillan y Morrison, 2006, pp. 79-80)²⁶⁷.

La tesis de la «escritura secundaria» es una conjetura abierta sobre un proceso de transformación de la tecnología de la comunicación cuyas im-

²⁶⁷Traducción propia del original en inglés.

prontas aún no pueden ser indicadas con certeza. El desarrollo precedente configura un esfuerzo por capturar y traducir el entramado recursivo de redundancias, estabilizaciones y transformaciones con el que, a la vez, estimula y controla a la comunicación. Es momento ahora de plantear una serie de aperturas interpretativas que, al modo de sugerencias, se pueden atisbar siguiendo la conjetura de la forma «escritura secundaria».

3. Género, sensorialidad y sentido

Luhmann sugiere que “es posible fijar el *sentido* de una comunicación oral por escrito, y hoy día eso se hace hasta electrónicamente; pero no la *comunicación* del sentido” (Luhmann, 2007, p. 196). Al considerar el desarrollo argumentativo de las conjeturas de la «ilusión de instantaneidad» y de la «escritura secundaria», esta proposición deviene una dimensión problemática, susceptible de ser investigada.

La comunicación digital redelinea la frontera entre la oralidad y la escritura, configurando sus relaciones en un sentido inverso al que se comprueba tras el surgimiento del alfabeto. En otras palabras, si la escritura cambió el modo del habla oral²⁶⁸ haciéndola consciente de la estructura textual de la comunicación, ahora la comunicación digital presenta los efectos de un proceso de *oralización* de la escritura. Luhmann explicita que la imposibilidad de escriturar el sentido de la comunicación oral es consecuencia de que ambos tipos de comunica-

²⁶⁸Como Ong destaca, siguiendo las investigaciones de Luria sobre el desarrollo cognitivo, “sólo se requiere cierto grado de conocimiento de la escritura para obrar una asombrosa diferencia en los procesos de pensamiento” (Ong, 1987, p. 56). La escritura, como toda otra tecnología de la comunicación —lo que incluye a las «interfaces artefactuales»— son estilizadoras de la conciencia y de la actividad. Eso incluye las *performances* orales.

ción se realizan en un *médium* distinto: la oralidad en lo acústico, la escritura en lo óptico. La particularidad decisiva de la escritura es su capacidad de simbolización, esto es, de bosquejar una forma, de establecer una unidad de la diferencia —apuntará, con sencillez, Luhmann: “una l no es una r” (2007, p. 197)—.

Los símbolos de la escritura expresan la unidad de una diferencia de tal suerte que con la unidad puede operarse ulteriormente, es decir, encontrarse otras distinciones. Con la escritura se introducen operaciones completamente nuevas, *i.e.*, leer y escribir. *Esto precisamente debido a que en estas operaciones no se distingue entre sonido y sentido, sino sólo entre combinaciones de letras y sentido.* Antes de la invención de la escritura no puede, por consiguiente, simbolizarse la forma lenguaje (Luhmann, 2007, pp. 197-198).

Al *oralizarse*, la escritura no pierde esta facultad de simbolizar el lenguaje, pero ahora también lo hace en referencia al sonido. Un magma sensorial inunda la comunicación, haciéndola más rica en variantes respecto de la selección de *dar-a-conocer* y cada vez más dificultosa en relación con la posibilidad de su *comprensión*. Dado que, ante todo, es escritura, la «escritura secundaria» conoce la distinción que proponen los símbolos, pero a menudo no puede reconocerla, ni comprenderla, ni expresarla: esa diferencia no se escucha en la comunicación oral. Todo lo cual configura la serie de cuestiones críticas vinculadas con el *médium* perceptivo que hace posibles la observación y la comunicación digitales: ni acústico ni óptico, óptico y acústico a la vez.

Un segundo orden de problemas, aunque vigorosamente ligados a los anteriores, refiere a la dimensión expresiva de la comunicación, esto es, a los géneros discursivos que son propios de la comunicación digital. Los

géneros expresivos precisan la forma de las descripciones que, como se sabe con Luhmann, configuran la realidad porque materializan las observaciones. Mendiola enumera tres postulados que permiten delimitar el análisis de los géneros: “a) la realidad que designan los géneros es siempre realidad observada desde el sistema social, b) para acceder a la realidad es necesario observar al observador, c) el observador es un sistema y no un sujeto” (2009, p. 42). El observador de los géneros expresivos que utilizan la «escritura secundaria» como medio es el sistema de interacción. Esto redundaría en una suerte de observación de tercer orden, dado que la realidad emergente de la operación comunicativa del sistema de interacción —que, en sí misma, es una observación de segundo orden— es observada por la comunicación del sistema social para su propia irritación y control.

Una cuestión más debe ser denotada: los sistemas de interacción digital producen una observación de segundo orden observando las observaciones de sus participantes. Los participantes no se consideran a título individual, sino como franjas de actividad interactiva, que se distinguen mediante la observación de la actividad²⁶⁹. Allí también se construye realidad mediante géneros expresivos. Adquieren, sin embargo, una dinámica constructiva diferenciada cuya pista puede seguirse en la idea de *géneros comunicativos* expresada por Thomas Luckmann: el concepto “reúne los modelos de la acción comunicativa que en cierto sentido están ‘institucionalizados’, vienen preformados socialmente e incluyen instrucciones de uso más o menos vinculantes” (2008, p. 161)²⁷⁰.

²⁶⁹La distinción que se realiza mediante la observación de la actividad distingue lo activable y lo fuera de alcance, tal como se expuso *supra*, pp. 179 y ss.

²⁷⁰O, expresado en forma diferente pero en un sentido concurrente, “los géneros se consideran anticipaciones recíprocas de acciones juzgadas típicas” (Gumbrecht, 2009, p. 70).

Estos géneros —que Luckmann también llama «solidificaciones género-semejantes»— poseen tres niveles estructurales: la estructura material interna compuesta de normas que permiten al actor elegir los elementos de su actividad comunicativa de un menú de códigos, sistemas de signos y expresiones; la estructura de la franja de actividad, consistente en definiciones socialmente fijadas que establecen los contextos comunicativos; y una interestructura situativa intersubjetiva —que aquí es válido traducir, para deslindarla de la problemática noción de intersubjetividad, como «estructura de entornos plurales solapados»—, que otorga a las situaciones comunicativas cierta autonomía. Los géneros expresivos de las franjas de actividad son, como ya he sugerido, productos híbridos, hijos del *bricolage* propio de la oralidad. “Las personas que hacen uso de los géneros orales, suelen ser —y más hoy en día, donde imperan los medios de comunicación de masas— miembros de culturas escritas. De ahí que se den cada vez más casos de híbridos, fracturas y transformaciones entre géneros orales y escritos” (Luckmann, 2008, p. 170).

En resumen, son géneros que producen una realidad, que es redescrita por otros géneros para producir la realidad de la comunicación digital. Se trata de *una* comunicación —la que emerge en los sistemas de interacción— introducida dentro de *la* comunicación —la que produce, posibilita y construye a la sociedad—. Se trata de *la comunicación de la comunicación*. A explorar esta idea y sus remisiones sobre el sentido, la presencia y la racionalidad, se dedica el último y conclusivo capítulo de este libro.

| VI. EPÍLOGO |

Es momento de retomar las preguntas y los supuestos de los que he partido para reconstruir, de manera muy breve, las tramas analíticas y expresivas mediante las que busqué responder las primeras y fundamentar los segundos. Una pregunta de Luhmann, deslizada en el marco de unas observaciones ilustrativas —en un punto, secundarias— en *La sociedad de la sociedad*, ha sido el punto de partida para el despliegue de los esfuerzos comprensivos de este trabajo: «¿cuál es el efecto que se produce en la comunicación de la sociedad cuando se ve influida por el saber mediado por las computadoras?»²⁷¹. El interrogante funge como disparador para observar la operación de unas tecnologías de la comunicación específicas, las «interfaces artefactuales», en su acoplamiento problemático con toda la serie de modalidades metódicas para la mediación, estabilización y dinamización de la experiencia que, a falta de una mejor etiqueta expresiva, denominé laxamente «modos de saber y de comunicar».

A la vez, la pregunta es el paraguas bajo el que se contiene —y se protege— una exploración heurística que discurre en tres derivas principales: la descripción de los cambios en el sólido dispositivo de

²⁷¹En: Luhmann, 2007, p. 235.

métodos mediante el que los actores estabilizan indexicalmente los procesos de interacción; la indagación sobre la emergencia de nuevos géneros comunicativos para el establecimiento de marcos de experiencia deslocalizados y referenciados en múltiples contextos solapados; y la acentuación de un tipo de racionalidad específico de la comunicación digital.

En el derrotero del trabajo, estas dimensiones de indagación no han sido afrontadas una a una. Hacerlo hubiera significado un desbrozamiento analítico quizá útil para la eficiencia expositiva, pero alejado de las formas en que, presupongo, se manifiesta lo real en el mundo actual. En este sentido, he confiado el argumento general a una idea seminal: que los procesos bajo examen tienen ocurrencia y pueden observarse principalmente en el marco de procesos de interacción, en la especial operación de los sistemas de interacción.

En los dos largos capítulos donde pongo en cuestión la noción clásica de interacción que provee la tradición sociológica, pueden rastrearse buena parte de las respuestas a la primera dimensión en examen: al diferenciar la interacción en una tipología que la libera del *corset* de la co-presencia, se puntualizan los sucesivos cambios y transformaciones en el dispositivo de métodos con los que los actores producen y mantienen un orden interaccional.

La indexicalidad no es una operación cerrada sobre sí, sino que está abierta a permutaciones operativas que devienen de los sustratos mediales de los que la comunicación se sirve para emerger. El examen de los distintos modos de la comunicación en los sistemas y rituales de interacción configura una descripción teórica de ese proceso de transformación. Cuando la atención se posa sobre las alternativas que se expanden bajo la operación de la «interactividad», como propiedad

de la interacción mediada por las «interfaces artefactuales», se describen los modos en que el dispositivo etnometodológico de los actores se acopla, se disloca, se resignifica e innova.

Bajo el signo de estas descripciones se hacen viables las conjeturas de la «ilusión de la instantaneidad» y de la «escritura secundaria», que deben entenderse en relación recursiva y mutuamente referente. En la descripción de ambas, se reconstruyen las semánticas que hacen posible la emergencia de la comunicación en procesos interaccionales deslocalizados: la indexicalidad interactiva permite logros prácticos ubicuos, asegurados por marcos de experiencia cuya construcción es azuzada por un tipo especial de tecnología de la comunicación. En la «escritura secundaria» convergen la oralidad, la escritura y los medios masivos para dar cauce a géneros expresivos originales, fundados en tal concurrencia de tecnologías comunicacionales.

Los géneros construyen la realidad, en este caso, la realidad de la comunicación digital. En una parte sustantiva, esa realidad está expresada por los marcos de experiencia con los que se controla y asegura la operación autopoietica indexical de los sistemas de interacción. En otra parte, del mismo modo que en la «escritura secundaria» convergen diversos tipos de comunicación propios de otras tecnologías que construyen la realidad en forma específica, la realidad de la comunicación digital también comprende —aunque redefinidas y resignificadas— esas otras realidades. Esta idea se desprende, también, de la interpretación de los contextos de la interacción interactiva como mundos traslapados.

Si estos desarrollos conforman las respuestas posibles a la segunda dimensión en indagación, también son la piedra de toque de la cuestión de la racionalidad cibernética. Los sistemas de interacción son el

observador de la realidad designada por los géneros expresivos que se sirven de la «escritura secundaria»: sobre la base de esta proposición, he considerado la emergencia de «una suerte de observación de tercer orden» y de la producción de una comunicación —interaccional— que se introduce en la comunicación —social—. Se trata de una última conjetura pero que, en buena parte, está presupuesta en la amalgama de reintroducciones que delinea a la «escritura secundaria». La fórmula expresiva «*la comunicación de la comunicación*», en tanto remite a la concatenación recursiva de observaciones de segundo orden, entraña una resolución posible a la pregunta por el tipo de racionalidad emergente tras la generalización de la mediación comunicativa de las «interfaces artefactuales»; a ensayarla está dedicado el próximo apartado.

1. La comunicación de la comunicación

En un breve recorrido, volveré sobre algunos tópicos cardinales en los que se basa la idea de «la comunicación de la comunicación»: en primer lugar, presentaré una ceñida problematización de la cuestión de la *presencia* a expensas de la conjetura de la «ilusión de instantaneidad» y de su nexo con las precisiones establecidas al analizar el vínculo entre actor y técnica. En segundo lugar, reseñaré el proceso de reintroducción de la interacción en la comunicación —en rigor, de una interacción cuyo pautado ya no obedece a la lógica de la oralidad, ni de la escritura o de los medios de masas, sino a la de la «escritura secundaria»—. Este proceso de reintroducción debe contextualizarse, ahora, en el marco de las relaciones entre sistemas, performadas por la distinción *sistema/entorno* y descriptas por la noción de *interpenetración*.

Por último, y como desenlace, precisaré algunas vías en que puede capturarse analíticamente la emergencia y la acentuación de la *racionalidad cibernética* como tipo específico correspondiente a la comunicación digital. Estos tópicos implican un último esfuerzo en la descripción de «la comunicación de la comunicación», pero también demarcan supuestos centrales para la fundación de un programa de investigación más amplio, algunas de cuyas posibilidades efectivas deslindaré en el próximo apartado.

El primer tópico —la cuestión de la concepción de la «presencia»— constituye una primera apertura hacia un potencial programa de investigación, basado en el enfoque dado a los problemas abordados en este trabajo. Aquí, tematizaré la «presencia» en forma consecuente con dos proposiciones que ya he formulado: por un lado, la índole simbiótica de la relación entre actor y objetos técnicos como condicionante de la materialización de la comunicación, esto es, de su forma, contenido y velocidad. Por otro, el entendimiento de lo connotado como real y de lo designado como virtual como partes integrantes de un mismo mundo. En este sentido, en los sistemas de interacción, la presencia de la comunicación es presencia del cuerpo: para glosar una vez más a Ong, «la presencia del hombre es una presencia de la palabra». ¿Cómo es posible pensar el cuerpo en el mundo de la comunicación digital? ¿De qué manera la palabra y el cuerpo continúan unidos cuando la comunicación emerge y se realiza ubicuamente?

Todo el camino recorrido para argumentar que la interacción es tal más allá de la co-presencia es, en parte, una respuesta a estas preguntas. En forma sustantiva, también lo es la caracterización del componente protésico de las «interfaces artefactuales». Por lo demás, es preciso apuntar que

Abandonamos la idea tradicional de que el cuerpo se encuentra, desde que nace, ya listo para la dinámica social. Por el contrario, partimos del hecho de que el cuerpo debe ser educado y formado para las interacciones sociales y los sistemas organizativos. Esto implica que el cuerpo adquiere lentamente una conformación adecuada a la sociedad en la que está inscrito, sin que su reproducción operativa forme parte del sistema social. Por ejemplo, si hubiéramos nacido en otra sociedad, nuestra corporalidad, en cuanto a la gestualidad, sería totalmente distinta a la que tenemos. Nosotros partimos de que la estructura orgánica del ser humano se transforma y se adapta, por irritación, al tipo de sociedad en que se encuentra, aunque, por supuesto, la sociedad no podría pedirle al cuerpo ciertas cosas que estructuralmente no pudiera dar. Sin embargo, esos límites, que impone la corporalidad, no son tan rígidos como pudieran parecer, pues tanto la complejidad biológica como psíquica del ser humano se acoplan estructuralmente a la autopoiesis del sistema social (Mendiola, 2003, pp. 200-201).

Las semánticas y operaciones de la comunicación digital suponen un espacio fértil para la escalada de una dialéctica entre la «producción de presencia» y la «producción de significado», expresiones entendidas en el sentido que Hans Ulrich Gumbrecht (2005) les ha dado, aun cuando este autor desprecie la posibilidad de que las pantallas produzcan presencia²⁷². La presencia se construye en el repertorio finamente engarzado de significados; los significados se establecen mediante indicaciones indexicales sobre mundos solapados, mundos repletos de presencias. Gumbrecht emplea “la palabra ‘producción’ si-

²⁷²Cfr. Gumbrecht, 2005, p. 135.

guiendo las líneas de su significado etimológico. Si *producere* significa, literalmente, ‘sacar a primer plano’, ‘traer hacia delante’, entonces la frase ‘producción de presencia’ enfatizaría que el efecto de tangibilidad que viene de las materialidades de la comunicación es también un efecto en movimiento constante” (Gumbrecht, 2005, p. 31). Así, la presencia está ligada a la sensorialidad, a la posibilidad cierta de establecer un contacto sensible, a grados de proximidad y de intensidad en las relaciones de interacción, sea entre actores o entre éstos y el mundo. Y desafía Gumbrecht: “que cualquier forma de comunicación implicará tal producción de presencia, que cualquier forma de comunicación, a través de sus elementos materiales, ‘tocará’ los cuerpos de las personas que se estén comunicando de formas específicas y variadas, puede ser una observación relativamente trivial. Sin embargo, es cierto que este hecho ha sido puesto entre paréntesis (si es que no progresivamente olvidado) por la teoría occidental que se viene construyendo desde que el *cogito* cartesiano hizo a la ontología de la existencia humana depender exclusivamente de los movimientos de la mente humana” (*ibídem*).

Una noción fértil para entender el sentido de la producción de presencia en los mundos mediados por las «interfaces artefactuales» es la de idea de «*ciborg*» formulada por Broncano (2009). La noción de «*ciborg*» indica una condición de la existencia, o, para decirlo en términos más flexibles, un *médium* que hace posible la observación de la experiencia:

La existencia humana discurre como una existencia atravesada entre lo natural y lo artificial. Es una existencia híbrida en términos de especie y en términos de proyecto cultural, y es híbrida también en los planos filogenético y ontogenético. La especie

humana evolucionó transformando el medio mediante artefactos, creando un medio artificial con el que coevolucionó al compás de ese medio material conformado por complejos de relaciones sociales, técnicas y artefactos que modelaron las presiones evolutivas y seleccionaron las características propiamente humanas: el lenguaje, la técnica, la moralidad, la estética, la agencia racional (Broncano, 2009, p. 49).

El «*ciborg*» se realiza en sus prótesis: su cuerpo no está definido en la inmutabilidad de la materia orgánica, sino en las posibilidades de ampliación que la técnica y los artefactos le proporcionan. Pero la condición «*ciborg*» no trata sólo de técnicas, sino que también incluye la adquisición evolutiva de recursos expresivos, alternativas cognitivas y referencias culturales. Así, un corolario provisional puede esbozarse para perseguir la idea de presencia en los mundos de la comunicación digital: dado que el cuerpo se transforma en respuesta a las irritaciones de la sociedad en la que está inscripto y la sociedad es comunicación, las tecnologías de la comunicación —con todas sus derivaciones semánticas y operativas— son el factor decisivo e incisivo en la producción del cuerpo. La tangibilidad de la presencia es, por tanto, la del cuerpo comunicado, diáfano por el arbitrio de la «ilusión de instantaneidad». Sólo cuando la interacción es interacción de los así presentes puede reintroducirse en la comunicación de la sociedad y acentuar la escalada recursiva de observaciones de segundo orden.

La reintroducción de la interacción en la comunicación puede pensarse —y, de hecho, así lo haré para analizar la racionalidad cibernética— bajo el esquema interpretativo de la *re-entry* de la forma-en-la-forma o, lo que es lo mismo, la re-entrada de la distinción, en aquello por ella distinguido. Con todo, hay otra alternativa, quizá más promiso-

ria, para analizar el efecto de esa reintroducción, esto es, la emergencia de la comunicación de la comunicación: la noción de *interpenetración*. Afirma Luhmann que “la interpenetración designa una relación entre sistemas que, a diferencia de lo que ocurre con la diferenciación sistémica, permanecen como entorno uno para el otro. Sin embargo, *ponen a disposición la complejidad propia y la variabilidad del sistema interpenetrante para la construcción de otro sistema.* (...) La función de la interpenetración (...) consiste, por así decir, en el suministro compacto de complejidad y de capacidad de reducirla bajo las perspectivas propias de la relación sistema/entorno” (Luhmann, 2009, pp. 116-117)²⁷³.

Mediante el argumento de la diferenciación evolutiva entre interacción y sociedad se presupone la emergencia de dos tipos de sistemas distintos, estructurados de manera diferencial y gobernados por lógicas de autoproducción específicas; ahora, la noción de interpenetración permite pensar las relaciones entre esos sistemas en tanto cada uno es entorno del otro. Esta distinción entre diferenciación sistémica e interpenetración es cardinal: permite despejar todo intento de entender la reintroducción de la interacción en la comunicación como inversión del proceso de diferenciación. Si así fuera, la tesis de «*la comunicación de la comunicación*», que sostengo en este trabajo, no tendría razón de ser formulada. Si hay razones para pensar que existe tal relación entre los excedentes comunicacionales de los sistemas de interacción y la operación autopoietica de la sociedad es, precisamente, porque unos y otra son diferentes. En efecto, “la interpenetración presupone que los sistemas se distinguen y que, a pesar de ello, se traslapan, lo que significa que tienen algo en común” (Luhmann, 2009, p. 118).

²⁷³ *Itálicas en el original.*

Este «algo en común» podría ser, para el caso de los sistemas de interacción y la sociedad, la comunicación. Aunque tal elección resulta demasiado amplia y confunde niveles de análisis. Quizá sea más preciso indicar que el «algo en común» sean, quizá, las tecnologías de la comunicación de que se sirven ambos tipos de sistemas para comunicar. En el caso que me ocupa se trata, entonces, de la comunicación mediada por las «interfaces artefactuales» y la «escritura secundaria».

La interpenetración es experimentada por el sistema que la recibe “como contingencia, como indeterminación estructural de sus elementos, como inestabilidad, como obligación a la modificación continua y, con todo esto, como tiempo” (Luhmann, 2009, p. 117). Esto es, ciertamente, un desafío para el sistema interpenetrado toda vez que debe reconfigurar los equilibrios que haya logrado entre estabilidad y cambio, merced a las nuevas irritaciones provenientes desde el entorno. Al recibir comunicaciones ubicuas y altamente diversificadas en sus géneros expresivos, la comunicación social debe innovar modos alternativos para asegurar su continuidad. Esto aumenta la improbabilidad de la comunicación y, merced a la referencia indexical que la interacción porta, potenciada por la «ilusión de instantaneidad», hace improbable también la emergencia de una adquisición evolutiva que permite una resolución por medio de la generalización simbólica.

Lo que la interacción introduce en la comunicación social, en las formas barrocas y superpuestas que se han mostrado, es experiencia procesada: observada mediante la «ilusión de instantaneidad» y descrita a través de las posibilidades expresivas de la «escritura secundaria». En definitiva, más «sentido»: “*el sentido, como forma irrecusable de procesar la experiencia, está orientado al problema de la pluralidad de referencias sistémicas, bajo las condicionantes de la interpenetración. (...)*” Formulado de manera

aguda, el sentido está determinado por la indeterminación. El sentido colma todo aquello que se experimenta como multiplicidad de remisiones a otras posibilidades” (Luhmann, 2009, p. 119)²⁷⁴.

A lo largo de los capítulos que organizan el desarrollo de este trabajo he puntualizado las diferentes formas en que la comunicación digital acentúa la preeminencia de un tipo de racionalidad a la que puede denominarse *cibernética* o *autológica*. El argumento desde el que persigo esa idea ha sido formulado por Alfonso Mendiola, quien, a su vez, parte de una idea seminal de Luhmann, para clarificarla en términos históricos y ampliarla en su potencial heurístico. Afirma Luhmann:

Si la sociedad moderna en su transición hacia una primordial diferenciación por funciones tiene que renunciar a contar con un sistema guía (cúspide o centro), entonces tampoco puede ya producir para sí misma una pretensión de racionalidad unitaria. Esto no excluye la posibilidad de que los sistemas funcionales, cada uno por sí mismo, traten de reflexionar la unidad de la diferencia sistema/entorno. (...) La racionalidad de la sociedad bajo condiciones modernas se vuelve utopía en sentido estrictamente literal (Luhmann, 2007, p. 141).

Las estructuras cognitivas son configuradas, históricamente, por las tecnologías de la comunicación —algo que ya he advertido siguiendo a Mendiola (2003, p. 15)—, y los tipos de razón que pueden hallarse en una sociedad dada —por caso, la moderna— se prefiguran en las mediaciones de que se sirve para comunicar. En otras palabras, ni la razón ni el conocimiento pueden ser adjudicados a la conciencia, sino a la comunicación y, con esto, a las posibilidades expresivas y a las observaciones

²⁷⁴ *Itálicas en el original.*

operativas que admiten sus sustratos mediales. En este sentido, Mendiola (2003) postula tres tipos de racionalidades modernas fruto de la escritura y de la cultura impresa: la causal, de índole explicativa y basada en el descubrimiento de las leyes naturales; la cultural²⁷⁵, de alcance comprensivo y fundada en las facultades empáticas del entendimiento; y la autológica o cibernética, descrita por la cibernética de segundo orden y gobernada por la lógica polivalente de la observación de observaciones. La distinción analítica de esta última sólo es posible ya entrado el siglo XX, con la aparición de la teoría cibernética y de otro «momento de encarnación de la razón en el lenguaje», el giro lingüístico.

Mediante la observación de segundo orden, emerge lo social —tanto en términos fenomenológicos como epistemológicos—, dado que cualquier realidad es tal sólo cuando es observada. Como ha sido largamente expuesto, observar implica trazar una distinción. Sin embargo, “la praxis del distinguir a través de señalizaciones no aparece en la distinción. No puede señalarse sino a través de otra distinción. La distinción es el punto ciego de la observación, y precisamente por eso *el lugar de su racionalidad*” (Luhmann, 2007, p. 135).

¿De qué manera la comunicación digital acentúa la racionalidad cibernética? O, expresado de otro modo, ¿por qué el análisis de las operaciones y semánticas de este modo de la comunicación me permiten afirmar la vigorización de este tipo de racionalidad? Argumenta Luhmann (2007): “La racionalidad del sistema presupone la reentrada de la forma en la forma. La racionalidad, sin embargo, no se alcanza sólo con esto. Además debemos tener presente que la racionalidad se define y se per-

²⁷⁵“La tematización de la razón hermenéutica es la expresión más adecuada de la cultura impresa” (Mendiola, 2003, p. 20).

sigue en el contexto de una distinción de la realidad, se debe gracias a una distinción que no es la última distinción” (p. 139), dado que esa distinción debe ser puesta a prueba ante la realidad y, a partir de las irritaciones resultantes, volver a distinguir para asegurar el continuo de la operación autopoiética. “Racionalidad del sistema significa exponer una distinción (es decir, la distinción sistema/entorno) ante la realidad y ponerla a prueba en ella” (Luhmann, 2007, p. 140).

Cuando *la* comunicación recibe, reintroducida, a la interacción —y ésta no es sino resultado de una observación particular posibilitada por la «escritura secundaria», que supone, simplificando, la reintroducción de la oralidad en la escritura—, se intensifica una cadena de remisiones recursivas entre observaciones de segundo orden. La pluralidad de referencias sistémicas que la comunicación digital actualiza merced a esta sucesión de reintroducciones hace que las realidades con las que el sistema, de interacción o sociedad, debe confrontar su distinción se multipliquen. Sólo distinguiendo las distinciones que contiene y observando sus puntos ciegos —es decir, dinamizando la racionalidad cibernética—, el sistema (el observador) podrá nuevamente distinguir y autoafirmarse. «La comunicación de la comunicación» intenta resumir expresivamente, con ímpetu *formulaico*, tal proceso de profundización de la racionalidad cibernética.



Los fenómenos sociales que este trabajo interpela parecen condenados a mutar antes de que una semántica específica troque hegemónica para su descripción. En ocasiones, me he referido a ellos resaltando su «juventud fenomenológica», con el deseo de remitir con esa expresión a su potencial carácter transicional. Tal caracte-

rización no obtura la necesidad de construir provisionales certezas para su descripción analítica. En mi perspectiva, la transicionalidad de los fenómenos es un rasgo característico de aquello que se señala y se distingue como «social».

Transicionalidad, fragilidad, recursividad permanente, improbabilidad. Todos ellos son modos de enunciar y, por tanto, de insinuar caminos diferenciados para trabajar sobre los mismos problemas: la experiencia y sus horizontes de despliegue, los métodos para la estabilización de la interacción, la probabilidad de la prosecución de la comunicación, la posibilidad del orden social. He afrontado aquí una parte singular y breve de esa tarea, en el anhelo de contribuir, al menos, con preguntas o errores que estimulen nuevas observaciones u observadores.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J. (2000). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Alvarado, M. (1994). *Paratexto*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Arnold, M. (2006). Lineamientos para un programa sociopoiético de investigación. En: Farías, I. y Ossandón, J. (Editores), *Observando sistemas. Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann*. Santiago de Chile: RIL Editores – Fundación Soles.
- Bachelard, G. (1999). *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baecker, D. (2005). ¿Por qué una teoría de sistemas?. En: Gómez-Jara, C. (Editor), *Teoría de sistemas y derecho penal. Fundamentos y posibilidades de aplicación*. Granada: Editorial Comares.
- Benjamin, W. (1997). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile: ARCIS-LOM.
- Bennett, S., Maton, M. y Kervin, L. (2008). The “digital natives” debate: A critical review of the evidence. *British Journal of Educational Technology*, 39 (5).
- Bierce, A. (2009). El maestro de ajedrez de Moxon. En: Bueno Gómez-Tejedor, S. y Peirano, M. (Editoras), *El rival de Prometeo. Vidas de autómatas ilustres*. Madrid: Editorial Impedimenta.
- Bobbio, N., et. al. (2000). *Diccionario de Política* (tomo II). México: Siglo XXI Editores.

- Boiarsky, G. (1997). The Psychology of New Media: Technologies Lessons from the Past. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, 3 (3).
- Bolter, J. y Grusin, R. (2000). *Remediation. Understanding New Media*. Cambridge (Massachusetts): MIT Press.
- Boyle, L. y Sandford, J. (2008). *Digital Native: Authentic English for Media Studies*. Perugia: Morlachi Editore.
- Broncano, F. (2009). *La melancolía del ciborg*. Barcelona: Herder.
- Bucy, E. (2004a). The Debate (Introducción a Forum: Where Interactivity Resides). *The Information Society*, 20 (5).
- Bucy, E. (2004b). Interactivity in Society: Locating an Elusive Concept. *The Information Society*, 20 (5).
- Cafassi, E. (1998). En los umbrales. En: Cafasi, E. (Comp.), *Lazos virtuales*. Buenos Aires: Biblos.
- Caron, A. y Caronia, L. (2001). Active Users and Active Objects: The Mutual Construction of Families and Communication Technologies. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, 7 (3).
- Caronia, L. y Caron, A. (2004). Constructing a Specific Culture: Young People's Use of the Mobile Phone as a Social Performance. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, 10 (2).
- Castells, M. (1999a). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (vol. I: *La sociedad red*). México: Siglo XXI Editores.
- Castells, M. (1999b). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (vol. II: *El poder de la identidad*). México: Siglo XXI Editores.
- Chartier, R. (1995). *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*. México: Instituto Mora.
- Chartier, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Collins, R. (2009a). *Perspectiva sociológica. Una introducción a la sociología no obvia*. Bernal (Argentina): Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

- Collins, R. (2009b). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona / México / Bogotá: Anthropos / UAM – UNAM /Editorial UNC.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: UIA.
- Doueihi, M. (2010). *La gran conversión digital*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Douglas, M. (1998). *Estilos de Pensar. Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Barcelona: Gedisa.
- Eco, U. (1993). *Lector en fábula*. Barcelona: Lumen.
- Eisenstein, E. (1994). *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Ediciones Akal.
- Engeström, Y. (2001). Los estudios evolutivos del trabajo como punto de referencia de la teoría de la actividad: el caso de la práctica médica en la asistencia básica. En: Chaiklin, S. y Leave, J., *Estudiar las prácticas. Perspectivas sobre actividad y contexto*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Esposito, E. (2001). *La memoria sociale. Mezzi per comunicare e modi di dimenticare*. Roma / Bari: Editori Laterza.
- Esposito, E. (2004). The Arts of Contingency. *Critical Inquiry*, 31.
- Facer, K., Sutherland, R., Furlong, R. y Furlong, J. (2001). What's the Point of Using Computers?: The Development of Young People's Computer Expertise in the Home. *New Media & Society*, 3 (2).
- Farías, I. y Ossandón, J. (2006). Recontextualizando a Luhmann. Lineamientos para una lectura contemporánea. En: Farías, I. y Ossandón, J. (Editores), *Observando sistemas. Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann*. Santiago de Chile: RIL Editores – Fundación Soles.
- Featherstone, M. (2009). Ubiquitous Media: An Introduction. *Theory, Culture & Society*, 26 (2-3).
- Ferraris, M. (2008). *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil*. Barcelona: Marbot Ediciones.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.

- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en Etnometodología*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona / Buenos Aires: Paidós.
- Genette, G. (2001). *Umbrales*. México: Siglo XXI Editores.
- Geslin, Ph. (2003). Las formas de apropiación de los objetos técnicos o el paradigma antropotecnológico. En: Bueno, C. y Santos, M. J. (Coords.), *Nuevas tecnologías y cultura*. Barcelona / México: Anthropos – UIA.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, A. (2001). *Las nuevas reglas del método sociológico: crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ginzburg, C. (1994). *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. Mitos, emblemas e indicios*. Barcelona: Gedisa.
- Glaser, B. G. y Strauss, A. L. (1967). *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. New York: Aldine de Gruyter.
- Goffman, E. (1970). *Ritual de interacción*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Goffman, E. (1981a). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (1981b). *Forms of Talk*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Goffman, E. (2006). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: Siglo XXI Editores – CIS.
- Goodman, N. (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.
- Goody, J. (1985). *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal.
- Goody, J. (1998). *El hombre, la escritura y la muerte (Conversación con Pierre-Emmanuel Dauzat)*. Barcelona: Península.
- Goody, J. (Coord.) (2003). *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona: Gedisa.

- Goody, J. y Watt, I. (1963). The Consequences of Literacy. *Comparative Studies in Society and History*, 5 (3).
- Goody, J. y Watt, I. (1996). Las consecuencias de la cultura escrita. En: Goody, J. (Comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Gedisa: Barcelona.
- Gordon, J. (2002). The Mobile Phone: An Artefact of Popular Culture and a Tool of the Public Sphere. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, 8 (3).
- Gumbrecht, H. (2005). *Producción de presencia*. México: UIA.
- Gumbrecht, H. U. (2009). El papel de la narración en los géneros discursivos. *Historia y Grafía*, 18.
- Gutiérrez, E. (2009). Leer digital: la lectura en el entorno de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. *Signo y Pensamiento*, 28 (54).
- Habermas, J. (2001a). *Teoría de la Acción Comunicativa* (tomo I). España: Taurus.
- Habermas, J. (2001b). *Teoría de la Acción Comunicativa* (tomo II). España: Taurus.
- Hall, E. (1997). *La dimensión oculta*. Halverson, J. (1992). Havelock on Greek Orality and Literacy. *Journal of the History of Ideas*, 53 (1).
- Hansen, M. (2009). Living (with) Technical Time: From Media Surrogancy to Distributed Cognition. *Theory, Culture & Society*, 26 (2-3). (Special Issue on Ubiquitous Media).
- Havelock, E. (1996). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- Havelock, E. (2002). *Prefacio a Platón*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Heritage, J. (1990). Etnometodología. En Giddens, A., Turner, J. et al., *La teoría social, hoy*. México DF / Madrid: Conaculta – Alianza Editorial.
- Illich, I. (2002). *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Innes, M. (1998). Memory, Orality and Literacy in an Early Medieval Society. *Past & Present*, 158.
- Innis, H. (1991). *The Bias of Communication*. Toronto: University of Toronto Press.
- Jensen, J. (1998). Interactivity: Tracing a New Concept in Media and Communication Studies. *Nordicom Review*, 19.
- Kafka, F. (2006). *Cartas a Milena*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Kiousis, S. (2002). Interactivity: a concept explication. *New Media & Society*, 4 (3).
- Koselleck, R. (2006). Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico antropológico. *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- Kress, G. (2005). *El alfabetismo en la era de los nuevos medios de comunicación*. España: Aljibe.
- Kress, G. (2009). *Multimodality. Exploring Contemporary Methods of Communication*. Londres: Taylor and Francis.
- Kress, G. y van Leeuwen, T. (2001). *Multimodal Discourse: the modes and media of contemporary communication*. Londres: Edward Arnold.
- Lash, S. (2005). *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lawler, D. (2008). Una incursión ontológica al mundo de los productos de la acción técnica. *Artefactos*, 1 (1).
- Lévi-Strauss, C. (1964). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levy, P. (1993). *Les technologies de l'intelligence. L'avenir de la pensée à l'ère informatique*. Paris: La Découverte. (sobre traducción de Roberto Marafioti).
- Levy, P. (1998). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.
- Levy, P. (2007). *Cibercultura*. Barcelona / México: Anthropos – UAM.
- Lewis, C. y Fabos, B. (2005). Instant Messaging, Literacies, and Social Identities. *Reading Research Quarterly*, 40 (4).

- Luckmann, Th. (2008). *Conocimiento y sociedad. Ensayos sobre acción, religión y comunicación*. Madrid: Editorial Trotta.
- Luhmann, N. (1973). *Ilustración sociológica y otros ensayos*. Buenos Aires: Sur.
- Luhmann, N. (1982). *Interaction, Organization, and Society. The Differentiation of Society*. New York: Columbia University Press.
- Luhmann, N. (1990a). ¿Por qué AGIL? *Sociológica*, 12 (año 5).
- Luhmann, N. (1990b). *Modes of Communication and Society. Essays on Self-Reference*. New York: Columbia University Press.
- Luhmann, N. (1990c). *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*. Barcelona: Paidós ICE-UAB.
- Luhmann, N. (1990d). Technology, environment and social risk: a systems perspective. *Organization & Environment*, 4 (3).
- Luhmann, N. (1994). La diferenciación evolutiva entre sociedad e interacción. En: Alexander, J. et. al., *El vínculo micro-macro*. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara-Gamma Editorial.
- Luhmann, N. (1995a). *Introducción a la Teoría de Sistemas*. México: UIA-ITESO. (Se utiliza la versión de la segunda reimpresión, 2007).
- Luhmann, N. (1995b). *La religión de la sociedad*. Madrid: Trotta.
- Luhmann, N. (1996a). *La Ciencia de la Sociedad*. México: UIA – ITESO – Anthropos.
- Luhmann, N. (1996b). Los sistemas comprenden a los sistemas. *Teoría de la sociedad y pedagogía*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, N. (1998). *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*. Madrid: Trotta.
- Luhmann, N. (1999). *Teoría de los Sistemas Sociales II (artículos)*. Osorno (Chile) / México: Universidad de los Lagos – UIA – ITESO.
- Luhmann, N. (2000a). Familiarity, Confidence, Trust: Problems and Alternatives. En: Gambetta, D. (Editor), *Trust: Making and Breaking Cooperative*

Relations. Edición electrónica: Department of Sociology, University of Oxford.

- Luhmann, N. (2000b). *La realidad de los medios de masas*. Barcelona / México: Anthropos – UIA.
- Luhmann, N. (2002). La forma escritura. *Estudios Sociológicos*, XX (58).
- Luhmann, N. (2005). *El Arte de la Sociedad*. México: Herder – UIA.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder – UIA.
- Luhmann, N. (2009). *¿Cómo es posible el orden social?* México: UIA – Herder.
- Luria, A. R. (1987). *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*. Madrid: Akal.
- Maruca, L. (2003). Bodies of Type: The Work of Textual Production in English Printers' Manuals. *Eighteenth-Century Studies*, 36 (3).
- McDermott, R. (2001). La adquisición de un niño por una discapacidad de aprendizaje. En: Chaiklin, S. y Leave, J., *Estudiar las prácticas. Perspectivas sobre actividad y contexto*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- McLuhan, M. (1969). *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. México: Editorial Diana.
- McMillan, S. y Morrison, M. (2006). Coming of age with the Internet: A qualitative exploration of how the Internet has become an integral part of young people's lives. *New Media & Society* 8 (1).
- Mendiola, A. (2002). Las tecnologías de la comunicación. De la racionalidad oral a la racionalidad impresa. *Historia y Grafía*, 18.
- Mendiola, A. (2003). *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México: UIA.
- Mendiola, A. (2009). Los géneros discursivos como constructores de realidad. Un acercamiento mediante la teoría de Niklas Luhmann. *Historia y Grafía*, 32.
- Nassehi, A. (2005). La diferencia de la comunicación y la comunicación de la diferencia: sobre los fundamentos de la teoría de la comunicación en la teoría social de Niklas Luhmann. En: Gómez-Jara, C. (Editor), *Teoría de*

sistemas y derecho penal. Fundamentos y posibilidades de aplicación. Granada: Editorial Comares.

- Newhagen, J. (2004). Interactivity, Dynamic Symbol Processing, and the Emergence of Content in Human Communication. *The Information Society*, 20 (5).
- Olson, D. (1998). *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento.* Barcelona: Gedisa.
- Olson, D. y Torrance, N. (1995). *Cultura escrita y oralidad.* Barcelona: Gedisa.
- Ong, W. (1967). *The Presence of the Word. Some Prolegomena for Cultural and Religious History.* New Haven / Londres: Yale University Press.
- Ong, W. (1977). *Interfaces of the Word. Studies in the evolution of consciousness and culture.* Ithaca / Londres: Cornell University Press.
- Ong, W. (1987). *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra.* México: Fondo de Cultura Económica.
- Oyarzún, P. (1997). Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad. A manera de introducción. En: Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia.* Santiago de Chile: ARCIS-LOM.
- Patterson, N. (2000). Hypertext and the Changing Roles of Readers. *The English Journal*, 90 (2).
- Pea, R. y Kurland, D. M. (1987). Cognitive Technologies for Writing. *Review of Research in Education*, 14.
- Piscitelli, A. (2009). *Nativos digitales: dieta cognitiva, inteligencia colectiva y arquitecturas de la participación.* Buenos Aires: Santillana.
- Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Immigrants. *On the Horizon*, 9 (5).
- Rafaeli, S. (1988). Interactivity: From New Media to Communication. En: Hawkins, R. P.; Wieman, J. M. y Pingree, S., *Advancing Communication Science: Merging Mass and Interpersonal Processes.* Newbury Park, CA: SAGE.
- Rafaeli, S. y Sudweeks, F. (2006). Networked interactivity. *Journal of Computer-Mediated Communication* (<http://jcmc.indiana.edu/>).

- Richards, R. (2006). Users, interactivity and generation. *New Media & Society*, 8 (4).
- Ritchie, L. D. (1991). Another Turn of the Information Revolution: Relevance, Technology, and the Information Society. *Communication Research*, 18 (3).
- Robles, F. (2002). Sistemas de interacción, doble contingencia y autopoiesis indexical. *Cinta de Moebio*, 15.
- Schroeder, R. (1996). *Possible Worlds. The Social Dynamic of Virtual Reality Technology*. Boulder (USA) / Londres: Westview Press.
- Schütz, A. (1974a). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schütz, A. (1974b). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona / Buenos Aires: Paidós.
- Scolari, C. (2004). *Hacer clic. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*. Barcelona: Gedisa.
- Scolari, C. (2009a). Mapping conversations about new media: the theoretical field of digital Communications. *New Media & Society*, 11 (6).
- Scolari, C. (2009b). Alrededor de la(s) convergencia(s). Conversaciones teóricas, divergencias conceptuales y transformaciones en el ecosistema de medios. *Signo y Pensamiento*, 28 (54).
- Sei, M. (2004). Técnica, memoria e individuación: la perspectiva de Bernard Stiegler. *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*, 37.
- Silverstone, R. (1999). What's New about New Media: Introduction. *New Media & Society*, 1 (1).
- Skinner, Q. (2002). *Visions of Politics. Volume II: Renaissance Virtues*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Steuer, J. (1992). Defining Virtual Reality: Dimensions Determining Telepresence. *Journal of Communication*, 42 (4).

- Stiegler, B. (2003a). *La técnica y el tiempo. 1. El Pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru.
- Stiegler, B. (2003b). *La técnica y el tiempo. 2. La desorientación*. Hondarribia: Hiru.
- Stiegler, B. (2004). *La técnica y el tiempo. 3. El tiempo del cine y la cuestión del malestar*. Hondarribia: Hiru.
- Stiegler, B. (2009). Teleologics of the Snail: The Errant Self Wired to a Wi-Max Network. *Theory, Culture & Society*, 26 (2-3).
- Stromer-Galley, J. (2004). Interactivity-as-Product and Interactivity-as-Process. *The Information Society*, 20 (5).
- Sundar, S. (2004). Theorizing Interactivity's Effects. *The Information Society*, 20 (5).
- Thompson, J. B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona / Buenos Aires / México: Paidós.
- Thompson, J. B. (2002). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Valenzuela Arteaga, F. (2006). Arte y entretenimiento en la nueva narrativa latinoamericana: sociología del boom. En: Farías, I. y Ossandón, J. (Editores), *Observando sistemas. Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann*. Santiago de Chile: RIL Editores – Fundación Soles.
- Virilio, P. (1998). *La máquina de la visión*. Madrid: Cátedra.
- Wei, R. y Lo, V. (2006). Staying connected while on the move: Cell phone use and social connectedness. *New Media & Society* 8 (1).
- White, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- White, P. y White, N. (2005). Keeping Connected: Travelling with the Telephone. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, 11 (2).
- Wiener, N. (1948). *Cybernetics: Or Control and Communication in the Animal and the Machine*. Cambridge, MA: MIT Press.

- Wilson, T. y Thang, F. (2007). The hermeneutic circle of cellphone user: four universal moments in a Malasyan narrative of continuing contact. *New Media & Society*, 9 (6).
- Zur, O. y Zur, A. (2010). *On Digital Immigrants & Digital Natives: How the digital divide creates conflict between parents and children, teachers and students, and the older and younger generations*. Publicación en línea: <http://www.zurinstitute.com/internetaddiction.html> (Recuperada el 10/5/2010).

Este libro se terminó de imprimir
en Tecnooffset
en el mes de marzo de 2014

La escritura secundaria Oralidad, grafía y digitalización en la interacción contemporánea

“Tenemos que pagar por nuestro mundo, y lo hacemos con la inestabilidad o con la incertidumbre”, expresaba Luhmann, en *La sociedad de la sociedad*. Una de las tareas para el futuro próximo que apuntaba este monumental trabajo era la elaboración de posteriores estudios que abordan, desarrollaran e incluso cuestionaran su teoría sistémica. Federico Gobato retoma la propuesta, y así es que nace *La escritura secundaria*, a partir de uno de los interrogantes luhmannianos: ¿qué efectos se producen en la comunicación de la sociedad al verse influida por el saber mediado de las computadoras?

“He elegido pagar por el mundo de este libro asumiendo una necesaria inestabilidad de los conceptos...”, expone Gobato. Es que las tecnologías y los modos comunicacionales del mundo actual no sólo son recientes, sino que se encuentran en constante cambio. Aún así, su investigación, que se construye a partir de la sociología, la semiótica, la filosofía, la comunicación y la antropología, permite no sólo responder por los efectos de este fenómeno sobre la comunicación de la sociedad sino también, y más importante aún, conjurar la incertidumbre.